

Noche Fantástica

Por

Stefan Zweig

Freeditorial 

PRIMAVERA EN EL PRATER

Irrumpió por la puerta como un torbellino.

—¿Ha llegado ya mi vestido?

—No, señorita —respondió la doncella—, y ya dudo que llegue hoy.

—¡Naturalmente que no, ya conozco yo a esa holgazana! —exclamó con voz trémula, conteniendo un sollozo—. Ahora son las doce, a la una y media tendría que bajar al Prater para el derby. ¡Y por esa estúpida no voy a poder! ¡Y además con el buen tiempo que hace!

Y furiosa, echando chispas de rabia, dejó caer su esbelta figurita en el pequeño sofá persa que, adornado profusamente con volantes y flecos, estaba en una esquina de aquel boudoir decorado con una fantástica falta de gusto. Todo su cuerpo temblaba de ira por no poder acudir al derby en el que, como dama de renombre y célebre belleza, desempeñaba uno de los papeles más importantes, y ardientes lágrimas resbalaron entre sus delgados dedos cargados de sortijas.

Estuvo algunos minutos echada así, luego se incorporó un poco para poder llegar con la mano a la pequeña mesita inglesa, donde sabía que estaban sus bombones de praliné. Mecánicamente se metió uno tras otro en la boca y dejó que se deshicieran despacio. Y su profundo cansancio, la noche de diversión, la fría semioscuridad de la habitación y su gran dolor se conjuntaron de forma que, poco a poco, empezó a dar cabezadas.

Pasó más o menos una hora descansando así, en ese leve duermevela carente de sueños, sin ser todavía consciente de la realidad más que a medias. Estaba muy hermosa, aunque los ojos, que generalmente eran su principal atractivo debido a su alegre desenvoltura, se encontraran ahora cerrados. Sólo sus cejas finamente perfiladas le daban un aspecto mundano, si no, se la habría podido tomar por una niña dormida, tan graciosos y proporcionados eran sus rasgos, a los que el sueño había sustraído el dolor por la diversión echada a perder.

Hacia la una se despertó, algo sorprendida de haberse dormido, y poco a poco volvió a recordarlo todo. Hizo sonar la campanilla con fuerza y, a su llamada, repetida nerviosamente, apareció de nuevo la doncella.

—¿Ha llegado mi vestido?

—No, señorita.

—¡Esa miserable! Bien sabe que lo necesito. Ahora sí que se acabó, ahora

no podrá ir.

Y, alterada, se levantó de un salto, recorrió varias veces el reducido boudoir de un lado a otro; luego asomó la cabeza por la ventana para ver si su coche ya había llegado.

Naturalmente, allí estaba. Todo habría ido bien si esa condenada costurera hubiera venido. Ahora tendría que quedarse en casa. Se fue aferrando a la idea de que no había otra mujer en la tierra que fuera tan desdichada como ella.

Pero en cierto sentido se puede decir que le gustaba estar triste; de forma inconsciente encontraba un auténtico placer en mortificarse. Y en ese arrebato ordenó a la doncella que despidiera su coche, una orden que el cochero aceptó rebosante de alegría, ya que el día del derby podía hacer un magnífico negocio.

No obstante, apenas hubo visto partir con vivo trote el elegante cupé, se arrepintió de su orden, y le habría gustado hacer que regresara llamándolo ella misma a voces desde la ventana, si no le hubiera dado vergüenza, ya que vivía en el barrio más noble de Viena, en el Graben.

Bueno, ahora sí que se había acabado. Estaba en esa habitación, bajo arresto domiciliario, como un soldado al que le han prohibido abandonar el cuartel como castigo.

Daba vueltas malhumorada. Se sentía tan incómoda allí, en aquel reducido boudoir que estaba abarrotado de las cosas más dispares, baratijas de la peor ralea mezcladas con exquisitas obras de arte sin orden ni concierto, sin estilo definido. Y, además, aquel olor compuesto de veinte perfumes diferentes, y aquel penetrante aroma de cigarrillo que se pegaba a todos los objetos. Por primera vez, todo aquello le resultó desagradable, ni siquiera los volúmenes amarillos de las novelas de Prévost le ofrecían hoy ningún aliciente, porque no paraba de pensar en el Prater, su Prater, y en la Freudenua con el derby.

Y todo eso sólo porque no tenía un vestido nuevo y elegante de temporada.

Era para llorar. Indiferente ante cualquier pensamiento, se tendió en el fauteuil e intentó dormirse de nuevo para matar la tarde. Pero no pudo. Los párpados se le abrían una y otra vez, anhelando la luz.

Luego volvió a la ventana y contempló fuera la acera del Graben, que lanzaba destellos al sol, y a las personas que pasaban presurosas por ella. Y el cielo era tan azul y el viento tan tibio que el deseo de verse al aire libre se hacía cada vez más intenso y acuciante, y su voz se volvía más fuerte por momentos. Y, de repente, se le ocurrió la idea de ir sola al Prater, porque no se lo podía perder; ya que no podía acompañarles, al menos vería la carrera. Para eso no necesitaba un vestido de temporada elegante, un vestido sencillo era

incluso mejor, porque así no la podrían reconocer.

Pronto, el plan se convirtió en resolución.

Abrió sus baúles para elegir vestido. Colores estridentes, brillantes, llamativos, chillones se ofrecían a sus ojos en un torbellino multicolor, y la seda crujía bajo su mano al empezar a escoger, lo que le resultó bien difícil, porque casi no había más que vestidos que tenían la marcada intención de hacer que los demás se fijaran en ella, que era precisamente lo que quería evitar aquel día. Por fin, después de mucho buscar, una sonrisa infantil, alegre, cruzó de repente por su rostro. Justo en un rincón, pasado de moda y arrugado, había descubierto un vestido sencillo, casi mísero, y no era sólo el hallazgo lo que le hizo sonreír, sino el pasado que este recuerdo evocaba. Recordó el día en que se escapó de la casa de sus padres con su amante, llevando puesta aquella ropa, de la enorme felicidad que había disfrutado a su lado y, luego, de la época en que la había cambiado por ricos vestidos, convertida en la amante de un conde y luego de otro y luego de muchos otros...

No sabía para qué lo había conservado. Pero se alegró de tenerlo y, cuando se cambió y se miró en el pesado espejo veneciano, tuvo que reírse de sí misma al ver lo honesta, lo burguesa e infantil, lo candorosa que parecía...

Después de revolver un poco, encontró también el sombrero que había pertenecido a ese vestido, luego volvió a echar una mirada risueña al espejo, desde el que correspondió sonriendo a su saludo una joven señorita de clase media con su ropa de domingo, y se marchó.

Salió a la calle con la sonrisa en los labios.

Al principio tuvo la sensación de que todos debían de notar que ella no era lo que aparentaba ser.

Pero las escasas personas que pasaban disparadas por su lado, andando a toda prisa bajo el calor del mediodía, en su mayor parte, no tenían tiempo de pararse a contemplarla, y poco a poco se fue adaptando a su nueva situación y bajó caminando meditabunda la Rotenturmstrasse.

Todo allí tenía un aspecto brillante y refulgente, bañado por la luz del sol. El ambiente de fiesta dominical se había transmitido de la gente, alegre y arreglada, a los animales y a las cosas; todo irradiaba fulgor, lanzaba destellos, exultaba de júbilo y salía a su encuentro para saludarla. Y ella se quedó absorta contemplando la colorida animación que en realidad nunca había advertido. «Como una naranja amarga», se dijo para sí, cuando por quedarse mirando casi chocó contra un coche.

Durante un rato anduvo otra vez con algo más de cuidado, pero cuando alcanzó la Praterstrasse, volvió a exultar desbordante de alegría al ver pasar,

justo a su lado, a uno de sus admiradores subido en un elegante coche, tan cerca, que habría podido tirarle de las orejas, y le habría gustado mucho hacerlo. Él, sin embargo, no reparó en ella, porque iba despreocupado, reclinado hacia atrás con un aire distinguido. Entonces se rio tan fuerte que él se volvió, y si ella, veloz como un rayo, no se hubiera llevado el pañuelo al rostro, seguramente no habría podido esquivarlo.

Feliz, siguió caminando y pronto se introdujo en medio del gentío que, en esplendorosos grupos, peregrina los domingos al santuario nacional de Viena, a las avenidas del Prater, que están dispuestas como blancos maderos sobre un césped verde a través de las boscosas praderas sin senderos del Prater. Y su desbordante júbilo pasó inadvertido perdiéndose en medio de la alegría de la muchedumbre, pues el buen humor dominical y el entusiasmo de la naturaleza hacían que cada cual olvidara los seis polvorrientos días de duro trabajo semanal que rodeaban el domingo.

Iba a la deriva, arrastrada por la muchedumbre como una solitaria ola en el mar, sin rumbo y sin destino, y, no obstante, levantando espuma y rodando jubilosa consciente de su fuerza.

Ya prácticamente se alegraba de que la costurera hubiera olvidado su vestido, porque allí se sentía tan dichosa, tan libre como jamás en su vida, casi como en su niñez, cuando conoció el Prater.

Y entonces volvieron a surgir todos aquellos recuerdos e imágenes, pero como orlados por su buen humor con un ribete de oro brillante; volvió a acordarse de su primer amor, mas no con tristeza y despecho, como algo que resulta desagradable tocar, sino como una gracia que se quisiera revivir una vez más, aquel amor que uno regala, que no vende...

Sumida en profundas ensoñaciones siguió caminando y la charla de la multitud acabó convirtiéndose en una sorda efervescencia fluctuante, de la que no oía ni un solo ruido. Estaba sola consigo misma y con sus pensamientos, más de lo que jamás lo había estado, como cuando yacía sobre el pequeño diván persa de su habitación sin hacer nada y formaba anillos de humo con su cigarrillo en el aire sereno y estancado...

De repente levantó la mirada.

Al principio no supo por qué. Sólo había experimentado una oscura sensación que de pronto cubrió sus pensamientos con un velo inextricable. Entonces fue cuando levantó la vista y notó un par de ojos fijos en ella. Su instinto femenino, aun sin volverse a observar, había interpretado correctamente aquellas miradas que la habían sacado de su ensueño.

Las miradas procedían de un par de ojos oscuros que se encontraban en el rostro de un joven que resultaba simpático por la expresión infantil que había

conservado a pesar de su espléndida barba. Su indumentaria indicaba que era un estudiante, y una flor del partido nacional que llevaba puesta en el ojal no hacía más que confirmar esta suposición. Un sombrero ancho, ladeado, que arrojaba sombra sobre los rasgos suaves, regulares, daba a esta sencilla cabeza, casi vulgar, un algo poético, idílico.

Su primer impulso fue fruncir las cejas despectivamente y desviar orgullosa la mirada. ¿Qué podía querer aquel hombre tan vulgar de ella? No era en absoluto una muchacha del arrabal, era...

De repente se detuvo y la risa traviesa brilló de nuevo en sus ojos. Por un momento había vuelto a sentirse como una dama del gran mundo y olvidado por completo que se había colocado la máscara de una muchacha burguesa, y sintió una alegría infantil al ver que el disfraz le había salido tan bien.

El joven, que había interpretado la sonrisa como un avance a su favor, se le acercó, sin dejar de fijar sus ojos en ella. Se esforzaba en vano por dar a sus rasgos una expresión varonil, segura de su victoria, que, sin embargo, la timidez y la irresolución echaban a perder una y otra vez. Y eso fue precisamente lo que le gustó de él, porque la moderación y la reserva por parte de los hombres eran algo que desconocía. El carácter infantil, que la edad no había malogrado todavía en este joven, le ofreció algo desconocido, una nueva sensación, incomparable en su naturalidad. Le parecía un juego infinitamente cómico observar cómo el estudiante abría los labios docenas de veces para dirigirse a ella y siempre volvía a cerrarlos en el momento decisivo, atenazado por el temor y una vergüenza angustiosa. Y ella tenía que apretar fuertemente los labios para no reírse en su cara.

Entre las prendas que adornaban a aquel jovencito se encontraba además el no ser ciego. Y así pudo advertir claramente aquella pérvida mueca en la sutil comisura de la boca de ella, lo cual aumentó significativamente su valor.

Y, sin más ni más, le soltó de repente aquella pregunta tan cortés de si podía acompañarla un rato. No le dio ningún motivo, por una razón tan extremadamente sencilla como que, a pesar de haberse esforzado mucho pensando, no había encontrado ninguno que pudiera utilizar.

Por largos y fastidiosos que hubieran sido los preliminares, ella misma se sorprendió en el momento crítico en que él le formuló la pregunta. ¿Debía aceptar? ¿Por qué no? No iba a pararse ahora a pensar en cómo podía acabar el asunto. Ya que se había puesto el disfraz, quería interpretar el papel; por una vez quería ir al Prater como una muchacha burguesa con su galán. ¿No resultaba incluso divertido?

Así que decidió aceptar, le dio las gracias, pero le dijo que no la acompañara, porque perdería demasiado tiempo. En este caso, el «sí» se

encontraba en la oración causal.

Él lo comprendió en el acto y se puso a su lado.

Pronto entablaron una conversación.

Era un estudiante joven, gracioso, no hacía demasiados años que había salido del instituto, del que se había traído a la vida un buen pedazo de aquel espíritu alocado. Había vivido poco y tenía poca experiencia, era verdad que había amado mucho de la manera en que aman los muchachos, pero «las aventuras» que ansía tener la mayoría de la gente joven habían sido muy, muy escasas en su caso, por no decir que jamás habían tenido lugar, porque le faltaba el atrevimiento, que es la condición principal para tales experiencias. Su amor se había quedado las más de las veces en simples suspiros lánguidos, de quien admira a distancia, cautelosamente, y se pierde en poemas y ensueños.

Ella, por su parte, se asombraba de sí misma, al ver la chismosa charlatana en que se había convertido de repente, y de qué cosas se empezaba a preocupar..., y cómo, de golpe, se había vuelto a meter en su antiguo dialecto vienesés, que ya hacía por lo menos cinco años que no hablaba ni se acordaba de él. Y era como si aquellos cinco años de vida elegante, desenfrenada, hubieran desaparecido, se hubieran hundido sin dejar huella, como si volviera a ser la delgada niña del arrabal de otro tiempo, sedienta de vida, a la que le gustaba tanto el Prater y su magia.

Sin que ella lo notara, poco a poco se habían ido apartando del camino, saliendo del torrente de gente que rugía, hacia las amplias praderas del Prater, en la plenitud de la primavera.

Los castaños centenarios, que se alzaban como gigantes con sus ramas extendidas, lucían un verde intenso. ¡Y qué susurro tan agradable cuando las ramas cargadas de flores se rozaban murmurando unas a otras, diseminando blancos copos de delicadas hojas, como la nieve en invierno, sobre la hierba verde oscuro, en la que las flores de colores habían ido tejiendo caprichosos motivos! Y un aroma dulce y denso brotaba de la tierra y afluía en suaves oleadas, pegándose a cada cual tan estrecha y firmemente que uno ya no tenía una conciencia definida de aquella delicia, sino tan sólo una vaga sensación de algo dulce, agradable, adormecedor. El cielo se curvaba como un zafiro sobre los árboles, tan azul, tan brillante y puro. Y el sol extendía su oro más rico sobre su prodigiosa, imperecedera e incomparable creación: la primavera en el Prater.

¡Primavera en el Prater!

Las palabras vibraban solemnemente en el aire, todos sentían el profundo milagro que se obraba a su alrededor, aunque dentro de cada cual también

había brotado un sentimiento de renuevo. Parejas de enamorados paseaban del brazo por las amplias, inmensas praderas irradiando felicidad, y en los niños, a los que esta dicha todavía les era ajena, había despertado una singular excitación que los obligaba a saltar y bailar, dando gritos de júbilo, y sus alegres voces se perdían a lo lejos en el viento y en el bosque.

Como una aureola de gloria coronaba a todas aquellas personas felices, liberadas del trabajo, la primavera en el Prater.

Ninguno de los dos había sido consciente en absoluto de la forma en que aquel milagro se había ido tejiendo lentamente alrededor de sus almas, pero, poco a poco, una íntima cordialidad se había deslizado furtivamente en sus alegres bromas, un invitado inesperado, pero bien recibido. Se habían hecho amigos, él estaba encantado con esta muchacha incitante, vivaz y alegre, que en su soberbia altivez parecía una princesa disfrazada, y también ella le había tomado afecto al desenfadado muchacho. Y la comedia que había emprendido con él estaba empezando a convertirse en algo serio incluso para ella; con las ropas de otro tiempo también se había revestido nuevamente de las sensaciones de entonces, ansiaba volver a sentir aquella dicha plena, la felicidad del primer amor...

Era como si ahora quisiera vivir todo aquello por primera vez, aquel cómico asombro, aquel deseo escondido, aquella apacible, sencilla felicidad...

Él había deslizado su brazo suavemente bajo el de ella y ella no lo había rechazado. Y sentía el cálido aliento de él en su pelo, cómo le iba contando miles de cosas, de su juventud, de sus vivencias, y luego, que se llamaba Hans y que estudiaba y que le tenía un cariño tremendo.

Medio en broma, medio en serio, le hizo una declaración de amor, que provocó que ella se estremeciera de alegría y de felicidad. Ya había escuchado cientos de ellas, y seguramente con palabras más bonitas; también había atendido muchas, pero ninguna había conseguido que sus mejillas se sonrojaran con un rubor tan radiante, como este sencillo lenguaje, íntimo y cordial, que hoy susurraba en su oído, vibrando ligeramente con una profunda emoción. Como un dulce sueño que se anhela vivir sonaban las trémulas palabras y su temblor se prolongaba recorriendo todo su cuerpo hasta hacer que se estremeciera de felicidad. ¡Y qué embriagada sentía cómo la presión del brazo de él sobre el suyo iba volviéndose cada vez más fuerte, con ebria, salvaje ternura!

Para entonces habían entrado en lo más profundo de las amplias vegas desiertas, en las que sólo resonaba el suave y susurrante traqueteo de los coches, prácticamente nada más. Sólo aquí y allá brillaban entre el verde los claros trajes de verano, como blancas mariposas que luego continuaban su camino, rara vez llegaba hasta ellos la voz de alguien, todo yacía como en un

profundo sueño cansado de sol...

Su voz era la única que proseguía incansable, susurrando miles de ternuras, cada una de ellas más afectuosa y extravagante que las anteriores. Y ella lo escuchaba adormecida, como se escucha una pieza musical a lo lejos cuando uno se queda dormido, sin reconocer cada nota en particular, sino solamente lo rítmico, lo melódico del sonido.

Y tampoco hizo nada para evitar que le cogiera la cabeza entre sus manos y la atrajera hacia sí para besarla, con un beso largo, profundo, en el que, sin decir nada, había innumerables palabras de amor.

Y con ese beso se disiparon todos sus recuerdos, lo sintió como si fuera el primer beso de amor de su vida.

Y el juego que quería seguir a costa del joven se veía convertido ahora en plena vida y sentimiento. Un profundo afecto había arraigado en ella y le había hecho olvidar todo su pasado, igual que un actor en los momentos culminantes de su arte se siente como un rey o un héroe y ya no se acuerda de su trabajo.

Era como si por un milagro pudiera volver a vivir una vez más el primer amor...

Durante un par de horas erraron sin rumbo, del brazo, con la dulce embriaguez de la ternura. El cielo ya ardía con un rojo intenso que las copas de los árboles tocaban como oscuras manos negras, las siluetas y los contornos se hacían cada vez más inciertos y confusos en el ocaso, y el viento vespertino susurraba entre las hojas.

Hans y Lise —normalmente se hacía llamar Lizzie, pero, de pronto, su nombre de niña le parecía de nuevo tan cariñoso y cercano que ella misma le pidió que la llamara así— también habían dado la vuelta y ahora iban hacia el Volksprater, el Wurstelprater, que ya se advertía desde lejos por el barullo multiplicado cien veces de todos los ruidos posibles e imposibles.

Allí, una abigarrada corriente humana discurría ante los puestos iluminados con luces chillonas: soldados con sus amadas, gente joven, niños locos de alegría que nunca se cansaban de ver las inauditas curiosidades. Y, en medio de todo, un espantoso caos de sonidos. Bandas militares y otros músicos que intentaban cubrirse unos a otros, artesanos, vendedores ambulantes que con voz ardiente alababan sus tesoros, disparos de escopeta procedentes de la barraca de tiro al blanco y voces infantiles en todas las tonalidades. El pueblo entero se apiñaba allí, con sus tipos más sobresalientes, sus deseos, que los propietarios de los puestos y tabernas intentaban satisfacer, y con su compacta masa que a partir de la diversidad conforma una unidad.

Para Lise, este Prater era el país de su infancia redescubierto, o mejor

dicho, recuperado. Ya sólo frecuentaba la avenida principal, con el orgulloso paso de los carruajes, la elegancia y la nobleza, pero ahora todo lo de allí le parecía encantador, como un niño al que se lleva a una tienda de juguetes donde alarga deseoso la mano hacia todas y cada una de las cosas. Volvía a divertirse y a estar de excelente humor; el espíritu soñador, casi lírico, había pasado. Como dos niños traviesos, ambos reían y alborotaban en medio del gran océano humano.

Se paraban en cada puesto y se recreaban con el monótono y pomposo reclamo de los dueños, que ensalzaban de la manera más graciosa a la «mujer más alta del mundo» o al «hombre más pequeño del continente» o a las contorsionistas, adivinas, monstruos, prodigios marinos. Montaron en el carrusel, hicieron que les dijeran la buenaventura, participaron en todo tipo de cosas, y estaban tan contentos y felices que toda la gente se les quedaba mirando sorprendida.

Al cabo de un rato, Hans descubrió que también había que hacer justicia al estómago. Ella estuvo de acuerdo y así fue como entraron juntos en una taberna que no estaba metida en lo peor del barullo. Allí el ruido se transformaba en un fragor ininterrumpido que cada vez se hacía más bajo y suave.

Y allí se sentaron a charlar estrechamente unidos uno a otro. Él le contó cien historias diferentes llenas de gracia y supo introducir hábilmente en cada una algún que otro requiebro y mantener su chispa. Él le daba nombres cómicos que la obligaban a reír estrepitosamente, le enseñaba juegos pueriles que la hacían prorrumpir en gritos de júbilo. Y también ella, a la que generalmente le gustaba hacer gala de un dominio de sí misma distinguido, sereno, estaba ahora más loca de contento que nunca. Volvía a recordar historias de su niñez que hacía tiempo que había olvidado, personajes perdidos en su memoria aparecían de nuevo y cobraban forma de un modo humorístico. Estaba como encantada, tan distinta, tan rejuvenecida.

Pasaron así mucho tiempo, charlando juntos...

Ya hacía rato que había llegado la noche con sus oscuros velos, pero no había disipado el bochornoso ambiente de la tarde. El aire seguía cargado de vapores, como un tren pesado y, a lo lejos, los relámpagos resplandecían atravesando el silencio que cada vez se hacía más completo. Las farolas se fueron apagando paulatinamente y la gente se perdió en distintas direcciones, buscando cada cual su hogar.

También Hans se levantó.

—¡Venga, Liserl, vámonos!

Ella lo siguió y cogidos del brazo salieron del Prater, que oscuro y

misterioso los siguió con la mirada, mientras las últimas luces de colores refulgían como los brillantes ojos de un tigre desde los árboles que susurraban suavemente.

Fueron por la Praterstrasse, que se veía clara iluminada por la luz de la luna, sin mucha gente, ya casi dormida. Cada paso resonaba con fuerza sobre el pavimento y las sombras se deslizaban rápidas, con viva precipitación, al pasar delante de las farolas, que irradiaban indiferentes su escasa luz.

No habían hablado sobre qué dirección seguir, pero, sin decir nada, era Hans el que los conducía. Ella sospechaba que él se dirigía a su casa, pero no quiso decir nada.

Siguieron caminando así, intercambiando pocas palabras. Pasaron por el puente del Danubio, continuaron por el Ring en dirección al distrito VIII, que es el barrio estudiantil de Viena, pasando de largo ante el esplendoroso e imponente edificio de piedra de la Universidad, por delante del Ayuntamiento, metiéndose en callejuelas cada vez más estrechas, más miserias.

Y, de repente, él empezó a hablarle.

Le hablaba con palabras cálidas, inflamadas, proclamaba la pasión de su amor juvenil con los más ardientes colores, los que sólo proporciona el instante del deseo más furioso. En sus palabras se encontraba, con toda su viveza, el ansia que siente la juventud por gozar de la vida, por alcanzar la felicidad, por encontrar lo más rico del amor. Y sus palabras se hacían cada vez más impetuosas, más apasionadas, se alzaban trémulas como ávidas llamas, la naturaleza entera del hombre había alcanzado en él su máxima expresión. Suplicaba su amor como un mendigo...

Todo el cuerpo de ella se estremecía al oírle hablar.

Su oído estaba lleno de un dichoso rumor de palabras y desenfrenadas canciones. No comprendía lo que decía, pero su ruego crecía poderoso en su propia alma, que pugnaba por salir al encuentro de la de él.

Como un don delicioso, incomparable, de cuento, ella acabó prometiéndole lo que había otorgado a otros cien como una miserable limosna.

Se detuvo ante una casa pequeña y antigua y llamó, con la felicidad brillándole en los ojos.

Abrieron pronto.

Primero, un pequeño pasillo frío y húmedo que recorrieron rápidamente. Y, luego, muchos, muchos pequeños peldaños desgastados de una escalera de caracol. Pero ella no se dio cuenta, porque él la había llevado hasta arriba en sus fuertes brazos como una pelota de plumas y el temblor impaciente de sus manos atravesó todo su cuerpo como una corriente, mientras ella, igual que en

un sueño, subía cada vez más alto.

Arriba, él se detuvo y abrió la puerta de una pequeña habitación. Era un cuarto reducido, oscuro, en el que sólo se podían distinguir los objetos con dificultad, pues los luminosos rayos de la luna se dispersaban al pasar por una cortina blanca, rasgada, que cubría un angosto tragaluces.

Dejó que se deslizara suavemente hasta el suelo, pero sólo para abrazarla con mayor ímpetu. Ardientes besos corrían por sus venas, sus miembros temblaban bajo la caricia de los de él, y sus palabras morían en un nostálgico murmullo...

Oscuro y reducido es el cuarto.

Pero una dicha infinita mantiene sus alas extendidas sobre él con un silencio apacible y dichoso. Y el cálido brillo del sol del amor luce en la profunda oscuridad...

Todavía es temprano. Tal vez no sean más de las seis.

Lizzie acaba de volver a casa, a su elegante boudoir.

Lo primero es abrir las dos ventanas para que entre el aire fresco de la mañana, porque aquel olor insustancial y dulzón a perfume, que le recuerda su vida de ahora, la repugna. Antes había aceptado indiferente, sin pensar, la vida tal como era, ciega, fatal. Pero la experiencia del día anterior, que había llegado a su vida como un sueño de juventud, luminoso y alegre, había despertado en ella de improviso la necesidad de amor.

Pero siente que ya no puede volver atrás. Ahora, pronto, se presentará uno de sus admiradores y luego otro más. Siente un estremecimiento formidable ante esta idea.

Y teme el día, que paulatinamente va clareando y perfilándose.

Pero, poco a poco, comienza de nuevo a recordar y a pensar en el día anterior que cayó sobre su vida, tan oscura y triste, como un rayo de sol perdido. Y se olvida de todo lo que pueda venir.

En sus labios se dibuja la sonrisa de una niña que, de madrugada, se despierta feliz de un delicioso sueño.

EN LA NIEVE

Una pequeña ciudad alemana de la Edad Media, muy cerca de la frontera con Polonia, con la rechoncha opulencia que comportan las construcciones del

siglo xiv. La imagen colorida y dinámica que generalmente ofrece la ciudad ha quedado reducida a una sola impresión, a una blancura deslumbrante, resplandeciente, que se extiende por encima de las anchas murallas de la ciudad y pesa también sobre los pináculos de las torres en torno a las que la noche ya ha tendido su pálido velo de niebla.

Oscurece rápidamente. La ruidosa y confusa agitación de la calle, la actividad de la multitud de hombres que en ella trabaja se amortigua hasta convertirse en un rumor que fluye suavemente, como un sonido lejano que sólo quiebra el monótono repicar de las campanas de la tarde con ritmicos intervalos. El fin de la jornada extiende su dominio sobre los cansados artesanos deseosos de dormir; las luces son cada vez más aisladas y escasas, hasta que al final desaparecen por completo. La ciudad yace en un profundo sueño, como si fuera un ser único, imponente.

Todo sonido ha muerto, incluso la trémula voz del viento de las estepas se ha ido apagando hasta sonar como una dulce canción de cuna; se escucha el leve susurro de los copos de nieve que caen cuando en su recorrido alcanzan la meta...

De repente se percibe un suave eco.

Es como un ruido de cascós lejano y apresurado que se va acercando. El guardián de la puerta, atónito y medio dormido, acude extrañado a la ventana para escuchar lo que se oye fuera. Y, efectivamente, se aproxima un jinete a galope tendido, enfila hacia la puerta y un minuto más tarde una voz ruda, encallecida por el frío, exige entrar. La puerta se abre, pasa un hombre que lleva a su lado un caballo que respira exhalando nubes de vapor y que de inmediato entrega al portero; y disipa rápidamente sus reparos con pocas palabras y una gran suma de dinero; luego se encamina a toda prisa, con una seguridad que denota que conoce el lugar, pasando por la solitaria plaza del mercado, de una brillante blancura, atravesando silenciosas callejuelas y caminos nevados, hacia el extremo opuesto de la pequeña población.

Allí hay unas pocas casas pequeñas, muy apiñadas unas contra otras, como si necesitaran apoyarse mutuamente. Todas son austeras, sin adorno, nada llamativas, ahumadas y torcidas, y todas permanecen en perpetuo silencio en las escondidas callejuelas. Es como si nunca hubieran conocido un día de fiesta alegre, rebosante de felicidad, como si las ventanas ciegas, escondidas, nunca se hubieran commovido con un júbilo gozoso, como si sus cristales nunca hubieran brillado con el refulgente reflejo de oro de un luminoso rayo de sol. Solitarias, como niños acobardados que tienen miedo de los demás, se apiñan unas contra otras en el reducido complejo del barrio judío.

Ante una de estas casas, la mayor y la más distinguida en comparación con las demás, se detiene el extranjero. Pertenece al más rico de la pequeña

comunidad y sirve a la vez de sinagoga.

A través de los desgarrones de las cortinas corridas se escapa el claro resplandor de una luz, y en la habitación iluminada suenan voces que entonan un cántico religioso. Es la fiesta de Januká, que se celebra pacíficamente, la fiesta de la alegría y de la victoria que obtuvieron los Macabeos; un día en que el pueblo expulsado, siervo del destino, recuerda la plenitud de su fuerza de antaño, uno de los pocos días de gozo que la ley y la vida les ha deparado. Pero los cantos suenan melancólicos y nostálgicos, y el brillante metal de las voces, lleno de hambre por las miles de lágrimas derramadas; el canto suena como una lamentación desconsolada y se desvanece en la solitaria callejuela...

El extranjero permanece un momento ante la casa sin hacer nada, perdido en sus sueños y pensamientos, y un amargo llanto brota de su garganta que solloza cantando inconscientemente las antiquísimas melodías sagradas que se alzan de lo más hondo de su corazón. Su alma está llena de un profundo fervor.

Luego cobra ánimo. Con pasos vacilantes se dirige hacia la puerta cerrada y la aldaba cae con un pesado golpe sobre la puerta, que se estremece sordamente.

Y el estremecimiento recorre vibrando todo el edificio...

Arriba, el canto enmudece al instante como ante una señal dada, convenida. Todos se han quedado pálidos y se miran con ojos sobresaltados. De repente, el ambiente de fiesta se ha disipado, los sueños de una fuerza victoriosa como la de Judas Macabeo, a quien todos secundaban en espíritu entusiasmados, se han hundido; el esplendoroso reino de Israel que se mostraba ante sus ojos ha desaparecido, vuelven a ser pobres judíos temblorosos, desamparados. La realidad ha vuelto a resucitar.

Terrible silencio. La trémula mano del recitador que dirige la plegaria ha dejado caer el libro de oraciones, a ninguno le obedecen los pálidos labios. Una espantosa congoja se ha elevado en medio de la habitación y mantiene todas las gargantas atenazadas como un puño de acero.

Bien saben por qué.

Una terrible palabra se había introducido en sus casas, una palabra nueva, nunca oída, cuyo sangriento significado habían de experimentar en su propio pueblo. En Alemania habían aparecido los flagelantes, aquellos hombres furibundos, celosos de Dios, que con el placer y el éxtasis de coribantes desgarraban su propio cuerpo con disciplinas, grupos ebrios de ira, desbocados, que habían asesinado y martirizado a miles de judíos, que les querían arrancar violentamente el sagrado amparo de su Dios, la antigua fe de

sus padres. Y aquél era su peor temor. Ser atropellados, golpeados, robados, convertirse en esclavos, todo lo habían soportado con una paciencia ciega, fatal; todos habían vivido asaltos en plena noche, con fuego y pillaje, y un escalofrío volvía a recorrer sus miembros siempre que recordaban aquellos tiempos.

Y hacía sólo unos días que había llegado el rumor de que un grupo de disciplinantes había partido también hacia su tierra, que hasta entonces sólo conocían de nombre, y ya no podía estar lejos. ¿Tal vez hubieran llegado ya?

Un miedo espantoso que les paralizaba el corazón se había apoderado de cada uno de ellos. Ya ven de nuevo las cuadrillas sedientas de sangre con el rostro embriagado de vino irrumpir en las casas con pasos feroces y antorchas ardiendo en la mano, en sus oídos ya suena el ahogado grito de auxilio de sus mujeres, que sufren la salvaje luxuria de los asesinos, ya sienten relampaguear las armas. Todo es como un sueño, tan claro y tan vivo.

El extranjero sigue abajo escuchando, y como no se le franquea la entrada, repite el golpe, que de nuevo retumba sordo y amenazador a través de la callada, sobresaltada estancia.

Entretanto, el dueño de la casa, el recitador, a quien la blanca barba que cae en ondas y la avanzada edad le dan el aspecto de un Patriarca, es el primero que ha cobrado un poco de ánimo. En voz baja murmura:

—Como Dios quiera. —Y luego se inclina hacia su nieta, una hermosa muchacha, que en su miedo recuerda a un corzo que con grandes ojos suplicantes se vuelve hacia el perseguidor—. ¡Lía, sal a ver quién es!

La muchacha, en cuyos gestos se concentran las miradas de todos, acude con pasos tímidos a la ventana donde descorre la cortina con dedos temblorosos, pálidos. Y, luego, un grito que le sale de lo más profundo del alma:

—¡Bendito sea Dios, es un hombre solo!

—¡Bendito sea Dios! —resuena como un suspiro de alivio por todos lados.

Y, entonces, el movimiento vuelve también a los rostros helados, sobre los que pesaba la terrible pesadilla; se separan algunos grupos, unos permanecen en silenciosa oración, otros hablan llenos de miedo e inseguridad sobre la inesperada llegada del extranjero, al que ahora se le permite franquear la puerta.

La habitación entera está llena de un olor y un ambiente sofocante y opresivo por la leña y la presencia de tantos hombres, todos reunidos alrededor de la mesa, primorosamente arreglada para la fiesta, sobre la que se encuentra el emblema y el símbolo de aquella noche sagrada, el candelabro de siete

brazos, cada una de cuyas velas brilla pálida nublando el aire al arder. Las mujeres lucen ricos vestidos, llenos de adornos; los hombres, sus ondeantes ropajes ataviados con las cintas de oración.

Y la reducida estancia está penetrada de esa profunda solemnidad que sólo la auténtica piedad puede dar.

Mientras tanto, ya llegan los rápidos pasos del extranjero que sube por la escalera y en ese momento hace su entrada.

A la vez, la puerta abierta deja entrar un fuerte, un terrible golpe de viento que penetra en la caldeada habitación. Y, con el aire de la nieve, irrumpen un frío helado que congela a todos. La corriente apaga las trémulas velas del candelabro, sólo una sigue ardiendo mortecina, agitándose de un lado a otro. Así es como la habitación queda sumida de repente en una penosa y desagradable luz crepuscular; es como si, de pronto, una fría noche quisiera abatirse sobre ellos desprendiéndose de las paredes. De golpe, la placidez, la paz, se han esfumado, todos advierten el mal presagio que supone que se apaguen las velas sagradas, y la superstición hace que vuelvan a sentir escalofríos. Pero nadie se atreve a decir una palabra.

De pie, en la puerta, hay un hombre alto, con barba negra, que apenas puede tener más de treinta años, y se zafa rápidamente de las capas y mantos con los que se ha resguardado del frío. Y, en el instante en que sus rasgos se hacen visibles en el brillo crepuscular de la trémula llamita de la última vela, Lía se arroja sobre él y lo abraza.

Es Josué, su novio de la ciudad vecina.

También los demás se apiñan animados a su alrededor y lo saludan alegremente, aunque pronto vuelven a enmudecer, porque él rechaza a su novia con un gesto serio, triste; ha venido en conocimiento de algo preocupante, que ha labrado profundos surcos en su frente. Todas las miradas se dirigen temerosas hacia él, que no puede substraer sus palabras de la tumultuosa marea de sus sentimientos. Toma la mano de quienes están más cerca de él y, en voz baja, el penoso secreto se arranca de sus labios:

—¡Los flagelantes están aquí!

Las miradas que se dirigían inquisitivas hacia él se han helado, y siente cómo el pulso de las manos que sujetan se detiene repentinamente. Con manos temblorosas, el recitador agarra a la pesada mesa, cuyos vasos de cristal comienzan a tintinear suavemente, emitiendo un trémulo sonido. El miedo vuelve a atenazar los desalentados corazones y exprime las últimas gotas de sangre de los rostros asustados y desolados, que miran fijamente al mensajero.

La última vela oscila de nuevo y se apaga...

Sólo la lámpara colgante sigue iluminando pálidamente a los hombres descompuestos, destrozados, a quienes aquellas palabras han alcanzado como un rayo.

Una voz acostumbrada a su sino murmura suavemente el resignado:

—¡Dios lo ha querido así!

Aunque el resto todavía está desconcertado.

Pero el extranjero sigue hablando, desordenadamente, con vehemencia, como si él mismo no quisiera oír sus propias palabras:

—Vienen... muchos..., cientos. Y los acompaña una gran muchedumbre. Tienen las manos manchadas de sangre..., han asesinado a miles..., todos de los nuestros, en el Este. Ya han pasado por mi ciudad...

El terrible grito de una voz de mujer, cuya fuerza no pueden suavizar las lágrimas que derrama, lo interrumpe. Una mujer, joven todavía, casada recientemente, se arroja a sus pies.

—¡¿Siguen allí...?! ¿Y mis padres, mis hermanos? ¿Les ha ocurrido algo?

Él se inclina hacia ella y su voz solloza cuando le dice suavemente algo que suena a un consuelo:

—Ya no sufrirán más.

Y vuelve a hacerse el silencio, silencio total... El terrible fantasma del miedo a la muerte está entre ellos y les hace temblar... No hay ninguno que no haya perdido a un ser querido allí, en aquella ciudad.

Y, entonces, el recitador, al que las lágrimas le caen por la barba plateada y cuya frágil voz no quiere obedecerle, comienza a cantar con palabras entrecortadas la solemne y antiquísima oración por los difuntos. Y todos se suman a él cantando al unísono. Ni siquiera saben lo que están cantando, no reconocen ni la letra ni la melodía que repiten mecánicamente, cada cual piensa sólo en sus seres queridos. El canto se hace cada vez más fuerte; los suspiros, cada vez más profundos; la contención de los sentimientos que brotan, cada vez más trabajosa; las palabras, cada vez más confusas; y, al final, todos sollozan con un pesar incontenible, sin consuelo. Un dolor infinito, para el que ya no hay palabras, los ha unido a todos en un fraternal abrazo.

Profundo silencio...

Sólo, de vez en cuando, un profundo sollozo que no se puede sofocar...

Y, de nuevo, se escucha la grave, la ensordecadora voz que sigue con su relato:

—Todos descansan junto a Dios. No han dejado escapar a ninguno. Yo fui

el único que pudo huir, con la ayuda de Dios...

—Su nombre sea alabado —murmura todo el círculo con un instintivo sentimiento de piedad.

Las palabras que salen de la boca de estos hombres rotos y temblorosos suenan como una fórmula gastada.

—Era tarde, regresaba a la ciudad de un viaje; el barrio judío ya estaba lleno de saqueadores... No me reconocieron, habría podido huir..., pero algo me impulsaba inconscientemente a ocupar mi lugar, entre mi pueblo, en medio de ellos, que caían bajo las armas que otros blandían en su contra. De repente, llega uno cabalgando hasta mí, descarga un golpe..., falla y se tambalea en la silla de montar. Y, entonces, de pronto, se apodera de mí el impulso de vivir, la inexplicable cadena que nos une a nuestras aflicciones..., un arrebato me da la fuerza y el valor, lo derribo del caballo, logro saltar sobre su corcel y me alejo en medio de la oscuridad nocturna hasta llegar a vosotros: he cabalgado un día y una noche. —Se detiene un instante. Luego dice con voz más firme—: ¡Pero basta ya de todo eso! Lo inmediato es: ¿qué hacemos?

Y de todas partes llega la respuesta:

—¡Huir! ¡Tenemos que huir! ¡Pasar a Polonia!

Es el único recurso que conocen, la gastada, vergonzosa y, sin embargo, irreemplazable forma que tiene el débil de luchar contra el fuerte. Nadie piensa en ofrecer resistencia. ¿Acaso un judío debería luchar o defenderse? A sus ojos, resulta algo ridículo e impensable, ya no viven en la época de los Macabeos, han vuelto los días de esclavitud, los días de Egipto, que imprimieron a este pueblo el sello eterno de la debilidad y la servidumbre, y que ni siquiera los siglos con su torrente de años han podido borrar.

¡Así que a huir!

Uno de ellos había querido hacer valer tímidamente la opinión de que se podía reclamar el amparo de los ciudadanos del lugar, pero la respuesta había sido una sonrisa despectiva. Su destino siempre había vuelto a los esclavizados hacia sí mismos y hacia su Dios. Ya no sabían confiar en una tercera instancia.

Ahora se discutían todos los pormenores. Todos estos hombres, que habían considerado como único objetivo de su vida acumular dinero, que veían en la riqueza la culminación de la dicha y el poder del hombre, estaban ahora de acuerdo en que no había que reparar en sacrificios para acelerar la huida. Toda posesión debía convertirse en dinero efectivo, aun en las circunstancias más desfavorables; había que procurarse coches con sus tiros de caballos y lo imprescindible para protegerse del frío. De repente, el miedo a la muerte había borrado lo más propio de su carácter como nación, de la misma manera que

sus caracteres individuales se fundían en una única voluntad. En todos los rostros, pálidos, cansados, los pensamientos se concentraban en un objetivo.

Y cuando la mañana apagó la llama ardiente de sus antorchas todo estaba discutido y cerrado. Con la soltura de un pueblo errante que ha recorrido el mundo, se adaptaban a las duras exigencias de la situación, y sus últimas resoluciones y disposiciones acabaron de nuevo en una oración.

Cada cual se fue a poner por obra su parte.

Y, en medio de la dulce canción de los copos de nieve, que ya habían levantado altas murallas en las brillantes calles, un suspiro se extinguió a lo lejos...

La gran puerta de la ciudad se cerró con gran estruendo tras el último coche de los fugitivos...

En el cielo, la luna no iluminaba más que con un débil resplandor, pero su brillo plateaba las miríadas de copos que danzaban describiendo traviesas figuras, se escondían en la ropa, hacían chiribitas alrededor de los jadeantes ollares de los caballos y provocaban el rechinar de las ruedas que sólo se abrían camino trabajosamente a través de los espesos montones de nieve.

En los carros susurraban suaves voces. Mujeres que intercambiaban sus recuerdos de la ciudad natal, que hasta hace poco estaba ante sus ojos con una grandeza arrogante, segura de sí misma, con palabras que sonaban blandas, melancólicas; claras voces de niños que preguntaban y se interesaban por averiguar miles de cosas, pero que cada vez se volvían más calmadas y escasas, y, finalmente, con una respiración cadenciosa, se distinguían por su melodía del recio sonido de las de los hombres, que discutían preocupados el futuro y musitaban oraciones en voz baja. Todos estaban estrechamente unidos por una conciencia de solidaridad y un miedo instintivo al frío, que soplaba por todos los huecos y agujeros como un aliento gélido y hacía que se helaran los dedos de los guías.

El primer carro detuvo su marcha.

Inmediatamente, el resto de la fila se paró. Desde todas las cubiertas nómadas de lona, pálidas cabezas buscaban con la mirada la causa de la parada. El más anciano descendió del primer carro, y todo el mundo siguió su ejemplo, porque habían descubierto el motivo de la detención.

Aún no estaban lejos de la ciudad; a través de la blanca lluvia todavía se podía distinguir claramente la torre, que se alzaba como una mano amenazadora en medio de la ancha llanura y de cuya cúspide partía un brillo como el de una piedra preciosa en el dedo de una mano con un anillo.

Aquí todo era liso y blanco, como la superficie helada de un lago. Sólo

aquí y allá, alrededor de un árbol aislado, se mostraban pequeños montículos uniformes, bajo los que sabían que estaban sus seres queridos, que habían encontrado allí su lecho silencioso y eterno, expulsados y solos, como todo el pueblo, lejos de su patria.

Profundo silencio, quebrado tan sólo por un ligero sollozo.

Y lágrimas ardientes resbalan por los rostros congelados, acostumbrados a sufrir, y se convierten en brillantes gotas de hielo al contacto con la nieve.

Todo miedo a la muerte pasa y se olvida al contemplar aquella paz profunda y silenciosa. Y a todos sobrecoge de repente una nostalgia infinita, cuajada de lágrimas, que ansía rabiosamente la paz eterna, serena, de este «lugar de bendición», junto con sus seres queridos. Hay tantas cosas de su infancia bajo esta capa blanca, tantos recuerdos felices, una dicha infinita como jamás la volverán a vivir. Es algo que todos sienten, a todos los embarga la nostalgia de este «lugar de bendición».

Pero el tiempo apremia y los fuerza a partir.

Vuelven a deslizarse dentro de los carros, estrechos y apretados unos contra otros, porque, mientras que a la intemperie no notaban el frío cortante, ahora la gélida helada vuelve a subirles por el cuerpo, tembloroso y agitado, y hace que les castañeteen los dientes. Y en la oscuridad del carro se cruzan las miradas con la expresión de un miedo indescriptible y de un sufrimiento infinito...

Sin embargo, sus pensamientos recorren una y otra vez el camino de vuelta, marcado por los profundos surcos de los coches de caballos en la nieve, de regreso al lugar de su nostalgia, al «lugar de bendición».

La medianoche ha pasado. Los carros están ya muy lejos de la ciudad, en medio de la formidable llanura, que la luna inunda con su resplandor y que con los brillantes reflejos de la nieve parece envuelta en blancos, flotantes velos. Los fuertes caballos marchan trabajosamente sobre la gruesa capa de nieve, que se pega tenazmente a los cercos de las ruedas; lentos, casi imperceptiblemente, los vehículos avanzan dando sacudidas; es como si a cada instante fueran a quedarse detenidos.

El frío se ha vuelto terrible y la nieve cae como cuchillos de hielo sobre los miembros que ya han visto mermada gran parte de su movilidad. Y, poco a poco, se ha ido levantando también un fuerte viento, que canta furiosas canciones y golpea los carros. Tira con violencia de las cubiertas de lona, las sacude sin pausa y extiende sus ávidas manos hacia las víctimas, que a duras penas logran sujetarlas con sus dedos helados.

Y la tormenta canta cada vez más alto y en su canción resuenan las voces

de los hombres que rezan, que susurran suavemente, cuyos labios congelados apenas pueden formar las palabras más que con esfuerzo. Bajo su agudo silbido, muere el desesperado sollozo de las mujeres, temeroso del futuro, y el porfiado llanto de los niños, a los que el frío arranca el peso del cansancio.

Las ruedas avanzan gimiendo a través de la nieve.

En el último carro, Lía se estrecha contra su novio, que le habla de la gran desgracia con voz monótona, triste. Y rodea firmemente con su fuerte brazo el cuerpo esbelto y joven de ella, como si quisiera protegerla de los ataques del frío y de cualquier dolor. Y ella lo contempla con mirada agradecida, y en medio de la confusión de lamentos y de la tempestad fluyen algunas palabras de una tierna melancolía que hacen olvidar a ambos la muerte y el peligro...

De repente, una fuerte sacudida que hace temblar a todos.

Y luego el carro se queda parado.

Se oyen confusamente algunos gritos, restallido de látigos y murmullos excitados que llegan desde los tiros delanteros, atravesando la brutal crecida del temporal que no quiere enmudecer. Abandonan los carros, se dirigen presurosos hacia delante, a través del cortante frío, donde un caballo del tiro ha caído y ha arrastrado consigo al segundo. Alrededor de los caballos, los hombres se afanan intentando ayudar, pero no pueden, porque el viento los azota como débiles muñecos insignificantes, los copos les ciegan los ojos y sus manos están congeladas, sin fuerza, los dedos se les han quedado como si fueran de madera, unos junto a otros. Y, por delante, ningún amparo, sólo la llanura, que con orgullosa conciencia de su infinitud se pierde sin límites en el crepúsculo nevado, y la tormenta, que engulle sus gritos sin consideración.

Entonces vuelve a despertar en ellos con toda su plenitud la triste conciencia de su situación. Con una figura nueva, más terrible, la muerte vuelve a tender sus manos hacia ellos, que están juntos, desvalidos en su indefensión frente a las irresistibles, invencibles fuerzas de la naturaleza, frente a las fatales armas de la helada.

Una y otra vez, la tormenta hace retumbar en sus oídos el sonido de las trompetas, que les anuncian estas palabras: «Aquí habrás de morir..., morir...»

Y el miedo a la muerte se convierte para ellos en una sumisa resignación sin esperanza.

Ninguno lo ha dicho en voz alta, a todos les viene la idea a la vez. Suben pesadamente, según se lo permiten sus rígidos miembros, a los carros, y se estrechan unos contra otros para morir.

Ya no esperan socorro.

Se estrechan, cada cual con quien más quiere, para estar juntos en la muerte. Fuera, la tormenta, su eterno acompañante, entona un canto fúnebre, y los copos construyen alrededor de los carros un gran ataúd resplandeciente.

Y, poco a poco, llega la muerte. Por todos los rincones y rendijas se cuela un frío helado, punzante, como un veneno, que sutil, seguro de su efecto, se va apoderando de un miembro tras otro...

Los minutos transcurren lentos, como si quisieran darle tiempo a la muerte para que lleve a plenitud su gran obra de redención...

Pasan largas y pesadas horas, que a cada una de aquellas desesperanzadas almas le parecen una eternidad.

La tormenta canta alegre y ríe furiosa burlándose de este drama de la cotidianidad. Y, despreocupada, la luna dispersa su plata sobre la vida y la muerte.

En el último carro hay una profunda quietud. Algunos ya están muertos; otros, sumidos en el delirio alucinatorio con el que la congelación embellece la muerte. Pero todos están quietos e inanes, sólo los pensamientos se entrecruzan aún, confusos, como ardientes relámpagos...

Josué tiene a su novia abrazada entre sus fríos dedos. Ella ya está muerta, pero él no lo sabe...

Sueña...

Sueña que se sienta con ella en el aposento hinchido de penetrantes aromas; el candelabro de oro flamea con sus siete velas, y todos vuelven a estar sentados juntos como antes. El brillo de la fiesta solemne late en los rostros sonrientes, que pronuncian palabras y oraciones.

Y personas fallecidas tiempo atrás entran por las grandes puertas, incluso sus padres también fallecidos, pero ya no se asombra. Y ellos lo besan tiernamente y le dedican cariñosas palabras. Y cada vez se acercan más, judíos con trajes y vestiduras antiguas, propias de los antiguos

Padres, y llegan los héroes, Judas Macabeo y todos los demás; se sientan a su lado, y hablan, y son felices. Y cada vez se acercan más. La habitación está llena de figuras, sus ojos se fatigan con el trasiego de personas, que cada vez pasan con más rapidez y se cruzan unas con otras, sus oídos zumban con la confusión de sonidos. Zumban y palpitán al ritmo de los latidos de su corazón, cada vez con más y más ardor...

Y, de repente, todo queda en calma, todo pasa...

Ahora, el sol ha salido y los copos de nieve, que todavía siguen cayendo, brillan como diamantes. Y la vasta colina que se ha levantado en medio de la

llanura durante la noche, hecha con capas y capas de nieve, relumbra con el fulgor de las piedras preciosas.

Es un sol fuerte, alegre, es casi un sol de primavera el que de pronto ha empezado a lucir. Y, en realidad, la primavera ya tampoco está lejos. Pronto hará que todo vuelva a brotar y reverdecer, y retirará el blanco lienzo de la tumba de los pobres, perdidos, helados judíos, que nunca en su vida conocieron una primavera...

ESCARLATINA

En casa, sus amigos le habían dicho que cuando fuera a Viena tenía que alquilar una habitación en el barrio de Josefstadt. Estaba cerca de la universidad y a todos los estudiantes les gustaba vivir allí, porque era un distrito tranquilo, un poco anticuado y, además, porque por tradición se había convertido en su barrio principal. Así que, en cuanto hubo abandonado la estación donde había dejado provisionalmente el equipaje, preguntó por el camino y atravesó muchas calles ruidosas, extrañas, cruzándose con toda la gente que corría presurosa en medio de la lluvia como si les persiguieran y sólo le daban información de mala gana.

El tiempo de otoño era implacable. Un fino aguacero caía constantemente, chapoteando y empapándolo todo, desprendía de los árboles amarillentos las últimas hojas temblorosas, tamborileaba en todos los canalones y rasgaba el melancólico cielo en millones de fibras grises. A veces, el viento le lanzaba la lluvia de frente, como si le sacudiera un trapo en la cara, lo empujaba contra las paredes, se abatía fragoroso al par de la incesante lluvia y hacía trizas los paraguas de la gente. Pronto, por las calles, sólo se podían ver ya los negros coches dando sacudidas, con los caballos que exhalaban nubes de vapor y, aquí y allá, alguna sombra fugitiva de alguien que pasaba corriendo.

El joven estudiante fue de casa en casa, subió y bajó muchas escaleras, contento de escapar por unos instantes a la perfida lluvia. Vio muchas habitaciones, pero ninguna era de su gusto. Tal vez, la culpa de ello la tuviera la lluvia y la fría luz gris que hacía que todos los alojamientos parecieran deprimidos y los llenaba de una atmósfera opresiva, enfermiza. Una leve sensación de angustia despertó en él cuando vio la miseria y la suciedad de algunos cuartos, hasta los que subía penosamente por sinuosas, húmedas escaleras; de alguna forma daban una primera idea de las grandes tristezas que se ocultaban tras la fachada de estas pequeñas, encorvadas, descarnadas casas de los arrabales. Su búsqueda se hacía cada vez más desesperada.

Finalmente hizo su elección. Fue en la parte alta de la Josefstadt, ya no muy lejos del Gürtel, en una casa bien antigua, tosca, aunque espaciosa, con un gusto propio del antiguo estilo burgués, donde encontró acomodo. La habitación era sencilla y, en realidad, más pequeña de lo que hubiera deseado, pero las ventanas daban a un gran patio, a uno de aquellos antiguos patios del arrabal, donde había algunos árboles, que ahora susurraban en medio de la lluvia y se estremecían suavemente con el frío. Lo atrajo este verdor tímido, postrero, el recuerdo totalmente perdido de los jardines de su tierra, así como el hecho de que en el vestíbulo, cuando tiró de la campanilla, un canario empezara a cantar en su jaula y no se cansara de ofrecerle sus coloridos trinos mientras él veía la habitación. Le pareció un buen presagio, y la dueña de la casa le gustó, una mujer bastante mayor, apesadumbrada, viuda de un funcionario, según le contó. Ella misma no ocupaba más que un miserable gabinete, con su hija pequeña; al lado tenía su habitación otro estudiante, una tarjeta de visita revelaba su presencia ya en la misma puerta de entrada.

En las pocas horas que quedaban hasta la noche quiso ver todavía, aunque fuera rápidamente, algo de aquella extraña ciudad, anhelada desde hacía mil días, pero la fría lluvia azotada por el viento pronto le quitó las ganas. Entró en un café, se quedó mirando largo rato, sin pensar en nada, cómo la bola blanca rodaba en pos de la roja sobre la mesa de billar, escuchó la conversación de muchas personas desconocidas que lo circundaban y se afanó en dominar el amargo sentimiento de decepción que poco a poco henchía su garganta, exigiendo palabras. Luego intentó volver a andar por las calles, pero la lluvia era demasiado persistente. Empapado, calado hasta los huesos, entró en una fonda para tomar una cena fría, presuroso y sin ganas, y luego se marchó a casa.

Y ahora estaba en su habitación y miraba lo que tenía a su alrededor. Las pocas cosas que había estaban amontonadas unas al lado de otras, como olvidadas, sin orden ni concierto, sin gracia ni vitalidad: dos antiguos armarios inclinados hacia delante, que gemían cuando uno se acercaba a ellos; una cama con una colcha descolorida; una lámpara blanca, que pendía en la melancólica oscuridad de la habitación envuelta en penumbras; una antigua estufa vienesa que parecía muy frágil. Entre todo aquello, algunas impresiones a color y fotografías, objetos pálidos sin relación entre sí, caras extrañas, que seguramente ya llevaban años allí, se miraban fijamente sin reconocerse. Un frío gélido se colaba a través del suelo de tarima desnivelado, la única ventana que había cerraba mal y tableteaba inquieta cuando el viento arrojaba la lluvia contra los cristales.

Sentía frío. Se encontraba extraño entre todos aquellos trastos viejos. ¿Quién habría dormido en aquella cama, quién habría descansado en aquel sillón, quién se habría mirado en aquel espejo en el que ahora veía su propio

rostro infantil, pálido, lleno de miedo y casi lloroso? Aquí nada le recordaba algo pasado o vivido, todo era extraño y sentía el frío hasta en la sangre.

¿Debía irse ya a la cama? Eran las nueve. Por primera vez dormía bajo techo extraño. Ahora, en casa, estarían sentados, iluminados amablemente por la dorada luz de la lámpara, alrededor de la mesa redonda, conversando tranquilamente. Sabía que ahora Edith, su rubia hermana, no tardaría en levantarse y se iría a sentar al piano, e incluso tocaría una melancólica sonata o algún risueño vals, exactamente lo que él le pidiera. Pero ¿dónde estaba hoy él, que de otra forma se encontraría de pie, en la sombra, junto al piano, y soñaría con los sonidos, hasta que ella se levantara y le diera cordialmente las buenas noches?

No, no podía dormirse aún. Empezó a sacar sus escasas pertenencias de la maleta, que, entretanto, había mandado recoger. Todo había sido cuidadosamente guardado por los suyos, y según iba deshaciendo el ordenado equipaje tuvo que pensar en las manos que lo habían hecho por amor a él. Entre los libros encontró, gratamente conmovido, una sorpresa, un retrato de su hermana que ella le había deslizado a hurtadillas, con una dedicatoria cariñosa. La contempló largo rato, aquel rostro claro, sonriente, y luego la colocó sobre el escritorio para que lo mirara con cariño y lo consolara a él, al sin hogar. Pero le parecía como si la sonrisa de la imagen se estuviera volviendo cada vez más triste, como si allí, en medio de la oscuridad, compartiera algo de su propia tristeza. Apenas se atrevía a mirarla ya de lo oscura que le parecía.

¿Debía volver a salir de aquel triste y desconsolado aposento? Cuando se acercó a la ventana vio la lluvia fluir sin descanso. Sobre los turbios cristales se acumulaban las gotas, se quedaban paradas, hasta que una cogía a otra y entonces resbalaban rápidamente por el cristal abajo, como lágrimas sobre las tersas mejillas de un niño. Siempre llegaban otras nuevas y siempre volvían a escurrir, de todas partes, como si afuera un mundo entero llorara su tristeza con millones de lágrimas. Se quedó allí, de pie, por espacio de una media hora. Este juego leve, susurrante, lleno de sordo pesar, este constante escurrir de gotas, la incomprensible música de los sonoros árboles..., la prodigiosa imagen de las lágrimas gorgoteando embargó profundamente su corazón. Se abatió sobre él una tristeza desatada, que clamaba por encontrar lágrimas.

Quería explotar. ¿Y aquélla era su primera noche en Viena? ¡Cuántas veces la había anticipado, viviéndola en sueños, en las conversaciones con su hermana y los amigos! No se había imaginado nada en concreto, pero sí algo delirante y esplendoroso, un lanzarse precipitadamente por las calles chispeantes, adelante, siempre adelante, como si mañana toda la pompa no fuera a estar allí, como si en la primera hora ya quisiera vivir algo inolvidable. En la risueña conversación se había visto cantando loco de alegría, agitando el

sombrero y con el corazón palpitante. Y ahora estaba allí, ante un cristal opaco, pasando frío, solo, y miraba cómo se deslizaban las gotas, dos y ahora tres y de nuevo dos, miraba absorto cómo creaban carriles invisibles por los que bajaban rodando, y cerró fuertemente los párpados para que sus lágrimas no se derramaran también de repente y cayeran sobre sus frías manos. ¿No era lo que ansiaba desde hacía años?

¡Pero qué lentamente pasaba el tiempo! La aguja en la caja de madera del antiguo reloj avanzaba arrastrándose de manera casi imperceptible. Y cada vez sentía más amenazadora la angustia de la noche, este incomprendible temor infantil a estar solo en esta habitación extraña, la fiera nostalgia del hogar, que ya no podía negar. Estaba completamente solo en aquella gigantesca ciudad, en la que palpitaban millones de corazones, y nadie le dirigía la palabra más que esta lluvia burlona, charlatana, nadie lo escuchaba o lo miraba, a él, que se debatía allí entre sollozos y lágrimas, que se avergonzaba de ser como un niño y, sin embargo, no sabía cómo librarse de aquel temor, que estaba tras la oscuridad y lo observaba fijamente, sin compasión, con ojos de acero. Nunca había ansiado tanto una palabra como ahora.

Entonces, la puerta de al lado rechinó y se cerró ruidosamente. Él, que estaba acurrucado, se levantó de un salto y escuchó. Una voz áspera y, sin embargo, educada tarareó al lado una estrofa suelta de una canción estudiantil, luego sonó el chasquido de una cerilla al rascar y escuchó el manejo de la lámpara que evidentemente se encendía ahora. Sólo podía ser su vecino, un estudiante de derecho, según le había contado su casera, que se encontraba a las puertas de sus últimos exámenes. Respiró profundamente, porque, por un momento, sintió un alivio en su desamparo. Dentro crujían los pesados, vigorosos pasos del otro yendo y viniendo sobre el entarimado, la canción sonaba cada vez más clara, y, de repente, se avergonzó de estar allí, escuchando así, alargando el oído tembloroso, y se deslizó sin hacer ruido hasta la mesa, como si temiera que el de al lado lo pudiera ver a través de la pared.

Entonces, la voz se calló y también cesó el ir y venir. Era evidente que su vecino se había sentado. El susurro de las gotas empezó a influir de nuevo en su ánimo y la soledad, con todo su pavor, volvió a asomar saliendo de la oscuridad.

Era como si fuera a ahogarse en aquella estrechez. No, ahora no podía quedarse solo. Se incorporó, esperó hasta que las mejillas perdieron el rubor de haber estado echado, probó la voz carraspeando, y acto seguido se deslizó fuera y se dirigió a la puerta del vecino. Se detuvo por dos veces, pero luego su dedo llamó tímidamente a la puerta del extraño.

Siguió un silencio que denotaba sorpresa. Luego sonó un claro:

«¡Adelante!»

Puso la mano en el tirador y abrió la puerta. Una bocanada de humo azul salió a su encuentro. La reducida habitación estaba completamente llena de vaho, y al principio todos los objetos se perdían en la espesa niebla que fluctuó con la corriente de aire. Su vecino estaba de pie, muy erguido, y miraba con sorpresa a quien entraba. Ya se había quitado el chaleco y el gilet, la camisa medio abierta mostraba desenfadadamente un pecho ancho, cubierto de pelo, los zapatos estaban tirados por el suelo a derecha e izquierda. Era de compleción fuerte y recia como un campesino; allí de pie, con la pequeña pipa de shag en la boca, cuyo humo lanzó ahora con fuerza hacia la puerta, se parecía más a un trabajador que a un estudiante.

El que entraba balbució unas palabras:

—Me he mudado hoy aquí y quería presentarme como su nuevo vecino.

Su compañero de enfrente juntó mecánicamente las piernas:

—Mucho gusto. Schramek, derecho.

Para reparar su falta, el visitante dijo su nombre precipitadamente:

—Bertold Berger.

Schramek le recorrió con una mirada.

—¿Es su primer curso?

Berger asintió y añadió inmediatamente que también era su primer día en Viena.

—Naturalmente, estudiará usted derecho. La gente no hace más que estudiar derecho.

—No, quiero matricularme en la facultad de medicina.

—Bueno, ¡bravo!, por fin uno que... ¡Pero, por favor, siéntese!

La invitación era cordial.

—Tome un cigarrillo, estimado colega.

—Gracias, no fumo.

—¡Bah!..., ya lo hará. Los no fumadores están en vías de extinción. Entonces, un coñac. Uno bueno.

—Gracias..., muchas gracias.

Schramek se encogió de hombros riendo.

—Querido colega, no se enfade, pero creo que usted es lo que llaman un sosaina. Ni bebe coñac, ni fuma, es muy sospechoso.

Berger se puso rojo. Se avergonzaba de haber sido tan poco hábil y de haber revelado inmediatamente su torpeza, pero se daba cuenta de que decir que sí a destiempo acabaría resultando todavía más ridículo. Por decir algo, volvió a disculparse por la visita nocturna. Pero Schramek no le dejó terminar, lo retuvo con un par de preguntas. Prácticamente eran paisanos, uno de la Bohemia alemana, el otro de Moravia, pronto encontraron además un conocido común entre sus recuerdos. En pocos momentos, su conversación se volvió muy animada. Schramek le habló de sus exámenes y de su corporación, de las cien cosas tontas que a los estudiantes con un temperamento como el suyo les parece que encierran el sentido de esos años. Había una cordialidad muy viva en su relato, una amenidad algo ruidosa y una práctica rutinaria, casi presuntuosa. Era evidente que se alegraba de imponerse a un novato, a un provinciano. Y tenía más éxito de lo que suponía. Berger escuchaba todas estas cosas con una curiosidad indescriptiblemente ansiosa, porque le parecía que le anunciaban la nueva vida que le esperaba aquí, en Viena; le gustó el enérgico discurso, el modo en que Schramek lanzaba el humo en amplios conos azules mientras fumaba. Se fijaba en cualquier pequeñez, porque era el primer estudiante auténtico con el que se encontraba, y no tuvo más elección que considerarlo perfecto.

También a él le habría gustado contarle algo, pero todo lo de casa le parecía de repente tan insignificante frente a todas estas cosas nuevas, tan poco aparentes y banales las bromas del instituto, las experiencias de la provincia, sus propios pensamientos y palabras hasta entonces, le parecía de repente que pertenecían a la infancia, y que era precisamente allí donde estaba el comienzo de la edad adulta. Schramek no se preocupaba en absoluto de su silencio y sentía un gran regocijo al ver la tímida mirada de asombro del novicio. A petición de él, Berger recorrió con dedos cuidadosos las tres cicatrices que trazaban una aguda marca roja sobre la rapada cabeza de Schramek, y se asombró con la narración del desafío y el duelo entre estudiantes. Se sentía asustado y, sin embargo, ardía en deseos de enfrentarse pronto, cara a cara, con un rival, y le pidió a Schramek que le dejara coger un momento uno de los sables que descansaban en la esquina de la habitación. A decir verdad fue una experiencia dolorosa para él constatar que sólo lo podía levantar con gran esfuerzo: volvió a notar lo débiles e infantilmente escuálidos que eran sus brazos, y sintió la diferencia entre él y este chico robusto, fornido, con una repentina envidia. Le parecía algo del todo inaudito que se pudiera hacer un molinete en el aire con un sable así tan fácilmente, hacer silbar el acero, romper la resistencia de la parada con todas tus fuerzas y lacerar el rostro de otro. Todas aquellas cosas triviales le parecían de lo más formidable y dignas de admiración, como grandes hazañas que merecían el esfuerzo, y la tímida admiración con la que él hablaba de ello sólo hizo que Schramek se volviera todavía más locuaz y familiar. Le habló como a un

amigo y desplegó ante él el cuadro abigarrado y chillón de su vida entera, que nunca se salía del ideal estudiantil, y al que Berger se quedó mirando embelesado. Aquí había encontrado al heraldo de su nueva vida.

A medianoche se dijeron por fin adiós. Schramek sacudió cordialmente la mano de Berger, le palmeó en el hombro y le aseguró, con aquel espontáneo sentimiento de amistad que sólo se entiende en esos años, que era un «buen tipo», lo que colmó de una alegría infinita al joven totalmente absorto.

Completamente embriagado por todas estas impresiones, volvió a su habitación que, de repente, ya no le pareció tan solitaria y sombría, aunque la lluvia seguía azotando en la ventana y el frío soplaba por todas las junturas. Su corazón estaba lleno del brillo de todas aquellas cosas tan ajenas a él, y sintió como una suerte indescriptible el haber encontrado a un amigo justo el primer día. Por lo demás, en sus sentimientos se mezclaba una vaga tristeza melancólica, sintió lo débil, lo infantil, lo escolar que era al lado de esa persona, que se alzaba a pie firme sobre la vida. Él siempre había sido el más débil, mimado y enfermizo entre sus camaradas, siempre retraído en el juego y en las alegres locuras, pero sólo hoy se había dado cuenta de ello con pesar. ¿Podría llegar a ser alguna vez como ese Schramek: tan firme, tan fuerte, tan libre? Lo invadió el furioso anhelo de poder hablar tan viva y enérgicamente, tener músculos, poder agarrar la vida con firmeza y no pactar con ella de ninguna manera. ¿Podría llegar a ser así alguna vez? Desconfiado, miró en el espejo su rostro infantil, tímido, delgado y sin barba y volvió a recordar que apenas había podido levantar el sable con ese débil brazo en el que no resaltaba ningún músculo. Recordó que hacía dos horas casi había llorado como un niño, sólo porque estaba oscuro y hacía frío, y no tenía a nadie a su alrededor. La angustia se abatió blandamente sobre él: ¿qué sería de él, del débil, del infantil, en esta ciudad extraña, en esta nueva vida, donde se necesitaba la fuerza, el valor y la arrogancia? No —cobró ánimo impetuosamente—, quería luchar hasta cumplir con todas las exigencias, ser como su amigo, fuerte y poderoso, lo quería aprender todo de él, el paso bamboleante, la manera clara y enérgica de hablar, quería fortalecer sus músculos, convertirse en un hombre como él. Tristeza y alegría, esperanza y desánimo se entremezclaban, sus sueños se confundían cada vez más. Sólo cuando la lámpara empezó a echar humo, vio que se había hecho tarde, y se fue a la cama a toda prisa. Fuera todavía seguía tamborileando la implacable lluvia de septiembre.

Ése fue el primer día de Bertold Berger en Viena.

Y así siguió siendo tiempo después: tristeza y alegría, esperanza y decepción entremezclándose incesantemente, un sentimiento nada claro, pero siempre una sensación de extrañeza y de no acostumbrarse. Lo grande, lo nuevo, lo insólito que había esperado de su independencia, de su época de

estudiante, de Viena, no quería aparecer. Naturalmente, había algunas cosas hermosas: Schónbrunn, con el suave brillo de septiembre, los dorados paseos que conducían lentamente hasta la glorieta y aquella vista sublime, sobrecogedora desde allí arriba, dominando el noble jardín y el palacio imperial. O los teatros, con sus representaciones y la fascinante reunión de tanta gente exquisita, el espectáculo de elegancia en los actos sociales y las fiestas, la calle, que a veces le ofrecía a uno el desfile de tantas caras hermosas y extrañas, y brillaba con mil promesas y seducciones. Pero no era más que un simple espectáculo que contemplar y nunca participaba en él; no era más que la ávida lectura de un libro abierto, nunca la inmediatez de una conversación, de una vivencia.

Precisamente en aquellos primeros días hizo un único intento de introducirse en aquel nuevo mundo. Tenía parientes en Viena, gente distinguida, a los que visitó y que entonces lo invitaron a compartir mesa con ellos. Fueron muy amables con él, incluso sus primos, que tenían aproximadamente su misma edad, y, sin embargo, se notaba demasiado que al invitarlo sólo estaban cumpliendo con una obligación, se daba cuenta de cómo miraban su traje, con una sonrisa reprimida y compasiva, se avergonzaba de su elegancia provinciana, de su timidez, que tenía que ser lamentable en comparación con el carácter seguro de sus primos, y se alegró cuando pudo despedirse. Jamás volvió allí.

Así que todo lo empujaba a retomar la amistad de aquella primera noche, a la que se entregó con todo el apasionamiento de alguien que, a medias, sigue siendo un niño. Se confió por completo a este hombre fuerte, sano, que aceptó de buen grado su exaltado cariño y sólo correspondió a él con aquella cordialidad siempre dispuesta de las personas interiormente indiferentes. Algunos días después, Schramek le propuso a Berger, quien se ruborizó de alegría, que se tutearan, algo que, después de algún tiempo, todavía no le salía más que torpe y tímidamente, por el respeto tan fuera de lo común que sentía ante la superioridad de su amigo. A menudo, cuando iban juntos, lo miraba furtivamente de soslayo, para aprender aquella manera de andar segura, de gran vuelo, y, luego, la forma desenvuelta en que se dirigía a cualquier chica guapa; incluso sus malas costumbres le gustaban, aquel molinete de esgrima con el bastón cuando iba por la calle, el constante olor a tabaco de pipa en la ropa, la conversación ruidosa y desafiante en los locales y las bromas, muchas veces estúpidas. Podía pasarse horas enteras escuchando a Schramek, mientras le contaba las historias más insulsas sobre muchachas, desafíos y partidas; sin quererlo, todas aquellas cosas, que no iban en absoluto con su carácter, acabaron siendo importantes para él, se alteraba por ellas, le parecía que eran la auténtica, la verdadera vida, y ardía en deseos de vivir también él algo así. En secreto, esperaba que Schramek lo introdujera alguna vez en una aventura como aquéllas, pero tenía una extraña manera de excluirle de las grandes

ocasiones. Evidentemente, tenía la sensación de que aquel rostro infantil y sin barba era muy poco presentable, porque rara vez lo llevaba con él cuando iba a la corporación estudiantil y, la mayoría de las veces, sólo se encontraban en el café o en sus habitaciones. Y la iniciativa siempre debía partir de Berger.

No había tardado en notarlo y pesaba sobre él como una losa en el corazón. En su amistad, como en cualquier amistad entre gente muy joven, había algo de amor: la impetuosa pasión y, además, leves celos. Un sentimiento de rabia, que naturalmente no se atrevía a expresar, se apoderaba de él cuando notaba que Schramek se mostraba tan cordial y, a menudo, incluso más jovial con gente totalmente simple, sin importancia, que había acabado de conocer, que con él mismo. Y, además, se daba cuenta de que en las pocas semanas que hacía que lo conocía no se había aproximado a él ni un paso más que en aquella primera noche, por mucho que él se hubiera entregado. Le irritaba que Schramek no mostrara por ninguno de sus asuntos nada del interés que él derrochaba a raudales por los suyos, que nunca le diera ni más ni menos que un cordial saludo y, luego, se pusiera hablar inmediatamente de sus propias cuestiones, sin apenas escuchar cuando Berger decía algo de las suyas.

Y luego lo más amargo: con cada palabra, Berger notaba que Schramek no lo tomaba en serio. ¡Empezando ya por cómo lo llamaba! En lugar del Bertold del principio, ya sólo lo llamaba «nene». Sonaba cariñoso y cordial, pero, con todo, le hacía daño. Porque daba justo en la herida que ya hacía años que sangraba en él sin cicatrizar: que siempre lo consideraran un niño. Durante años le dolía en lo más íntimo; en la escuela había sido como una muchacha, ¡a todos les parecía tan mimado y además era tan tímido!; y, ahora, que tenía que ser un hombre, parecía un muchacho y tenía toda su timidez y su nerviosa sensibilidad. La gente nunca se creía que ya fuera un estudiante universitario. Naturalmente, aún no había cumplido los dieciocho años, pero debía de parecer mucho más joven todavía, para dar una impresión tan infantil. Cada vez se reafirmaba más en la sospecha de que Schramek se avergonzaba de él ante sus camaradas sencillamente por su aspecto externo.

Una tarde tuvo la completa seguridad de que así era.

Había estado vagando por la ciudad durante mucho rato y había vuelto a sentir con profundo dolor la absoluta soledad en medio de las agitadas calles. Así que entró en la habitación de Schramek para charlar un rato. Éste lo saludó cordialmente desde el sofá, sin levantarse.

Sobre la mesa se encontraba la capa de la corporación estudiantil, de color rojo ardiente, y a Berger le saltó a la vista. Aquél era su deseo más ardiente, más oculto, ser presentado por Schramek en su corporación; allí tendría por fin todo aquello de lo que le dolía tanto carecer: trato confiado, un hogar; allí podría convertirse en lo que quería ser: fuerte, viril, todo un tipo. Hacía

semanas que esperaba una propuesta de Schramek, a menudo le había hecho insinuaciones encubiertas, muy prudentes, pero era obvio que habían pasado inadvertidas. Y, ahora, aquella capa le ardía en los ojos; le parecía que se estremecía sobre la mesa como una llama viva, temblaba y ardía, fascinaba todo su pensamiento. No pudo evitar hablar de ello.

—¿Vas a ir mañana a la taberna de estudiantes?

—Claro que sí —dijo Schramek, animándose de inmediato—. Será enormemente divertido. Se va a admitir a tres nuevos corporados de primer curso; en realidad, son tipos muy populares, buenos chicos. Yo tengo que asistir como segundo miembro del comité directivo de la corporación de estudiantes. Será enormemente selecto. Así que el jueves no me despiertes antes de las dos de la tarde, lo más seguro es que no volvamos a casa antes del amanecer.

—Sí, me imagino que será enormemente divertido —dijo Berger. Esperaba.

Schramek no decía nada. ¿Para qué seguir hablando?

Pero en la mesa le tentaba la capa, rojo ardiente, rojo fuego..., resplandeciente como la sangre.

—Oye..., dime, ¿no podrías presentarme allí en alguna ocasión...? Simplemente llevarme contigo, claro está... ¿Sabes? Me gustaría verlo algún día.

—Bueno, sí, vente alguna vez. Mañana no puede ser, claro. Pero algún día puedes ir a verlo, como invitado, naturalmente. No creo que te guste, nene, porque a menudo se encuentra desierto, pero si túquieres...

Berger sintió algo subiéndole por la garganta. Esa capa, ese tentador sueño rojo, lo veía de repente como envuelto en una niebla. ¿Eran lágrimas? Furioso y tragando saliva se le escapó sin querer:

—¿Por qué no me habría de gustar? ¿Por quién me tomas? ¿Acaso te parezco un niño?

Algo debió de haber en la voz, en el tono, porque Schramek se levantó de un salto. Se acercó a Berger, ahora de forma verdaderamente cordial, y le palmeó en el hombro.

—No, nene, no debes enfadarte, no he querido decir eso. Pero como te conozco, creo que, en realidad, no sirves para algo así. Eres demasiado fino, demasiado formal, demasiado decente, demasiado así. Allí tienes que ser colérico, un tipo por el que los demás sientan respeto, por no hablar ya de la bebida. ¿Te imaginas participando en una bacanal o en una riña como las que se dan en el aula ahora a cada momento? No es ninguna desgracia, pero el

caso es que no encajas en ese ambiente.

No, no encajaba; se daba cuenta de que en eso Schramek tenía razón. Pero ¿dónde encajaba? ¿Para qué le necesitaba a él la vida? No lo sabía. ¿Debía enfadarse con Schramek o estarle agradecido por manifestar su opinión abiertamente? Éste, naturalmente, había vuelto a olvidarlo en un minuto y seguía charlando, pero al otro lo iba corroyendo cada vez más profundamente la idea de que todos lo consideraban inferior. La capa roja que estaba allí en la mesa lo miraba con malos ojos. No se quedó mucho rato aquella noche y se fue a su habitación, donde permaneció sentado hasta bien pasada la medianoche, con las manos apoyadas sobre la mesa, inmóvil, mirando fijamente la lámpara.

Al día siguiente, Bertold Berger cometió una estupidez. No había dormido en toda la noche atormentado por la idea de que Schramek lo considerase inferior, cobarde, un niño. Y por eso había decidido probarle que no le faltaba valor. Quería buscar pendencia, un duelo, para demostrarle que no tenía miedo.

No lo logró. En el trato con Schramek había aprendido por sus conversaciones cómo había que comenzar este tipo de cosas. En la pequeña habitación baja del restaurante del arrabal donde Berger comía, se sentaban frente a él a diario algunos estudiantes pertenecientes a corporaciones estudiantiles. No era difícil buscar jaleo con ellos, porque nunca hablaban de otra cosa, todo su pensamiento giraba en torno a los llamados ultrajes al honor.

Al pasar junto a su mesa, rozó intencionadamente un sillón y lo derribó. Luego continuó tranquilo, sin pararse a pedir disculpas. El corazón le latía en el pecho.

Al momento sonó a su espalda una voz cortante y amenazadora.

—¿No puede tener más cuidado?

—¡Vaya usted a leerle la cartilla a otro!

—¡Qué caradura!

Entonces se dio la vuelta, pidió la tarjeta y dio la suya. Se alegró de que la mano no le temblara al hacerlo. Todo había sucedido en un segundo. Cuando salía orgulloso, todavía escuchó risas en la mesa y a uno de ellos que decía divertido:

—¡Vaya crispín!

Eso echó a perder su sentimiento de orgullo.

Y, entonces, se dirigió precipitadamente a su casa. Con las mejillas ardiéndole, tartamudeando de alegría, asaltó en su habitación a Schramek, que

se había acabado de levantar, le contó todo, callándose, por supuesto, el último comentario y también el hecho de que había volcado el sillón deliberadamente. Estaba claro que Schramek tenía que ser su padrino.

Había esperado que Schramek le daría una palmada en el hombro y celebraría lo buen tipo que era. Pero éste se quedó mirando pensativo la tarjeta de visita, dejó escapar un silbido a través de los dientes y dijo molesto:

—¡Pero cómo te has ido a buscar precisamente a éste! Es un tipo fuerte como un roble, uno de nuestros mejores tiradores de esgrima. Te hará pedazos como si nada.

Berger no se asustó. Que sería puesto fuera de combate le resultaba evidente, porque nunca había tenido un sable en la mano. Casi se alegró de que fuera a tener una profunda cicatriz en la cara: de ese modo, los demás ya no le podrían seguir preguntando si era estudiante o no. Pero lo que lo dejó desagradablemente impresionado fue el comportamiento de Schramek, que, con la tarjeta en la mano, iba y venía sin parar de un lado a otro y murmuraba:

—Esto no será fácil. Te llamó caradura, ¿no es cierto? —Al final, Schramek acabó de vestirse y le dijo a Berger—: Voy a ir ahora mismo a nuestra corporación y te buscaré al segundo representante. No te preocupes, ya arreglaré yo el asunto.

En realidad, Berger no estaba en absoluto preocupado. Sentía una desbordante y casi exagerada alegría; ahora, por primera vez, iba a ser tratado oficialmente como estudiante, como hombre, iba incluso a tener sus aventuras. De repente, casi sintió fuerza en las articulaciones y entonces, cuando tomó el sable e hizo un molinete con él, prácticamente le pareció coser y cantar el lanzar una fuerte estocada. Toda la tarde la pasó soñando con el duelo, yendo de un lado a otro resueltamente, y la certeza de que sucumbiría no le afectaba en absoluto. Al contrario, precisamente entonces podría demostrar a Schramek y a los otros que no tenía miedo, permanecería en pie aunque la sangre le corriera por la cara y por los ojos, permanecería en pie, aunque quisieran llevárselo a rastras. Entonces tal vez hasta le ofrecieran la capa roja.

Su sangre se había caldeado. Cuando Schramek volvió esa tarde, a las siete, le salió al encuentro de un salto, completamente enardecido. También Schramek estaba de muy buen humor.

—Por fin, nene. Todo está bien, el asunto está arreglado.

—¿Cuándo nos enfrentaremos?

—Pero, nene, no permitiremos que te enfrentes con él. El asunto, como es natural, está arreglado de forma amistosa.

Berger se quedó pálido como un muerto, sus manos temblaban, la ira

estalló en él y se acumuló en sus ojos pidiendo lágrimas. Habría podido golpear a Schramek en la cara mientras ahora éste le decía:

—No fue fácil, claro está, ¡y la próxima vez ten más cuidado! ¡No siempre sale tan bien!

Berger se debatía en vano buscando una palabra. Pero la decepción era demasiado terrible. Al final, ahogando el llanto, dijo:

—Te lo agradezco mucho de todas formas. Pero no me has hecho ningún favor.

Y salió. Schramek se le quedó mirando desconcertado. Achacó aquel extraño comportamiento a la excitación del novato y no especuló más sobre ello.

Berger empezó a volver la vista atrás. Quería buscar, de una vez por todas, el fundamento de su vida. Ya hacía semanas que estaba allí y no había ido más lejos que el primer día. Como nubes flotando en el viento, las imágenes pasaban volando lentamente y se perdían una tras otra en la lejanía, las fantásticas promesas de su infancia palidecían y se desvanecían en la niebla. ¿Ésa era Viena realmente, la gran ciudad, el sueño de tantos años, anhelada con impaciencia acaso desde el mismo día en que por primera vez puso con letras torpes, desmañadas, la palabra «Viena» en un papel? Entonces, seguramente sólo pensó en muchas casas y en que los carruseles debían de ser más grandes y coloridos que el que había en la plaza del mercado cuando era fiesta mayor. Y, luego, poco a poco había ido recopilando los colores de numerosos libros, había puesto a pasear coquetamente a las mujeres seductoras, deseables, por las calles, había ocupado las casas con audaces aventureros, había llenado las noches con tremenda camaradería y todo ello lo había sumergido en el fragoroso torbellino que se llamaba juventud y vida.

¿Y qué había ahora? Una habitación, estrecha y fría, de la que huía por la mañana para pasar algunas horas en sudorosas salas de estudio; una fonda, donde engullía rápidamente la comida; un café, donde mataba el tiempo mirando absorto periódicos y a la gente; un paseo sin rumbo por las ruidosas calles, hasta que se cansaba y volvía a su estrecha y fría habitación. Una o dos veces fue también al teatro, pero siempre le resultó una amarga experiencia. Porque cuando estaba allá arriba, en el gallinero, apiñado junto con otras muchas personas que no sabían nada de él, veía abajo, en el patio de butacas y en los palcos, a los señores, elegantes y flexibles; a las damas, seductoras, adornadas con joyas y descubriendo su desnudez; cómo se saludaban todos, riendo y se salían al encuentro rebosantes de alegría. Todos se conocían, todos se correspondían. Los libros no habían mentido. Aquí estaba la realidad de todas aquellas aventuras, de las que a menudo dudaba, porque no le llegaban, allí estaba el mundo que normalmente se escondía en las calladas casas, allí

estaban las experiencias, la aventura, el destino. Se daba cuenta de que hasta el oro de la vida se bajaba por muchas minas. Pero allí estaba él, miraba y no podía entrar. En realidad, las observaciones de su infancia habían sido correctas: aquí el colorido, el brillante carrusel era más grande que el de su casa; su música, más alta y delirante; el balanceo, más salvaje y vertiginoso, dejaba sin aliento. Pero Berger estaba a un lado y no viajaba en él.

No era sólo su timidez lo que lo mantenía al margen. También la pobreza le ataba las manos. Lo que recibía de casa en cantidad suficiente, le resultaba demasiado escaso. Lo mantenía justo por encima de los escollos de la necesidad, sólo le llegaba para esa vida cotidiana, tranquila y sencilla, nunca habría alcanzado para un derroche delirante, que, sin embargo, es la inclinación de la juventud. No habría sabido gastar el dinero, pero le hacía avergonzarse la conciencia de que todo aquello le estuviera vedado, lo que de forma nebulosa se le antojaba extremadamente hermoso y embriagador: atravesar el Prater a toda velocidad, desenfrenado, en un coche de punto, o pasar una noche bebiendo champán en algún lugar, en un local elegante con mujeres y amigos, por una vez tirar el dinero, sin pensar, por un loco capricho. Le asqueaban aquellas secas francachelas de estudiantes, en cervecerías llenas de humo, y en su interior cada vez crecía más el ardiente deseo de librarse por una sola vez del monótono trajín de los días con algo delirante, de un sentimiento más vivo, en el que resonara algo del gran compás de la vida, del desenfrenado ritmo de la juventud. Pero todo aquello le estaba vedado, y el final de todos los días era aquella monótona vuelta a casa por la tarde a su reducida y odiada habitación, donde las sombras se alargaban, extendiéndose como manos malignas y el espejo brillaba como helado, donde por la noche temía el despertar de la mañana y, por la mañana, el largo, soporífero, aburrido y monótono día hasta la llegada de la noche.

En esa época empezó a dedicarse a los estudios con un afán nada común, con una cierta desesperación. Era el primero en llegar a las aulas y laboratorios, y el último en marcharse, trabajaba con un ansia febril e indolente, sin preocuparse de sus compañeros entre los que pronto se hizo impopular. Con esta desenfrenada actividad buscaba reducir su nostalgia de otras cosas y lo logró. Por las noches estaba tan cansado de trabajar que muchas veces ya ni siquiera tenía necesidad de hablar con Schramek. Siguió trabajando ciegamente, sin ninguna ambición, simplemente por adormecerse y no pensar en lo mucho a lo que tenía que renunciar. Comprendía que había un maravilloso misterio en aquella fiebre, con la que mucha gente lograba olvidar la inutilidad y el vacío de su vida entera, y esperaba además poder darle así un sentido a su vida, olvidando, evidentemente, que la primera juventud no quiere un sentido de la vida, sino la vida misma en toda su diversidad.

Una tarde, cuando volvía a casa de la universidad algo más pronto que de

costumbre, al pasar ante la puerta de su amigo, se le ocurrió que ya hacía cuatro días que no lo había visto. Llamó a la puerta. Nadie le respondió. Pero era lo habitual en Schramek, que a menudo seguía durmiendo por la tarde, cuando había pasado la noche de juerga con sus amigos.

Cuando abrió la puerta le pareció que la obscura habitación estaba vacía. Pero algo se movió de repente en el fauteuil junto a la ventana: una muchacha grande, sonriente, que estaba sentada en el regazo de Schramek, se levantó de un salto.

Berger quiso salir de inmediato. Era evidente que no habían oído su llamada, y se sentía muy incómodo. Pero Schramek también se levantó de un salto, cogió del brazo a su disgustado amigo y lo hizo pasar.

—¿Ves? Así es él. Tiene tanto miedo de una muchacha como de una araña. ¡Ah, no!, no te escapes. Ya ves, Karla, éste es el nene, del que ya te he hablado.

—No veo ná de ná —dijo riéndose con una voz clara, algo ruidosa.

Era cierto, había demasiada obscuridad. Berger sólo distinguía confusamente el brillo de los blancos dientes y un par de ojos risueños a través de la penumbra.

—Entonces, hágase la luz —dijo Schramek, y fue a encender la lámpara.

Berger se encontraba muy incómodo, sentía latir inquieto su corazón, pero ya no había escapatoria.

Había oido hablar de aquella Karla antes. Era la amante de Schramek desde hacía algunas semanas, una muchacha cualquiera de un comercio, una cosa graciosa. A menudo los había oido reír y susurrar a los dos desde su habitación, pero, sin embargo, había sabido arreglárselas, tímido como era, para no encontrarse nunca con ellos.

La luz se encendió. Ahora la vio allí, de pie, alta y hermosa, una muchacha ancha, fuerte, sana, con formas voluminosas, ardiente pelo rojo y grandes ojos risueños. Era algo ruda, con cierto aspecto de sirvienta y, además, desaseada en su vestido y su peinado; ¿o acaso Schramek se los acababa de desordenar? Parecía que sí. Pero la forma desenfadada, tan alegre en que se dirigió a él, le tendió la mano y le dijo hola fue bonita.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Schramek. Le divertía una barbaridad poner nervioso a Berger.

—Es más guapo que tú —se rio Karla—, sólo que es una auténtica lástima que sea tan calladito.

Berger se puso rojo y quiso decir algo, entonces Karla se rio y saltó hacia

Schramek.

—¡Mira, se pone rojo cuando le hablas!

—Déjalo en paz —dijo Schramek—. No soporta a las chicas. ¡Es tan tímido!, pero ya lo espabilarás.

—Naturalmente, no estaría mal. Venga acá, que no voy a morderlo.

Lo cogió resueltamente por el brazo para forzarlo a sentarse.

—Pero, señorita... —tartamudeó el desvalido Berger.

—¿Has oído? Ma llamo señorita, señorita. Señor nene, prefiero que no me llame señorita, llámeme Karla de una vez por todas.

Los dos se tronchaban de risa, Schramek y Karla. Debía de tener un aspecto desvalido; Berger se dio cuenta y para no parecer tan digno de lástima, se rio con ellos.

—¿Sabes qué? —dijo Schramek—. Vamos a pedir vino. Tal vez entonces no sea tan tímido. Venga, nene, adelante, convídanos a una botella o mejor dos. ¿Quieres?

—Naturalmente —dijo Berger.

Poco a poco se fue sintiendo más seguro; era simplemente que al principio lo habían cogido por sorpresa. Salió, llamó a la casera y ésta trajo vino y vasos, y entonces se sentaron los tres alrededor de la mesa, charlaron y rieron. Karla se había sentado al lado de Berger y bebía a su salud. Él estaba sensiblemente más animado. A veces, cuando se dirigía a Schramek, se atrevía incluso a mirarlo de frente. Ahora ella le empezaba a gustar más. El pelo dorado como el fuego sobre la nuca completamente blanca ofrecía un contraste seductor. Y, entonces, se apoderó de él una espontánea vivacidad, una energía desenfrenada, fuerte, llena de temperamento, y no pudo dejar de contemplar su sensual boca de color rojo, que se abría al reír y mostraba los fuertes dientes, blancos como la nieve.

Una vez lo sorprendió dirigiéndole de repente una pregunta cuando él la estaba mirando fijamente.

—¿Te gusto? —dijo riéndose loca de alegría—. ¡Tú también me gustas a mí!

Lo dijo sin ningún tipo de malicia, sin zalamería, pero de alguna forma le gustó, lo dejó embriagado por un segundo.

Se volvía cada vez más vivaz. Y poco a poco brotó en él, como una cálida fuente, toda la desbocada alegría sepultada de sus años de instituto, empezó a hablar, a gastar bromas, inflamado por el vino, todo su discurso chispeaba con

una desenfrenada jovialidad totalmente nueva para él. También Schramek se quedó sorprendido.

—Pero, nene, ¿qué ha pasado contigo? ¿Ves? ¡Así es como tendrías que ser siempre, y no tan sosaina!

—Sí—dijo Karla riéndose —, ¿no te acabo de decir que le tiraría de la lengua?

La casera tuvo que volver a ir por vino. El buen humor de los tres iba en aumento. Berger, que generalmente apenas bebía, se encontraba de un magnífico humor por esta inesperada fiesta, reía y bromeaba confundiéndolo todo y perdió toda vergüenza. Con la tercera botella, Karla empezó a cantar, y luego permitió a Berger que la tuteara.

—¿Verdad que lo permites, Schram? ¡Es un tipo tan agradable!

—Naturalmente que sí. ¡Adelante! El beso de fraternidad.

Y antes de que Berger pudiera pensárselo demasiado, sintió un par de labios húmedos en su boca. Ni le gustó ni le desagradó, pasó de algún modo sin dejar huella en la desenfrenada y ya ligeramente nebulosa alegría, que le hacía tambalearse de un lado a otro. Ahora sólo tenía un deseo, que se prolongara este desenfrenado y hermoso torbellino, esta ligera ebriedad, que nacía de la muchacha, del vino y de su juventud. También Karla tenía las mejillas sonrojadas y algunas veces miraba a Schramek riéndose y haciendo guiños.

De repente, Schramek le dijo a Berger:

—¿Has visto ya mi nuevo sable?

Berger no sentía curiosidad. Pero Schramek tiró de él. Y cuando se inclinaban, le dijo en voz baja:

—Está bien, y ahora desaparece, nene. Ya no te necesitamos.

Berger se lo quedó mirando fijamente un momento, desconcertado. Luego comprendió y dio las buenas noches.

Cuando estuvo en su habitación, sintió un ligero temblor bajo los pies. Arriba en la frente martilleaba la sangre, y el cansancio lo arrojó pronto a la cama. Al día siguiente fue la primera vez que perdió una clase por quedarse dormido.

De todos modos, ese encuentro, con toda su fugacidad, había irradiado una ligera y chispeante incitación en su sangre. Meditaba en silencio si aquello, en cierto sentido, no sería un error; una mentira solapada, esa sed de amistad. Si en este anhelo de salir de la soledad y conseguir una confianza fuera de todo orden no se agitaría otro deseo celosamente ocultado.

Aquellos días, sus pensamientos se volvieron hacia su hermana. Recordaba aquellos días azules, cuando se sentaba en el jardín, en la oscuridad de la tarde, y ya no distinguía sus rasgos, sólo el blanco resplandor del vestido en el crepúsculo, muy suavemente nada más, cada vez que una nube lucía de modo sutil en el cielo envuelto ya en las tinieblas de la noche. ¿Qué era lo que lo llenaba de felicidad entonces, cuando desde la oscuridad llegaba hasta él aquella voz con cariñosas palabras, plateada y suave, fulgurando muchas veces con un risueño esplendor y luego, de nuevo, llena de ternura, cuando esta música llegaba volando a su corazón como la caricia de una brisa o un pájaro confiado? ¿No había sido en realidad más que una familiaridad fraterna o acaso escondía —en algún lugar, en el fondo más profundo, y enfriado por una amistad carente de todo deseo— un goce oculto por la mujer, un tiernísimo, dulcísimo sentimiento de lo femenino? ¿Y no era acaso todo lo que secretamente echaba de menos aquí, un brillo, una huella perdida del alma femenina sobre su vida?

Desde aquella tarde lo sabía con certeza, deseaba profundamente a cualquier mujer. No tanto una relación, un amor, sino simplemente un leve roce de algún tipo con las mujeres. ¿Acaso todo lo desconocido y maravilloso que ansiaba no estaba unido a las mujeres, no eran ellas las guardianas de todos los secretos, seductoras y promisorias, deseosas y deseadas a un tiempo? Entonces empezó a fijarse más en las mujeres por la calle. Veía a muchas que eran jóvenes y bellas, y en sus ojos brillaba aquella chispeante luz que revelaba tantas cosas. ¿A quién pertenecerían, balanceándose de ese modo al andar como en un ligero baile, mirando tan orgullosas y estiradas a su alrededor, como si fueran reinas, descansando voluptuosas en los coches, recorriendo indiferentes con la mirada a los que se quedaban sorprendidos admirándolas? ¿Acaso no había también en ellas nostalgia y no tenía que haber tras aquellas miles de puertas, tras aquellas innumerables ventanas de la gran ciudad, cubiertas tímidamente con cortinas y melancólicamente cerradas, muchas mujeres en las que habitaba también un deseo semejante al suyo, saliendo a su encuentro con los brazos abiertos? ¿Acaso no era joven como ellas, y no se había derramado en todos el mismo sentimiento de nostalgia?

Ahora iba menos a clase y pasaba más tiempo recorriendo las calles. Era como si definitivamente tuviera que encontrar alguna que pudiera leer los temblorosos signos de sus ojos; la casualidad tendría que ayudarle a que sucediera algo inesperado. Veía con envidia y ardiente deseo cómo justo delante de él se conocían jóvenes muchachos y muchachas, se perdían en los parques por la tarde, y en su interior se hacía cada vez más acuciante el deseo de tener también él su experiencia. Naturalmente, no deseaba nada extravagante, sino una mujer, dulce y tierna como su hermana, tierna y cariñosa, fiel como una niña y con aquella voz suave y maravillosa al atardecer. La imagen llenaba sus sueños.

Cada día, cuando por la tarde pasaba por la Floriangasse de camino a casa, se encontraba con el gesto soñador de las muchachas jóvenes, de quince o dieciséis años, que volvían de la escuela, charlando en pequeños grupos, con el paso saltarín de esa edad, lanzando miradas inquietas a su alrededor, dejando escapar risitas, bamboleando los libros. Cada día las veía desde lejos, los frescos rostros sonrientes, los cuerpos esbeltos con las faldas cortas, las caderas balanceándose suavemente, veía esa alegría desenfadada, todavía infantil, con un rabioso deseo de aprender de aquella juventud la risa y aquel buen humor que no empañaba ninguna sombra. Las veía cada día. Y ellas ya lo conocían. Cuando llegaba, se empujaban unas a otras de la forma llamativa en que lo hacen las colegialas, reían estrepitosamente y lo miraban con ojos altivos, desafiantes; entonces siempre apartaba la vista de ellas y pasaba de largo a toda prisa. Cuando se dieron cuenta de su embarazosa confusión, y notaron cómo apartaba su mirada de ellas ruborizándose, se volvieron más y más atrevidas de día en día, sin que él se animara a dirigirse a ellas ni siquiera una vez. ¿No eran más crecidas y más varoniles que él? ¿Acaso no era como una muchacha, tan confuso e infantil en su estúpida timidez?

Se acordó de una broma que su hermana le había gastado hacía algunos años en su hogar. Lo había vestido de chica en secreto y lo había conducido de repente ante sus amigas que, al principio, no lo reconocieron y luego lo rodearon locas de alegría, haciendo cientos de chistes. Él, que entonces era todavía un muchacho, estaba allí de pie, tembloroso y ruborizado, y apenas se había atrevido a abrir los ojos para mirarse en el espejo que le trajeron.

Ya entonces había sido tímido y cobarde, pero en aquel momento era todavía un niño. Ahora era casi un hombre y no sabía ser fuerte y duro, como la vida le exigía. ¿Por qué no podía ser como Schramek o todos los demás? ¿Era realmente inferior, realmente como un niño?

Siempre le volvía a la memoria cómo estuvo vestido de chica entonces, a la vista de aquellas criaturas risueñas, locas de contento, y no se atrevió a levantar la mirada. ¿Qué habría sido de ellas en todo este tiempo? Conocían los besos y el amor, llevaban vestidos largos, algunas ya tenían marido e hijos. Todas habían salido en tumulto de aquella habitación de entonces, todas habían salido de la infancia a la vida. Él era el único que seguía estando todavía allí, más muchacha que hombre, un niño que se ruboriza en una habitación abandonada, con los ojos bajos, confusos, y no se atreve a levantar la mirada...

Una vez, a finales de enero, volvió a visitar la habitación de Schramek. Ahora iba con menos frecuencia, desde que había encontrado un placer ligeramente embriagador en vagar solitario por las calles. El tiempo estaba revuelto. La nieve de los últimos días se había derretido, pero el viento seguía siendo agudo y cortante, y reclamaba la calle sólo para él. Las nubes se

agitaban en el cielo gris, que miraba abajo fijamente, como cegado. Comenzó a caer una lluvia aguda y punzante, que agujereaba la piel como agujas de hielo.

Schramek apenas le dijo buenos días. Siempre era desconsiderado y rudo, cuando en sus asuntos había algo que no marchaba del todo bien. Iba inquieto de un lado a otro, echando humo sin parar con la pipa. De vez en cuando se volvía un momento como si quisiera preguntar algo.

—¡Condenado asunto! —farfullaba entre dientes.

Berger estaba sentado tranquilamente. No se atrevía a preguntarle qué pasaba en realidad. Schramek acabaría hablando, lo sabía.

Al final estalló.

—¡Qué asco de tiempo! Es precisamente lo que me faltaba. ¡Ahora ya puedo andar corriendo de un lado para otro por tonterías!

Volvió a recorrer airadamente la habitación, hizo silbar una regla en el aire describiendo agudos trazos. Y entonces fue cuando Berger le preguntó cautelosamente:

—Pero ¿qué pasa?

—Ese pisaverde, mi mentor en la corporación de estudiantes, insultó anteayer a dos tipos. Será hoy a las cuatro y mañana otra vez. Y es que tengo examen dentro de ocho días y, la verdad, tendría que preocuparme de otras cosas. Además se ha ido a buscar a dos que seguro que lo tocarán, ¡ese majadero, ese imbécil! Si suspendo ahora, se acabó, ya puedo sentarme a esperar un año más, repitiendo curso como los niños en la escuela. Y de nada sirve envenenarse.

Berger no dijo nada. No había tardado mucho en reconocer la estupidez que había en estos duelos entre estudiantes, tras el brillo ligeramente atractivo que los doraba. Desde que había estado en una taberna y había visto entonces a los estudiantes bebidos, pálidos y grises a la luz del amanecer después de todas las solemnidades y ceremonias, después de haber asistido fuera a un duelo en una estancia pequeña y sucia, ya no le quedaba más que una leve sonrisa para la seriedad con la que se llevaban estas cosas; desde entonces estos asuntos carecían de todo interés para él. Naturalmente, nunca se había atrevido a decírselo a Schramek, que lo llevaba en la sangre. Ahora, los dos estaban sentados allí, callados, cada cual ocupado con sus pensamientos, fuera seguía resonando el fragor del viento cada vez más alto.

Entonces sonó la campanilla. Y justo después llamaron a la puerta.

Karla entró, el sombrero torcido, los mechones húmedos cayendo sobre el rostro sonriente.

—Estoy guapa, ¿no es cierto?, ¿qué te parece?

—Hola.

Fue hacia Schramek y le dio un beso. Él se apartó de mal humor.

—¿Tienes miedo de que te moje con mi chaqueta, bobo?

Entonces reparó en Berger.

—¡Hola, nene!

Se quitó la chaqueta y la tiró en el sofá. Todos estaban callados. En cierto modo, Berger tenía una sensación desagradable. Desde aquella tarde en la que habían confraternizado bebiendo, había estado un par de veces con Karla, pero nunca había vuelto a encontrar la misma naturalidad y esa desenfadada camaradería. La ardiente ola de erotismo que desde entonces se había abatido sobre su vida, hacía que se volviera inquieto y agitado cuando estaba cerca de una mujer. Casi sentía miedo de su apasionamiento.

Schramek tampoco decía nada. Estaba de mal humor, no se le iban de la cabeza sus asuntos y su examen. El silencio se prolongó desagradablemente.

Ahora Karla parecía bastante enfadada.

—Me parece que llego en mala hora para el señorito. ¡Así que para eso he dejado yo lo que tenía que hacer hoy por la tarde, para ver cómo dormís con los ojos abiertos! ¡Menudos sois, permitid que os lo diga!

Schramek se levantó y cogió su chaquetón de invierno.

—Pequeña, tú siempre vienes en buena hora, ya lo sabes. Pero ahora mismo no. Tengo que marcharme, son las tres y media, y a las cuatro el listo de Fix se bate en Ottakring.

—¡Pues le está bien empleado, a ese zascandil, para que sea tan insolente con tó el mundo! Así que te quieras ir. ¿Y qué pasa entonces conmigo? ¿Al final tendré que andar dando vueltas por las calles con este tiempo?

—No volveré hasta las siete, pequeña. Puedes quedarte aquí.

—¿Y qué he de hacer? ¿Echarme a dormir? Muchas gracias, ya me he ocupado de eso desde ayer por la noche a las nueve hasta hoy por la mañana. Llévame contigo. Me gustaría mucho ver cómo hacen pedazos a Fix.

—No es posible, ¡qué ocurrencias tienes!

—Vale, ¡por Dios bendito!, pues entonces me quedaré aquí y te esperaré. El nene se quedará conmigo. ¿No es verdad, nene?

Berger no supo qué responder. Estaba completamente inerme contra ese tipo de sorpresas repentinias. Apenas se atrevía a mirarla. Los dos se

empezaron a reír.

—Naturalmente —dijo Schramek, que volvía a recuperar el buen humor—. Naturalmente, a vosotros dos os voy a permitir yo que os quedéis solos. ¿Acaso tienes idea de la mosquita muerta que es el nene?

—Es que no es en absoluto un nene. Es que es una nena.

Entonces ambos volvieron a reír. Berger pensó cuánto lo despreciaban. ¿Por qué no podía reírse con ellos?, ¿por qué era tan cateto como para no encontrar una palabra, un chiste, nada, absolutamente nada? Un sentimiento de rabia creció en él.

—Pues vale, está bien —dijo Schramek—. Me voy a arriesgar. Pero ¿qué hago si vosotros dos hacéis una tontería?

—Para eso hacen falta dos.

—Bueno, es que, ¿sabes?, preferiría no tener que poner la mano en el fuego por ti.

—Es que no lo decía por mí.

Y, entonces, los dos volvieron a reírse, con aquella risa totalmente desenfadada, propia de la vida sana, que no tenía en absoluto mala intención, pero que laceraba a Berger como si le dieran latigazos. Estar lejos, simplemente estar lejos, mil, diez mil millas, pensaba para sí. O dormir. O poderse reír de la gracia como ellos. Pero no estar allí sentado, sin decir palabra. No ser tan tímido, tan cateto, tan embarazosamente infantil, no dejar que los demás lo compadecieran.

Schramek se puso la capa.

—Bueno, pues vamos a probar. Pero ¡ay de vosotros si...! A las siete estaré de vuelta. Nene, ¡sé bueno! Si haces alguna tontería te lo notaré en los ojos. Y no me aburras a esta pobre muchacha. ¡Adiós!

Cogió fuertemente a Karla por las caderas, y ella se dio la vuelta conteniendo la risa. Schramek le dio un par de fuertes besos, saludó a Berger con la mano y se marchó. Fuera, la puerta se cerró pesadamente.

Ahora estaban solos, Berger y Karla. El viento danzaba con la lluvia por el callejón y, de vez en cuando, la estufa crepitaba como si algo se rompiera en dos. La habitación se volvía cada vez más silenciosa, ya se podía escuchar el suave suspiro del reloj de péndulo de la habitación de al lado. Berger estaba allí sentado, como dormido. Sin levantar la vista, notó que ella lo miraba sonriendo. Sintió aquella mirada como un escalofrío eléctrico, erizándole suavemente el pelo y bajando luego hasta los pies. Era como si estuviera a punto de ahogarse.

Ella estaba sentada allí, con las piernas cruzadas, esperando. Ahora se inclinaba hacia delante. Sonreía ligeramente. Y, de repente, dijo en medio del silencio:

—¡Nene! ¿Tienes miedo?

En realidad eso era. ¿Cómo lo sabía ella? Sentía miedo, nada más que miedo, un estúpido miedo infantil. Pero se forzó y le soltó:

—¿Miedo? ¿Y de quién iba a tener miedo? ¿Tal vez de ti?

Sin querer, sonó rudo.

Y el silencio volvió a atravesar temblando por la habitación. Karla se levantó, se alisó el vestido, se compuso los cabellos desgreñados ante el espejo y vio sus ojos risueños. Entonces se dio media vuelta.

—Hablando con franqueza, nene, eres horriblemente soso. Cuéntame algo.

Berger sintió una creciente irritación contra ella y contra sí mismo por ser tan cateto. Quería volver a responder energicamente, pero entonces ella se le acercó, cariñosa y familiar, se sentó junto a él y le suplicó como a un niño pequeño.

—¡Cuéntame algo, anda! Algo inteligente o estúpido. Os pasáis el día entero leyendo libros, algo debéis de saber.

Se recostó completamente sobre él. Ésa era su desenvuelta forma de ser, mostrar tanta familiaridad con todo el mundo. Pero aquel brazo blando, cálido sobre el suyo lo confundió.

—No se me ocurre nada.

—Me parece que no se te ocurre nada inteligente. Entonces, ¿qué haces en realidad el día entero? Me parece que andar por ahí de un lado a otro. Últimamente te he visto por las calles de la Josefstadt, pero andabas con prisa o no me quisiste ver. Me parece incluso que andabas justamente rondando a una muchacha.

Él quiso protestar.

—Nada, nada, no pasa ná. Dime, nene, ¿de verdá tienes una relación? —Se rio de él y le hizo muchísima gracia su confusión—. ¡Pero mira!, ¡si además se pone rojo! Supe enseguida que tenías algo, mosquita muerta. Me gustaría verla alguna vez. ¿Cómo es?

En su desesperación no supo hacer más que una cosa, siempre era la misma, para disimular. Se mostró grosero.

—Eso es asunto mío. ¿A ti qué te importa? Preocúpate de tus relaciones.

—Pero, nene, ¿por qué gritas así? Me das miedo.

Parecía terriblemente asustada. Él estalló.

—Y además no me sigas llamando nene. No te lo consento.

—Pero si Schramek también te llama así.

—Eso es diferente.

Karla se rio. Le hacía una gracia enorme su ira infantil.

—Pues ahora te lo voy a llamar más. Nene, nene, nene. ¡Te lo he llamado tres veces!

Las ventanillas de su nariz temblaban.

—¡Para ya, te he dicho que basta! No te lo voy a consentir.

—¡Pero nene..., nene!

El apretó los puños. La sangre se le subió a la cara. Estaba a un paso de ella. Ella escuchaba su respiración jadeante, veía los ojos centelleando amenazadores. Involuntariamente dio un paso atrás. Pero luego volvió a retomar su buen humor. Con las manos en las caderas, riéndose, riéndose con los dientes brillantes, dijo como para sí misma:

—¡Pero bueno! Ahora va el nene y se enfada.

Entonces él se arrojó sobre ella. Aquellas palabras burlonas lo habían alcanzado como un latigazo. Quería pegarla, golpearla, castigarla de alguna forma, para que no volviera a burlarse de él. Pero la fuerte y firme muchacha lo cogió de los puños hábilmente y agarrándolos, lo obligó a bajarlos. Él sentía las muñecas doloridas bajo la férrea presa de ella. No se podía mover, ella lo tenía agarrado como a un niño, como un juguete. Sus rostros se miraban a un paso de distancia: el de él, desencajado por la rabia, los ojos hinchados a punto de llorar; el de ella, sorprendido, consciente de su fuerza, superior, casi sonriente. Ella lo mantuvo así durante un minuto, como un perrito colgado en el aire. En un instante, con el daño que le infligía en las muñecas, habría tenido que caer de rodillas. Entonces ella lo soltó y lo apartó de sí empujándolo suavemente.

—Bueno..., y ahora pórtate bien.

Pero él volvió a saltarle encima. Lo hizo loco de furia por haber caído tan fácilmente y con tanta debilidad en la presa de sus manos. Ahora tenía que sujetárselas, atárselas. No debía reírse de él. La agarró por sorpresa, ahora por la cintura para derribarla. Y ahora ambos jadeaban pecho contra pecho, ella sorprendida y divertida por la incomprensible ira de él, él con una rabia febril, rechinando los dientes. Sus manos como garras se aferraban cada vez con más

firmeza al blando cuerpo sin corsé de ella, que se doblaba hábilmente, tiraba con violencia de sus anchas caderas, donde apoyaba con fuerza sus manos. Su cara acarició en círculos sus hombros y sus pechos, sintió confuso un aroma blando, cálido, embriagador, que cada vez debilitaba más sus brazos, de vez en cuando oía el latido sonoro y vibrante del corazón y la delirante risa, que brotaba del pecho profundamente, atenazado, y era como si sus músculos fueran a quedarse helados. Sacudía aquel recio cuerpo de campesina como si se tratara del tronco de un árbol; a veces, ella cedía ligeramente, pero nunca lograba doblegarla, su resistencia parecía hacerse cada vez más fuerte. Hasta que a ella le pareció que el juego se estaba volviendo demasiado tonto y se zafó de él con dos o tres golpes. De repente lo rechazó apartándolo de sí de un empujón.

—¡Y ahora tranquilo! —Su voz era colérica y casi amenazadora.

Él se tambaleó dando un traspie hacia atrás. Su rostro ardía, sus ojos estaban inyectados en sangre, todo giraba en círculo ante su mirada con un color rojo, rojo ardiente. Aún saltó sobre ella una tercera vez, ciego, sin conocimiento, agitando los brazos como un borracho. Y, de repente, algo era distinto. Ese aroma que desprendía indómitamente, el crujido de las ropas de ella, el cálido tacto de su flexible cuerpo lo habían vuelto loco. Ya no quería golpearla o castigarla, sino apoderarse de esa mujer, que había excitado sus sentidos. La arrastró hacia sí, se hundió por completo en sus cálidas formas, abarcó con sus manos febres toda su figura, se aferró a él con uñas y dientes sediento de apretarlo. Ella seguía riéndose, con el suave cosquilleo de sus caricias, pero ahora su risa tenía un tono más extraño, más ronco. Todo su ser parecía más agitado, su pecho se abombaba inquieto, su cuerpo se apretaba cada vez más impetuosamente contra el de él al retorcerse, sus fuertes manos temblaban cada vez más inquietas. Su pelo se había soltado y se agitaba sobre los hombros, despidiendo un aroma sofocante y pesado. Su rostro se caldeaba cada vez más. En la lucha, su blusa se abrió bruscamente un poco, un botón saltó, y de repente, en medio de su delirio, Berger vio un inquietante destello de su blanco pecho. Gimió haciendo un último esfuerzo. Sintió que ella no quería resistírselo en absoluto, que simplemente quería ser forzada, arrojada al suelo, pero ni para eso le alcanzaba la fuerza. Se agitaba impotente alrededor de su cuerpo. Por un instante fue como si ella misma quisiera caer de espaldas. Inclinó voluptuosamente su cabeza hacia atrás, él vio chispear sus ojos con aquella súbita luz nunca antes vista. Y había una cierta ternura, un suspiro salvaje y apremiante, cuando ahora decía:

—¡Pero nene, nene!

Entonces tiró de ella y cuando notó que no caía bajo sus temblorosas y delgadas manos infantiles, la agarró con repentina ansia del rojo pelo suelto para derribarla de un tirón. Ella dejó escapar un grito de ira y dolor. Con un

salvaje y rabioso empujón apartó de sí el débil cuerpo de él que atravesó volando la habitación como una pelota de plumas.

Berger dio un traspie al retroceder tambaleándose. Y, luego, cayó con estrépito en el rincón, justo en medio de los sables que se encontraban allí. Un profundo rasguño subía desde su mano hasta lo alto del brazo.

Quedó tendido un minuto, como aturdido. Y entonces llegó ella, suave, temblando todavía por la excitación, pero temerosa y preocupada.

—¿Te ha pasado algo?

El no respondió. Ella lo ayudó a incorporarse y lo acarició al hacerlo. No había ningún género de maldad en ella. Costó trabajo que se levantara, porque había metido la mano izquierda en el abrigo del chaquetón, para que ella no notara que se había herido. No quería reconocerlo. La ira ardía en su interior como un fuego, por su lamentable debilidad, por no haber sido capaz ni siquiera de doblegar a alguien que quería. Por un instante le pareció que debía saltar sobre ella una vez más. Y en el bolsillo sentía lo caliente y húmeda que fluía la sangre de la herida.

Avanzó tambaleándose sin mirarla, mientras ella asustada trataba de ayudarle. Ante sus ojos había una nebulosa nube de lágrimas. Apenas veía la puerta a través de aquel vaho húmedo. En su interior todo era completamente vacío, completamente indiferente. La sangre goteaba dentro del bolsillo: lo sentía vagamente, todo lo demás se había extinguido en él. Avanzó a tientas, ciego..., hacia la puerta..., fuera..., hacia su habitación.

Allí cayó sobre la cama. El brazo herido colgaba a un lado. Todavía seguía sangrando y, de vez en cuando, oía caer pesadamente una gota sobre el suelo. A Berger no le preocupaba aquello. En su interior se agitaba algo que quería ahogarlo. Y al final estalló en un colosal llanto, convulsivo, un salvaje y dolorido sollozo, que enterró en los almohadones. Durante algunos minutos fustigó su febril cuerpo infantil. Luego se sintió liberado.

Escuchó al otro lado. Dentro, Karla andaba haciendo que sus pasos sonaran deliberadamente fuertes. Él no se alteró. De repente los pasos enmudecieron. Y entonces empezó a hacer ruido por los armarios y a tamborilear con los dedos en la mesa, para hacerse notar. Evidentemente estaba esperando a que él volviera.

Siguió escuchando. Su corazón sonaba cada vez más alto, pero no movió ni un solo miembro.

Ella siguió yendo de un lado para otro durante un rato. Luego silbó un vals y lo acompañó tamborileando rítmicamente con los dedos. Poco a poco se hizo el silencio. Al poco rato oyó cómo se abrían las puertas de fuera y luego se

cerraban pesadamente.

Durante la larga noche que parecía no tener fin y la mañana siguiente, Berger había esperado que Schramek fuera a pedirle explicaciones de lo que había ocurrido entre Karla y él. Porque no dudaba que Karla se lo habría contado todo a Schramek inmediatamente, lo único que no sabía era si lo habría descrito como un ataque malicioso o como un desvarío ridículo, absurdo. Se pasó toda la noche cavilando cómo debía responder a Schramek, elaboraba largas conversaciones con réplicas y contrarréplicas e ideaba incluso ciertos movimientos para cortar tajantemente la discusión, si no encontraba ninguna excusa más. Y de una cosa estaba seguro, que la amistad entre ambos estaba a punto de hundirse, que todo había acabado o habría de edificarse de nuevo desde los cimientos.

Pero esperó en vano. Schramek no apareció y tampoco los días siguientes. En realidad, no era tan extraordinario, ya que, por otra parte, Schramek sólo lo buscaba cuando necesitaba de algún favor o tenía que contarle algo para desahogarse, si no, siempre era Berger el que tenía que hacerle una visita si quería verlo. Sólo que esta vez, consciente de su culpa, le pareció que existía una segunda intención en permanecer ausente, y no iba a verlo, esperaba con una serena y obstinada terquedad que a él mismo le dolía. Durante esos días estuvo completamente solo. Nadie lo visitó, y tuvo más que nunca la humillante sensación de no ser necesario para ninguna persona, de que nadie lo quería, que nadie necesitaba de él. Y entonces sintió doblemente lo que aquella amistad significaba todavía para él, a pesar de todas las decepciones y humillaciones.

Así pasó una semana. De repente, una tarde, cuando estaba sentado a su escritorio e intentaba trabajar, escuchó unos pasos rápidos que se dirigían hacia su puerta.

Inmediatamente reconoció los andares de Schramek, se levantó de un salto mientras la puerta se abría de golpe y volvía a cerrarse silbando; Schramek apareció ante él, sin aliento, riéndose, lo agarró por los dos brazos y lo sacudió de un lado a otro.

—¡Hola, nene! Dichosos los ojos que te ven, los demás asistieron, tú fuiste el único que no, porque debes de pasarte todo el día empollando. Y así es como debe ser. Sí, he aprobado, gracias a Dios, fue mi último examen. Dentro de ocho días tendrás que llamarme señor doctor.

Berger estaba completamente desconcertado. Había pensado en todo tipo de cosas, pero no en que se volvieran a ver de esta forma. Había empezado a balbucear algunas palabras de felicitación, pero Schramek lo interrumpió.

—Sí, sí, está bien, no te esfuerces. Y ahora vamos, ven a mi habitación,

esto hay que celebrarlo como se merece, y tengo que contártelo todo. Vamos, adelante. Karla ya ha llegado.

Berger se asustó. De repente sintió miedo de estar junto a Karla, porque ahora ella lo pondría en ridículo y él volvería a enrojecer como un colegial entre aquellas dos personas. Intentó evitar el encuentro.

—Me tendrás que disculpar, Schramek, pero no puedo, por más que quiera. Tengo una barbaridad de cosas que hacer.

—¿Cosas que hacer? ¿Qué es lo que tienes que hacer, macho, cuando yo he pasado mi último examen? Tienes que alegrarte y venir conmigo, no tienes otra cosa que hacer. Vamos ya.

Lo cogió del brazo y tiró de él para llevárselo. Berger se sintió demasiado débil para resistirse. Sólo sentía vagamente el poder que Schramek tenía todavía sobre él. Lo cogió como a una muchacha y, por primera vez, entendió del todo que una mujer no tuviera más alternativa que dejarse dominar por una persona tan fuerte, alegre y vital, incluso en contra de su voluntad, sólo por la poderosa y agotadora sensación de fuerza. Y esto mismo es lo que tendría que pensar la mujer en aquel instante, lo mismo que ahora pensaba él de Schramek; tendría que sentir odio, ira, y, al mismo tiempo, la suave sensación de ser dominada por alguien fuerte. Ni siquiera notó cómo fue, ni siquiera supo cómo ocurrió, y, de repente, se encontró al lado, en la habitación de Schramek.

Y Karla ya estaba allí. Cuando ella lo vio, le dirigió una mirada curiosa, cálida, que lo envolvió como una suave ola, y le ofreció la mano sin decir ni una palabra.

Y una vez más lo miró, curiosa, como a un extraño y, sin embargo, de una forma distinta.

Schramek andaba ocupado alrededor de la mesa. Tenía la necesidad de hacer algo y el impetuoso deseo de hablar, la fuerte vitalidad de sus sentimientos alegres y animados necesitaba una válvula de escape así. Cuando algo le causaba una profunda impresión necesitaba gente para dejar salir su entusiasmo, por lo demás, era realmente indiferente y más bien cerrado. Pero hoy todo su ser ardía de emoción, con una indómita alegría juvenil.

—Bueno, ¿qué tomamos? Con la garganta seca no os puedo contar nada. Bueno, ¡nada de vino! Si no esta noche ya no nos apetecerá y esta noche hay que revolucionarlo todo. Hagamos un té. Un buen té caliente, aburrido. ¿Queréis?

Karla y Berger estuvieron de acuerdo. Se sentaron a la mesa uno junto a otro, pero Berger no habló con ella. La idea flotaba por su cabeza aquí y allá,

como una mariposa nocturna que pasa zumbando por una habitación: ¿había sido un sueño que hubiera luchado como un desesperado con aquella mujer que estaba a su lado? No se atrevía a mirarla y simplemente sentía cómo el aire se volvía más pegajoso a su alrededor, cómo se le hacía un nudo en la garganta. Afortunadamente, Schramek no notaba nada. Andaba haciendo ruido con los platos y las tazas, silbaba y parloteaba. Le resultaba gracioso hacer de camarero para ellos dos, les sirvió con una alegría desbordante y luego se tumbó cómodamente, todo lo ancho que era, sobre el crujiente fauteuil enfrente de ellos y comenzó a contar.

—Bueno, que nunca he estudiado mucho no necesito decíroslo a vosotros dos. Y cuando me introduzco en mi traje de muñidor de entierros para el examen, me encuentro con un antiguo amigo mío, Karl (tú lo conoces), y éste, como ve que estoy terriblemente desanimado, empieza a consolarme todo lo que puede. Pero con el miedo que llevo (no os podéis hacer una idea de lo menesterosa que se vuelve una persona una hora antes del examen) no hago más que preguntarle si es difícil y qué tipo de preguntas le hicieron a él hace dos años. Cuando me dice la primera, no tengo ni idea de la respuesta y empiezo a flaquear. Le suplico que me lo explique rápidamente (era algo de la historia de la constitución) y él me lo mete con embudo y luego me acompaña a ver cómo me degüellan.

¿Qué estaba contando? Berger no era capaz de escucharlo, todo llegaba de lejos, sonaban como palabras pero carecían de sentido. Su interior seguía vibrando con la idea de que junto a él se sentaba la mujer con la que había luchado, que lo había vencido, y que esta mujer no se hubiera burlado de él, sino que lo hubiera mirado con esa suave mirada envolvente, chispeante...

De repente, se sobresaltó. Sobre su mano, que reposaba descuidada sobre la mesa, pasaba ahora el dedo de ella que acariciaba suavemente la cicatriz que todavía la recorría como una banda de fuego. Y cuando alzó los ojos se encontró con una pregunta en la mirada de Karla, una pregunta compasiva, casi tierna. El fuego se extendió a toda velocidad subiéndole hasta las sienes, tuvo que agarrarse al sillón.

Al otro lado, Schramek seguía con su relato.

—E imaginaos, apenas me siento allí, la primera pregunta es precisamente aquella que Karl me ha metido con embudo. Detrás de mí escucho una tos y una risa ahogada, pero de repente me sentí tan aliviado que no me enfadé en absoluto con ellos, empecé a dar la matraca y todo fue como la seda. Y una vez que uno está en el tren, sigue adelante. Hablé hasta que la lengua empezó a dolerme, ¡sabe Dios cuántas tonterías dije, pero vaya si hablé!

Berger no oía ni una palabra. Sólo sentía cómo el dedo de ella volvía a acariciar la cicatriz, y le pareció como si fuera a abrirse dolorosamente por

este tácito movimiento. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, y súbitamente retiró la mano de la mesa como de un plato caliente. La confusión y la ira crecieron en él. Pero cuando la miró, notó que sus labios cerrados se movían como en un sueño y murmuraban en voz baja:

—Pobre nene.

¿Se había quedado en sus labios, una palabra sin voz, o la había pronunciado realmente? Schramek estaba sentado enfrente de su amante, y su amigo seguía hablando incontenible, y mientras tanto... Temblaba ligeramente, un mareo se apoderó de él, y sintió que se quedaba pálido. Entonces, Karla cogió su mano con mucha suavidad por debajo de la mesa y la llevó entre las suyas hasta su rodilla.

Entonces volvió a sentir toda la sangre en la cara, y luego cómo se acumulaba en el corazón, y luego cómo bajaba corriendo y le quemaba en la mano. Y sintió una rodilla blanda y redonda. Quería retirar a la fuerza la mano, pero los músculos no le obedecían. Seguía extendida allí como un niño dormido, descansando blandamente en la cama, olvidado de todo en un maravilloso sueño.

Y allí, enfrente —¡oh, qué lejos quedaba aquella voz en medio del humo! —, seguía con su relato uno que era su amigo y al que ahora engañaba, seguía y seguía relatando su alegría con desenvuelta felicidad.

—Lo que más me ha gustado es que Fix, ese fresco, haya perdido al mismo tiempo su dinero. Imaginaos, apuesta con todo el mundo que voy a suspender y luego, cuando salgo bien en la prueba, no ha sabido en absoluto qué hacer. Ha tenido que alegrarse y también que enfadarse, os lo digo yo, ¡la cara que ha puesto, la cara...! Pero ¿qué os pasa a vosotros dos? Me parece que os habéis quedado dormidos.

Karla no le soltaba la mano. Y Berger no podía pensar más que en la mano..., la mano..., la rodilla..., su mano. Pero Karla protestó riéndose.

—Bueno, ¿no es para quedarse mudo que un vago como tú llegue a ser doctor? En realidad, me habría gustado ver qué aspecto tiene uno al que le catean un examen, es para que le dé a uno una hidrocefalia.

Ambos rieron. Berger seguía temblando, le asaltó un oscuro temor ante el disimulo de esta muchacha. Ella seguía sujetando la mano de él entre las suyas y la apretaba tan fuerte que el anillo se le clavaba en el dedo haciéndole sangre. Y suavemente arrimó toda su pierna a la suya, mientras seguía hablando tranquila, tan tranquila que asustaba.

—Bueno, y ahora di, ¿cómo se va a celebrar semejante milagro de Dios? Si no hay juerga no eres más que un simple roñoso de pacotilla, menudo doctor,

menudo advenedizo. Pero eso no quiere decir nada, cuando el nene se convierta en doctor, fíjate bien, será así.

Y a la vez que ponía sus caderas justo junto a las suyas, él sintió el suave calor del cuerpo de ella. Todas las cosas empezaron a vacilar ante sus ojos de lo excitado que estaba. Y la sangre se le acumulaba dolorosamente en la frente.

Entonces sonó el reloj de péndulo. Una voz fina dijo cucú..., cucú, siete veces, vagamente. Eso devolvió a Berger la conciencia. Se levantó de un salto, tartamudeó algunas palabras. Luego le dio a alguien la mano, a él o a ella, ya no lo sabía, una voz —seguramente fue la de ella— dijo adiós, y luego, tomando aliento, sintió reconfortado que la puerta se había cerrado tras él.

Y al instante, cuando ya se encontraba en su habitación, todo le pareció claro: ahora sí que había perdido a su amigo. Si no le quería robar, no podía seguir tratando con él, porque sentía que no podría resistirse a la atracción de esta extraña muchacha. El aroma de su pelo, la salvaje y apasionada convulsión de sus miembros, la fuerza sensual, todo ardía en su interior y sabía que no podría resistirse si la veía como hoy, con aquella ligera sonrisa seductora. ¿Cómo había sido posible que de repente le resultara tan deseable, que ella quisiera traicionar a Schramek por él, a ese hombre firme, guapo, sano, al que en secreto envidiaba tanto? No llegaba a comprenderlo y no sentía ni orgullo ni alegría. Sólo una feroz tristeza por tener que privarse ahora de su amigo, para no ser un traidor ante él. Naturalmente, la amistad con Schramek no había salido como él esperaba, había visto muchas cosas en su fondo, había conocido algunas que una vez lo deslumbraron, pero ahora que todo había pasado, le parecía un infinito. Porque era lo último que le quedaba en Viena. Todo había ido disolviéndose, primero las esperanzas y la curiosidad, luego, el gusto por estudiar y el afán, y ahora, hasta lo último, esta amistad. Sentía que aquel instante lo había arruinado por completo.

Escuchó un ruido que venía de al lado. Una risa suave, ahogada, y enseguida, más fuerte. Escuchó con las dos manos apoyadas sobre el pecho palpitante. ¿Se reían de él? ¿Se lo había contado todo Karla? ¿Había sido, al fin y al cabo, un juego concertado para tentarlo? Escuchaba. No, era otra risa, sonaban besos de por medio y una risa nerviosa reprimida. Y, luego, palabras, ternuras de las que no se avergonzaban. Sus puños se crisparon involuntariamente, se arrojó sobre la cama y apretó los almohadones contra los oídos, para no oír nada más. Un terrible sentimiento lo embargó, una repugnancia feroz, airada, repugnancia que le hubiera gustado escupir. Repugnancia de su amigo, de esa ramera, de sí mismo, que estuvo a punto de tomar parte en aquel nauseabundo juego, una repugnancia desmayada, desfallecida, escalofriante e impotente ante la vida entera.

En aquellos tristes días escribió una carta a su hermana.

Queridísima hermana:

Todavía no te he dado las gracias por la carta que escribiste para mi cumpleaños. Me ha sido difícil en estos días. Cuando llegó y me despertó y me dijo que hoy tenía dieciocho años, lo leí y fue como si no me sucediera nada, como si no fuera cierto. Porque todas las palabras que había en ella sobre la felicidad de mi libertad y de mi juventud, las habría tomado como una burla, si no hubieran sido tu querida mano y la letra que conocía desde los días de la infancia las que me las traían. Porque en mi vida de aquí todo es tan distinto, tan completamente diferente a lo que te puedes imaginar y tan distinto de todas mis propias esperanzas... Me duele escribirte todo esto, pero no tengo a nadie más. Hace días que no hablo con nadie. A veces sigo a la gente por la calle y escucho sus conversaciones, sólo para saber cómo suenan las palabras. No conozco nada, no sé nada, no hago nada, me hundo en la inutilidad. Hace días que vivo sin experiencias, no encuentro ninguna cara conocida, y no sabes lo que significa estar solo entre mil personas.

También con Schramek se ha acabado todo. Ha ocurrido algo que no te puedo contar, porque no lo entenderías. Yo mismo apenas lo comprendo, porque ni él ni yo tenemos la culpa, es simplemente algo que hay entre nosotros como una espada de doble filo. Y sólo ahora que lo he perdido sé que era lo más querido que todavía tenía en Viena.

Y aún hay algo más que sólo te puedo decir a ti, que no se lo revelarás a nadie. Ya no sigo con la carrera. Hace semanas que no asisto a ninguna clase, mis libros yacen llenos de polvo. No sé por qué, pero no puedo seguir estudiando, me he vuelto apático, aquí no me atrae ninguna vocación, porque nadie me ayuda a salir de este terrible y opresivo sentimiento de soledad. No quiero nada más de aquí, todo me produce asco. Odio cada piedra que piso, odio mi habitación, la gente con la que me encuentro, respiro atormentado el sucio aire húmedo y helado. Aquí todo me ahoga, me voy al fondo. Me hundo como en medio de un pantano. Tal vez sea demasiado joven y es totalmente seguro que soy demasiado débil. No tengo iniciativa, ni voluntad, me encuentro como un niño entre todos estos hombres atareados.

Y sólo sé una cosa: tengo que volver a casa. Todavía no sé vivir tan solo, tal vez dentro de un par de años. Pero ahora todavía te necesito a ti y a nuestros padres, necesito a personas que me tengan cariño, que estén a mi alrededor y me ayuden. Sí, es infantil, es el miedo de un niño en una habitación oscura, pero no puedo hacer otra cosa. Tienes que decir a nuestros padres que quiero dejar la carrera y volver a casa, hacerme campesino, o escribano, o lo que sea, ¿verdad que se lo dirás, que se lo explicarás? Por favor, hazlo pronto, siento como el suelo de aquí arde bajo mis pies. Nunca he

acabado de entender cómo es que dentro de mí todo me empuja a volver a casa, pero ahora, al escribir, se despierta en mí tanta nostalgia que sé que no puedo hacer otra cosa, que tengo que volver con vosotros.

Es una huida, una huida de la vida, y no es la primera. ¿Te acuerdas de aquella vez que me llevaron al instituto y entré por primera vez en la habitación donde sesenta muchachos desconocidos me miraban curiosos, orgullosos, riendo, sorprendidos? Entonces también salí corriendo y volví a casa, y pasé todo el día llorando y ya no quise regresar. Y hoy todavía soy el niño de entonces, sigo teniendo el mismo miedo estúpido y la misma nostalgia ardiente de vosotros y de todos los que me tienen cariño.

Tengo que hacerlo, tengo que marcharme. Ahora, una vez que me lo he arrancado del alma, siento que no hay vuelta atrás. Sé que muchos sonreirán y se reirán cuando vuelva a casa, un fracasado, uno al que la vida no ha querido, sé que al hacerlo echo por tierra una de las mayores esperanzas de nuestros padres, sé que esta debilidad es infantil y cobarde, pero no puedo hacer nada para evitarlo, sólo siento que no puedo seguir viviendo aquí. Nadie sabrá nunca lo que he soportado en los últimos días, nadie puede despreciarme más de lo que yo mismo me desprecio. Me siento como un marcado, como un enfermo, como un inválido, porque soy totalmente distinto a los demás y me doy cuenta, entre lágrimas, que soy peor, inferior, inútil, soy...

Se detuvo, sorprendido él mismo por el furioso estallido de su dolor. Sólo ahora que la pluma llevaba velozmente su febril sentimiento, se dio cuenta de cuánto dolor se había acumulado en su interior y de que ahora quería desatarse en caudalosos torrentes llenos de ímpetu.

¿Debía escribir aquello? ¿Debía perturbar también a la única persona que tenía, cargar un peso que nadie podía llevar por él sobre aquel dulce corazón de muchacha? Como desde una nebulosa lejanía vio su querido rostro, con claros ojos, iluminado por una alegre sonrisa, y vio cómo la boca se asustaba y se contraía, un temblor recorrió sus facciones y lágrimas vacilantes bajaron rodando por sus empalidecidas mejillas. ¿Para qué perturbar también esa vida, asustarla con un grito de socorro? Cuando uno tenía que sufrir, era preferible estar a solas consigo mismo.

Abrió la ventana, rasgó la carta y esparció los pedazos en la obscuridad. No, era mejor hundirse silenciosamente aquí que pedir ayudar. ¿No había aprendido que la vida aniquila todo lo que es inútil y frágil? También se ajustaba a su caso, y mejor no prolongarlo...

Las blancas tiras de papel cayeron revoloteando vacilantes al patio y se hundieron abajo como piedras que brillan en un agua insombrable. Era noche cerrada y no había estrellas en el cielo. De vez en cuando pasaban nubes algo más claras por la obscuridad de las alturas y el fragoroso viento soplaban

húmedo contra las casas sumidas en el sueño. En todo ello había una ligera inquietud, aquel constante soplo del viento era como una respiración agitada, y de las gemebundas ventanas y de los temblorosos árboles salía un murmullo como si alguien hablara en voz baja allí, en la obscuridad de un mal sueño.

Y el viento se hacía cada vez más fuerte, las nubes pasaban cada vez más rápido como relámpagos sobre el negro manto del cielo y, de repente, el que escuchaba reconoció en todo este movimiento extraordinariamente agitado la fiebre de aquellas primeras noches portentosas que traen la primavera.

Y entonces llegó la primavera, muy lentamente, como un invitado reacio. Berger apenas la reconoció en esta ciudad extraña. ¿Cuándo había visto que el viento tibio que derrite la nieve recorriera por primera vez los campos blancos, que los negros terrones de tierra salieran de la nieve y el aire estuviera húmedo con su olor? ¿Dónde estaba aquella tremenda ansiedad del principio, cuando solía levantarse y abría la ventana de par en par, para sentir el viento en su pecho desnudo y escuchar el gemir de los árboles que anhelaban volver a tener hojas? ¿Dónde estaba su encanto, esas mil pequeñas cosas, el canto del pájaro a lo lejos y las blancas nubes que se perseguían, sentir, oír los roces y chasquidos que corren suavemente por el suelo, ver que en el jardín, en las puntas de las ramas, crecen pequeños bultos viscosos y luego brotan tímidas hojas y una sola flor todavía sin colores? ¿Dónde estaba aquella inquietud que temblaba como una llama en lo profundo de la sangre, dónde el alegre, el desorbitado placer de arrancarse el abrigo y pisar con los pesados zapatos la tierra húmeda que mana agua, subir corriendo a una loma y gritar de repente, jubiloso, sin sentido, como un pájaro arriba en lo alto, en el aire resplandeciente?

¡Oh, qué tranquila era aquí la primavera, como si le faltara la fuerza! ¿O era algo que estaba en su interior, aquel hastío leve y somnoliento, aquella insatisfacción que no le dejaba sentir alegría por nada, ni por el tierno y dorado brillo del sol que caldeaba los tejados, ni por el aumento de luz y de vida en la calle? ¿Por qué se sentía tan poco emocionado por todo aquello, que nunca salía al Prater o a Kahlenberg, que siempre contemplaba a lo lejos y, sin embargo, era como si la dulzura del aire se los acercara? Su actividad era así de reducida, nunca salía del barrio. Cada vez estaba más cansado. Se sentaba en el pequeño parque de Schönborn, que por lo demás sólo frecuentaban los niños y algunas personas mayores; iba allí para estudiar o para leer, pero no tocaba el libro y se limitaba a mirar cómo jugaban los críos, y en su interior sentía cierta nostalgia de poder jugar con ellos, de poder volver atrás en el tiempo y recuperar aquella placidez sin preocupaciones.

Hacía mucho que había abandonado la carrera. Se limitaba a vegetar, contemplaba las cosas y, sin embargo, no sentía ningún interés por ellas. Una vez había querido volver a la realidad y reaccionar, y había ido al hospital; y

cuando llegó allí, al amplio patio con árboles llenos de renuevos que se mecían despreocupadamente en su quietud, como si no supieran nada de los terribles y misteriosos destinos que se cumplían a su alrededor, le sucedió que se olvidó de todo y se sentó en uno de los bancos.

Y cuando todos los enfermos, que salían con sus largas vestiduras de lino azul, con el paso vacilante de quien empieza a recuperarse y se ponían a descansar con sus manos pálidas y sosegadas, sin sonreír ni hablar, entregándose por completo al sentimiento vago y ocioso de la vida que despierta, se sentó entre ellos, dejó que el sol se derramara cálidamente sobre sus dedos y, cansado, se sumió en sus ensoñaciones. Había olvidado lo que venía a hacer en aquel lugar, sólo sentía que por allí pasaba gente y que allá, tras la puerta redonda, había una calle muy ruidosa, y las horas pasaron lentas y las sombras se extendieron imperceptiblemente. Cuando dieron a los enfermos la señal para retirarse, se sobresaltó. ¿No había estado sentado allí como uno de ellos, no estaba acaso más enfermo y más cerca de la muerte que todos ellos?

Era extraño, no deseaba nada más que sentarse allí así y ver discurrir el tiempo.

Por supuesto, había noches en que su interior ardía iluminado con una luz perversa. Poco a poco se iba abandonando a una vida licenciosa, andaba con mujeres a las que despreciaba por tenerlas que comprar, algunas noches las pasaba sentado, indolente, en el café, pero todo aquello sucedía sin desearlo ni apetecerlo, llevado sólo por un vago temor a una irremediable soledad. Desde que no hablaba con nadie, sus labios se contraían con una expresión maligna, y él mismo retrocedía cuando veía su imagen reflejada en el espejo. Volvió a intentar reaccionar un par de veces, pero siempre fracasaba, como aplastado por todo el peso que la soledad había acumulado sobre él, y volvía a su letargo iluso y sin objeto.

Pero la vida lo reclamó para sí.

Una noche que volvía tarde a casa, cansado, desalentado y con aquel profundo temor a la silenciosa habitación que lo esperaba, se dio cuenta de que debía de haber perdido la llave de la puerta por el camino. Llamó, aun a riesgo de que no le abriera la casera, sino Schramek. Pero entonces se acercaron unos pasos apresurados, que avanzaban arrastrando los pies: su casera abrió la puerta y levantó la lámpara de petróleo para ver al que entraba. Cuando la luz cayó sobre su desordenada coronilla y sobre el rostro casi desconocido de aquella mujer, Berger vio que sus párpados estaban rojos y trasnochados, y que en su boca había una mueca de aflicción.

Y pensó asustado en qué habría pasado para que esta mujer estuviera despierta a las dos de la mañana. Le preguntó preocupado.

—Pero ¿es que no sabe el señor doctor que Mizzi, mi hija, tiene la escarlatina? ¡Y está mal, muy mal!— empezó a llorar de nuevo en voz baja.

Berger se estremeció. No sabía nada. Prácticamente ni sabía que esta mujer tenía una hija. Un par de veces, cuando iba o venía, fuera, en el oscuro vestíbulo, se había deslizado delante de él una niña delgada, una muchacha de doce, trece años, con un «¡Beso su mano!», pero nunca había hablado con ella, ni siquiera se había parado a mirarla. De repente sintió una grave pesadumbre en su corazón, porque hacía meses que vivía con personas a las que nunca había visto, cuyos destinos discurrían pegados a su vida y él ni siquiera lo sospechaba, a pesar de estar tan cerca que podía sentir su aliento, separados sólo por una pared. ¿Cómo es que había suspirado por la confianza de los demás y él mismo había dormido como un animal, mientras a su lado una niña se debatía entre la vida y la muerte?

Intentó consolar a la mujer que lloraba.

—Todo saldrá bien..., tranquilícese... —y luego más tímidamente—, tal vez podría ver a su hija. No es que entienda mucho todavía..., estoy muy al principio, pero de todos modos...

De golpe despertó en él el furioso deseo de seguir con su carrera, le habría gustado pasar a la habitación de al lado, abrir los libros y empezar de nuevo a estudiar.

La mujer lo condujo de puntillas, sin hacer ruido, hasta la enferma. Era una estrecha habitación de patio, con un ambiente cargado y lleno de humo por las lámparas de petróleo que ardían bajas; enfrente había una pared medianera. Aquí no sabían nada de la primavera ni conocían el sol más que por los pálidos reflejos que de vez en cuando devolvían las ventanas iluminadas con su fulgor. Sin duda, ahora no se veía en absoluto lo miserable que era el cuarto, porque todo se desvanecía en la turbia luz crepuscular; sólo en el rincón donde estaba la cama, una pequeña luz amarilla espaciaba un débil resplandor. La muchacha yacía en un sueño intranquilo. Sus mejillas estaban rojas por la fiebre, uno de sus delgados brazos colgaba como olvidado por un lado de la cama, los labios estaban contraídos, y nada en el hermoso rostro delataba a primera vista la enfermedad, sólo la respiración, que resonaba con más fuerza y que de vez en cuando se hacía penosa.

La mujer contó en voz baja, interrumpida una y otra vez por el llanto:

—Hoy volvió a venir el doctor, la miró, pero no me dijo nada en absoluto. Ésta es la tercera noche que paso aquí en vela, durante el día tengo que trabajar en la tienda. Naturalmente, la vecina me ayuda y está aquí durante el día, pero ya son tres noches las que llevo así y no mejora. ¡Dios mío, y lo haría con tanto gusto si al final no pasara nada!

Un sollozo volvió a interrumpir sus palabras. En todo su discurso había una terrible desesperación.

Dentro de Berger surgió un maravilloso sentimiento. Por primera vez sintió que podía ayudar a una persona, por primera vez sintió dichoso algo del esplendor de su vocación.

—Querida señora, esto no puede seguir así. Usted se está viniendo abajo y eso no ayudará a su hija. Ahora váyase a acostar, yo me quedaré esta noche con la niña.

—¡Pero, señor doctor!

Ella levantó espantada las manos, como si no lo pudiera creer.

—Vaya a acostarse, necesita descansar. Confíe usted en mí.

—Pero, señor doctor..., no..., no..., pero ¿cómo se le ocurre...?, no..., no es posible...

Berger sintió la seguridad creciendo en él, una especie de amor propio hacía saltar los escombros acumulados en su pecho durante los últimos meses.

—Es mi oficio y mi obligación.

Lo dijo con mucho orgullo, como con la alegría de haber encontrado de repente, en medio de la noche, en un segundo, el sentido y el objeto de toda su vida perdida.

No discutieron mucho. La mujer estaba rendida de cansancio, el sueño le pesaba en los ojos y por eso acabó cediendo pronto. Berger sólo tuvo que evitar que ella le besara la mano con un exaltado sentimiento de devota gratitud, luego la acompañó a su propia habitación, donde la hizo acostar sobre el diván. Las últimas noches, desde que la niña estaba enferma, había dormido en la cocina, sobre un colchón. Todos estos detalles, pequeños y, sin embargo, terribles por su carácter trágico, de los que no había sabido nada, hicieron que no percibiera su servicio como una gran obra, sino como el pago de una amarga culpa.

Y ahora estaba sentado junto a la cama de la muchacha. En su interior había un sentimiento indescriptible; de alguna forma parecía que la vida se había vuelto más plácida y apacible, como aquella respiración que ahora tomaba y soltaba el aire resoplando. Fue entonces cuando observó más de cerca aquella cara rodeada de un pequeño círculo de luz. Desde que estaba en Viena, nunca había podido sentir tan intimamente la presencia de otra persona, nunca había podido contemplar tanto tiempo sus rasgos, nunca se le había revelado lo que había en las líneas de su rostro. Según la estaba mirando así, le vino algún recuerdo, en alguna parte, alrededor de aquellos enjutos labios, latía suavemente una similitud con su hermana, sólo que aquella cara era más

infantil, todavía sin florecer y apesadumbrada. Penetró en él la curiosidad por ver cómo podrían ser los ojos, si también serían como los de su hermana, y como una acusación se repetía una y otra vez cuánto tiempo había perdido. ¿Por qué había pasado tan ajeno delante de esta muchacha y de su madre, por qué no había pensado nunca en ellas dos, que vivían a su lado? ¿Por qué aquella boca nunca había sonreído por él, aquellos ojos le eran tan extraños como ahora, que estaban cerrados en el cofre de sus párpados? ¿Por qué desconocía por completo lo que habitaba en aquel pecho infantil, que subía y bajaba respirando dulcemente? Con cuidado, cogió la pálida mano de la niña, que colgaba por un lado de la cama y la puso sobre la colcha. Al tocarla, su roce fue tan suave como una caricia.

Y luego se sentó tranquilamente y la miró, reflexionó con dolor sobre el tiempo que había perdido en sus estudios y se prometió solemnemente, en silencio, comenzar su vida de nuevo, desde sus fundamentos. Ya pasaban volando ante sus ojos imágenes de ensueño, se vio de médico, como ayudante, y la sangre se le caldeó con aquellos atractivos pensamientos. Y su mirada recorría una y otra vez el rostro pálido e infantil de aquella muchacha y lo retuvo como si con aquella imagen pudiera asegurar su destino y preservar su vida amenazada.

De repente, la niña se agitó y abrió los ojos, grandes ojos brillando febriles, como refugiando entre lágrimas, chispeantes. La cara entera se iluminó. Al principio los ojos daban vueltas en círculo, como si tuvieran que perforar por alguna parte la nube de la fiebre y de los sombríos sueños. Luego se quedaron quietos de golpe, como asustados ante el rostro de Berger. Tantearon inquisitivos las facciones de él, y se quedaron prendidos en su mirada. Los labios abrasados se movían confusamente.

Berger se levantó de un salto, secó la frente caldeada por la fiebre y luego le dio de beber. La muchacha inclinó la cabeza, bebió precipitadamente y volvió a dejarse caer hacia atrás blandamente sobre los cojines, con los ojos inmóviles vueltos hacia Berger. Le pareció que aquella mirada no era totalmente consciente, pero, no obstante, al asombro se había añadido en ella algo de agradecimiento. Lo miraba sin cesar. Y cuando temblando débilmente ante aquella inescrutable y profunda mirada, se volvió y se puso a arreglar la habitación, notó, sin mirar, cómo aquellos ojos infantiles, grandes, húmedos y chispeantes lo seguían a todas partes. Y cuando regresó junto a la cama, estaban muy abiertos y, entonces, al inclinarse, la boca se movió, no sabía si quería hablar o sonreír. Luego los párpados se cerraron, la luz de su cara se extinguío. Y volvió a yacer, muda y pálida, durmiendo ahora con una respiración más suave.

De repente, Berger sintió que su corazón latía cada vez con más fuerza en aquel silencio que pendía de un hilo. En su interior había un sentimiento de

dicha que creció desenfrenadamente. Por primera vez en su vida se veía activamente incluido en el círculo de los otros, le parecía como si alguien le hubiera dicho algo agradecido y cordial. Bajó la mirada casi con ternura hasta aquella muchacha, hasta el primer ser humano que se había confiado a él, al que debía ganar para la vida y que a él mismo lo había recobrado para la vida. Miraba una y otra vez a la durmiente y las largas horas le parecieron ligeras. Se quedó muy sorprendido cuando la lámpara se apagó inesperadamente levantando de pronto una súbita llamarada, y encontró la obscuridad perdida y el amanecer esperando ya en la ventana con sus primeras luces sutiles.

Por la tarde llegó el médico para ver a la enferma. Berger se presentó a él como estudiante de medicina y le preguntó, no sin notar cómo el doloroso sentimiento de su ignorancia le subía hasta la garganta, si todavía había peligro.

—Creo que no —dijo el médico—. Me parece que ha superado la crisis. Es curioso, los niños son mucho más resistentes a estas enfermedades que los adultos, es como si en ellos la fuerza de la vida todavía no vivida se opusiera a la muerte y la doblegara. Esto es lo que ocurre con casi todas las enfermedades infantiles: los niños las superan y los adultos se hunden con ellas.

Examinó a la enferma. Berger estaba de pie sobrecogido por ello. Cuando vio cómo iba quedándose con cada una de las palabras de aquel hombre, observando cuidadosamente cada uno de sus movimientos, sintió en lo más profundo de sí el prodigioso poder de la profesión que una vez escogió a ciegas y que había despreciado durante tanto tiempo. Se mostró ante él en toda su belleza, como un sol inesperado: llegar así hasta una cama y poder poner en ella, como un regalo, esperanza, promesas y acaso también la salud. En ese instante se le hizo claro el sentido de toda su vida: tenía que actuar y ser útil, entonces ya no seguiría siendo ajeno a todos, ya no seguiría estando solo.

Empezó a asumir por completo el cuidado de la muchacha. Sin hacer ninguna disposición por su cuenta, se limitaba a supervisar las fases de la enfermedad, pasar las noches, y también buena parte del día, junto a la cama de la enferma. Efectivamente, aquella noche había tenido lugar la crisis. La fiebre alta cedió, ya podía incluso hablar con la pequeña, y le gustaba hacerlo. Si salía fuera, le traía algunas flores y le hablaba de la primavera, que ahora reverdecía suavemente los árboles en el parque de Schónborn, donde la niña solía jugar siempre, y de las otras muchachas, que ya llevaban ropa clara; hablaba del luminoso sol que ahora brillaba fuera, le contaba todo tipo de historias, leía para ella, le prometía su pronta curación y no tenía mayor placer que verla alegre. Se sentía del todo libre con estas sencillas conversaciones deliberadamente infantiles y, de vez en cuando, se sorprendía a sí mismo riendo fuerte y alegre.

Y la muchacha pequeña y pálida yacía entre las almohadas y se limitaba a sonreír. Sonreía sin fuerza alguna, una línea leve y amable se abría entre sus labios y volvía a desaparecer como un soplo. Pero, cuando ella ponía su vista en él, su mirada descansaba, sus ojos, tan profundos, de un gris intenso, sutiles y radiantes, iluminando a fondo el rostro de él, ya sin ningún rastro de asombro ni extrañeza, pendían cálidos y graves del joven, como una niña del cuello de su madre. Ahora ella también se atrevía a hablar, y pronto perdió el miedo inicial a dirigirse a él.

Lo que más le gustaba a ella era oírle hablar de su hermana. Qué aspecto tenía, si era alta o baja, cómo se vestía o si era buena en la escuela. Y si también tenía el pelo tan rubio como él. Y si él no podría hacer que viniera alguna vez a Viena, que seguramente tendría que ser más hermosa que la pequeña localidad con aquel nombre tan difícil del que siempre se tenía que reír. Y si también había estado enferma alguna vez; encontraba sencillas preguntas completamente infantiles, y siempre nuevas. Pero a Berger no le cansaban. Las respondía con gusto, y le hacía bien poder hablar de corazón por una vez de su hermana, que era para él lo más querido del mundo, y cuando la muchacha se lo pidió, él le llevó también la fotografía de su escritorio.

Cogió curiosa la imagen con sus pequeñas manos infantiles y todavía completamente transparentes.

—Ésta —pasó con gran cuidado la uña del dedo por encima—, ésta es exactamente su boca. Sólo que muchas veces la tuerce usted con una expresión maligna y entonces parece por completo distinto. Cuando lo veía antes, siempre tenía miedo de usted, de la cara que ponía.

—¿Y ahora?—sonrió ligeramente.

—Ahora ya no. Pero, dígame, ¿tiene también los mismos ojos de usted?

—Creo que sí.

—Y es también tan alta como usted, ¿no es cierto? Ha de ser muy hermosa su hermana. ¡Ah!, mire, lleva el pelo exactamente igual que yo, también trenzado en círculo, así. Mi madre al principio no quería dejar que lo llevara de esta forma y me decía que me hacía demasiado mayor. Pero ya no soy ninguna niña, ya me he confirmado.

Le devolvió la fotografía y él se quedó mirándola largo rato, sin decir ni una palabra. Por primera vez, ya no encontraba en la imagen los rasgos de su recuerdo. Imperceptiblemente, los rasgos finos y pálidos de su hermana y de esta niña habían confluido de alguna manera en su imagen interior, ya no lograba separarlas. La sonrisa de ambas y la voz de ambas se habían hecho una en él, tal como ahora se habían unido también en su vida, como las dos

únicas mujeres que confiaban en él y a las que les gustaba estar con él. La figura de Karla había desaparecido totalmente de su recuerdo, en todos aquellos días no había pensado ni una sola vez en ella, ni en aquel episodio que ahora recordaba como una borrachera de vino, una embriaguez, una estupidez provocada por la ira.

Y ya se había olvidado de todos aquellos malos días indiferentes que había pasado allí.

Sólo sentía que había encontrado una gran dicha. Era como si hubiera andado mucho tiempo en la obscuridad, metido en la noche y, de repente, feliz, hubiera visto brillar a lo lejos súbitamente una luz, blanca como una estrella, la luz de una casa donde podía descansar y donde se le acogía como a un huésped querido. ¿Qué habría querido él, el infantil, el debilucho, el tímido con las mujeres? Para los experimentados debía de ser demasiado necio; para los inocentes, demasiado cobarde; todavía era un desamparado, un inmaduro, un soñador. Había llegado demasiado pronto, se había juntado prematuramente con aquellos que sólo ansiaban el fruto maduro de la vida. Pero esta niña, en la que empezaba a germinar la mujer, a punto de dar sus primeras flores y, sin embargo, sumida todavía en sus ensueños, que aún era dulce, sin orgullo y sin avidez, ¿no se le ofrecía en ella un destino del que podía ser señor, un alma que podía educar, un corazón que inconscientemente ya se inclinaba hacia él? Un sueño más dulce que todos los que había tenido hasta ahora y, sin embargo, más real que las sordas imágenes de sus horas vacías golpeaba en su pecho como una cálida ola.

Y luego, cuanto más la veía, cuanto más la iba conociendo, sobre todo ahora, cuando después de la enfermedad las mejillas de ella se coloreaban ligeramente y hermoseaban su joven rostro, en el interior de Berger temblaba una ternura callada y completamente carente de deseo. Una ternura simplemente fraternal, para la cual ya era una dicha poder acariciar las delgadas manos y ver florecer la sonrisa en los labios.

Una vez que yacía tranquila, muy tranquila, y ambos se habían callado, le sobrevino de repente un deseo que él mismo no comprendió. Se acercó hasta la cama de ella, pensando que dormía. Pero simplemente reposaba tranquila e irradiaba sobre él una mirada bien curiosa con sus ojos. La boca estaba muda como un pétalo de rosa cerrado. Y, de repente, supo lo que quería: acariciar por una vez esa boca con sus labios, muy suavemente sólo.

Se inclinó. Pero incluso ante aquella niña enferma le faltó todavía el valor.

Ella lo miró.

—¿En qué está pensando ahora?

Entonces se apoderó de él la sensación de que no podía callarlo por más

tiempo. Le dijo en voz muy baja:

—Me gustaría darte un beso. ¿Puedo?

Yacía inmóvil y simplemente sonreía, sonreía con sus claros ojos radiantes hasta lo profundo de su corazón, ya no sonreía como una niña, sino como toda una mujer...

Entonces él se inclinó y besó suavemente la tierna boca infantil sin experiencia.

Unos días más tarde, la enferma pudo levantarse por primera vez. Se sentaba en la tumbona que le habían colocado junto a la ventana completamente feliz de haber abandonado la cama. Berger se sentaba a su lado y la miraba orgulloso, tenía la vaga sensación de haber ayudado a salvarla, como si también fuera obra suya que ahora ella volviera a pertenecer a la vida. Parecía que hubiera crecido durante su enfermedad, y de alguna manera se había ido zafando sutilmente de lo infantil que había en ella: se sentaba allí como una jovencita y su alegría ya no era en absoluto el delirio infantil, sino algo reflexivo y profundamente sentido. Cuando tocaba con las puntas de los dedos la ventana tras de la cual brillaba tibio el aire y decía: «La primavera tendrá que entrar si yo todavía no puedo salir», a Berger le parecía como un pequeño prodigo, como una delicia de la vida que nunca había conocido. Y ya no se avergonzaba en absoluto de estar enamorado de una niña de trece años, porque sabía que todo esto, en cierta medida, era ensueño, y lo que había vivido en esos días de curación, irrecuperable. Y le sobrecogió maravillosamente su cordial confianza, que el pudor femenino no empañaba todavía, su íntima y alegre inclinación hacia él. Ahora solía dirigirse a él por su nombre de pila, le gastaba bromas, y él experimentaba un sentimiento de pura dicha en medio de la alegría desbordante por no estar ya solo. La risa volvía a brotar de su alma, se acordaba de ella como de una lengua olvidada de los días de la infancia. Y luego, cuando estaba a solas, se llenaba de dulces sueños, la veía crecer convirtiéndose en una mujer, la veía inteligente, seria, comprensiva. Y se veía a sí mismo involucrado en esas imágenes y comprendía que ella tenía que crecer y madurar para él.

Pero también en lo demás su soledad había acabado definitivamente. Allí estaba la madre de la muchacha, que lo respetaba como a un dios. Parecía que se pasaba el día entero pensando únicamente en cómo demostrarle su gratitud. Y ahora que hablaba con ella más a menudo, se dio cuenta de que aquella pobre mujer había vivido muchas fatalidades y, a pesar de desprecios y decepciones, había conservado una bondad sobrecedora. Se arrepentía de las veces que había pasado de largo, arisco, ante esta gente, subordinada a él, y por fin se sentía satisfecho simplemente con haber pagado esa culpa.

Y también se volvió hacia Schramek. Lo encontró una vez en el portal, y

Berger se sorprendió a sí mismo por lo alegre y desenvuelto que podía hablar con él. También hablaron de Karla, y ya no hubo nada que le hiciera daño al escuchar ese nombre. Guardaba en su interior una felicidad demasiado profunda, la sensación de estar flotando y una libertad, que se derramaba a raudales hasta en su paso, que se había vuelto más firme y ágil. Parecía que la vida se abría paso hacia él por todas partes, todo cuadraba, y lo único que deseaba ardientemente y que lo estimulaba era volver a abrir de una vez los polvorrientos libros y retomar sus estudios. Ahora su profesión lo atraía con luces doradas. Ya sólo iba a esperar un par de días más, hasta que la muchacha estuviera completamente recuperada, quería saborear hasta el final este primer éxito, el tremendo placer que sentía a cada instante en aquellos radiantes días.

Hacía dos semanas que Berger apenas pisaba la calle, sólo había bajado ocasionalmente y a toda prisa desde la habitación de la enferma para solucionar algo rápido. Ahora que por primera vez volvía a pasear lentamente por las calles, sobre el empedrado brillante, soleado, empezó a sentir íntegra la primavera, cuyo aliento fresco, fragante, atravesaba temblando la ciudad que parecía iluminada para una fiesta. Y era como si hoy viera por primera vez aquella ciudad, como si hubiera surgido flamante de una niebla obscura y húmeda. Ahora veía aquellas viejas casas de la Josefstadt, que siempre le habían parecido caducas y sucias, contra un brillante cielo azul que recortaba nítidamente los contornos de los antiguos tejados y las campanas de las chimeneas, le resultaban tan familiares que le recordaban al hogar; notó como si el Kahlenberg, que se extendía a lo lejos, detrás de las amplias calles, todavía con un verde muy pálido, le dirigiera un saludo. Le parecía como si toda la gente tuviera una expresión más jovial y, de vez en cuando, era como si los ojos de las mujeres le dedicaran una amistosa mirada al pasar. ¿O no era más que su propia luz interior, reflejada en cada cosa, en la obscura pupila y la ventana trémula, en las fulgurantes calles y las flores que crecían brillando llamativamente detrás de los cristales? Nada de todo lo que había a su alrededor le parecía ya hostil ni extraño, sino que estaba allí como un fruto maduro, prometedor y colorido, prenda cercana y maravilloso presentimiento de la dicha. Por todas partes lo rodeaba una plenitud que se derramaba incesantemente a raudales, y lo llevaba a uno como una ola. Se entregó por completo a este sentimiento de felicidad.

Pronto sintió un leve aturdimiento. Estaba como borracho, sus pies se volvían pesados, un anillo de plomo se cerraba alrededor de su cabeza. Aquella debilidad lo asaltó de repente como una astenia primaveral. En la Ringstrasse tuvo que sentarse en un banco. Ante él, sobre sus manos, sobre todo su cuerpo ligeramente helado, caían los rayos del sol, sin que lo filtrara todavía la espesa hojarasca de los árboles, sino pleno y de lleno, con una fuerza tan impetuosa que tuvo que cerrar los ojos. El ruido recorría el empedrado, la gente pasaba a su lado, pero algo le obligaba a mantener los

ojos cerrados y permanecer inmóvil sobre el duro banco. Siguió así sentado dos, tres horas. Sólo al caer el sol, cuando llegó el fresco, hizo un esfuerzo y se fue a casa, penosamente, como un enfermo.

Pasó de largo ante la habitación donde estaba la muchacha. Sentía que ahora debía estar a solas consigo mismo, saldar cuentas, por fin, con la plétora de nuevas vivencias que lo habían convertido en otro durante aquellas semanas. Se sentó al escritorio, para ordenar sus libros y escritos. Al día siguiente quería retomar sus estudios.

Entonces cayó en sus manos un grueso cuaderno sin escribir, ya casi no lo reconocía. Lo había destinado a diario cuando vino a Viena. Y siempre había esperado una vivencia, un acontecimiento para escribir dignamente la primera página, había esperado y, por fin, a medida que los días iban haciéndose cada vez más monótonos, se había olvidado por completo de ello. Ahora le pareció como una señal. Porque justo acababa de empezar su vida, empezaban a brillar estrellas sobre la desoladora noche. Habría de convertirse en un diario de experiencias y —no estaba seguro— tal vez también de amor. Porque dentro de él había una voz que le decía que su inclinación hacia esa niña habría de transformarse algún día en amor hacia una mujer...

Subió la lámpara dando vueltas a la rosca. Y luego tomó tinta, negra y roja, y todo tipo de plumas, y comenzó a escribir con muchas filigranas y arabescos las palabras de Dante sobre la primera página: *Incipit vita nuova*. «Una nueva vida ha comenzado.» Desde el jardín de infancia le gustaba juguetear con la caligrafía, incluso ahora, que quería fijar su futuro y su pasado, trazaba hermosas letras curvas, rellenándolas de rojo y negro: «Una nueva vida ha comenzado». ¡Aquello tenía que resplandecer como la sangre!

Entonces... dejó de escribir..., había una salpicadura de tinta en su mano. Una pequeña mancha redonda de color rojo. Quiso quitársela. No se iba. Cogió agua y la frotó. La mancha no salía..., ¡qué extraño...! Volvió a intentarlo. Y volvió a ser en vano.

Un pensamiento cruzó repentinamente por su cabeza como un relámpago. Sintió que su sangre dejaba de correr. ¿Qué había allí?... ¿Algo?...

Vacilando, lleno de miedo se subió la manga. Y notó que la mano con que se tocaba se quedaba fría: también allí había manchas circulares de color rojo, una, dos, tres. En un momento comprendió el cansancio y la opresión de antes. Ya sabía bastante. La sangre empezó a palpitar con más fuerza en sus sienes, la garganta se le había agarrotado. Y sintió sus pies fríos, como leños pesados y extraños bajo la mesa.

Se levantó de repente tambaleándose, pasó delante del espejo con una mirada asustada. ¡No, no quería mirar! Y no quería hacer nada, ni gritar ni

llorar, ni confiar ni esperar, porque era irrevocable. Y era completamente natural. Se había contagiado. Tenía la escarlatina.

Escarlatina..., y escuchó de pronto, como si alguien en la habitación repitiera en voz alta, las palabras que el médico había dicho semanas antes sobre las enfermedades infantiles: «Los niños las superan más fácilmente, los adultos se hunden con ellas.»

Escarlatina... Iba a morir... Todo sonaba confuso. Escarlatina..., ¡una enfermedad infantil! ¿No era un símbolo de toda su vida? Siempre había pasado de adulto lo que sólo corresponde a los niños y a la infancia. Y era más difícil sobrevivir a ello de adulto que de niño: ¡ahora lo comprendía de repente de un modo maravilloso!

Pero morir..., ¡había demasiadas cosas en su interior que se rebelaban contra ello! ¡Con qué gusto se habría ido hace tres semanas, con qué gusto habría salido de escena, donde nadie lo escuchaba y nadie hablaba con él, sin hacer ruido y sin llamar la atención! Pero ¿ahora? ¿Por qué jugaba así la vida con él, mostrándose encantadora en el último momento, para hacerle más difícil la despedida? ¿Por qué justo ahora que volvía a estar unido a las personas, cuando algunas tal vez sufrirían incluso más que él mismo?

Luego el cansancio se abatió sobre él, una resignación muda, perpleja. Miró fijamente las manchas rojas, hasta que empezaron a danzar como chispas ante sus ojos. Todo se le hizo confuso. Ya sólo sentía que había sido un sueño, la dicha o la desdicha, las personas o la soledad, lo pasado y el porvenir. Ya no ansiaba nada más. ¿En esto consistía morir, en esta quietud que se apoderaba de él en un momento así?, pensó dolorosamente.

Ya sólo quería despedirse.

Entró en la habitación donde dormía la muchacha. Se limitó a contemplar con sus ojos aquellos rasgos tan queridos mientras reposaban. ¿No había soñado que allí se cumpliría su destino? ¿Y no había sido así gracias a ella, sólo que de una manera completa, totalmente diferente a lo que pensaba, morir no vivir?

Acarició sus facciones tiernamente con la mirada. Y la sonrisa que circundaba su rostro infantil mientras dormía la recogió en sus propios labios. Como es natural, cuando regresó a su habitación, ya languidecía amargamente, como una flor marchita.

Rasgó algunas cartas, escribió una dirección sobre una nota. Luego llamó y esperó.

La mujer entró al momento precipitadamente. Siempre llegaba con la misma fuerza, para poder aparecer servicial ante él, al que idolatraba.

—Yo... —Tuvo que volver a empezar, la voz no era del todo firme. —Yo no me siento del todo bien. Por favor, prepáreme la cama y llame al médico. Si empeorara, mande un telegrama a mi hermana, aquí está la dirección.

Dos horas más tarde yacía en medio de una ardiente fiebre.

La fiebre abrasaba su sangre con una violencia terrible. Era como si toda la fuerza de las horas que todavía no había vivido, la pasión que nunca había consumido, se quemara en los dos días que le quedaban de una larga vida. La casa estaba conmocionada. La muchacha andaba por allí, deslizándose con ojos llorosos, sin atreverse a mirar a nadie, como con miedo de que la pudieran acusar. La mujer yacía desesperada, postrada ante el crucifijo de la antesala y rezaba sollozando por la vida del moribundo. También Schramek acudía a su habitación con más frecuencia y aseguraba a todos con su incombustible confianza que todo saldría bien. El médico era de otra opinión y envió el telegrama a la hermana de Berger.

La fiebre mantuvo atenazado al inconsciente durante dos días, llevándolo arriba y abajo en su roja cresta de espuma. Todavía se despertó una vez. Su sangre se había apaciguado. Yacía inmóvil, con las manos pálidas y los párpados cerrados.

Pero estaba totalmente despierto. Sentía como si ahora la habitación fuera más luminosa, porque una niebla rosada cubría sus párpados.

Permaneció inmóvil. Entonces, el pájaro de al lado comenzó a trinar. Al principio lo hizo muy cuidadosamente, como para ensayar. Luego se empleó a fondo, con todas sus energías, cantaba y daba gritos de júbilo, se elevó una melodía que se mecía arriba y abajo. El enfermo escuchaba. De una manera vaga se le ocurrió pensar que ya debía de ser primavera.

La voz del pájaro entonaba cada vez más alto: casi le hacía daño con su júbilo. Era como si el pájaro anidara justo al lado de su cama y le aturdiera los oídos con sus chillidos ensordecedores... Pero, no... Ahora volvía a sonar muy bajo, tan lejos. Debía de estar posado en un árbol, fuera, en medio de la primavera. La canción se fue haciendo cada vez más suave, cada vez más tierna, como la de una flauta, como la de una voz de muchacha. ¿O acaso no era un pájaro, acaso no cantaba allí la fina voz argentina y dulce de una muchacha, una dulce y luminosa voz infantil?

Un muchacha, una niña... El recuerdo volvió tímidamente a traer un dolor y conmovió su corazón. Poco a poco volvió a recordarlo todo, pero no en la sucesión correcta, sino en imágenes sueltas, una tras otra. El sonriente rostro de niña se alzó de la obscuridad del olvido y acto seguido, sombrío y, sin embargo, dulce, aquel beso robado. Y, luego, la enfermedad y la madre, toda la casa..., el círculo de las experiencias corrió hacia atrás y de repente

comprendió que yacía allí enfermo y que tal vez fuera a morir.

Abrió bruscamente sus pesados párpados. Sí, aquella era la habitación. Y estaba totalmente solo en ella. El pájaro de al lado ya no cantaba, y también el reloj, que generalmente sonaba apresurado, guardaba silencio, habían olvidado darle cuerda. Poco a poco se le volvieron a cerrar los párpados, sin que lo notara. Veía la habitación como en un lejano pasado y estaba sentado en ella aquella primera noche en la que llegó a Viena, y fuera corría la lluvia, y él lloraba su amargo abandono. Y luego volvió todo, lo de Schramek y todo lo demás con un montón de colores, pero ya era totalmente irreal..., tan extraño..., no le hacía bien y, sin embargo, no le dolía..., pasaba de largo, corriendo hasta consumirse en un agotamiento grande y oscuro.

Escuchó..., de repente..., cómo al lado se cerraba una puerta. Y, luego, unos cuantos pasos. Los conocía: era Schramek. Sí, aquella era su voz. ¿A quién le hablaba? Su sangre empezó a palpitarle en las sienes..., ¿no era Karla la que se reía ahora al lado? ¡Oh, cuánto daño le hacía aquella risa! ¡Que se callara! Quería tranquilidad... Silencio... Paz. Pero, no, ¿qué hacían? Los escuchaba reír. Y, de repente, como a través de un cristal, miró dentro de la habitación. Allí estaba Schramek, la abrazaba y la besaba. Y ella echaba hacia atrás las caderas, con ojos risueños, como entonces, exactamente igual que entonces...

Notaba la fiebre en las manos. ¡De qué se reían tan locamente! Le hacía daño. ¿No sabían que iba a morir allí, que se moría allí totalmente solo, sin amigos? Sintió cómo le subían las lágrimas, algo se cocía en su pecho, golpeó con las manos a su alrededor. ¿No podían esperar hasta que estuviera muerto? Pero, entonces..., un sillón cayó al suelo haciendo ruido..., él lo veía todo, veía cómo ella se le escapaba de un salto. Y, ahora, cómo corría tras ella, ¡oh, qué salvaje, qué fuerte era, cómo la agarraba por encima de la mesa y la atraía hacia sí...! Y ahora se había vuelto a marchar..., ¿adonde?... Sí, se había escondido allí..., y ahora saltaban por todos lados y se perseguían. La habitación empezó a temblar..., ¿no retumbaba ahora la casa entera?..., sí, todo vacilaba de un lado a otro, el aire estaba lleno de un ruido bronco. ¿Por qué no respetaban su última hora, esos malditos?... No, seguían persiguiéndose, ahora, ahora la había atrapado. ¿Qué voces das ardiendo asustado?... El enfermo gemía amargamente. Ahora, Schramek la había agarrado, el pelo rojo suelto caía corriendo como la sangre..., ahora le arrancaba la chaqueta..., la camisa resplandecía blanca..., ella misma resplandecía totalmente blanca y desnuda... Y así se persiguieron alrededor de la mesa, aquí, allí, aquí y vuelta... ¡Cómo se reía ella! ¡Cómo se reía!... Y, ahora..., pero ¿qué era aquello?..., había irrumpido en su habitación atravesando la pared y ahora estaba ante él..., ante su cama..., blanca y resplandeciente, desnuda..., o...

O... —se esforzó en abrir sus pesados párpados—, o... ¿no era su hermana la que estaba ante él con un vestido blanco? ¿No era su querida mano la que se apoyaba fresca sobre su frente...?

El fuego ardió dos horas más. Luego se extinguió del todo. Junto a su cama estaba la hermana, la niña y Schramek, los tres a los que profesaba su amor y que ahora, unidos así, como nunca los había visto, significaban toda su vida. Ninguno de los tres decía ni palabra. La pequeña sollozaba en voz baja, y poco a poco ese último sonido fúnebre también acabó muriendo. La habitación se quedó completamente en silencio, para los tres era algo solemne y doloroso, y no se oía nada más que la voz alta y airada de la extraña metrópolis por fuera de la ventana, que seguía retumbando colérica sin cesar y no se preocupaba ni de la muerte ni de la vida.

LA INSTITUTRIZ

Ahora las dos niñas están solas en su habitación. La luz está apagada. La oscuridad se extiende entre ellas y lo único que se ve de las camas es un leve resplandor blanco. Ambas respiran con toda suavidad, se creería que duermen.

—¡Eh! —dice una voz. Es la de doce años la que llama en la oscuridad, en voz baja, casi con miedo.

—¿Qué pasa? —le responde su hermana desde la otra cama. Sólo tiene un año más que ella.

—Todavía estás despierta. Eso está bien. Me gustaría..., me gustaría mucho contarte algo.

Desde el otro lado no llega respuesta alguna. Sólo un suave roce en la cama. La hermana se ha incorporado, mira expectante desde el lado opuesto, se pueden ver sus ojos destellantes.

—¿Sabes...? Quería contarte... Pero, dime tú primero, ¿no te ha llamado nada la atención en los últimos días de nuestra señorita?

La otra vacila y se pone a pensar.

—Sí —dice entonces—, pero no sé muy bien lo que es. Ya no es tan estricta. Últimamente ha habido dos días que no he hecho los deberes y no me ha dicho absolutamente nada. Y además está así, no sé cómo. Yo creo que ya no se preocupa en absoluto de nosotras, siempre se sienta por su lado y ya no comparte nuestros juegos como hacía antes.

—Yo creo que está muy triste y sencillamente no lo quiere mostrar. Ya

nunca toca el piano.

Vuelve a hacerse el silencio. Luego la mayor advierte:

—Querías contarme algo.

—Sí, pero no debes decírselo a nadie, a nadie en absoluto, ni a mamá ni a tu amiga.

—¡No, no! —Ya está impaciente—. Bueno, ¿qué es?

—Pues..., ahora, cuando nos íbamos a dormir me he acordado de repente de que no le había dado las buenas noches a la señorita. Ya me había quitado los zapatos, pero he subido a su habitación, ¿sabes?, muy en silencio, para sorprenderla. Así que abro la puerta con mucho cuidado. Al principio he creído que no estaba en su cuarto. La luz ardía, pero yo no la he visto. Entonces, de repente (me he llevado un susto terrible) oigo llorar a alguien, alzo la vista y me encuentro con que está echada en la cama totalmente vestida, con la cabeza hundida en los almohadones. Sollozaba de un modo que me ha estremecido. Pero no ha notado mi presencia. Y entonces he vuelto a cerrar la puerta muy silenciosamente. He tenido que detenerme un momento de lo que temblaba. Luego ha vuelto a oírse aquel sollozo con toda claridad a través de la puerta y he bajado corriendo.

Ambas callan. Luego una dice en voz baja:

—¡La pobre señorita!

Las palabras atraviesan vibrantes la habitación como obscuras notas perdidas y luego vuelve a hacerse el silencio.

—Me gustaría saber por qué lloraba —empieza a decir la menor—. No se ha peleado con nadie en los últimos días, mamá por fin la ha dejado en paz y ya no la martiriza como de costumbre, y nosotras seguro que no le hemos hecho nada. Entonces, ¿por qué llora de ese modo?

—Yo me lo imagino —dice la mayor.

—¿Por qué?, dime, ¿por qué?

Su hermana titubea. Por fin dice:

—Yo creo que se ha enamorado.

—¿Enamorado? —La menor da un respingo—. ¿Enamorado? ¿De quién?

—¿No has notado nada?

—¿No será de Otto?

—¿Crees que no? ¿Y él de ella tampoco? Entonces, ¿por qué en los tres años que lleva viviendo y estudiando en nuestra casa nunca nos ha

acompañado y desde hace un par de meses, de repente, lo hace a diario? ¿Es que ha estado alguna vez simpático contigo o conmigo antes de que llegara la señorita? Ahora se pasa el día entero rondándonos. Siempre nos lo encontramos por casualidad, ¡por casualidad!, en el Volksgarten, o en el Stadtpark, o en el Prater, en cualquier parte donde estemos con la señorita. ¿Es que nunca te ha llamado la atención?

La pequeña balbucea sobresaltada:

—Sí..., sí, claro que lo he notado. Pero creía que era simplemente...

Se le quiebra la voz. No sigue hablando.

—Al principio, yo también lo creí, nosotras las jovencitas siempre somos tan tontas. Pero ya hace tiempo que me he dado cuenta de que nos utiliza como pretexto.

Ahora las dos guardan silencio. Parece que la conversación se ha acabado. Ambas se han sumido en sus pensamientos o incluso en sus sueños.

Entonces, la pequeña, completamente desolada, vuelve a decir desde la oscuridad:

—Pero si es así, ¿por qué llora? Él la quiere. Y yo siempre he pensado que ha de ser muy hermoso enamorarse.

—No lo sé —dice la mayor, sumida ya por completo en sus sueños—, yo también he creído siempre que ha de ser muy hermoso.

Y una vez más, con voz suave y compasiva, sale como un soplo de los labios agotados por el sueño:

—¡La pobre señorita!

Y luego se hace el silencio en la habitación.

A la mañana siguiente no vuelven a hablar del asunto y, sin embargo, una y otra sienten que sus pensamientos giran en torno a lo mismo. Pasan una junto a otra, se evitan, pero al final sus miradas se encuentran sin querer, cuando ambas observan de reojo a la institutriz. En la mesa, durante la comida, contemplan a Otto, su primo, que lleva años viviendo en la casa, como a un extraño. No hablan con él, pero bajo los párpados caídos miran de soslayo para comprobar si se entiende con su señorita. En ambas hay inquietud. Hoy no juegan, sino que, en su nerviosismo por llegar a descubrir el secreto, pasan el tiempo haciendo cosas inútiles, indiferentes. Por la noche, una de ellas se limita a preguntar con frialdad, como sí le diera lo mismo:

—¿Has vuelto a notar algo?

—No —dice su hermana, y se da la vuelta.

En cierto modo, las dos tienen miedo a hablar. Y esta tácita observación por parte de las dos niñas, que inquietas e inconscientes se sienten cerca de un deslumbrante secreto, este andar dando vueltas tras la pista continúa así durante un par de días.

Por fin, el segundo día, una de ellas se da cuenta de que la institutriz le hace una leve señal a Otto con los ojos en la mesa. Él le responde asintiendo con la cabeza. La niña tiembla de excitación. Toca ligeramente la mano de su hermana mayor por debajo de la mesa. Cuando ésta se vuelve hacia ella ve que le corresponde con ojos chispeantes. Ha comprendido inmediatamente el gesto y también se inquieta.

Apenas se han levantado de la mesa, la institutriz dice a las niñas:

—Id a vuestro cuarto y entreteneos un rato. Me duele la cabeza y quiero descansar media hora.

Las niñas bajan la vista. Con mucho cuidado se tocan con las manos para llamarse la atención mutuamente. Y en cuanto se marcha la institutriz, la más pequeña le salta a su hermana:

—Fíjate, ya verás como ahora Otto va a su cuarto.

—¡Naturalmente! Por eso nos ha mandado al nuestro.

—¡Tenemos que escuchar detrás de la puerta!

—Pero ¿y si viene alguien?

—¿Y quién va a venir?

—Mamá.

La pequeña se asusta.

—Bueno, sí...

—¿Sabes qué? Yo escucho detrás de la puerta y tú te quedas fuera, en el pasillo, y me haces una señal si viene alguien. Así nos aseguramos.

La pequeña pone una cara contrariada.

—¡Pero luego no me cuentas nada!

—¡Te lo contaré todo!

—¿De verdad que todo...? ¡Pero todo!

—Sí, te doy mi palabra. Y tú tose, si oyés venir a alguien.

Esperan en el pasillo, temblando, excitadas. Su sangre late furiosamente. ¿Qué pasará? Se pegan todo lo que pueden la una a la otra.

Un paso. Se separan rápidamente buscando la oscuridad. Efectivamente, es

Otto. Pone la mano sobre el picaporte; la puerta se cierra. La mayor sale disparada como una flecha tras él y se pega a la puerta para escuchar conteniendo la respiración. La más joven la mira anhelante. La curiosidad la abrasa, la arranca del sitio convenido. Se aproxima disimuladamente, pero su hermana la rechaza airada. Así que vuelve a esperar fuera, dos, tres minutos, que le parecen una eternidad. Delira de impaciencia, va de un lado a otro como si pisara sobre un suelo ardiendo. Prácticamente está a punto de llorar de excitación y rabia, porque su hermana lo está escuchando todo y ella, nada. Entonces, arriba, en la tercera habitación, se cierra una puerta. Tose. Y las dos huyen precipitadamente y se meten en su cuarto. Permanecen allí un instante sin aliento, con el corazón latiéndoles.

Entonces, la más joven apremia ansiosa a su hermana:

—Bueno..., cuéntame.

La mayor pone cara pensativa. Al final dice, completamente perdida en sus pensamientos, como para sí misma:

—¡No lo entiendo!

—¿Qué?

—Es tan extraño.

—¿Qué...? ¿Qué...?

La más joven dice las palabras jadeando. Ahora la hermana intenta recapacitar. La pequeña se ha apretado contra ella, muy cerca, para que no se le escape ni una palabra.

—Ha sido muy extraño..., tan distinto de como me lo había imaginado. Creo que cuando él ha entrado en la habitación ha querido abrazarla o besarla, porque ella le ha dicho: «¡Deja!, tengo que hablar seriamente contigo.» No he podido ver nada, la llave estaba puesta por dentro, pero lo he oído todo muy bien. «¿Qué es lo que pasa?», le ha respondido Otto, pero nunca le he oído hablar así. Sabes bien que por lo general le gusta hablar con voz alta y arrogante, pero esto lo ha dicho con tanta timidez que he notado inmediatamente que tiene cierto miedo. Y también ella ha debido de notar que mentía, porque se ha limitado a decirle en voz muy baja: «Seguro que ya lo sabes.» «No, no sé nada en absoluto.» «¡Vaya!», ha dicho ella..., y de una forma tan triste, tan terriblemente triste, «¿y por qué de repente te apartas de mí? Hace ocho días que no me has dicho ni palabra, me evitas siempre que puedes, ya no vas con las niñas, ya no vienes al parque. ¿Tan extraña te resulto de repente? ¡Oh!, bien sabes tú por qué de repente te mantienes alejado de mí.» Él se ha quedado callado y luego le ha dicho: «Es que ahora me queda poco para el examen, tengo que trabajar mucho y no dispongo de tiempo para

nada más. Ahora no puedo hacer otra cosa.» Entonces ella ha empezado a llorar y luego le ha dicho entre lágrimas, pero igual de dulce y bondadosa: «Entonces, Otto, ¿por qué me mientes? Di la verdad, realmente no me merezco esto de ti. No te he pedido nada, pero es preciso que hablemos los dos sobre ello. Bien sabes lo que tengo que decirte, lo veo en tus ojos.» «Pues, ¿qué es?», ha balbuceado, pero débil, muy débilmente. Y entonces ella le ha dicho...

De repente, la muchacha empieza a temblar y no puede seguir hablando de la emoción. La más joven se estrecha más contra su hermana.

—Bueno..., y entonces, ¿qué?

—Entonces ella le ha dicho: «¡Tengo un hijo tuyo!»

La pequeña se levanta como un rayo.

—¡Un hijo! ¡Un hijo! ¡Pero es imposible!

—Sin embargo es lo que ella ha dicho.

—Has debido de oír mal.

—¡No, no! Y él lo ha repetido; se ha levantado de un salto exactamente igual que tú y ha gritado: «¡Un hijo!» Ella ha permanecido en silencio largo rato y luego ha preguntado: «¿Qué va a pasar ahora?» Y entonces...

—¿Y entonces?

—Entonces has tosido y he tenido que salir corriendo.

La más joven mira absorta al vacío completamente descompuesta.

—¡Un hijo! Pero eso es imposible. ¿Dónde va a tener ella un hijo?

—No lo sé. Eso es precisamente lo que no comprendo.

—Tal vez en casa..., donde estaba antes de venir con nosotros. Está claro que mamá no le ha permitido traérselo por ti y por mí. Y por eso está también tan triste.

—¡Venga ya, pero entonces ella no conocía de nada a Otto!

Vuelven a callarse, confusas, cavilando sin saber a qué atenerse. La idea las atormenta. Y la más pequeña vuelve a empezar:

—¡Un hijo! ¡Eso es totalmente imposible! ¿Cómo es que puede tener un hijo? Ella no está casada, y sólo la gente casada tiene hijos, eso lo sé.

—Tal vez estuvo casada.

—Deja de decir tonterías. Pero con Otto no.

—Pero entonces, ¿cómo es que...?

Se miran fijamente sin saber a qué atenerse.

—La pobre señorita —dice una muy triste.

Siempre vuelve a salir la misma frase y acaba con un suspiro de compasión. Y siempre vuelve a agitarse entre ellas la llama de la curiosidad.

—¿Será un niño o una niña?

—¿Quién puede saberlo?

—¿Qué te parece... si por una vez le preguntara... con mucho, mucho cuidado?

—¡Estás loca!

—¿Por qué...? Es tan buena con nosotras.

—¡Pero qué cosas se te ocurren! A nosotras no nos cuentan cosas así. Se lo callan todo. Cuando entramos en el cuarto, interrumpen siempre la conversación y se ponen a hablar con nosotras de tonterías, como si fuéramos niñas, y yo ya tengo trece años. ¿Para qué quieres preguntarle? No nos dirán más que mentiras.

—Pero me habría gustado saberlo.

—¿Crees que a mí no?

—¿Sabes...? En realidad, lo que más me cuesta entender es que Otto no debía de saber nada. Uno sabe que tiene un hijo como sabe que tiene padres.

—Lo ha disimulado, el miserable. Siempre disimula.

—Pero algo así no. A no ser..., a no ser... que nos quiera engañar con una mentira...

En ese instante entra la señorita. Se callan en el acto y aparentan trabajar. Pero la miran de soslayo. Sus ojos parecen enrojecidos; su voz, algo más profunda y vibrante que de costumbre. Las niñas están muy calladas, con un respetuoso temor levantan de repente la mirada hacia ella. «Tiene un hijo», piensan una y otra vez, sin poderlo evitar, «por eso está tan triste.» Y, poco a poco, ellas mismas también se ponen tristes.

Al día siguiente, en la mesa, les espera una inesperada noticia. Otto abandona la casa. Le ha explicado a su tío que, ahora que le faltaba tan poco para los exámenes, tenía que trabajar intensamente y allí estaba demasiado distraído. Alquilaría una habitación en alguna parte durante uno o dos meses, hasta que todo hubiera acabado.

Las dos niñas se muestran terriblemente alteradas, cuando lo escuchan. Intuyen que, de alguna forma, existe una misteriosa relación entre aquello y la

conversación de ayer; con su agudo instinto advierten una cobardía, una huida. Cuando Otto intenta despedirse de ellas, se vuelven groseras y le dan la espalda. Pero ahora que está de pie ante la señorita lo miran de soslayo. A él se le estremecen los labios, pero ella le tiende tranquilamente la mano, sin decir una palabra.

Las niñas se han transformado por completo en aquel par de días. Han olvidado sus juegos y su risa, sus ojos no tienen el brillo vivo y despreocupado de antes. En su interior reina la inquietud y la inseguridad, una tremenda desconfianza hacia todas las personas que tienen a su alrededor. Ya no creen lo que les dicen, huelen la mentira y la segunda intención detrás de cada frase. Se pasan el día entero observando y espiando, acechan cada movimiento, captan cada mueca, cada acento de la voz. Aparecen como sombras detrás de cualquier cosa, escuchan detrás de las puertas para coger algo al vuelo, hay en ellas un apasionado afán de sacudirse la oscura red de misterios que cae sin querer sobre sus hombros o, por lo menos, echar una mirada al mundo real a través de su malla. La fe infantil, aquella ceguera alegre, despreocupada, ha desaparecido. Y, además, por el sofocante ambiente en que se desarrollan los acontecimientos intuyen que puedan caer más rayos y tienen miedo de perdérselos. Desde que saben que están rodeadas de mentiras, se han vuelto recelosas y acechantes, incluso solapadas y embusteras. Cerca de sus padres agachan la cabeza con una candidez infantil que ya no es más que apariencia y, luego, se inflaman con una súbita animación. Todo su ser se ha deshecho en una nerviosa inquietud, sus ojos, que antes tenían un brillo suave y superficial, parecen ahora más profundos y resplandecientes. Andan tan desesperadas espiando y fisgando sin parar que el cariño que sienten mutuamente se hace cada vez más profundo. A veces se abrazan impetuosamente, llevadas por su sentimiento de ignorancia, cediendo con exageración a la necesidad de ternura que brota de repente en su interior, o estallan en lágrimas. Sin motivo aparente, su vida ha entrado en crisis.

De los muchos agravios a los que sus sentidos acaban de despertar hay uno que sienten con especial intensidad. Tácitamente, se han obligado a proporcionarle a la señorita, que está tan triste, tanta alegría como sea posible. Hacen sus deberes con diligencia y mimo, ambas se ayudan entre sí, están quietas, no manifiestan ninguna queja, se anticipan a todos sus deseos. Pero la señorita no se da cuenta en absoluto y eso les hace mucho daño. En los últimos tiempos se ha convertido en una persona totalmente distinta. A veces, cuando una de las muchachas se dirige a ella, se estremece como si despertara sobresaltada de un sueño. Y entonces su mirada vuelve de muy lejos intentando situarse. A menudo se pasa horas enteras sentada, mirando al vacío, sumida en sus ensueños. Entonces las muchachas pasan de puntillas para no molestarla, se dan cuenta vaga y misteriosamente de que ahora está pensando en su hijo, que está lejos, en alguna parte. Y, desde lo profundo de su

condición de mujer, que ya empieza a despertar en ellas, sienten cada vez más cariño por la señorita, que ahora se ha vuelto tan dulce y tan tierna. Su paso, por lo general decidido y arrogante, es ahora más prudente, sus movimientos más cautelosos, y las niñas perciben en todo ello una secreta tristeza. Jamás la han visto llorar, pero sus párpados aparecen enrojecidos cada vez con más frecuencia. Se dan cuenta de que la señorita quiere mantener en secreto su dolor ante ellas, y se desesperan por no poder ayudarla.

Y una vez que la señorita se vuelve hacia la ventana y se pasa un pañuelo por los ojos, la más pequeña, haciendo acopio de valor, la coge suavemente de la mano y le dice:

—Señorita, ¡qué triste está usted últimamente! ¿Verdad que no tenemos la culpa nosotras?

La señorita la mira commovida y le acaricia con la mano el suave cabello.

—No, hija, no —dice—. Vosotras seguro que no.

Y la besa suavemente en la frente.

Acechando y observando, sin descuidar nada de lo que cae en su campo de visión, una de ellas acaba captando esos días unas palabras al entrar de repente en la habitación. En realidad no fue más que una frase, porque sus padres interrumpieron su conversación inmediatamente, pero cada una de aquellas palabras enciende ahora en ellas mil suposiciones.

—A mí también me ha llamado la atención lo mismo —dijo la madre—. Luego la llamaré a capítulo.

Al principio la niña cree que se refiere a ella y, casi con miedo, acude corriendo a su hermana para pedirle consejo, ayuda. Pero a mediodía notan cómo las miradas de sus padres están clavadas en el semblante soñador y distraído de la señorita, examinándolo, y luego se cruzan entre sí.

Después de levantarse de la mesa, sin darle mucha importancia, la madre le dice a la señorita:

—Por favor, venga luego a mi cuarto. Tengo que hablar con usted.

La señorita asiente ligeramente con la cabeza. Las muchachas tiemblan con fuerza, notan que algo está a punto de ocurrir.

Y en cuanto la señorita entra en el cuarto, se precipitan en pos de ella. El pegar el oído a las puertas, el atisbar desde los rincones, el espiar y acechar se ha convertido para ellas en algo totalmente natural. Ya no sienten en absoluto lo feo ni lo osado que hay en ello, no tienen más que un único pensamiento: apoderarse de todos los secretos que se quieren sustraer a su mirada. Escuchan. Pero sólo consiguen oír un suave bisbiseo de palabras que son

susurradas. Sus cuerpos tiemblan nerviosamente. Tienen miedo de que pueda escapárseles todo.

Entonces, una voz se eleva dentro. Es la de su madre. Suena enojada y bronca.

—¿Se ha creído usted que todo el mundo es ciego, que no se nota algo así? Me puedo imaginar cómo ha debido de cumplir con su obligación, con semejantes ideas y semejante moral. ¡Y pensar que he confiado a alguien así la educación de mis niñas, mis hijas, que sabe Dios cuánto habrá descuidado...!

La señorita parece replicar algo. Pero habla demasiado bajo como para que las niñas puedan entenderla.

—¡Excusas, excusas! Todas las frívolas tienen su excusa. Se entregan al primero que llega sin pensar en nada más. Luego, Dios dirá. ¡Y alguien como usted pretende ser educadora, formar muchachas! ¡Qué descaro! ¡No pensará que en estas condiciones voy a mantenerla por más tiempo en mi casa!

Las niñas escuchan desde fuera. Un escalofrío les recorre el cuerpo. No entienden todo aquello, pero les resulta terrible escuchar la voz de su madre tan airada y, ahora, como única respuesta, el suave, incontenible sollozo de la señorita. Las lágrimas brotan de sus ojos. Pero parece que sólo sirve para irritar aún más a su madre.

—¿Eso es lo único que sabe hacer, echarse a llorar? No me commueve. Con personas así no tengo ninguna compasión. Lo que vaya a ser de usted a partir de ahora no me importa nada en absoluto. Usted sabrá a quién se tiene que dirigir, yo no se lo voy a preguntar. Sólo sé que no voy a soportar ni un solo día más en mi casa a alguien que ha descuidado sus obligaciones de forma tan infame.

El sollozo es la única contestación, aquel sollozar desesperado, brutal, tremendo, que sacude febrilmente a las niñas, que están fuera. Nunca han escuchado un llanto como ése. Y en su interior sienten que quien llora así no puede carecer de razón. Ahora su madre calla y espera. Luego dice brusca y severamente:

—Bueno, es cuánto quería decirle. Recoja hoy mismo sus cosas y vuelva usted mañana temprano por su sueldo. ¡Adiós!

Las niñas se apartan de la puerta de un salto y corren a refugiarse en su cuarto. ¿Qué ha pasado? Es como si hubiera caído un rayo delante de ellas. Están pálidas y tiemblan de miedo. Por primera vez, en cierto modo, atisban la realidad. Y por primera vez se atreven a sentir algo parecido a la rebeldía frente sus padres.

—Ha sido una vileza por parte de mamá dirigirse a ella de este modo —

dice la mayor, mordiéndose los labios.

La pequeña incluso retrocede asustada ante una palabra tan atrevida.

—Pero es que no tenemos ni idea de lo que ha hecho —balbucea en tono de queja.

—Seguro que nada malo. La señorita no puede haber hecho nada malo. Mamá no la conoce.

—¡Y además cómo lloraba! Me ha dado miedo.

—Sí, era terrible. ¡Pero cómo le gritaba mamá también! Ha sido una vileza, te lo digo yo, una vileza.

Da una patada en el suelo. Las lágrimas empañan sus ojos. En ese momento entra la señorita. Parece muy cansada.

—Niñas, esta tarde tengo cosas que hacer. ¿Verdad que si os quedáis solas puedo confiar en vosotras? Luego, por la noche, os veré.

Se marcha sin notar la agitación de las niñas.

—¿Has visto? Sus ojos estaban completamente llenos de lágrimas. No comprendo cómo mamá se ha podido comportar con ella de este modo.

—¡La pobre señorita!

Vuelve a sonar compasivo y profundamente lacrimoso. Se quedan allí, descompuestas y azoradas. En ese momento entra su madre y pregunta si quieren irse a dar un paseo en coche con ella. Las niñas eluden la pregunta. Tienen miedo de mamá. Y además les indigna que no se les haya dicho nada sobre la despedida de la señorita. Prefieren quedarse solas. Como dos golondrinas en una jaula estrecha van de un lado a otro, oprimidas por este ambiente de mentira y de silencio. Piensan si no deberían entrar en el cuarto de la señorita para preguntarle, para hablar con ella sobre todo, para decirle que debe quedarse y que mamá no tiene razón. Pero tienen miedo de importunarla. Y además se avergüenzan: todo lo que saben lo han escuchado y captado a hurtadillas. Deben hacerse las tontas, tan tontas como eran hace dos, tres semanas. Así que se quedan solas toda la tarde, infinitamente larga, cavilando y llorando y siempre con esa terrible voz en el oído, la perfida cólera sin corazón de su madre y el desesperado sollozar de la señorita.

Por la noche, la señorita entra en su cuarto fugazmente para verlas y darles las buenas noches. Las niñas tiemblan cuando la ven salir, les gustaría mucho decirle algo más. Pero ahora que la señorita ya está junto a la puerta se vuelve hacia ellas de repente —como arrastrada por aquel deseo mudo—, una vez más. Algo brilla en sus ojos, húmedos y velados. Abraza a las dos niñas, que empiezan a sollozar de una forma incontenible, las vuelve a besar y luego sale

precipitadamente.

Las niñas se quedan sumidas en lágrimas. Se dan cuenta de que ha sido una despedida.

—¡No la volveremos a ver! —dice una llorando.

—Ya verás como mañana, cuando volvamos de la escuela, ya no está aquí.

—Tal vez la podamos visitar más adelante. Entonces seguro que hasta nos enseña a su hijo.

—Sí, ¡es tan buena!

— ¡La pobre señorita! —vuelve a suspirar, esta vez por su propio destino.

—¿Puedes imaginarte cómo serán ahora las cosas sin ella?

—Jamás podré soportar a otra señorita.

—Yo tampoco.

—Ninguna será tan buena con nosotras. Y además...

No se atreve a decirlo. Pero un sentimiento inconsciente de la condición femenina la hace respetable a sus ojos desde que saben que tiene un hijo. Ninguna de las dos hace otra cosa que pensar en ello, pero ya sin esa curiosidad infantil, sino compasivas y conmovidas en lo más profundo.

—¡Oye! —dice una—. ¡Escúchame!

—¿Sí?

—¿Sabes? Me gustaría mucho poder darle una alegría a la señorita antes de que se marche. Para que sepa que le tenemos cariño y no somos como mamá. ¿Quieres?

—¿Y todavía me lo preguntas?

—Me he acordado de cuánto le gustaban las rosas blancas y, ¿sabes?, pienso que podríamos comprarle unas mañana temprano antes de irnos a la escuela y luego ponérselas en su cuarto.

—Pero ¿cuándo?

—A mediodía.

—Entonces seguro que ya se ha marchado. Será mejor que madruguemos mucho para bajar a recogerlas rápidamente sin que nadie lo note. Y luego se las llevamos a su cuarto.

—Sí, nos levantaremos muy pronto.

Cogen sus huchas, las sacuden y juntan con toda su buena voluntad el

dinero que tienen. Ahora ya vuelven a estar más contentas, desde que saben que todavía podrán demostrar a la señorita su amor mudo, abnegado.

Se levantan muy temprano. Cuando llaman a la puerta de la señorita con las hermosas rosas abultadas en la mano ligeramente temblorosa nadie les responde. Creen que la señorita está durmiendo y se deslizan cuidadosamente dentro del cuarto. Pero la habitación está vacía, la cama intacta. Todo está revuelto y desperdigado por todas partes, sobre el oscuro tapete de la mesa destacan unas cartas.

Las dos niñas se asustan. ¿Qué ha ocurrido?

—Voy a entrar a decírselo a mamá —dice resueltamente la mayor.

Y, altiva, con ojos sombríos, sin ningún miedo, se planta ante su madre y le pregunta:

—¿Dónde está nuestra señorita?

—Estará en su habitación —dice la madre muy sorprendida.

—Su cuarto está vacío, la cama está intacta. Debe de haberse ido ya ayer por la tarde. ¿Por qué no se nos dijo nada al respecto?

La madre no se da cuenta en absoluto del tono malhumorado, exigente. Se ha quedado pálida y entra donde está el padre, que luego desaparece rápidamente en la habitación de la señorita.

Pasa mucho rato dentro. La niña observa a la madre, que parece muy excitada, y cuyos ojos no se atreven a sostener la mirada firme, llena de ira de su hija.

Entonces vuelve el padre. Tiene el rostro muy pálido y lleva una carta en la mano. Entra con la madre en la habitación y habla con ella en voz baja. Las niñas se quedan fuera y de repente ya no se atreven a escuchar. Tienen miedo de la ira del padre, que ahora tiene un aspecto como nunca antes lo han conocido.

Su madre, que en ese momento sale de la habitación, tiene los ojos llenos de lágrimas y la mirada trastornada. Las niñas, inconscientes, van a su encuentro, como impulsadas por el miedo e intentan volver a preguntarle. Pero ella dice duramente:

—Ahora marchaos a la escuela, ya es tarde.

Y las niñas tienen que marcharse. Como en un sueño permanecen sentadas allí cuatro, cinco horas entre todos los demás y no escuchan ni una palabra. A la vuelta se precipitan a casa desenfrenadas.

Allí todo es como siempre, a no ser por un terrible pensamiento que parece

embargar a la gente. Nadie habla, pero todos, incluso los sirvientes, tienen una mirada muy particular. La madre sale al encuentro de las niñas. Parece haberse preparado para decirles algo. Empieza:

—Niñas, vuestra señorita no volverá más, está...

Pero no se atreve a acabar de decirlo. Los ojos de las dos niñas se clavan en los suyos de una forma tan amenazadora, con tanto brillo, con tal fiereza, que no se atreve a decirles una mentira. Se da la vuelta y va a refugiarse en su cuarto.

Por la tarde aparece de pronto Otto. Lo han llamado, una de las cartas era para él. También él está pálido. Espera de pie turbado. Nadie habla con él. Todos lo evitan. Entonces ve a las dos niñas acurrucadas en el rincón y va a saludarlas.

—¡No me toques! —dice una, estremeciéndose de asco. Y la otra escupe delante de él.

Vaga errante, trastornado un rato más. Luego desaparece.

Nadie habla con las niñas. Ellas mismas no intercambian una sola palabra. Pálidas y trastornadas, sin sosiego, como animales en una jaula, vagan por la habitación de un lado a otro, se cruzan una y otra vez, y se miran a los ojos llenos de lágrimas sin decir nada. Ahora lo saben todo. Saben que les han mentido, que todo el mundo puede ser malo y mezquino. Ya no quieren a sus padres, ya no creen en ellos. Saben que no deben depositar su confianza en nadie y que desde ahora todo el tremendo peso de la vida se acumulará sobre sus delgados hombros. Es como si se hubieran precipitado a un abismo desde la despreocupada comodidad de su niñez. Todavía no pueden comprender lo terrible de lo ocurrido a su alrededor, pero su pensamiento se esfuerza por tragarlo y amenaza con ahogarlas. Sus mejillas arden febrilmente y tienen una mirada malhumorada, excitada. Andan errantes de un lado a otro, como si se congelaran en su soledad. Dirigen a todo el mundo una mirada tan atroz que nadie, ni siquiera sus padres, se atreve a hablar con ellas, su incesante vagar refleja la agitación que bulle en su interior. Y, sin que hablen entre sí, existe entre las dos una terrible complicidad. El silencio, el silencio impenetrable, sin preguntas, el dolor cerrado y perverso, sin gritos y sin lágrimas, las hace extrañas a todos y peligrosas. Nadie se les acerca, el acceso a sus almas está cortado, tal vez por muchos años. Todos los que las rodean los sienten como enemigos, y enemigos declarados a los que nunca jamás podrán perdonar. Porque desde ayer han dejado de ser niñas.

Aquella tarde se hacen muchos años mayores. Y sólo después, cuando por la noche están solas en la oscuridad de su cuarto, despierta en ellas el miedo infantil, el miedo a la soledad, a las imágenes de los muertos y luego un miedo

aprensivo a cosas indeterminadas. Con la commoción general de la casa se han olvidado de calentarles la habitación. Así que se deslizan heladas dentro de la cama acurrucándose juntas, entrelazándose firmemente con sus delgados brazos infantiles y apretando sus delicados cuerpos, todavía por florecer, uno contra otro como buscando amparo frente a su miedo. Todavía no se atreven a hablar entre ellas. Pero entonces la más joven rompe por fin a llorar, la mayor la acompaña con incontenibles sollozos. Lloran abrazándose estrechamente, bañan su rostro con las cálidas lágrimas, que caen rodando tímidamente al principio y luego más rápido, recoge cada una, pecho contra pecho, la sacudida con que la otra acompaña el sollozo y lo devuelve estremeciéndose. Ambas son un único dolor, un único cuerpo que llora en la oscuridad. Ya no es por la señorita por quien lloran, ni por sus padres, con los que han acabado para siempre, es un temor repentino que las sacude, un miedo a todo lo que este mundo desconocido, al que hoy han lanzado una primera mirada horrorizada, pueda depararles. Tienen miedo de la vida a la que ahora despiertan, de la vida que tienen ante sí oscura y amenazadora, como un bosque tenebroso que han de recorrer a pie. Su confuso sentimiento de temor se vuelve cada vez más crepuscular, casi como un sueño; sus sollozos, cada vez más débiles. Ahora, la respiración de ambas fluye dulcemente y el aliento de una se confunde con el de la otra, como antes sus lágrimas. Y así, por fin, se quedan dormidas.

NOVELITA DE VERANO

Pasé el mes de agosto del pasado verano en Cadenabbia, uno de esos pequeños lugares a orillas del lago de Como tan encantadoramente escondidos entre las blancas casas de campo y el oscuro bosque. Tranquilo y apacible incluso en los días más animados de la primavera, cuando los viajeros de Bellagio y Menaggio ocupan por completo la estrecha franja de playa, la pequeña ciudad era en esas cálidas semanas un lugar solitario y apartado, lleno de aromas e iluminado por el sol. El hotel estaba casi desierto: algunos huéspedes dispersos, cada uno de los cuales se extrañaba del hecho de que el otro hubiera escogido un lugar tan perdido para pasar el verano, sorprendiéndose cada mañana de encontrar al otro en el mismo sitio. A mí, en quien más me admiraba el hecho era en un señor mayor, muy distinguido y cultivado, que —por el aspecto era un tipo medio entre el correcto hombre de Estado inglés y un coureur parisino— sin buscar refugio en ninguna clase de deporte acuático, pasaba el día meditando, viendo cómo el humo de su cigarrillo se disolvía en el aire u hojeando de vez en cuando un libro. La opresiva soledad de dos días de lluvia y la manera tan abierta en que salió a mi

encuentro no tardaron en dar a nuestra relación una cordialidad que salvaba casi por completo la diferencia de años. Originario de Livornia, educado en Francia y más tarde en Inglaterra, sin profesión desde entonces, sin residencia fija desde hace años, era un apátrida en el noble sentido de aquellos que, vikingos y piratas de la belleza, han ido acumulando en su interior las piezas más preciosas de cada una de las ciudades por las que han pasado robando en sus correrías. Como diletante se sentía próximo a todas las artes, pero más fuerte que su amor por ellas era su altivo desprecio por servirlas: les estaba agradecido por miles de horas hermosas, sin que les hubiera dedicado un solo esfuerzo creador. Vivía una de esas vidas que parecen superfluas, porque no se encadenan a nada de lo común, porque toda la riqueza que han acumulado en ellos las mil experiencias preciosas y únicas, se pierde con su último aliento sin que nadie la herede.

De ello le hablaba yo una tarde cuando, sentados delante del hotel después de la cena, veíamos cómo el luminoso lago se iba oscureciendo lentamente ante nuestra mirada. Él sonreía.

—Tal vez no le falte razón. A decir verdad no creo en los recuerdos: lo que vivimos se vive en el instante, luego nos abandona. Y la poesía, ¿no se hunde igualmente veinte, cincuenta, cien años después? Sin embargo, hoy quiero contarle algo que creo que sería una bonita novela. ¡Vamos! Cosas así se cuentan mejor mientras se camina.

Así fuimos recorriendo el maravilloso paseo que bordea el lago, cubierto por la sombra de los eternos cipreses y los enmarañados castaños, entre cuyo ramaje se veía el inquieto reflejo del lago. Al otro lado yacía la blanca nube de Bellagio, suavemente coloreada con los tonos que derramaba el sol que ya se había puesto, y arriba, en lo alto de la oscura colina brillaban, rodeadas de rayos diamantinos, las resplandientes coronas murales sobre las torres almenadas de Villa Sebelloni. El calor era ligeramente bochornoso y, sin embargo, no resultaba pesado; se apoyaba tiernamente en las sombras como un dulce brazo de mujer y llenaba el ambiente con el aroma de flores invisibles.

Comenzó su relato:

—Debo empezar haciéndole una confesión. Hasta ahora no le había dicho que ya estuve aquí, en Cadenabbia, el año pasado, en la misma época y en el mismo hotel. Puede que le sorprenda, y mucho más cuando es cierto que le conté que desde siempre he evitado repetir algo en mi vida. Pero ¡escuche! Como es natural estaba igual de solitario que esta vez. Estaba aquí el mismo señor de Milán que se pasa el día entero pescando y por la noche vuelve a soltar los peces para poder pescarlos de nuevo a la mañana siguiente; había dos ancianas inglesas, cuya leve existencia vegetativa apenas se notaba, además de un guapo muchacho con una chica pálida, agradable, que todavía

hoy no me creo que fuera su mujer, porque parecían tenerse un cariño demasiado entrañable. Finalmente, una familia alemana, alemanes del norte del tipo más puro. Una dama más bien mayor, con el cabello claro, de color rubio trigueño, de huesos duros, con movimientos bruscos, desagradables, ojos penetrantes de color azul acero y una boca desafiante y enérgica, como cortada a cuchillo. Con ella, una hermana suya, inconfundible, porque tenían las mismas facciones, aunque las de ésta se habían vuelto marchitas, arrugadas y como fofas; siempre estaban juntas pero nunca conversaban, inclinadas constantemente sobre su labor de bordado en la que parecían tejer toda su falta de pensamientos, implacables parcas de un mundo de aburrimiento y limitación.

Y, entre ellas, una muchacha joven, como de dieciséis años, la hija de una de las dos, no sé de cuál, porque la dureza de sus rasgos, todavía por definir, se mezclaba ya con una leve redondez femenina. En realidad no era nada guapa, demasiado delgada, inmadura, y además, como es natural, vestida sin gracia, pero había algo conmovedor en su desolada nostalgia. Sus ojos eran grandes y parecían llenos de una oscura luz, pero siempre huían azorados, disolviendo su brillo en luces temblorosas. También ella venía siempre con su labor, pero a menudo sus manos se volvían lentas, los dedos se adormecían y entonces se quedaba quieta sentada con una mirada inmóvil, soñadora sobre el lago. No sé qué fue lo que me causó una impresión tan notable en su aspecto. ¿Fue tal vez el pensamiento banal y, sin embargo, inevitable, que a uno lo asalta cuando ve a una madre marchita junto a su hija en la flor de la vida, la sombra tras la figura, el pensamiento de que en cada mejilla ya acecha oculta una arruga; en cada risa, el cansancio; en cada sueño, la decepción? ¿O era esa terrible nostalgia sin objeto, que acababa de empezar a desatarse en ella, que se advertía en todo su ser, aquel minuto fantástico, único en la vida de las jóvenes en el que dirigen ansiosas su mirada al todo, porque todavía no tienen lo uno, al que luego se aferran y del que más tarde acaban colgando perezosamente como algas en una madera flotante? Me resultaba infinitamente cautivador observarla, aquella mirada húmeda, soñadora, la manera exagerada, desatada con que acariciaba cualquier perro y cualquier gato, la inquietud que le impulsaba a emprender un montón de cosas distintas que nunca llegaba a acabar. Y, luego, la ardiente precipitación con que leía por las tardes los escasos y míseros volúmenes de la biblioteca del hotel o bien hojeaba los dos tomos de poesía gastados de tanto leerlos que se había traído consigo: su Goethe y su Baumbach... Pero ¿por qué sonríe?

Tuve que disculparme.

—Es sólo por la combinación, Goethe y Baumbach.

—¡Ah, bueno! Claro que resulta bien ridículo. Y, sin embargo, no lo es del todo. Créame que a las jóvenes de esta edad les es completamente indiferente

si leen poemas buenos o malos, auténticos o falaces. Para ellas los versos no son más que cálices donde calmar su sed, y no se preocupan del vino que contienen, porque ya llevan la embriaguez dentro, incluso antes de haber bebido. Y así era esta muchacha, un cáliz tan rebosante de nostalgia que hasta le brillaba en los ojos, hacía temblar las puntas de sus dedos sobre la mesa e imprimía en su paso un estilo verdaderamente torpe y, sin embargo, alado, entre la huida y el temor. Se la veía hambrienta por hablar con alguien, por entregar algo de su plenitud, pero no había nadie, sólo soledad, sólo el tintineo de las agujas a derecha e izquierda, la mirada fría, circunspecta de las dos damas. Me asaltó una infinita compasión. Y, sin embargo, yo no me podía acercar a ella, porque, en primer lugar, ¿qué es un hombre entrado en años para una jovencita que atraviesa por un momento como ése?, y luego, mi aversión por todo tipo de familiaridad y, en particular, por relacionarme con viejas damas burguesas, ahogaba cualquier posible acercamiento. Entonces probé a hacer algo curioso. Pensé: ésta es una muchachita joven, que apenas ha empezado a volar, inexperta, seguro que es la primera vez que viene a Italia, que en Alemania, gracias al inglés Shakespeare, que jamás estuvo en ella, se considera la tierra del amor romántico, de los Romeos, de las aventuras misteriosas, de los abanicos que caen, de las dagas centelleantes, de las máscaras, de las dueñas y de las tiernas cartas. Seguramente sueña con aventuras, y ¿quién conoce los sueños de las jóvenes, esas nubes blancas, agitadas, que flotan sin rumbo en el azul y como nubes se inflaman en el crepúsculo con tonos más cálidos, rosa y, luego, rojo ardiente? Aquí nada le parecerá inverosímil, imposible. Así que decidí inventarme para ella un amante misterioso.

»Y ya aquella misma noche escribí una larga carta de una ternura respetuosa y humilde, llena de intrigantes insinuaciones y sin firma. Una carta que ni pedía ni prometía nada, exaltada y contenida a un tiempo, en pocas palabras, una romántica carta de amor como salida de una obra en verso. Y como sabía que, llevada de su febril agitación, era la primera en aparecer cada día para el desayuno, introduce la carta doblada dentro de su servilleta. La mañana llegó. Yo la observaba desde el jardín, vi su incrédula sorpresa, su repentino sobresalto, vi la roja llama que atravesaba sus pálidas mejillas y corría rápidamente hasta lo hondo de la garganta. Vi cómo miraba desvalida a su alrededor, el respingo, el movimiento de ladrón con el que escondió la carta, y luego cómo se sentó inquieta, nerviosa, sin tocar apenas el desayuno, y, en cuanto pudo, salió disparada afuera, en busca de algún lugar en medio de los sombríos paseos carentes de toda animación, para descifrar el misterioso escrito... ¿Quería decir usted algo?

Yo había hecho un movimiento inconsciente que tuve que explicar ahora.

—Me parece muy osado. ¿No se le ocurrió pensar que ella podía investigar

o, mucho más sencillo, preguntarle al camarero cómo había llegado la carta a la servilleta? ¿O mostrársela a su madre?

—Naturalmente que lo pensé. Pero si hubiera visto usted a la muchacha, aquel ser cariñoso, asustado, tímido, que siempre miraba con recelo a su alrededor si alguna vez había dicho algo en voz más alta de lo normal, se le hubiera disipado cualquier duda. Hay muchachas cuyo pudor es tan grande que usted se atrevería a arriesgarse por ellas hasta el extremo, porque están tan desamparadas que prefieren soportar lo peor antes de confiarse a otro con una palabra. La seguí con la mirada sonriendo y me alegré de lo bien que me había salido la jugada. Entonces regresó y sentí cómo la sangre se agolpaba de repente en mis sienes: era otra muchacha, otro paso. Avanzaba inquieta y confusa, una oleada ardiente se había derramado sobre su rostro, y un dulce desconcierto hacia que resultara torpe. Y así fue durante todo el día. Su mirada volaba hacia cualquier ventana, como si allí pudiera descubrir el misterio, envolvía a cualquiera que pasara, y una vez incluso cayó sobre la mía, que aparté cautelosamente para que no me delatara con un guiño; pero en este instante fugaz como un rayo había sentido el fuego de la pregunta, que casi me asustó, y después de años volví a reconocer que ninguna volubilidad es más peligrosa, seductora y perniciosa que la que hace saltar la primera chispa en los ojos de una muchacha. Luego la vi sentada entre las dos ancianas, con dedos somnolientos y vi cómo, de vez en cuando, tocaba rápidamente un punto de su vestido, en el que estuve seguro de que escondía la carta. Ahora el juego me sedujó.

Y aquella misma noche le escribí una segunda carta y así lo seguí haciendo en los días sucesivos: me resultaba de un atractivo singular e incitante dar cuerpo en mis cartas a los sentimientos de un joven enamorado; inventar el progresivo aumento de una pasión que no era más que ficción, se convirtió para mí en un deporte cautivador, como lo que pueden sentir los cazadores cuando tienden lazos o atraen la caza hacia el cañón de su escopeta. Y el éxito que obtuve fue tan indescriptible que casi me asusté y pensé en dejarlo ya, y lo habría hecho si la tentación no me hubiera encadenado tan ardientemente al juego que acababa de iniciar. Su paso era ágil y tremadamente intrincado, como si fuera bailando; una belleza febril, singular, iluminaba sus facciones; su descanso debía de ser un duermevela a la espera de la carta de la mañana, porque, al amanecer, sus ojos estaban oscuros, sombríos e inquietos en su fuego. Empezó a preocuparse de su aspecto, llevaba flores en el cabello, una maravillosa ternura hacia todas las cosas apaciguaba sus manos, en su mirada había una pregunta constante, porque, por mil pequeñeces que yo dejaba entrever en las cartas, se daba cuenta de que el escritor debía de estar cerca de ella, un Ariel que llena el aire con música, flotando cerca de ella, acechando sus actos más secretos y, sin embargo, invisible por propia voluntad. Se volvió tan alegre que ni siquiera a las dos apáticas damas les pasó por alto la

transformación, pues, de vez en cuando, benévolas y curiosas, dejaban que su vista se prendara de la apresurada figura y de las mejillas que empezaban a florecer, para mirarse luego con una sonrisa furtiva. Su voz adquirió sonido, se hizo más alta, más brillante, más audaz, y en su garganta vibraba a menudo un estremecimiento y se henchía, como si en cualquier momento fuera a elevarse en un trino jubiloso, como si fuera... ¡Pero ya está usted sonriéndose de nuevo!

—No, no; por favor, siga con su relato. Sólo pienso que cuenta usted muy bien la historia. Tiene usted, discúlpeme, talento y es indudable que haría un relato tan bueno como cualquiera de nuestros novelistas.

—Seguro que lo que usted está insinuando, cortés y prudentemente, es que narro como sus novelistas alemanes, es decir, con un subido tono lírico, un estilo ampuloso, sentimental y aburrido. Bien, ¡intentaré abreviar! La marioneta bailaba y yo manipulaba los hilos con mano sensata. Para apartar cualquier sospecha de mí (pues a veces sentía cómo su mirada intentaba fijarse en la mía para sondearla), le había sugerido la posibilidad de que el escritor no viviera aquí, sino en alguno de los balnearios cercanos y viniera a diario en un bote o en el vapor. Y, ahora, cuando sonaba la campana del barco que se aproximaba, siempre se evadía con cualquier pretexto de la vigilancia de su madre y se marchaba corriendo precipitadamente a pasar revista contenido la respiración desde un rincón del muelle a los pasajeros que llegaban.

»Y, entonces (fue una oscura tarde, no tenía otra cosa que hacer que observarla), sucedió algo muy curioso. Entre los pasajeros había un hombre joven y guapo, con aquella extravagante elegancia con que se visten los jóvenes italianos, y cuando recorrió con la vista el lugar buscando algo se encontró con la mirada interrogativa, absorbente de la joven muchacha que buscaba a alguien desesperadamente. Y, de inmediato, una roja oleada de vergüenza se abatió sobre la cara de ella, inundando incontenible su tímida sonrisa. El joven se quedó sorprendido, se puso en guardia (como es fácil de comprender cuando uno nota que le echan una mirada tan ardiente llena de mil cosas no dichas), sonrió e intentó seguirla. Ella emprendió la huida, paralizada con la seguridad de que éste era al que había buscado tanto tiempo, volvía a apretar el paso y sin embargo se daba la vuelta para mirar, era aquel eterno juego entre el deseo y el temor, el anhelo y la vergüenza, en el que, sin embargo, la dulce debilidad siempre resulta ser la más fuerte. Él, visiblemente animado, aunque sorprendido, la siguió apresuradamente y ya estaba cerca de ella, y yo me daba cuenta horrorizado de que todo podía acabar complicándose en un alarmante caos, cuando, en ese momento, llegaron las dos damas paseando por el camino. La muchacha salió a su encuentro en busca de refugio como un pájaro asustado, el joven se retiró prudentemente, aunque sus miradas se volvieron a cruzar una vez más al darse la vuelta para quedar

absorbidas febrilmente la una en la otra. Este suceso me hizo ver por primera vez que tenía que poner fin a este juego, pero, sin embargo, la tentación era demasiado fuerte y decidí servirme de esta casualidad como de una ayuda espontánea, y por la tarde le escribí una carta inusualmente larga, que venía a confirmar sus sospechas. Me excitaba la idea de jugar ahora con dos personas.

»A la mañana siguiente me asustó la temblorosa confusión de su gesto. La hermosa inquietud había cedido ante un nerviosismo incomprendible para mí, sus ojos estaban húmedos y enrojecidos como si hubiera llorado, un dolor parecía atravesar lo más profundo de su ser. Parecía que todo su silencio se acumulaba para salir en un grito feroz, la oscuridad cercaba su frente, en sus miradas había una áspera y agria desesperación, cuando justo esta vez había esperado encontrar una clara alegría. Tuve miedo. Por primera vez algo extraño interfería, la marioneta no obedecía y bailaba de manera distinta a como yo quería. Me puse a cavilar sobre todas las posibilidades y no encontré ninguna. Empezaba a sentir miedo de mi juego, y no volví al hotel hasta la noche, para sustraerme a la acusación que había en sus miradas. Al llegar lo comprendí todo. La mesa ya no estaba puesta, la familia había partido. Había tenido que marcharse sin poder decirle ni una palabra y no podía revelar a los suyos hasta qué punto su corazón estaba pendiente de un solo día, de una hora, la habían arrancado de un dulce sueño para llevarla a alguna pequeña ciudad lamentable. Me había olvidado de esto. Y todavía ahora sigo sintiendo aquella última mirada como una acusación, y la terrible violencia de la cólera, el tormento, la desesperación y el dolor más amargo que introduce en su vida quién sabe hasta qué extremo.

Se quedó en silencio. La noche nos había acompañado y de la luna, velada ahora por las nubes, salía una luz extraña, distorsionada. Entre los árboles parecía que colgaban chispas, y estrellas, y la pálida superficie del lago. Seguimos adelante sin decir una palabra. Al final, mi acompañante rompió el silencio.

—Ésa fue la historia. ¿No serviría para hacer una novela?

—No sé. En cualquier caso, es una historia que voy a guardarme con todas las demás que ya debo agradecerle a usted. Pero ¿una novela? Un hermoso comienzo que me podría tentar, tal vez. Porque la gente así se limita a pasar de puntillas, no son en absoluto dueños de sí mismos, son los inicios de muchos destinos, pero no un destino concreto. Habría que acabar de perfilarlos como entes de ficción.

—Comprendo lo que quiere usted decir. La vida de la joven muchacha, el regreso a la pequeña ciudad, la terrible tragedia de lo cotidiano...

—No, no es tanto eso. La jovencita ya no me interesa. Las jovencitas nunca son demasiado interesantes, por muy especiales que se crean ellas

mismas, porque todas sus vivencias no son más que negativas y, por tanto, muy semejantes unas a otras. En estos casos, la muchacha se casa, cuando le llega su hora, con un hombre burgués y formal de su tierra, y este affaire queda como una flor conservada en sus recuerdos. La jovencita ya no me interesa.

—Es curioso. No logro imaginar qué puede encontrarle usted al joven. Esas miradas, ese fuego al pasar, todo el mundo lo prende en su juventud, la mayoría no se da cuenta en absoluto, los demás lo olvidan pronto. Hay que hacerse mayor para saber que precisamente eso es lo más noble y lo más profundo que uno recibe, el privilegio más sagrado de la juventud.

—Es que tampoco es el joven el que me interesa...

—¿Entonces quién?

—Yo transformaría al anciano caballero, al autor de las cartas, acabaría de perfilarlo en la ficción. Creo que a ninguna edad se escriben cartas inflamadas ni se finguen los sentimientos de un amor sin pagar por ello. Intentaría reflejar cómo de las burlas nacen las veras, cómo él cree dominar el juego, cuando ya es el juego el que lo domina a él. La belleza que va despertando en la muchacha y que él finge ver únicamente como observador le encanta y se apodera de lo más profundo de su ser. Y el instante en que, de repente, todo se le escapa de las manos, le hace sentir una tremenda nostalgia del juego y... del juguete. Me interesaría esa inversión que se produce en el amor, que termina haciendo que la pasión de un hombre mayor sea muy semejante a la de un muchacho, porque ninguna de las dos se siente totalmente segura de su valía, haciendo que se muevan entre la esperanza y el temor. Haría que se volviera inestable, que viajara en pos de ella sólo para verla, y que, sin embargo, en el último momento no se atreviera a acercarse, le haría volver al mismo sitio una y otra vez con la esperanza de verla de nuevo, de conjurar el destino que luego siempre es terrible. Es en esta línea como me imaginaría la novela, y entonces sería...

—¡Mendaz, falsa, imposible!

Me sobresalté. La voz se dirigía dura, vibrando ardiente y casi amenazadora contra mis palabras. Jamás había visto a mi acompañante tan excitado como entonces. Con la rapidez de un rayo comprendí que, sin querer, había puesto el dedo en la llaga. Y, al detenerse en seco, vi brillar sus blancos cabellos, penosamente conmovido.

Quise desviar su atención, dar un giro inesperado. Pero entonces volvió a hablar y lo hizo de todo corazón, con una sombría ternura y una voz profunda y sosegada, que tenía un hermoso tono de suave melancolía.

—O tal vez tenga usted razón. Ciertamente es mucho más interesante,

L'amour coûte cher aux vieillards, creo que así fue como llamó Balzac a una de sus historias más conmovedoras y se podrían escribir muchas otras con el mismo título. Pero a la gente mayor, que conoce hasta los secretos más profundos del tema, sólo le gusta hablar de sus éxitos y no de sus flaquezas. Tienen miedo de resultar ridículos en cosas que en cierto sentido no son más que el movimiento pendular de lo eterno. ¿Cree usted realmente que fue una casualidad que se «perdieran» precisamente aquellos capítulos de las memorias de Casanova en los que se hace mayor, donde pasa de ser el gallo del gallinero a ser el comedor de huevos, de ser burlador a ser burlado? Tal vez fuera que la mano le pesaba demasiado y el corazón le oprimía.

Me tendió la mano. Ahora su voz volvía a ser completamente fría, tranquila e inalterada.

—¡Buenas noches! Ya veo que es peligroso contar historias a gente joven en las noches de verano. Producen pensamientos absurdos y todo tipo de sueños estériles. ¡Buenas noches!

Y volvió a internarse en la oscuridad con pasos ágiles, aunque ya lastrados por los años. Ya era tarde. Pero el cansancio, que por lo general no tarda en asaltarme en el calor de las noches suaves, se había disipado hoy con la excitación que retumba en la sangre cuando sucede algo extraño o cuando, por un instante, uno vive algo ajeno como si fuera propio. Así que recorrió el camino oscuro y silencioso hasta Villa Carlotta, que desciende hasta el lago con una escalera de mármol, y me senté en los fríos escalones. Hacía una noche maravillosa. Las luces de Bellagio, que antes chispeaban entre los árboles como luciérnagas, parecían ahora infinitamente lejanas sobre el agua, y poco a poco fueron cayendo una tras otra en la densa oscuridad. El lago se encontraba silencioso, brillante como una piedra preciosa de color negro y, sin embargo, con un fuego confuso en los bordes. Y las rumorosas olas subían y se retiraban de los escalones con suaves avenidas, como blancas manos sobre un teclado. El cielo, pálido y lejano, desde el que miles de estrellas lanzaban destellos, parecía infinitamente alto. Estaban tranquilas, sumidas en un silencio radiante: sólo de vez en cuando una de ellas se soltaba repentinamente de la rueda diamantina y se precipitaba en medio de la noche de verano al fondo de la oscuridad, de los bosques, de las gargantas, de las montañas o de las lejanas aguas, sin sospechar nada e impulsada por una fuerza ciega, como una vida en la abismada profundidad de un destino desconocido.

NOCHE FANTÁSTICA

Las siguientes anotaciones se encontraron dentro de un paquete sellado en

el escritorio del barón Friedrich Michael von R., después de que en el otoño de 1914 cayera en la batalla de Rawaruska como teniente coronel en la reserva al frente de un regimiento de dragones. Como por el título que le servía de encabezamiento y tras echar simplemente un vistazo fugaz a las hojas, la familia supuso que no era más que un trabajo literario de su pariente, me pasaron las anotaciones para que las examinara y pusieron en mis manos la decisión de publicarlas. Yo, personalmente, no considero que estas hojas sean, ni mucho menos, un relato de ficción, sino la experiencia real del finado, auténtica en todos sus pormenores, y por eso publico estas confesiones autobiográficas donde el autor desnuda su alma, omitiendo su nombre, sin cambiar ni añadir nada.

Hoy por la mañana me asaltó de repente la idea de que tenía que poner por escrito las vivencias de aquella noche fantástica, para mí, para poder tener de una vez una visión de conjunto de todo lo ocurrido, de forma ordenada y en su sucesión natural. Y desde ese preciso instante siento el inexplicable impulso de poner por escrito, para mí, aquella aventura, aunque dudo si podré esbozar siquiera de una manera aproximada la singularidad de aquellos acontecimientos. Me falta eso que llaman talento artístico, no tengo ninguna práctica en cuestiones literarias, y aparte de algunas producciones más bien en tono de broma, en el Theresianum, nunca me he aventurado en lo literario. Ni siquiera sé, por ejemplo, si existe alguna técnica especial que se pueda aprender para coordinar la sucesión de los acontecimientos exteriores con su simultáneo reflejo interno; también me pregunto si lograré dar con el sentido correcto de cada palabra y con la palabra correcta para cada sentido, y poder alcanzar así aquel equilibrio que siempre he percibido inconscientemente al leer a los escritores más correctos y auténticos. Aunque es cierto que estoy escribiendo estas líneas sólo para mí y en modo alguno están destinadas a hacer comprensible a los demás algo que yo mismo apenas me puedo explicar. No son más que un intento de librarme por fin, de una vez por todas, de cierto suceso que no me deja tranquilo y fermenta en mi interior inflándose dolorosamente, de organizarlo y exponerlo, para mí, de modo que lo pueda comprender en todas sus vertientes.

No le he hablado de este suceso a ninguno de mis amigos, precisamente por esta sensación de no poder hacerles comprender su esencia, y, luego, además, por cierta vergüenza de que un hecho tan casual me haya conmovido y revolucionado hasta tal extremo. Porque, en conjunto, no es más que una pequeña anécdota. Aunque ahora, según voy escribiendo estas palabras, ya empiezo a darme cuenta de lo difícil que será para alguien sin práctica ponderar en su justa medida el valor de cada palabra que escoge al escribir, y la ambigüedad, la posibilidad de equívoco que va unida al vocablo más sencillo. Porque cuando digo que lo que viví no es más que una «pequeña anécdota», sólo lo digo, como es natural, en un sentido relativo, en contraste

con los violentos y dramáticos acontecimientos que arrastran consigo a pueblos enteros y el destino de sus gentes, y, por otra parte, lo digo también en un sentido temporal, porque todo el proceso no se dilató mucho más allá de unas escasas seis horas. No obstante, para mí, esta vivencia —que en un sentido general puede que sea pequeña, insignificante e intranscendente— fue tan colosalmente grande, que todavía hoy —cuatro meses después de aquella noche fantástica— sigo inflamado por ella y tengo que emplear todas mis fuerzas espirituales para guardarla en mi pecho haciendo un supremo esfuerzo. Cada día, cada hora repaso todos sus pormenores, porque, en cierta medida, se ha convertido en el eje en torno al cual gira toda mi existencia, todo lo que hago y digo está determinado inconscientemente por ello, mis pensamientos no se ocupan de otra cosa, repasan una y otra vez lo que ocurrió tan inesperadamente y, al repasarlo, me confirman que sigo siendo dueño de ello. Y ahora, además, descubro de repente algo que hace diez minutos, cuando eché mano a la pluma, ni siquiera sospechaba de forma consciente: que simplemente estoy escribiendo esta experiencia para fijarla ante mí con total claridad, a la vez que con objetividad, para gozar una vez más de ella con mis sentidos y, al mismo tiempo, para comprenderla intelectualmente. Es completamente falso, totalmente incierto lo que dije antes: que quería librarme de ella escribiéndola, al contrario, quiero revivir más profundamente lo que me ocurrió con tanta rapidez, ponerlo junto a mí con su calor y su aliento, para poder poseerlo una y otra vez. ¡Ah!, no tengo miedo de olvidar ni siquiera un segundo de aquella tarde bochornosa, de aquella noche fantástica, no necesito ninguna señal, ningún hito para volver en el recuerdo paso a paso sobre el curso de aquellas horas: como un sonámbulo me vuelvo a encontrar a cada instante, en medio del día o de la noche, dentro de su esfera, y observo en ella cada detalle con aquella clarividencia que sólo conoce el corazón y no la endeble memoria. De la misma manera que podría dibujar en este papel los contornos de cada una de las hojas del verde paisaje primaveral, e incluso ahora, en el otoño, percibo en toda su suavidad el dulce y vaporoso polvillo de los castaños en flor; cuando vuelvo a describir aquellas horas, no lo hago por miedo a perderlas, sino por la satisfacción de recuperarlas. Y si ahora describo, para mí, las evoluciones de aquella noche en su estricta sucesión, tendré que atenerme a mí mismo en aras del orden, pues, en cuanto empiezo a pensar en los detalles, mi sensibilidad aumenta hasta el éxtasis, me domina una especie de embriaguez y tengo que contener las imágenes del recuerdo para que no se atropellen en un delirio de colores. Sigo viviendo con una apasionada fogosidad lo que viví aquel día, aquel 7 de junio de 1913, cuando a primeras horas de la tarde cogí un coche de punto...

Pero me doy cuenta de que debo detenerme de nuevo, porque una vez más temo la ambigüedad y tomo conciencia de la pluralidad de interpretaciones que puede darse a una única palabra. Ahora que por primera vez voy a contar

algo con todas sus implicaciones es cuando advierto lo difícil que resulta encerrar en una forma concentrada el carácter fluido y resbaladizo que se presupone a todo lo que está vivo. Acabo de referirme a mí, he dicho que el 7 de junio de 1913 cogí un coche de punto a mediodía. Pero esta frase ya sería una imprecisión, porque hace ya mucho tiempo que yo no soy aquel «yo» de entonces, de aquel 7 de junio, aunque no hayan pasado más que cuatro meses desde aquel día, aunque siga viviendo en la misma casa de aquel «yo» de entonces y me siente a redactar estos papeles en su escritorio con su pluma y su propia mano. Me he desprendido por completo de aquel hombre de entonces y lo he hecho precisamente por esta experiencia, ahora lo veo desde fuera, con toda frialdad y desapego, y puedo describirlo como a un compañero de juegos, como a un camarada, como a un amigo, del que sé muchas cosas, algunas esenciales, pero que ya no soy yo mismo en modo alguno. Podría hablar sobre él, censurarlo o condenarlo, sin tener en absoluto la sensación de que una vez me perteneció.

La persona que yo era entonces se diferenciaba poco, tanto exterior como interiormente, de la mayoría de las de su clase social, que entre nosotros, en particular en Viena, se solía llamar sin un orgullo especial, sino como algo completamente natural, la «buena sociedad». Iba a cumplir los treinta y seis, mis padres habían muerto prematuramente, poco antes de que yo alcanzara mi mayoría de edad, y me habían dejado una herencia que resultaba suficientemente sustanciosa como para desechar por completo la idea de trabajar o hacer carrera. Así, de improviso, se me excusó de tomar una decisión que entonces me inquietaba mucho. Precisamente acababa de terminar mis estudios universitarios y me encontraba en el punto de elegir mi futura profesión, que probablemente, gracias a las relaciones de nuestra familia y a la inclinación que había manifestado muy pronto hacia una existencia serena, elevada y contemplativa, habría recaído en el servicio al Estado, cuando esta fortuna paterna me correspondió a mí como único heredero y me aseguró una inusitada independencia sin necesidad de trabajar, incluso sin dejar al margen deseos elevados e incluso lujosos. Nunca me había movido la ambición, así que decidí limitarme a contemplar la vida y esperar un par de años antes de ver qué es lo que me acabaría trayendo, buscarme un ámbito donde pudiera ejercer mi actividad. Pero todo se quedó en contemplar y esperar, porque como no deseaba nada extraordinario, lo tenía todo a mi alcance en el estrecho círculo de mis deseos; la blanda y voluptuosa ciudad de Viena, que invita como ninguna otra al paseo, a la contemplación ociosa, a la elegancia que acaba convirtiéndose prácticamente en la culminación del arte, en una finalidad de la vida, hizo que olvidara por completo mi propósito de encontrar una auténtica ocupación. Tenía todo lo que puede satisfacer a un joven elegante, noble, adinerado, guapo y que, además, carece todavía de ambición, las inocentes emociones del juego, de la caza, el refrescante placer

de los viajes y las excursiones regulares, y pronto empecé a elaborar cada vez con una conciencia más solícita y mayor inclinación artística esta existencia contemplativa. Coleccionaba raras piezas de cristal, no tanto por auténtica pasión como por el placer de alcanzar un conocimiento global dentro de una ocupación que no supusiera esfuerzo, decoré mi casa con un tipo especial de grabados barrocos italianos y con cuadros de paisajes al estilo de Canaletto, que se podían encontrar en tiendas de baratillo o adquirir en subastas; llevado por una tensa emoción parecida a la de la caza y, sin embargo, carente de peligro, hacía un poco de todo con afición y siempre con gusto, rara vez faltaba a una buena velada musical o en el taller de nuestros pintores. No carecía de éxito con las mujeres, también en esto me movía el secreto impulso de colecciónar, que en cierto modo indica una íntima despreocupación, había acumulado muchas horas de experiencias memorables y preciosas de todo tipo, elevándome gradualmente de simple sibarita a profundo conocedor. En suma, había vivido mucho, llenaba el día con lo que me resultaba agradable, esto hacía que mi existencia me pareciera rica y empezaba a encariñarme cada vez más con este ambiente tibio y agradable de una juventud a la vez animada y sin commociones, ya casi sin nuevos deseos, porque hasta en las cosas más ínfimas alcanzaba satisfacción en el ambiente sereno de mis días. Una corbata bien elegida bastaba ya para hacerme feliz, un libro hermoso, una excursión en coche o una hora con una mujer me colmaban de dicha. Lo que más me cuadraba de esta forma de vida es que no llamara la atención de la sociedad de ningún modo, exactamente igual que un traje inglés, correcto y sin tacha. Creo que se me veía como una figura agradable, era querido y bien visto, y la mayoría de los que me conocían me consideraban un hombre feliz.

Hoy ya no sé decir si aquella persona de entonces, que me esfuerzo en hacer presente, se sentía tan feliz como la veían los demás, porque ahora que, a raíz de aquella experiencia, exijo un sentido mucho más completo y pleno para cada sentimiento, cualquier valoración que vuelva atrás en el recuerdo me parece prácticamente imposible. Sin embargo, puedo decir con seguridad que en aquella época no me sentía en modo alguno desdichado, ya que mis deseos casi nunca quedaban insatisfechos ni lo que le pedía a la vida, sin respuesta. Pero precisamente el hecho de haberme acostumbrado a recibir del destino todo lo exigido y no pedir nada más allá de un cierto punto fue lo que, poco a poco, acabó produciendo en mí cierta falta de emoción, una carencia de vitalidad en la vida misma. Lo que entonces se agitaba en mi interior, sin yo saberlo, en ciertos momentos de semiconsciencia era una nostalgia, no eran auténticos deseos, sino simplemente el deseo de tener deseos, el anhelo de ansiar algo con fuerza irresistible, con insatisficha ambición, vivir más y, tal vez, también sufrir más. Había logrado eliminar de mi existencia todos los obstáculos con una técnica demasiado racional, y mi vitalidad languidecía por esta falta de obstáculos. Me daba cuenta de que mis deseos eran cada vez más

escasos y más débiles, que una especie de letargo se había apoderado de mi sensibilidad, que padecía —tal vez ésta sea la mejor manera de expresarlo— una impotencia anímica, una incapacidad para tomar posesión de la vida apasionadamente. Al principio, sólo notaba esta merma en pequeños indicios. Me llamó la atención el hecho de que cada vez faltara con más frecuencia a ciertos acontecimientos que causaban sensación, en el teatro y en la vida social, que encargara libros que me habían recomendado y luego los dejara semanas enteras tirados sobre el escritorio sin abrirlos siquiera, que siguiera acumulando caprichos mecánicamente, por así decirlo, compraba piezas de cristal y antigüedades, pero luego no los clasificaba y ni siquiera experimentaba una especial alegría por la inesperada adquisición de una pieza rara y mucho tiempo buscada.

Aunque no fui verdaderamente consciente de esta disminución leve y transitoria de mi energía anímica hasta una determinada ocasión de la que guardo clara memoria. Me había quedado en Viena durante el verano —también como consecuencia de aquella curiosa apatía que no sentía una atracción vivaz por nada nuevo—, cuando, de repente, recibí desde un balneario la carta de una mujer con la que me unía una íntima relación desde hacía tres años y de la que incluso pensaba de manera seria que estaba enamorado. En catorce páginas escritas nerviosamente me escribía que durante aquellas semanas había conocido allí a un hombre que representaba mucho, que ya lo era todo para ella, se iba a casar con él en otoño, de modo que toda relación entre nosotros tenía que acabar. No se arrepentía, incluso recordaba con cariño el tiempo que habíamos pasado juntos, mi recuerdo la acompañaría en su nuevo matrimonio como el más querido de su vida anterior, y esperaba que la perdonara por aquella repentina decisión. Después de aquella notificación tan objetiva, la enardevida carta se deshacía en súplicas realmente sobrecogedoras: que no me irritase con ella y que no sufriera demasiado por aquella inesperada ruptura, que no hiciera ningún intento de retenerla por la fuerza ni cometiera ninguna tontería contra mí mismo. Las líneas se sucedían con mayor ardor cada vez: que encontraría consuelo en alguien mejor, que le escribiera inmediatamente porque le asustaba cómo podía tomarme aquella noticia. Y, como postdata, había añadido a lápiz con premura: «¡No hagas ningún disparate, compréndeme, perdóname!» Al leer aquella carta, de entrada me sorprendió la noticia, pero luego, según iba pasando las hojas me sorprendí por segunda vez y, ahora, con una cierta vergüenza, de la que fui haciéndome consciente de forma progresiva y pronto acabó llenándome de un profundo horror. Porque ninguno de los intensos sentimientos, tan naturales por otra parte, que mi amada había dado por supuestos, se había agitado en mi interior, ni siquiera para insinuarse. No había sentido dolor alguno al recibir sus noticias, no me había encolerizado con ella y no había pensado ni por un segundo en usar la violencia ni contra ella ni contra mí, y aquella frialdad de

mis sentimientos era demasiado extraña para que yo mismo no me asustara. Me abandonaba una mujer que me había acompañado durante muchos años de mi vida, cuyo cálido cuerpo se había pegado blandamente al mío, cuyo aliento se había confundido con el mío en largas noches, y nada se conmovía en mi interior, ni se rebelaba contra ello con uñas y dientes, ni pugnaba por recuperarla, en mis sentimientos no ocurría nada de todo lo que el limpio instinto de aquella mujer debía dar por supuesto en una auténtica persona de carne y hueso. En aquel instante cobré por primera vez plena conciencia de lo lejos que había llegado mi proceso de petrificación..., iba deslizándome como sobre una corriente de agua que fluye resplandeciente, sin ligarme a nada, sin echar raíces, y advertí con total claridad que aquella frialdad tenía algo mortal, cadavérico, era verdad que todavía no se olía el pútrido aliento de la descomposición, pero ya se iba sintiendo la rigidez irremediable, la insensibilidad terrible y fría, el instante que precede a la auténtica muerte corporal, la corrupción que también es visible externamente.

A partir de aquel episodio empecé a observarme y a observar este curioso entumecimiento de mi sensibilidad con todo cuidado, como hace un enfermo con su enfermedad. Poco tiempo después murió un amigo mío y fui en el cortejo fúnebre detrás de su ataúd; escuché en mi interior para ver si se agitaba la pena, si en mi conciencia se tensaba algún sentimiento por haber perdido para siempre a esta persona cercana a mí desde la infancia. Pero no sentía emoción alguna, me sentía a mí mismo como un objeto de cristal que deja pasar la imagen de las cosas sin que nunca hayan estado dentro de él, y por mucho que me esforzara en sentir algo en esta ocasión y en algunas otras semejantes, por más que quisiera convencerme con argumentos racionales de que tenía que sentir, no obtuve respuesta alguna de aquella rigidez interior. La gente me abandonaba, las mujeres iban y venían, mis sentimientos no eran muy distintos de los de alguien que está sentado en una habitación y ve deslizarse la lluvia sobre los cristales, entre mí y lo inmediato había una especie de pared de cristal que mi fuerza de voluntad no era capaz de romper.

A pesar de que ahora lo percibía con claridad, este conocimiento no me provocó auténtica inquietud, porque, como ya dije, incluso las cosas que me afectaban en primera persona las recibía con indiferencia. Ya ni siquiera tenía sensibilidad suficiente para sufrir. Me contentaba con que este defecto anímico no se notara exteriormente, como, por ejemplo, la impotencia física de un hombre, que sólo se revela en un momento de intimidad, y por eso hacía lo posible para mostrar asombro con una vehemencia artificial cuando me encontraba en sociedad, haciendo cierta ostentación de lo conmovido que estaba con exageraciones espontáneas, para ocultar lo extraño y apático que me sentía por dentro. Exteriormente seguía con mi vida de antes, cómoda, desenfrenada, sin variar su orientación; semanas y meses transcurrían ligeros e iban llenando lentamente años de oscuridad. Una mañana vi en el espejo un

mechón gris sobre mi sien y sentí que, poco a poco, mi juventud iba pasando. Pero lo que los demás llamaban juventud hacía tiempo que había acabado en mi interior. Así que la despedida no me dolió especialmente, porque tampoco amaba lo bastante mi propia juventud. Mi obstinada sensibilidad seguía guardando silencio incluso ante mí mismo.

Con esta inconmovible rigidez interior mis días se volvieron cada vez más uniformes; a pesar de toda la variedad de actividades y eventos, se iban enlazando sordamente unos con otros, crecían y amarilleaban como las hojas de un árbol. Y fue exactamente igual que de costumbre, sin ningún hecho notable, sin ningún presagio interior, como empezó también aquel día singular, que quiero volver a describir para mí mismo. Aquel día, el 7 de junio de 1913, me había levantado tarde, haciéndome eco de la sensación de domingo de la infancia, de los años de colegio, había tomado un baño, leído el periódico y hojeado algunos libros; luego, atraído por el cálido día de verano que penetraba de forma tan particular en mi habitación, salí a dar un paseo, crucé el desfile de carrozas del Graben de la manera habitual, entre saludo y saludo a conocidos y amigos, conversando fugazmente con alguno de ellos, y luego fui a comer a casa de unos amigos. Para la tarde había evitado todo compromiso, porque encontraba un placer especial en tener un par de horas libres el domingo, sin compartirlas con nadie, íntimas, que empleaba en función de mi humor, de mi comodidad o de alguna decisión espontánea. Luego, cuando, al volver de casa de mis amigos, crucé la Ringstrasse, me sentí gratamente impresionado por la belleza de la ciudad bañada por el sol y disfruté de cuánto la adornaba el incipiente verano. Toda la gente parecía feliz y, de alguna manera, enamorada del ambiente de domingo de la colorida calle; muchos detalles me llamaban la atención y, sobre todo, la anchura de las copas de los árboles que se elevaban con su nuevo verdor en medio del asfalto. Aunque pasaba por allí casi todos los días, reparé de repente en aquel gentío dominguero como si fuera un prodigo y, sin buscarlo deliberadamente, empecé a anhelar verdor, luminosidad y colorido. Pensé con cierta curiosidad en el Prater, donde ahora, al final de la primavera, a comienzos de verano, los pesados árboles se alzan como gigantescos lacayos verdes a izquierda y derecha del paseo central, por el que pasan volando los coches, y tienden inmóviles sus flores blancas a la cantidad de personas arregladas y elegantes que van en ellos. Acostumbrado a ceder inmediatamente incluso al más fugaz de mis deseos, llamé al primer coche de punto que se me cruzó en el camino y, cuando me preguntó, le indiqué que se dirigiera al Prater.

—A las carreras, señor barón, ¿no es cierto? —me respondió con respetuosa naturalidad.

Fue entonces cuando me acordé de que era día de carreras, uno de los más populares, una anticipación del derby, donde se daba cita la buena sociedad

vienesa al completo. Extraño, pensé mientras subía al coche, ¿cómo habría podido olvidarme o dejar pasar un día como éste hace tan sólo un par de años? Con este olvido, volví a sentir toda la rigidez de la indiferencia a la que había sucumbido, de la misma manera que un enfermo siente su herida al hacer un movimiento.

Cuando llegamos allí, el paseo principal ya estaba bastante vacío, la carrera debía de haber comenzado hacía ya mucho rato, porque ya había acabado el pomposo desfile de coches al uso, sólo un par de coches de punto sueltos venían a toda prisa haciendo sonar las herraduras como si intentaran alcanzar una invisible pérdida. El cochero se dio la vuelta en el pescante y me preguntó si avivaba el trote; pero yo le pedí que dejara que los caballos siguieran tranquilamente, porque no me importaba nada llegar tarde. Había visto demasiadas carreras como para que llegar puntual me siguiera pareciendo importante, y se correspondía más con mi sentimiento de indolencia sentir el soplo rumoroso de la suave brisa y el cielo azul mecido por el leve balanceo del coche como en el mar, en la borda de un barco, y contemplar con calma los hermosos castaños con sus anchas copas, que de vez en cuando daban al viento tibio y zalamero unos copos de flores para que jugara, que luego levantaba fácilmente y hacía girar en remolino, antes de dejarlos caer sobre el paseo como blanca nieve. Era agradable dejarse mecer, sentir la primavera con los ojos cerrados, sentirse alado y llevado sin ningún esfuerzo; en realidad, me molestó cuando el coche se detuvo en la Freudenu, ante la puerta de entrada. Me hubiera gustado volver, para seguir meciéndome en la blandura de aquel día de comienzos de verano. Pero ya era demasiado tarde, el coche estaba parado ante el hipódromo. Un mudo fragor salió a mi encuentro. Sonaba como un mar, sordo y hueco, detrás de las escalonadas tribunas, sin que se viera la agitada multitud de la que procedía aquel inflado rumor y, sin querer, me acordé de Ostende: cuando uno sube al paseo marítimo desde la parte baja de la ciudad, atravesando callejuelas, ya siente silbar el viento salado y cortante sobre sí y escucha una sorda sacudida justo antes de que la mirada se extienda sobre la vasta llanura gris y espumeante, con sus atronadoras olas. En ese momento se tenía que estar desarrollando una carrera, pero entre mí y el césped sobre el que ahora estarían corriendo como flechas los caballos, se alzaba una humareda abigarrada, fragorosa, sacudida de un lado a otro como por una tormenta interior, la muchedumbre de espectadores y jugadores. No pude ver el recorrido, pero por el reflejo de la creciente excitación podía seguir cada fase de la prueba deportiva. Los jinetes tenían que haber partido hacía rato, el ovillo debía de haberse deshecho y un par de caballos se disputaban uno a otro el puesto de cabeza, porque las personas que compartían el misterioso secreto de los movimientos de la carrera, que era invisible para mí, prorrumpían en gritos y excitadas aclamaciones. Por la dirección de sus cabezas me di cuenta de la curva a la que jinetes y caballos debían de estar

llegando ahora en el alargado óvalo de césped, porque todo aquel caos humano se apretaba cada vez más concentrado y unánime, estiraba un único cuello alargado hacia un punto invisible para mí, y de aquel cuello extendido salía una voz ronca y gutural, un grito triturado en mil sonidos distintos, un rompiente de mar que cada vez elevaba más sus crestas espumeantes.

Y aquella ola se alzaba y crecía, ya llenaba todo el espacio hasta el indiferente cielo azul. Me fijé en algunas caras. Estaban desencajadas como con una convulsión interior; los ojos, fijos y chispeantes; los labios, contraídos; la barbilla, adelantada con avidez; las ventanillas de la nariz, tan hinchadas como las de los caballos. Me resultaba divertido y espantoso contemplar sobriamente a aquellos borrachos sin dominio de sí mismos. Junto a mí había un hombre subido en una silla, vestido elegantemente, con un rostro agradable a pesar de todo, pero que ahora vociferaba desenfrenado, poseído por un demonio invisible, agitando en el vacío su bastón como si quisiera fustigar algo para que avanzara más deprisa, todo su cuerpo —indescriptiblemente ridículo para un espectador— hacía el movimiento de galopar rápidamente con toda pasión. De pie en la silla se balanceaba sin cesar arriba y abajo sobre los talones como si fueran estribos, la mano derecha agitaba el bastón una y otra vez en el vacío como si fuera una fusta, la izquierda arrugaba crispada una hoja blanca de papel. Y cada vez había más papelitos blancos de aquéllos, agitándose por todas partes, levantando espuma como salpicaduras sobre aquella marea gris tempestuosa, que crecía haciendo ruido. Ahora, algunos caballos debían de estar llegando a la curva muy cerca unos de otros, porque, de repente, el tumulto se concentró en dos, tres, cuatro nombres aislados, que grupos sueltos gritaban y vociferaban una y otra vez como gritos de batalla, y aquellos gritos parecían una válvula de escape para su febril posesión.

Yo me encontraba en medio de aquel delirio estremecedor, frío como una roca en medio del mar tempestuoso, y todavía hoy puedo decir cuáles eran mis sentimientos en aquel instante. Ante todo, lo ridículo de todos esos gestos caricaturescos, un desprecio irónico por lo plebeyo de aquel estallido delirante, pero también algo más, algo distinto que no me gustaba confesar..., en cierto modo, una ligera envidia ante aquella excitación, ante aquella ardiente pasión, ante la vida que latía tras aquel fanatismo. ¿Qué tendría que ocurrir para que yo me emocionara hasta tal punto, para que me agitara con tanta fiebre que mi cuerpo ardiera así y mi voz se desatara en mi boca contra mi voluntad? No podía imaginar una suma de dinero cuya posesión me pudiera inflamar de tal modo, ninguna mujer que me excitara hasta tal punto, ¡nada, no había nada que pudiera sacarme con semejante fuego de la rigidez de mi sensibilidad! Ni ante el súbito disparo de una pistola un segundo antes de quedar helado palpitaría mi corazón tan desenfrenadamente como el de las mil, diez mil personas que había a mi alrededor, por un puñado de dinero. Pero, en ese

momento, un caballo debía de estar muy cerca de la meta, porque un nombre determinado se elevaba del tumulto resonando ensordecedor en un único grito coreado por miles de voces, que se hacía cada vez más agudo como una cuerda demasiado tensa, para luego rasgarse de pronto con estridencia. La música empezó a sonar, la multitud se disolvió de repente. Había acabado una carrera, se había decidido una batalla, la tensión se resolvía en un afán de moverse en remolinos, que al principio se agitaban muy suavemente. La masa, que hacía un momento era un hato ardiente de pasión, se dispersaba en un montón de individuos, gente que reía, hablaba, volvían a aparecer rostros tranquilos detrás de la máscara báquica de la convulsión; del caos del juego, que por unos segundos había fundido a estos miles de personas en un conglomerado único y ardiente, volvían a surgir capas, grupos sociales que se reunían, se dispersaban, personas que me conocían y que me saludaban, extraños que se mostraban y contemplaban mutuamente con frialdad y cortesía. Las mujeres, con sus nuevos trajes de temporada, se examinaban mutuamente, los hombres lanzaban miradas codiciosas; aquella curiosidad mundana que es la ocupación propia de los indiferentes empezó a desplegarse, se buscaba, se contaba, se controlaba la presencia y la elegancia. Recién salidos del paroxismo, todos aquellos hombres ya no sabían si el objetivo de su reunión social era aquel intermedio de paseo o el juego propiamente dicho.

Atravesé por el medio de aquella indolente multitud, saludé y di las gracias, respiraba con agrado —al fin y al cabo aquél era el ambiente en que se desarrollaba mi existencia— el aroma del perfume y la elegancia que rodeaba flotando aquel caleidoscópico ir y venir, y todavía con más placer la suave brisa que bajaba de las dehesas del Prater, del bosque que el verano calentaba, de vez en cuando lanzaba su ola entre las personas y tocaba la blanca muselina de las mujeres como en un juego voluptuoso. Algunos conocidos intentaron dirigirse a mí, Diane, la hermosa actriz, inclinó la cabeza desde una tribuna invitándome a ir a su lado, pero no me acerqué a nadie. Aquel día no me interesaba hablar con ninguna de aquellas personas mundanas, me aburría verme reflejado a mí mismo en su espejo, sólo quería ver el espectáculo, la agitación sensual que chisporroteaba, que atravesaba aquella hora encumbrada (porque la agitación de los demás es precisamente el espectáculo más agradable para el indolente). Un par de hermosas mujeres pasaron a mi lado, les miré descaradamente, pero sin un deseo íntimo, los pechos que se agitaban bajo la sutil gasa a cada paso, y sonreí en mi interior al ver su confusión, medio angustiosa, medio halagada, cuando se sintieron tan sensualmente apreciadas y desvergonzadamente desnudadas. En realidad no me atraía ninguna de las dos, pero me producía cierto placer hacer como si fuera lo contrario, el juego con sus sentimientos, con sus pensamientos, me resultaba gratificante, el placer de tocarlas físicamente, sentir el estremecimiento magnético de los ojos; porque como cualquier hombre íntimamente frío, mi

goce erótico más propio era despertar en los demás ardor e inquietud, en lugar de enardecerme yo mismo. Sólo me gustaba sentir el resollo de calor que la presencia de una mujer dejaba en la sensualidad, no un auténtico ardor; simplemente incitación, pero no excitación. Y así era también como iba caminando entonces por el paseo: recogía miradas, las devolvía fácilmente como pelotas de plumas, disfrutaba sin tomarme nada en serio, rozaba a las mujeres sin sentir nada más que un leve ardor por la tibia volubilidad del juego.

Pero también aquello acabó aburriéndome pronto. Siempre pasaban las mismas personas, ya me sabía de memoria sus caras, sus gestos. Había una silla cerca. Me senté en ella. En los grupos que había a mi alrededor empezaba a cundir de nuevo una turbulenta agitación, pasaban inquietos, agitados, chocando unos con otros; era evidente que iba a dar comienzo una nueva carrera. No me importaba, me quedé sentado blandamente, como hundido entre los anillos de humo de mi cigarrillo que se elevaban blancos y ensortijados al cielo, donde se volvían más y más claros hasta que se disipaban como una pequeña nube en el azul del cielo primaveral. En ese instante comenzó lo inaudito, aquella experiencia singular que todavía hoy sigue determinando mi vida. Puedo establecer con total exactitud el instante, porque casualmente acababa de mirar la hora: las agujas se cruzaban, y yo contemplé con aquella descuidada curiosidad cómo, por un segundo, una cubría a la otra. Eran las tres y diecisésis minutos de aquella tarde del 7 de junio de 1913. Así pues, con el cigarrillo en la mano, miraba la hoja blanca llena de cifras, completamente absorto en esta infantil y ridícula contemplación, cuando justo a mi espalda escuché a una mujer que se reía en voz alta, con aquella risa aguda y agitada que me gusta en las mujeres, aquella risa que surge tan ardiente y alterada de la floresta de la sensualidad. Volví la cabeza involuntariamente, estaba claro que quería ver a la mujer cuya escandalosa sensualidad me sacaba de modo tan insolente de mis despreocupadas ensoñaciones, como una fulgurante piedra blanca de un enmohecido cenagal..., pero me contuve. Un curioso gusto por el juego espiritual, como el que me invadía con frecuencia, que se complacía en hacer pequeños experimentos psicológicos sin riesgo, hizo que me detuviera. No quería ver todavía a la que reía, me incitaba ocupar antes mi fantasía con esta mujer en una especie de placer previo, imaginándomela, poniendo alrededor de aquella risa un rostro, una boca, una garganta, una nuca, un pecho, toda una mujer viva, con aliento.

Era evidente que estaba justo detrás de mí. De la risa había vuelto a pasar a la conversación. Yo escuchaba tenso. Hablaba con un ligero acento húngaro, muy rápida y animadamente, dilatando las vocales como si cantara. Ahora me divertía componiendo una figura para aquellas palabras y dando a esta imagen fantástica el mayor realce y exuberancia posibles. Le puse cabello oscuro, ojos

oscuros, una boca amplia, arqueada sensualmente con dientes fuertes muy blancos, una naricita muy delgada, pero con las ventanillas tiesas, abultadas y temblorosas. Sobre la mejilla izquierda le puse un lunar, en la mano le puse una fusta, con la que se golpeaba el muslo suavemente mientras reía. Siguió hablando más y más.

Y cada una de sus palabras añadía a mi imagen fantástica, compuesta a la velocidad de un rayo, un nuevo detalle: un pecho esbelto y juvenil, un vestido verde oscuro con un broche de brillantes cruzado, un sombrero claro, con un adorno de plumas blancas. La imagen se hacía cada vez más precisa, y ya sentía a esta mujer extraña, que permanecía invisible a mi espalda, reflejada en mi pupila como en una placa sensible. Pero no quería darmela vuelta, para seguir adelante con este juego de la fantasía que iba creciendo, un leve estremecimiento de voluptuosidad se entremezclaba con la atrevida ensoñación, cerré los ojos, seguro de que cuando los abriera y me volviera hacia ella, la imagen interior se correspondería completamente con la exterior.

En aquel instante, ella se adelantó un paso. Abrí los ojos sin querer, disgustado. Había errado por completo, todo era distinto, incluso de una forma malévolamente opuesta a la imagen de mi fantasía. No llevaba un vestido verde, sino uno blanco; no era esbelta, sino turgente y ancha de caderas; en ninguna parte de su rellena mejilla aparecía ni por asomo el soñado lunar; los cabellos, en lugar de ser negros, brillaban con un rubio rojizo bajo el sombrero en forma de casco. Ni uno solo de los rasgos que yo había concebido concordaba con su figura; pero aquella mujer era hermosa, provocativamente hermosa, aunque yo, ofendido en la necia ambición de mi vanidad psicológica, me negaba a reconocer aquella belleza. Levanté los ojos hacia ella casi con hostilidad; pero incluso en medio de mi resistencia sentí el fuerte encanto sensual que emanaba de esta mujer, lo deseable, lo animal que atraía poderosamente en su firme y, al mismo tiempo, blanda plenitud. Ahora volvía a reírse en voz alta, dejando ver sus fuertes dientes blancos, y tuve que reconocer que aquella risa ardiente, sensual, estaba en completa armonía con su naturaleza exuberante; todo en ella era así de vehemente y provocador, el pecho abultado, la barbilla que se adelantaba al reír, la aguda mirada, la nariz elevada, la mano que apoyaba firmemente la sombrilla en el suelo. Aquí estaba el elemento femenino, la fuerza original, la atracción consciente, penetrante, la antorcha de la voluptuosidad hecha carne. De pie junto a ella estaba un elegante oficial algo envejecido, que hablaba con ella porfiadamente. Ella lo escuchaba, sonreía, se reía, lo contradecía, pero todo ello era accesorio, porque al mismo tiempo deslizaba su mirada, se agitaban las ventanillas de su nariz, como si se dirigiera a todos en todas partes: absorbía la atención, la sonrisa, la mirada de quien pasara a su lado y, a la vez, de toda la masa de hombres que había a su alrededor. Su mirada vagaba errante sin cesar, tan pronto recorría las tribunas como respondía alegre al

saludo de un conocido, tan pronto dejaba correr la vista por la derecha como por la izquierda, sin dejar nunca de escuchar sonriente y vanidosa al oficial. Yo, cubierto por el cuerpo de su acompañante que interrumpía su campo de visión, era el único sobre el que no había puesto todavía su mirada. Me molestaba. Me puse de pie..., no me veía. Me acerqué más..., ahora volvía a levantar la vista hacia las tribunas. Entonces me dirigí resueltamente hacia ella, saludé a su acompañante con el sombrero y le ofrecí mi silla. Me respondió con una mirada de sorpresa, una brillante sonrisa iluminó sus ojos, halagada arqueó los labios para sonreír. Pero luego me dio las gracias brevemente y cogió la silla, pero no se sentó. Se limitó a apoyar suavemente el exuberante brazo desnudo hasta el codo sobre el respaldo y aprovechó la leve inclinación de su cuerpo para mostrar sus formas más ostentosamente.

Hacía tiempo que había olvidado mi enfado por lo errado de mi psicología, ahora sólo me atraía el juego de esta mujer. Me retiré un poco hasta la tapia de las tribunas, donde podía fijarme en ella con libertad y, sin embargo, sin ser notado, me apoyé en el bastón y busqué sus ojos con los míos. Ella lo notó, se volvió un poco hacia mi punto de observación, pero de manera que aquel movimiento pareciera del todo casual, no me evitaba, me respondió oportunamente aunque sin comprometerse.

Sus ojos giraban en círculo sin cesar, lo tocaban todo, no se quedaban fijos en nada, ¿era yo el único que se había tropezado con ella, el único a quien dedicaba su resplandeciente sonrisa o se la ofrecía a cualquiera? No se podía distinguir, y precisamente aquella incertidumbre me irritaba. En los intervalos en los que su resplandeciente mirada me iluminaba como con una luz intermitente, parecía cargada de promesas, pero con la misma pupila de acero bruñido acogía también cualquier otra mirada con la que se cruzara, sin seleccionar, sólo por el coqueto placer del juego, pero, ante todo, sin descuidar ni un segundo la conversación con su acompañante, en la que aparentemente estaba interesada. En aquella apasionada parada había una deslumbrante audacia, un virtuosismo de la coquetería o un desbordante exceso de sensualidad. Sin querer, me había acercado un paso: me había contagiado su frío descaro. Ya no la miraba a los ojos, sino que la abarqué de arriba abajo como un experto, le arranqué el vestido con la mirada y la sentí desnuda. Ella siguió mi mirada sin ofenderse en modo alguno, sonreía con la comisura de la boca al oficial que charlaba, pero yo me di cuenta de que aquella estudiada sonrisa ponía fin a mis intenciones. Y ahora, al ver el pie pequeño y tierno que asomaba por debajo de la falda blanca, ella bajó la mirada por el vestido examinándolo descuidadamente. Luego, al instante siguiente, levantó aquel pie como por casualidad y lo puso sobre el primer travesaño de la silla que le había ofrecido, de modo que viera a través del corte del vestido las medias hasta el comienzo de la rodilla, mientras tanto, la sonrisa que dedicaba a su acompañante pareció volverse de algún modo irónica o maliciosa. Era

evidente que jugaba conmigo con tanta indiferencia como yo con ella, y tuve que admirar lleno de odio la refinada técnica de su atrevimiento; porque, mientras me ofrecía con falso disimulo la sensualidad de su cuerpo, al mismo tiempo se arrimaba lisonjera a su acompañante que le susurraba; daba y recibía a uno y a otro sólo por juego. Estaba realmente enojado, porque era eso en concreto lo que odiaba en los demás, esa especie de fría y maliciosa sensualidad calculada, por lo estrecha, lo incestuosamente hermanada que la sentía con mi propia insensibilidad razonada. Pero no dejaba de estar excitado, acaso más por el odio que por el deseo. Me acerqué a ella con descaro y me apoderé de ella brutalmente con mis miradas. «Te quiero a ti, hermoso animal», decían abiertamente mis gestos y, sin querer, mis labios debieron de moverse, porque ella me sonrió con leve desprecio y, volviendo la cabeza, estiró la falda sobre el pie que había descubierto. Pero, al instante siguiente, la negra pupila volvía a vagar chispeante de un lado a otro hacia donde yo me encontraba. Estaba absolutamente claro que era igual de fría que yo y podía competir conmigo de igual a igual, ambos jugábamos fríamente con el ardor de un extraño, que, a su vez, no era más que un fuego pintado, pero aun así era agradable contemplar y jugar despreocupadamente en medio de un día anodino.

De repente se extinguió la tensión de su rostro, el brillo refulgente se apagó, una pequeña arruga de enojo torció su boca todavía sonriente. Seguí la dirección de su mirada: un señor bajo, gordo, a quien el traje le hacía bolsas, se dirigía presuroso hacia ella, secándose nerviosamente con el pañuelo el rostro y la frente que traía sudorosos de excitación. El sombrero, que con las prisas llevaba torcido sobre la cabeza, dejaba ver de refilón una profunda calva (sin querer tuve la sensación de que cuando se quitara el sombrero se descubrirían en ella gruesas perlas de sudor, y el hombre me resultó repulsivo). En la mano ensortijada llevaba todo un manojo de boletos. Resoplaba lleno de excitación y, a la vez, sin preocuparse de su mujer, hablaba a voces en húngaro con el oficial. Reconocí inmediatamente a un fanático del deporte hípico, algún tratante de caballos de la mejor categoría, para el que sólo existía el éxtasis del juego, el excelsa sucedáneo de lo sublime. Su mujer debía de haberle dicho algo en tono admonitorio (estaba visiblemente incomodada ante su presencia y perturbada en su seguridad elemental), porque, aparentemente, a su orden se puso el sombrero derecho, luego se rio jovialmente y le dio unas palmaditas en el hombro con bonachona ternura. Ella, furiosa, arqueó las cejas, asqueada por la familiaridad matrimonial que le resultaba penosa en presencia del oficial y, tal vez todavía más, en la mía. Él pareció disculparse, volvió a decir algunas palabras en húngaro al oficial, a las que aquél respondió con una sonrisa complaciente, pero luego la cogió del brazo con ternura y algo sumiso. Sentí que ella se avergonzaba de su intimidad ante nosotros, y disfruté de su humillación con un sentimiento mezcla de burla

y asco. Pero ya se había repuesto, y mientras ella se apretaba blandamente contra el brazo de su marido, deslizó una mirada irónica hasta mí, como diciendo: «¿Ves? Es él quien me tiene y no tú.» Yo estaba furioso y asqueado a un tiempo. En realidad quería darle la espalda y marcharme para demostrarle que la mujer de un barrigón ordinario como aquél ya no me interesaba. Pero la atracción era demasiado fuerte. Me quedé.

En ese instante sonó la estridente señal de la salida y, de repente, toda aquella masa locuaz, turbia, estancada, volvió a fluir de todas partes como sacudida en súbita confusión, adelantándose hasta la barrera. Tuve que emplear cierta violencia para no ser arrastrado, porque quería estar justo en medio del tumulto, cerca de ella, tal vez se presentara la ocasión de lanzar una mirada decisiva, un roce, algún espontáneo descaro que ahora todavía no sabía, así que me abrí paso a empujones entre la gente que llegaba apresurada, empeñado en ponerme a su lado. Justo en aquel momento, el gordo marido subía empujando a la tribuna, para hacerse con un buen sitio obviamente, y así fue como chocamos los dos, llevados por ímpetus distintos, con tanta violencia que su sombrero mal puesto salió volando y los boletos, que entonces llevaba sueltos, describieron un arco y se desparramaron como mariposas rojas, azules, amarillas y blancas sobre el suelo polvoriento. Se quedó mirándome con fijeza un momento. Mecánicamente hice ademán de disculparme, pero no sé qué malévolο impulso me cerró los labios, al contrario: me quedé mirándole fríamente, con un semblante descarado, ofensivo, provocador. Su mirada centelleó un segundo insegura, enrojeciendo a medida que crecía su abrumadora cólera, dispuesto a saltar, pero mi actitud lo atemorizó y se vino abajo como un cobarde. Me miró un segundo a los ojos con un temor inolvidable, casi conmovedor, luego se dio la vuelta para marcharse, pareció acordarse de repente de sus boletos y se agachó para recogerlos del suelo junto con el sombrero. Con ira mal disimulada, la cara roja de excitación, la mujer, que se había soltado de su brazo, me fulminó con la mirada: vi con una especie de voluptuosidad que le habría gustado golpearme. Pero seguí allí de pie, totalmente frío, indiferente, miraba, sonriendo y sin ayudarle, cómo el marido más que gordo se agachaba arrastrándose jadeante a mis pies para recoger sus boletos. Al agacharse, el cuello de la camisa se le había abierto como las plumas de una gallina hinchada, una ancha arruga grasosa resaltaba en la roja nuca, resoplaba como un asmático con cada movimiento. Sin pensarlo, al verle resoplar así, me vino a la cabeza una idea indecorosa, desagradable, me lo imaginé con su mujer en la intimidad de su matrimonio, y envalentonado con este pensamiento me reí en la cara de la mujer que apenas podía dominar su ira. Estaba de pie, de nuevo pálida e impaciente y sin poder dominarse apenas..., por fin había conseguido arrancarle un sentimiento auténtico, real: ¡odio, cólera desatada! Me hubiera gustado prolongar aquella malvada escena hasta el infinito; con fría voluptuosidad contemplaba a aquel hombre

afanándose atormentado por recoger uno a uno sus boletos. Algun diablo chistoso se había asentado en mi garganta y no paraba de hacerme reír intentando que no pudiera evitar soltar una carcajada, me hubiera gustado estallar en risas delante de él o hacerle cosquillas con el bastón a aquella blanda masa de carne que bullía en el suelo: ciertamente, no puedo recordar haberme sentido jamás tan poseído de la maldad como con el radiante triunfo de ver humillada a aquella mujer que jugaba con tanto descaro. Pero ahora parecía que el desdichado iba a acabar por fin de recoger todos sus boletos, sólo había uno, uno azul que había volado un poco más lejos y estaba justo a mis pies en el suelo. Se volvió jadeando, buscó con sus ojos miopes —los quevedos se le habían deslizado hasta la punta de la nariz salpicada de sudor —, y mi picara maldad, excitada, aprovechó aquel instante para prolongar su ridículo padecimiento: obedeciendo involuntariamente a una arrogancia de colegial, adelanté el pie rápidamente y puse la suela sobre el boleto, de modo que no pudiera encontrarlo ni con el mayor esfuerzo y así hacer que siguiera buscando hasta que a mí me apeteciera. Y él buscaba y buscaba denodadamente, parándose de vez en cuando a tomar aliento, contando y recontando los cartoncitos de colores. ¡Estaba claro que le faltaba uno..., el mío! Y ya iba a emprender de nuevo la búsqueda en medio del tumulto desatado, cuando su mujer, que evitaba mi burlona mirada de soslayo con una expresión encarnizada, no pudo contener por más tiempo su furiosa impaciencia. «¡Lajos!», lo llamó de pronto, imperativamente. Y él se levantó de golpe como un caballo que oye la trompeta, no sin antes volverse a buscar en el suelo con la mirada —a mí me parecía que el boleto que ocultaba me hacía cosquillas en la planta del pie, y apenas pude ocultar un acceso de risa —, luego se volvió obediente hacia su mujer que lo apartó de mí con una precipitación ostensible, metiéndose en el tumulto que cada vez bullía con más fuerza.

Yo me quedé atrás sin ningún deseo de seguirlos a los dos. Para mí, el episodio había concluido, la sensación de aquella tensión erótica se había resuelto en un plácido bienestar, toda agitación se había desprendido de mí y no me quedaba más que la sana saciedad de la maldad que había vomitado de repente, una descarada satisfacción conmigo mismo, casi insolente, ante el éxito de la jugada. La gente se agolpaba estrechamente delante de mí, ya empezaba a palpitar la excitación y una ola única, sucia, negra se apretaba contra la barrera, pero yo no miraba hacia allí, ya me había aburrido. Y pensé en subir al Krieau o marcharme a casa. Pero apenas había adelantado despreocupadamente el pie para dar un paso, reparé en el boleto azul que yacía olvidado en el suelo. Lo recogí y estuve un rato jugueteando con él entre los dedos, sin saber qué hacer. Me vino el vago pensamiento de devolvérselo a Lajos, lo que podría suponer una ocasión privilegiada para que me presentara a su mujer; pero me di cuenta de que ya no me interesaba en absoluto, que el

fugaz ardor que me había deparado aquella aventura hacía rato que se había enfriado en mi antigua indiferencia. No deseaba de la esposa de Lajos más que aquel cruce de miradas provocadoras, polémicas —el barrigón me resultaba demasiado desagradable como para tener algo en común con él—, ya había experimentado el escalofrío de los nervios, ahora simplemente sentía una indiferente curiosidad, una plácida distensión.

La silla estaba allí, abandonada y sola. Me senté cómodamente, prendí un cigarrillo. Ante mí volvía a encenderse la pasión, ni siquiera puse el oído: las repeticiones no me atraían. Vi elevarse el pálido humo y pensé en la Golfpromenade de Merano, donde había estado sentado hacia un par de meses y había visto la cascada chispeante. Era exactamente igual que lo de aquí: también había un poderoso rumor que iba inflándose, que no calentaba ni enfriaba, también había un sonido sin sentido en medio de un paisaje azul y silencioso. Pero, ahora, la pasión del juego había llegado al crescendo, volvía a elevarse en el aire la espuma de sombrillas, sombreros, gritos y pañuelos sobre el negro rompiente de hombres, volvían a mezclarse las voces, la gigantesca boca de la multitud volvió a vibrar con un grito, aunque ahora en un tono diferente. Oí un nombre, mil veces, diez mil veces, aclamado con gritos de júbilo, estridentes, extáticos, desesperados: «¡Cressy! ¡Cressy! ¡Cressy!». Y volvió a quebrarse de repente, como una cuerda tensa (¡qué monótona hace la repetición a la pasión misma!). La música empezó a sonar, la muchedumbre se disolvió. Se sacaron las tablas con los números de los ganadores. Inconscientemente miré hacia ellas. En primer lugar destacaba un siete. Miré mecánicamente el boleto azul que había olvidado entre mis dedos. También el número siete. No pude evitar reírme. El boleto estaba premiado, el bueno de Lajos había apostado con tino. Con mi malicia había conseguido incluso hacerle perder el dinero al gordo marido: de repente, mi osada arrogancia volvió a aflorar, ahora me interesaba saber cuánto le había estafado con mi celosa intervención. Por primera vez miré detenidamente el cartoncito azul: era un boleto de veinte coronas y Lajos había apostado a «ganador». Podía ser una suma considerable. Sin pensarlo más, siguiendo únicamente el cosquilleo de la curiosidad, me dejé arrastrar por la apresurada multitud en dirección a las cajas. Fui empujado hasta una cola, presenté el boleto y dos manos huesudas, presurosas, cuyo rostro no pude ver en absoluto detrás de la ventanilla, pusieron nueve billetes de veinte coronas sobre el mostrador de mármol.

En el instante en que me entregaron el dinero, auténtico dinero, billetes azules, se me atragantó la risa en la garganta. Me sobrevino de inmediato un sentimiento desagradable. Retiré las manos instintivamente, para no tocar aquel dinero ajeno. Me habría gustado dejar los billetes azules sobre el mostrador; pero detrás de mí ya venía empujando la gente, impaciente, para cobrar sus ganancias. Así que no me quedó más remedio que, penosamente conmovido, coger los billetes con las puntas de los dedos, que sentían

repugnancia: me quemaban en la mano como llamas azules que instintivamente apartaba de mí, como si la mano que los cogía tampoco me perteneciera a mí mismo. Comprendí de inmediato lo fatal de la situación. Contra mi voluntad, de la broma había surgido algo que a un hombre decente, a un gentleman, a un oficial en la reserva no debería haberle ocurrido, y dudaba en pronunciar ante mí mismo el auténtico nombre de aquello. Porque esto no era dinero ocultado, sino sustraído con astucia, robado.

Las voces silbaban y zumbaban a mi alrededor, la gente se agolpaba y empujaba yendo y viniendo a las cajas. Yo seguía de pie, inmóvil, con la mano rígida. ¿Qué debía hacer? Al principio pensé en lo más natural: buscar al auténtico ganador, disculparme y restituirle el dinero. Pero no podía hacerlo, y mucho menos ante la mirada de aquel oficial. Yo era teniente en la reserva, y reconocer algo así me habría costado mi cargo automáticamente; porque incluso si hubiera encontrado el boleto, el cobro del dinero era ya una forma poco noble de actuar. También pensé en ceder al instinto que estremecía mis dedos, hacer trizas los billetes y tirarlos, pero aquello también era demasiado expuesto, y además resultaría sospechoso en medio del tumulto de gente. Sin embargo, no quise ni por un instante quedarme con el dinero en modo alguno o guardarlo en la cartera, para luego dárselo a algún otro: el sentido de la pulcritud que me habían inculcado desde la infancia, como el llevar ropa limpia, hacía que sintiera asco hasta del más fugaz roce con aquellos billetes. ¡Lejos, lejos de mí ese dinero —todo mi ser deliraba febrilmente—, lejos, donde sea, lejos! Instintivamente miré a mi alrededor y, mientras mi vista giraba en círculo sin saber qué hacer, buscando algún escondrijo, una posibilidad que no hubiera contemplado, me llamó la atención que la gente empezaba a agolparse de nuevo junto a las cajas, pero ahora con billetes en las manos. Y este pensamiento fue mi salvación. Devolver el dinero al malicioso azar que me lo había dado, echarlo otra vez en la voraz garganta que ahora se tragaba las nuevas apuestas, monedas de plata y billetes, con igual avidez..., sí, aquello era lo correcto, la auténtica liberación.

Impetuosamente me apresuré, salí corriendo incluso, hacia allí, me introduje en medio de los que allí se agolpaban. Sólo había dos hombres delante de mí, el primero ya estaba junto al totalizador, cuando se me ocurrió que desconocía por completo el nombre de los caballos a los que podía apostar. Me puse a escuchar ansioso las conversaciones que oía a mi alrededor.

—¿Va a apostar por Ravachol? —preguntó uno.

—¡Naturalmente que por Ravachol! —le respondió su acompañante.

—¿No cree usted que Teddy también tiene posibilidades?

—¿Teddy? Ni la más mínima. Fracasó por completo en la carrera de Maiden. Fue un fiasco.

Engullía las palabras como un muerto de sed. Así que Teddy era malo. Seguro que Teddy no ganaría. Decidí apostar inmediatamente por él. Entregué el dinero, di el nombre que acababa de oír, Teddy, apostando a caballo ganador y una mano me devolvió los boletos. Ahora tenía de repente nueve cartoncitos blanquirrojos entre los dedos en lugar de uno. Seguía siendo una sensación penosa; pero, en cualquier caso, ya no me quemaban tan ardientemente, tan humillantemente como el arrugado dinero en efectivo.

Volvía a sentirme aliviado, casi despreocupado: ya me había deshecho del dinero, me había librado de lo desagradable de la aventura, la ocasión volvía a ser graciosa, tal como había empezado. Me recosté indiferente en mi silla, encendí un cigarrillo y eché el humo con lentitud. Pero no me duró mucho, me levantaba, daba vueltas, volvía a sentarme. Era curioso: el plácido ensueño había pasado. Una especie de nerviosismo corroía mis miembros. Al principio pensé que sería la inquietud ante la posibilidad de encontrarme a Lajos y a su mujer entre la cantidad de gente que pasaba; pero ¿cómo podían sospechar ellos que aquellos nueve boletos eran los suyos? Tampoco es que la agitación de la gente me molestara, al contrario, observaba con toda exactitud para ver si no volvían a empezar a agolparse, incluso me sorprendí a mí mismo levantándome una y otra vez para mirar la bandera que se izaba al comienzo de la carrera. Así que era eso..., impaciencia, una íntima fiebre de desatada expectación al pensar que iban a dar la salida que zanjaría este penoso asunto para siempre.

Un muchacho pasó corriendo con un diario de las carreras. Lo detuve, compré el programa y empecé a buscar entre las incomprensibles palabras y tecnicismos escritos en una lengua extraña, hasta que por fin di con Teddy, el nombre de su jockey, del propietario de la cuadra y los colores blanquirrojos. Pero ¿por qué me interesaba tanto? Malhumorado estrujé el periódico y lo tiré, me levanté, me volví a sentar. De repente me sentía muy acalorado, tuve que pasarme el pañuelo por la frente húmeda, y el cuello me apretaba. Y todavía no daban la salida.

Por fin sonó la campana, la gente se precipitó y en aquel instante noté espantado cómo aquel sonido también me había sobresaltado igual que un despertador que te arranca de un sueño. Me levanté de la silla de un salto con tanta vehemencia que la derribé y me apresuré..., no, salí corriendo a toda prisa hacia delante, ansiosamente, apretando con firmeza los boletos entre los dedos, metiéndome en medio de la multitud y devorado por un terrible miedo a llegar demasiado tarde, a perderme algo muy importante. Apartando brutalmente a la gente a un lado, aún pude alcanzar la barrera delantera, arramblé sin contemplaciones con una silla justo en el momento en que una dama iba a cogerla. Me di cuenta inmediatamente de mi total falta de tacto y de mi furiosa locura por su sorprendida mirada —era un buena conocida mía,

la condesa R., con cuyo ceño fruncido me encontré—, pero, por vergüenza y terquedad, la miré fríamente de pasada y salté sobre la silla para ver la pista.

Lejos, en el otro extremo del césped había un pequeño tropel de caballos que se apretaban en el punto de salida, cuyos jinetes, que parecían polichinelas de colores, se afanaban por mantenerlos en la línea. Inmediatamente intenté buscar el mío entre ellos, pero mis ojos no estaban acostumbrados, y mi mirada estaba tanto y tan extrañamente deslumbrada, que no alcanzaba a distinguir el blanquirrojo entre las manchas de color. En aquel instante sonó la campana por segunda vez y los caballos salieron disparados a la pista verde como siete flechas de colores lanzadas por un arco. Tenía que ser maravilloso contemplar aquello tranquilamente y sólo como un goce estético, cómo los esbeltos animales arrancaban galopando y, sin apenas tocar el suelo, volaban sobre el césped; pero yo no me daba cuenta de nada de aquello, sólo hacía desesperados intentos por reconocer mi caballo, mi jockey y me maldecía a mí mismo por no haber llevado conmigo unos gemelos. Por mucho que me inclinaba y estiraba, no veía más que cuatro, cinco insectos difuminados en un ovillo alado; sólo veía que ahora la forma iba cambiando progresivamente, que el ligero tropel se iba alargando al llegar a la curva en forma de cuña, una punta tiraba del resto, mientras que por detrás algunos empezaban a desprenderse del grupo. La carrera se puso emocionante: tres o cuatro caballos que se habían separado mucho en la galopada se pegaban a ras unos a otros como tiras de papel de colores, unas veces tiraba uno; otras veces, otro. Y yo, sin querer, iba estirando todo mi cuerpo, como si con aquel movimiento imitativo, elástico, apasionado, tenso, pudiera aumentar su velocidad y arrastrarlos.

A mi alrededor crecía la excitación. Algunos más experimentados debían de haber reconocido los colores ya en la curva, porque los nombres salían como estridentes cohetes del oscuro tumulto. Junto a mí había uno que extendía las manos frenéticamente y cuando uno de los caballos se adelantaba una cabeza, gritaba pataleando en el suelo con una voz antipáiticamente chillona y triunfante: «¡Ravachol!, ¡Ravachol!» En efecto, vi fulgurar el color azul del jockey de aquel animal y me embargó la ira, porque no era mi caballo el que iba ganando. El penetrante vozarrón del antipático de mi lado que no paraba de gritar: «¡Ravachol!, ¡Ravachol!», se me hacía cada vez más insopportable; estaba furioso, temblaba de ira, me hubiera gustado meterle un puñetazo en el negro agujero que se abría en su boca chillona. Temblaba de cólera, deliraba febril, a cada momento sentía que podía cometer una insensatez. Pero, entonces, otro caballo más se colocó pegado al primero. Tal vez fuera Teddy, tal vez, tal vez..., y esta esperanza me inflamó de nuevo. Me pareció, efectivamente, que el brazo que ahora se elevaba por encima de la silla y descargaba vertiginosamente algo sobre la grupa del caballo lucía un color rojo, podía ser él, tenía que ser él, tenía que serlo, tenía que serlo! Pero

¿por qué no seguía tirando el bribón de él? ¡Otra vez con la fusta! ¡Otra vez! ¡Ahora, ahora sí que estaba bien cerca de él! Ahora, sólo un palmo más. ¿Por qué Ravachol? ¿Ravachol? ¡No, no era Ravachol! ¡Teddy! ¡Teddy! ¡Adelante, Teddy! ¡Teddy!

De repente me retiré con violencia. ¿Qué..., qué era aquello? ¿Quién gritaba así? ¿Quién vociferaba: ¡Teddy! ¡Teddy!? Era yo el que gritaba así. Y, en medio de la pasión, me asusté de mí mismo. Quise contenerme, dominarme, en medio de mi delirio me mortificaba una repentina vergüenza. Pero no podía apartar la mirada, porque allí estaban los dos caballos totalmente pegados el uno al otro, y en efecto tenía que ser Teddy el que competía con Ravachol, el maldito, al que odiaba con todo el ardor de mi corazón, porque, a mi alrededor, otros empezaban a chillar ahora a grandes voces que se confundían unas con otras en un agudo tiple: «¡Teddy!, ¡Teddy!», y el grito me volvió a sumir en la pasión de la que en un momento de lucidez había emergido. Debía, tenía que ganar, y, efectivamente, ahora, ahora le sacaba una cabeza al otro caballo que iba en pos de él, un palmo sólo, y ahora dos, ahora, ahora, ya se le veía el cuello... En aquel instante, la campana sonó estridente y explotó un único grito de júbilo, de desesperación, de ira. Por un segundo, el ansiado nombre llenó por completo el cielo azul hasta su misma cúpula. Luego se vino abajo y, en alguna parte, empezó a oírse el zumbido de la música.

Acalorado, completamente empapado, con el corazón palpitante me bajé de la silla. Tuve que sentarme un instante de lo confuso que me encontraba en mi entusiasmada excitación. Me invadía un éxtasis como nunca había conocido, una dicha inefable, al ver que la casualidad había respondido tan servilmente a mi reto; en vano intenté simular que había sido en contra de mi voluntad que aquel caballo ganase y que había deseado ver perdido el dinero. Ni yo mismo me lo creía, y ya sentía una terrible atracción en mis miembros que me empujaba a alguna parte, y yo sabía adonde me llevaba: quería ver la victoria, sentirla, agarrarla, dinero, mucho dinero, sentir los crujientes billetes azules en los dedos y aquel estremecimiento subiéndome por los nervios. Un placer por completo extraño, maligno, se había apoderado de mí, y la vergüenza ya no venía en mi ayuda para evitar que cediera ante él. Y en cuanto me levanté, me apresuré, salí corriendo hacia la caja, con toda brusquedad, me abrí paso a codazos entre los que esperaban en la ventanilla, echando a la gente a un lado, impaciente por ver el dinero, ver físicamente el dinero. «¡Grosero!», gruñó protestando detrás de mí uno de los que iba apartando; lo escuché, pero no pensé en pedirle una satisfacción, me estremecía con una impaciencia incomprendible, enfermiza. Al final me llegó el turno en la fila, mis manos agarraron ansiosas un puñado azul de billetes. Los conté tembloroso y entusiasmado a un tiempo. Eran seiscientas cuarenta coronas.

Las apretaba ardientemente contra mí. Ahora, mi siguiente pensamiento fue que tenía que seguir jugando y ganar más, mucho más. Pero ¿dónde había dejado el diario de carreras? ¡Ah!, lo había tirado en medio de mi nerviosismo. Miré a mi alrededor para hacerme con otro. Entonces noté con un sobresalto indescriptible que, de repente, todo a mi alrededor se desbandaba dirigiéndose a la salida, que las cajas se cerraban, que la bandera que ondeaba era arriada. La competición había terminado. Había sido la última carrera. Por un instante me quedé de pie con la vista perdida. Luego, la cólera se revolvió en mi interior como si hubieran cometido una injusticia conmigo. No me podía hacer a la idea de que ahora que todos mis nervios estaban en tensión y temblaban, ahora que la sangre circulaba en mí con un ardor que hacía años que no sentía, tuviera que acabar todo. Pero no servía de nada alimentar la esperanza artificialmente con un deseo engañoso, diciéndome que aquello no había sido más que un error, porque la muchedumbre multicolor iba dispersándose cada vez más rápidamente, y el césped pisado ya brillaba entre los rezagados que iban quedando sueltos. Poco a poco me fui dando cuenta de lo ridículo que era que me obstinara en quedarme, así que cogí el sombrero —el bastón seguramente lo había dejado olvidado en el torniquete en medio de la conmoción— y me dirigí a la salida. Un criado salió a mi encuentro saludándome servilmente con la gorra, le di el número de mi coche, él lo pregonó alrededor de la plaza con las manos abocinadas, y pronto sonaron claramente los caballos avanzando. Le indiqué al cochero que bajara tranquilo por el paseo principal. Porque justo ahora que la excitación empezaba a remitir dejando paso a una cierta placidez, sentí una voluptuosa inclinación a volver a revivir la escena entera en mi pensamiento.

En aquel instante, otro coche pasó delante del mío; miré instintivamente para volver a apartar la vista de inmediato con toda intención. Era aquella mujer con su corpulento marido. No me habían visto. Pero entonces me sobrevino un sentimiento desagradable y opresivo, como si me hubieran cogido con las manos en la masa.

Y de buena gana le habría gritado al cochero que arreara los caballos con tal de apartarme a toda prisa de ellos.

El coche de punto se deslizaba blandamente sobre sus ruedas de goma entre los otros muchos que pasaban meciéndose como botes llenos de flores, con su colorida carga de mujeres, a lo largo de las verdes orillas de la avenida de castaños. El aire era suave y dulce, el ligero y fresco aroma del inminente crepúsculo se mezclaba ya con la bruma que flotaba en el aire. Pero el sentimiento de placidez y ensueño de antes no volvió: el encuentro con el estafado me había producido una penosa impresión. Penetró en mi sobreexcitada sensibilidad como una corriente de aire frío a través de una rendija. Ahora volvía a repasar de nuevo toda aquella escena en mi cabeza,

con serenidad, y ya no me comprendía a mí mismo: yo, un caballero, un miembro de la mejor sociedad, oficial en la reserva, bien considerado, había cogido sin necesidad dinero que había encontrado, lo había metido en mi cartera, incluso me había producido un placer codicioso, una satisfacción que dejaba sin validez cualquier excusa. Yo, que hasta hacía sólo una hora siempre había sido una persona correcta, inmaculada, había robado. Era un ladrón. Y, a la vez, para mi espanto, pronunciaba a media voz mi propia condena, mientras el coche iba al trote, hablando inconscientemente al ritmo de los cascos de los caballos: «¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón! ¡Ladrón!»

Pero entonces sucedió algo extraño, no sé cómo describirlo, es tan inexplicable, tan completamente excepcional y, sin embargo, sé que no me engaño en nada al recordarlo. Cada segundo de mis sentimientos, cada oscilación de mi pensamiento en aquellos instantes han quedado grabados en mi conciencia con una precisión sobrenatural, como prácticamente ninguna otra experiencia que haya vivido en mis treinta y seis años y, no obstante, apenas me atrevo a tomar conciencia de aquella absurda sucesión, aquella desconcertante vacilación de mi sensibilidad, ni siquiera sé si algún poeta, un psicólogo podría describirla lógicamente. Sólo puedo anotar cómo se sucedieron los acontecimientos, siguiéndolos con total fidelidad hasta su insospechada resolución. Así pues, iba diciéndome: «Ladrón, ladrón, ladrón». Luego hubo un instante muy curioso, y a la vez un instante vacío, un instante en el que no sucedió nada, en el que simplemente —¡oh, qué difícil es expresarlo!— escuchaba, escuchaba dentro de mí. Me había llamado, me había acusado, ahora el acusado debía responder ante el juez. Así que me puse a escuchar y... no sucedió nada. Había contado con que el latigazo de aquella palabra, «ladrón», me horrorizaría y, luego, me sumiría en una indescriptible y contrita vergüenza; no despertó en mí nada de eso. Esperé pacientemente unos minutos, luego, por así decirlo, me reconcentré más sobre mí mismo —porque notaba con extraordinaria claridad que bajo aquel porfiado silencio bullía algo— y escuché con una febril expectación intentando percibir el eco sostenido, el grito del asco, indignado, desesperado, que debía seguir a aquella autoinculpación. Y continuó sin ocurrir nada. Nada respondía en mi interior. Volvía a repetirme aquella palabra, «ladrón», «ladrón», ahora ya a plena voz, para despertar por fin en mi interior aquella conciencia aletargada, dura de oído. Tampoco obtuve respuesta. Y, de repente —a la luz de un deslumbrante relámpago de la conciencia, como sí de pronto se hubiera encendido una cerilla y se mantuviera sobre un abismo de penumbras—, reconocí que sólo quería avergonzarme, pero no me avergonzaba, no, que en aquel profundo abismo había algo que, de alguna manera, se sentía secretamente orgulloso, incluso contento de aquella desatinada acción.

¿Cómo era posible? Me resistía, verdaderamente asustado de mí mismo ahora, a aceptar este inesperado hallazgo, pero el sentimiento era demasiado

exagerado, demasiado impetuoso, y me desbordaba. No, aquello no era vergüenza, ni indignación, ni asco de uno mismo, lo que me bullía tan ardientemente en la sangre... era alegría, ebria alegría que se inflamaba en mí, incluso fulguraba con claras y afiladas llamas de soberbia, porque sentía que en aquellos minutos había vuelto a estar realmente vivo por primera vez en años y años, que mis sentimientos simplemente habían estado paralizados, pero todavía no se habían extinguido, que en alguna parte bajo el arenal de mi indiferencia corrían ocultos aquellos cálidos manantiales de la pasión y ahora, tocados con la varita mágica de la casualidad, subían fustigados hasta la altura de mi corazón. También en mí, también en mí, en este pedazo del universo que respira, ardía todavía aquel misterioso núcleo volcánico de todo lo terreno, que a veces irrumpía en los turbulentos arrebatos del deseo, también yo vivía, estaba vivo, era una persona con deseos ardientes y malvados. Una puerta se había abierto ante la tempestad de aquella pasión, había descubierto un abismo dentro de mí y me asomaba a él con vértigo gozoso, absorto en la contemplación de aquella parte desconocida de mi persona, que me asustaba y me fascinaba a la vez. Y, poco a poco —mientras el perezoso coche rodaba llevando mi cuerpo arrojado en ensueños a través del mundo burgués de la alta sociedad—, fui bajando, peldaño a peldaño, hasta las profundidades de lo humano que había en mi interior, indescriptiblemente solo en aquel silencioso descenso, iluminado únicamente por la antorcha resplandeciente que se elevaba desde mi conciencia súbitamente encendida. Y, mientras mil personas se mecían riendo y charlando a mi alrededor, yo buscaba en mí mismo al hombre perdido que llevaba dentro, avanzando a tientas a través de los años por el mágico paso de los recuerdos. Cosas completamente olvidadas mucho tiempo atrás emergían de repente en el polvoriento y empañado espejo de mi vida; recordé que ya en mis tiempos de colegial le había robado una vez una navaja a un compañero y le había observado con el mismo placer diabólico, mientras buscaba por todas partes y preguntaba a todos en su afán por encontrarla; de pronto comprendí el carácter misteriosamente violento de algunas horas de placer sexual, comprendí que mi pasión sólo se había doblegado, sólo se había aplastado por el delirio de la vida social, por el soberbio ideal del gentleman, pero que, dentro de mí, sólo que más, mucho más profundamente, en manantiales y caños enterrados, también corrían los ardientes torrentes de la vida como en todos los demás. ¡Ah!, siempre había vivido, sólo que nunca me había atrevido a vivir, me había atado, me había ocultado ante mí mismo: pero ahora la fuerza reprimida había reventado, la vida, rica, indescriptiblemente poderosa, se había apoderado de mí. Y ahora sabía que aún le pertenecía; con la feliz sorpresa de la mujer que por primera vez siente moverse al hijo que lleva en sus entrañas, sentía germinar en mí lo real —¿de qué otra forma puedo llamarlo?—, lo verdadero, lo no fingido de la vida, sentía —casi me avergüenzo de escribir una palabra así— que yo, el

hombre marchito, volvía de repente a florecer, que por mis venas corría sangre roja e inquieta, que la sensibilidad se desplegaba suavemente a su calor y yo crecía para dar el fruto desconocido de la dulzura o el amargor. El milagro de Tannhäuser se había cumplido en mí en medio de la clara luz del hipódromo, entre el ruido de miles de personas ociosas: había empezado a sentir de nuevo, el palo seco reverdecía y echaba brotes.

Un señor me saludó y me llamó por mi nombre —seguramente no me había dado cuenta de su primer saludo— desde un coche que pasó a mi lado. Me sobresalté, me volví con aspereza, molesto por ser importunado en aquel estado de dulce fluidez en que me derramaba dentro de mí mismo hasta rebosar, en el sueño más profundo que jamás había tenido. Pero el ver quién era el que me saludaba me sacó totalmente de mi ensimismamiento: era mi amigo Alfons, mi querido compañero de la escuela, que ahora era fiscal. De pronto, un estremecimiento recorrió mi cuerpo: «Es la primera vez que este hombre que te saluda fraternalmente tiene poder sobre ti, si conociera tu delito caerías en descrédito ante él. Si supiera de ti y de tu acción tendría que sacarte de este coche, sacarte de toda la cálida existencia burguesa y arrojarte por tres o cinco años al sórdido mundo que hay tras las rejas, con la escoria de la humanidad, con los demás ladrones, a los que sólo el látigo de la necesidad arrastró a sus celdas infectas». Pero el miedo sólo me heló la articulación de la mano temblorosa por un instante, mi corazón se detuvo un solo segundo..., luego incluso este pensamiento se volvió a transformar en una cálida sensación, en un orgullo fantástico, insolente, que ahora examinaba a los demás hombres de alrededor con aire de suficiencia y casi en tono de burla. ¡Cómo se os helaría en la boca, pensé, esa dulce sonrisa vuestra de camaradería con la que me saludáis como a vuestro igual, si sospecharais cómo soy en realidad! Os sacudiríais mi saludo como una salpicadura de barro con mano airada y despectiva. Pero antes de que vosotros me expulsarais, os he expulsado yo a vosotros: hoy por la tarde me he arrojado fuera de vuestro frío y descarnado mundo, donde no era más que una rueda, una que funcionaba sin hacer ruido en la gran máquina que gira fríamente con sus émbolos y gira en vano alrededor de sí misma; me he precipitado en un abismo que no conozco, pero sólo en esta hora he estado más vivo que en todos los vidriosos años que he pasado en vuestro círculo. Ya no soy uno de vosotros, ya no os pertenezco, ahora estoy fuera, en alguna parte, en las alturas o en las profundidades, pero nunca más, nunca más en la lisa playa de vuestro bienestar burgués. Por primera vez he sentido todo lo que el hombre puede gozar con lo bueno y lo malo, pero nunca sabréis dónde estuve, nunca me conoceréis. ¡Hombres, qué sabéis vosotros de mi secreto!

¿Cómo podría expresar lo que sentía en aquella hora, mientras yo, un gentleman vestido elegantemente, avanzaba saludando con frío semblante y correspondiendo entre las hileras de coches? Porque, mientras mi máscara, el

hombre exterior, el de antes, todavía sentía y reconocía los rostros, mi interior se embriagaba con una música tan vertiginosa que tenía que reportarme para no lanzar un grito en medio de aquel estrepitoso tumulto. Estaba tan lleno de sensaciones que aquel torrente interior me llegaba a atormentar físicamente y, como quien siente que se ahoga, tuve que apretar con fuerza la mano sobre el pecho, bajo el que el corazón bullía dolorosamente. Pero dolor, gozo, temor, espanto o compasión, no los sentía por separado como sentimientos distintos, todo se fundía en una sensación única, sólo notaba que vivía, que respiraba y sentía. Esta simplicidad, este sentimiento originario, lo que no había sentido desde hacía años, me embriagaba. Jamás en mis treinta y seis años había experimentado ni por un segundo un éxtasis tan vivo como en esta hora en la que me sentía flotar.

El coche se detuvo con una ligera sacudida: el cochero había tirado de las riendas de los caballos, se volvió desde el pescante y preguntó si me llevaba a casa. Salí de mi ensimismamiento vacilante, levanté la vista hacia la avenida, me di cuenta con sorpresa de cuánto tiempo había estado soñando, de cuánto se había derramado la embriaguez cubriendo las horas. Había oscurecido, las copas de los árboles se mecían blandamente, los castaños empezaban a exhalar su aroma nocturno a través del aire fresco. Y detrás de la espesura se podía entrever veladamente el fulgor plateado de la luna. Era suficiente, debía ser suficiente. ¡Pero nada de volver a casa ahora, al mundo de costumbre! Pagué al cochero. Cuando saqué la cartera y pasé los billetes con los dedos para contarlos, algo parecido a una leve descarga eléctrica me recorrió la mano desde las puntas de los dedos hasta la muñeca: algo del hombre viejo, que se avergonzaba, debía de seguir vivo dentro de mí. Todavía se estremecía la conciencia agonizante del gentleman, pero mi mano ya volvía a repasar con total despreocupación el dinero robado, y la alegría me volvió generoso. El cochero me dio las gracias tan exageradamente que no pude evitar sonreírme: ¡si tú supieras! Los caballos emprendieron la marcha, el coche continuó su camino. Yo lo acompañé con la vista, como quien, desde el barco, vuelve por última vez su mirada a la costa en que ha sido tan dichoso.

Me quedé parado un momento, sumido en mis ensoñaciones, sin saber qué hacer, en medio de la multitud que susurraba, reía y se movía con la música: debían de ser las siete, y, sin pensarlo, torcí por el Sachergarten, donde por lo general solía ir siempre después de una excursión al Prater, para comer en sociedad, y seguramente el coche de punto me había dejado cerca de allí sabedor de mi costumbre. Pero apenas hube puesto la mano sobre la verja de la distinguida terraza del restaurante, algo me retuvo: no, no quería volver todavía a mi mundo, ni dejaría que la maravillosa efervescencia que me llenaba en secreto se perdiera disolviéndose en una conversación indiferente, no me desprendería de la chispeante magia de la aventura a la que desde hacía horas me sentía encadenado.

De alguna parte llegaba un confuso y sordo rumor de música y, sin pensarlo, me fui en pos de él, porque aquel día todo me seducía, sentía una especie de placer volíptuoso en ceder por completo a la casualidad, y aquel sordo dejarse arrastrar en medio de una multitud de personas blandamente agitada tenía un fantástico atractivo. Mi sangre bullía en la densa y cálida masa humana que se movía en remolinos: de repente me encontraba estirado, estimulado y extremadamente despierto en todos los sentidos, gracias a aquel vaho corrosivo y lleno de humo de respiración humana, polvo, sudor y tabaco. Porque todo aquello que antes, hasta el mismo día anterior, me repugnaba por ser ordinario, vulgar y plebeyo, lo que el refinado gentleman que había en mí se había pasado una vida entera evitando arrogante, era justo lo que atraía mágicamente mi nuevo instinto, como si por primera vez notara una afinidad con mi propia persona en lo animal, en lo impulsivo, en lo vulgar. Aquí, en aquella escoria de la ciudad, entre soldados, sirvientas, granujas, vagabundos, me sentía tan a gusto, de una manera que en absoluto podía comprender: absorbía ávidamente lo cáustico de aquel ambiente, los empujones y apretones de una masa convertida en un ovillo me resultaban agradables, y esperaba con una volíptuosa curiosidad a ver dónde acabaría dejándome llevar en aquel instante. Desde el Wurstelprater se iban acercando cada vez más las voces agudas y los sones de una música metálica, gritando y cantando alegremente, las orquestinas tocaban rudas polcas y movidos valses con un ritmo machacón de una forma fanáticamente monótona, en medio de sordos golpes, risas chillonas, roncos gritos de borrachos que provenían de las barracas de feria, y ahora volvía a ver los tiovivos de mi infancia que giraban entre los árboles con sus luces locas. Me quedé de pie, en medio de la plaza, y dejé que todo el tumulto rompiera contra mí como una ola, inundando completamente mis ojos y oídos: aquellas cascadas de ruido, lo infernal de aquella confusión me hacían bien, porque en este torbellino había algo que amortiguaba mi torrente interior. Contemplaba cómo las muchachas, con sus inflados vestidos, subían hasta el cielo en las cestas lanzando gritos alegres y sensuales en medio del vértigo; cómo aprendices de carnicero descargaban riendo pesados martillos haciéndolos retumbar contra el dinamómetro; vendedores ambulantes con voces ardientes y gestos simiescos gritando a contracorriente por encima del ruido de las orquestinas; y cómo todo aquello se acumulaba girando en remolino con el ser de mil voces, en continuo movimiento de la multitud, ebria del aguardiente de mala calidad, de la música metálica, del fulgor titilante de las luces y del mismo placer ardiente de verse todos juntos. Desde que había despertado de mi sueño, sentía de golpe la vida de los demás, sentía el fragor de esta ciudad de varios millones de habitantes, cómo en esas pocas horas del domingo rebosaba ardiente y represada, cómo se excitaba por su propia plenitud hasta alcanzar un placer sordo, animal, pero, de alguna manera, sano y vigoroso. Y, poco a poco, fui sintiendo cómo con sus empujones, con el

incesante contacto de sus cuerpos calientes, apasionados, yo mismo me iba contagiando de su ímpetu y de su ardiente sensualidad: mis nervios se tensaban fuera de sí, estimulados por el penetrante olor, mis sentidos jugaban vertiginosamente con el estrépito y experimentaban ese confuso estupor que va indefectiblemente unido a todo placer violento. Por primera vez en muchos años, en fin, tal vez en toda mi vida, sentía la masa, sentía a la gente como una fuerza de la que emanaba un placer que se traspasaba a mi propio yo, aislado y retraído: un dique se había roto y pasaba de mis venas a este mundo refluendo rítmicamente, y me asaltó un deseo del todo nuevo, que también se derritiera aquella última costra entre ellos y yo, un apasionado anhelo de unirme con aquella humanidad ardiente, ajena, impetuosa. Con deseo varonil anhelaba penetrar en el henchido seno de aquel cuerpo ardiente y gigantesco; con deseo femenino estaba abierto a cualquier contacto, cualquier reclamo, cualquier seducción, cualquier abrazo..., y ahora sabía, como sólo se sabe en los días crepusculares de la juventud, que dentro de mí había amor y necesidad de amor. ¡Ah!, entrar, entrar en la vida, estar unido de alguna manera a esta pasión estremecedora, risueña que alienta en los demás, inundar, desbordarse en sus venas; hacerse muy pequeño, volverse totalmente anónimo en medio del tumulto, no ser más que un infusorio en la suciedad del mundo, un ser que tiembla de gozo, que brilla entre miríadas..., pero sólo para entrar en la plenitud; bajar y girar como una peonza, salir despedido por la propia tensión hacia lo desconocido, como una flecha que vuela hacia una suerte de cielo de la comunidad.

Ahora lo sé: entonces estaba ebrio. En mi sangre todo bullía en un arrebato de confusión, el repiqueteo de las campanas del tiovivo, la sutil risa de placer de las mujeres que brotaba bajo el inesperado abrazo de los hombres, la música caótica, los rumorosos vestidos. Cada uno de aquellos sonidos se clavaba agudamente en mí y luego vibraba centelleante una última vez, rojo, palpitando en mis sienes, sentía cada roce, cada mirada con una fantástica excitación de los nervios (como un mareo en el mar), pero todo conjuntado en una febril unión. Apenas me es posible expresar la complejidad de mi estado de ánimo con palabras, a lo sumo, tal vez se podría lograr hacer una comparación: si digo que estaba lleno a rebosar de sonidos, ruidos, sentimientos, sobrecalentado como una máquina que corre vertiginosamente sobre todas sus ruedas para escapar a la tremenda presión que al momento siguiente va a hacer saltar la caldera de su pecho. La sangre caldeada vibraba en las puntas de los dedos, palpitaba en mi cabeza, me apretaba la garganta, se ahogaba en mis sienes..., de pronto, después de años de tibiaza, mi sensualidad se precipitaba en una fiebre que me consumía. Ahora sentía que debía abrirme, salir de mí con una palabra, con una mirada, compartir con los demás, derramarme, entregarme, hacerme como todos, redimirme..., liberarme de algún modo de aquella dura costra de silencio que me aislabía del

cálido elemento vital que fluía a mi alrededor. Hacía horas que no hablaba, que no le había estrechado la mano a nadie, que no sentía la mirada curiosa y cómplice de otro contra la mía, y ahora que los acontecimientos se habían precipitado la carga de aquella excitación pesaba sobre el silencio. Jamás, jamás había tenido tanta necesidad de comunicarme con otra persona como ahora que me agitaba entre miles y miles de ellas, bañado por su calor y sus palabras y, a pesar de todo, estancado en la circulación del torrente sanguíneo de aquel todo. Era como alguien que se muere de sed en medio del mar. Y, para aumentar mi tormento, a cada segundo podía ver a derecha e izquierda desconocidos que se juntaban rozándose ligeramente, que se unían unos con otros jugando como gotitas de mercurio. Me asaltaba la envidia cuando veía cómo los muchachos jóvenes hablaban al pasar con muchachas que no conocían y, después de las primeras palabras, ya se agarraban del brazo, cómo todos se encontraban y se reunían; un saludo en el tiovivo, una mirada al rozarse ya era suficiente para que los desconocidos se fundieran en una conversación, tal vez para volverse a separar al cabo de pocos minutos, pero a pesar de todo existía ese enlace, esa unión, esa comunicación, por los que ahora ardían todos mis nervios. Yo, por el contrario, hábil en la conversación social, apreciado causeur y experto en las formas, me moría de miedo, me causaba una vergüenza insuperable dirigir la palabra a cualquiera de aquellas sirvientas de anchas caderas, por temor a que se rieran de mí, incluso cerraba los ojos cuando alguna me miraba por casualidad, a pesar de que por dentro ardía en deseos de cambiar unas palabras con ella. Ni yo mismo tenía muy claro lo que quería de la gente, simplemente no soportaba estar solo por más tiempo, consumiéndome en el ardor de mi fiebre. Pero todos me miraban al pasar y sus miradas me dejaban de lado, nadie quería reparar en mí. Una vez se me acercó un muchacho de doce años con la ropa harapienta: su mirada brillaba deslumbrante con el reflejo de las luces, tenía los ojos llenos de añoranza, fijos en los oscilantes caballitos de madera. Su delgada boca estaba abierta como sedienta: era evidente que le faltaba dinero para subirse en la atracción con los otros y no hacía más que absorber el placer de los gritos y las risas de los demás. Me acerqué a él impulsivamente y le pregunté: «¿No le gustaría a usted dar una vuelta?» No sé por qué me temblaba la voz, que acabó quebrándose en un grito agudo. Él levantó los ojos mirándome fijamente, sobresaltado: «¿Por qué? ¿Por qué?»

Se puso colorado como una amapola y salió corriendo sin decir ni una palabra. Ni siquiera un niño con los pies desnudos quería aceptar un placer que viniera de mí: comprendía que tenía que haber algo terriblemente extraño en mí para que no me pudiera mezclar con los demás en ninguna parte y flotara aislado en medio de la compacta masa, como una gota de aceite sobre el agua agitada.

Pero no cedí: no podía estar solo por más tiempo. Los pies me ardían

dentro de los zapatos de charol que estaban llenos de polvo, tenía la garganta reseca del ambiente cargado. Miré a mi alrededor: a izquierda y derecha entre las filas de gente que aflúia a raudales había pequeñas islas verdes, hosterías con manteles rojos y desnudos bancos de madera, donde se sentaban los pequeños burgueses con sus jarras de cerveza, fumándose su Virginia de los domingos. La escena me cautivó: aquí los desconocidos se sentaban juntos y trataban conversación, aquí había un poco de paz en medio del estéril delirio de la fiebre. Entré, pasé revista a las mesas hasta que encontré una donde se sentaba una familia burguesa, un artesano gordo, rechoncho, con su mujer, dos alegres muchachas y un jovencito. Movían la cabeza al compás, bromeaban unos con otros, y sus miradas alegres, livianas me hicieron bien. Saludé cortésmente, puse la mano sobre una silla y pregunté si podía tomar asiento. Su risa cesó en el acto, se quedaron callados un momento (como si cada uno esperara que el otro diera su consentimiento), luego la mujer dijo igualmente sorprendida: «¡Por favor! ¡Por favor!» Me senté y al momento tuve la impresión de que, sentándome con ellos, estaba chafando su desenvuelto buen humor, porque alrededor de la mesa se hizo inmediatamente un incómodo silencio. Sin atreverme a levantar los ojos del mantel a cuadros rojos, sobre el que se podían ver la sal y la pimienta diseminadas que lo ensuciaban, noté que todos me observaban extrañados y de repente caí en la cuenta —¡muy tarde!— de que iba demasiado elegante para aquella fonda de criados, con mi traje para el derby, el sombrero de copa parisense y la perla de mi corbata gris tórtola, que aquí mi elegancia, el perfume de lujo creaba además un ambiente de hostilidad y confusión a mi alrededor de forma inmediata. Y el silencio de aquellas cinco personas hacía que me inclinara cada vez más sobre la mesa, cuyos cuadros rojos contaba una y otra vez con una crispada desesperación, clavado a ella por la vergüenza de levantarme de repente y, por otra parte, demasiado cobarde para alzar mi atormentada mirada. Fue una liberación cuando finalmente llegó el camarero y puso ante mí la pesada jarra de cerveza. Entonces pude por fin mover una mano y mirar de soslayo, tímido, por encima del borde al beber: efectivamente, los cinco me observaban, no diré que con odio, pero sí con una muda extrañeza. Veían a un intruso en su oscuro mundo, se daban cuenta con el inocente instinto de los de su clase de que yo quería algo, de que estaba buscando allí algo que no pertenecía a mi mundo, que no me había llevado hasta allí ni el amor, ni la inclinación, ni el sencillo placer de los valses, la cerveza o el reposado descanso del domingo, sino algún capricho que no comprendían y del que desconfiaban, de la misma manera que el jovencito del tiovivo había desconfiado de mi regalo, de la misma manera que las miles de personas anónimas de allí afuera, en medio del tumulto, se desviaban ante mi elegancia y mi aire de hombre de mundo con una inconsciente hostilidad. Y, sin embargo, sentía que si ahora encontraba una palabra sin malicia, sencilla, cordial, verdaderamente humana para dirigirme a

ellos, el padre o la madre me responderían, la hija me sonreiría lisonjera, y podría ir con el jovencito a disparar en alguna caseta de tiro de las de la feria y a disfrutar con él de sus ocurrencias infantiles. En cinco, en diez minutos me habría liberado de mí mismo, envuelto en el ambiente sin malicia de la conversación burguesa, con una confianza tan agradable y sincera como halagadora..., pero no encontraba esa sencilla palabra, la forma de iniciar la conversación, una vergüenza falsa, necia, pero insuperable, me atenazaba la garganta, y seguía sentado con la mirada abatida como un criminal en la mesa de aquella gente humilde, envuelto en la angustia y afligido por haberles echado a perder aquella última hora del domingo con mi caprichosa presencia.

Y mientras estaba allí sentado, atormentándome, expiaba todos los años de indiferente arrogancia en los que había pasado de largo por delante de miles de mesas como aquélla, de millones y millones de personas fraternales sin mirarlas siquiera, preocupado únicamente de mi comodidad o mi éxito en aquel estrecho círculo de la elegancia; y sentí que el camino recto, el lenguaje espontáneo para llegar a los demás, ahora que necesitaba de ellos en la hora de mi destierro, estaba tapiado desde dentro.

Y así permanecí sentado, yo, hasta entonces un hombre libre, penosamente humillado, contando una y otra vez los cuadros rojos del mantel, hasta que al final pasó el camarero. Lo llamé, pagué, me levanté dejando la jarra de cerveza apenas sin tocar y me despedí cortésmente. Me correspondieron entre amables y asombrados: sin volverme a mirar, supe que ahora, en cuanto les diera la espalda, de nuevo se apoderaría de ellos la alegría de vivir, que el cálido círculo de la conversación los uniría otra vez en cuanto yo, el cuerpo extraño, me hubiera ausentado.

Me lancé de nuevo, pero ahora con más avidez, ardor y desesperación todavía, en medio del torbellino humano. Entretanto, la aglomeración de gente que se reunía bajo los árboles, que flotaban negros en el cielo, había ido aflojando, la gente ya no se apiñaba ni se arremolinaba tan estrecha y tumultuosamente en el círculo luminoso del tiovivo, ahora más bien cundía el rumor en el sombrío borde exterior de la plaza. También el sonido de la muchedumbre, ronco, profundo, como si, por así decirlo, respirara alegría, se quebraba en multitud de pequeños susurros que también eran entonados con alegría, siempre que la música atacaba rabiosa y violentamente en alguna parte, como si quisiera retener de nuevo a los que ya se iban. Ahora iban surgiendo otro tipo de caras: los niños con sus globos y sus juguetes de papel ya se habían ido a sus casas, y también las familias que paseaban espaciosamente con sus trajes de domingo se habían retirado ya. Ahora ya se empezaban a ver borrachos armando jaleo, muchachos desastrados asomaban por los paseos laterales con paso perezoso y, sin embargo, como si buscaran algo: en la hora que había estado clavado en aquella mesa ajena, este extraño

mando se había ido deslizando cada vez más hacia lo vulgar. Pero justo aquel ambiente fosforescente de audacia y riesgo me gustaba, en cierto sentido, más que el burgués y dominguero de antes. El instinto excitado que había en mí olfateaba aquí una tensión similar al deseo; en el andar arrastrado que llevaban aquellas curiosas figuras, aquellos expulsados de la sociedad, me sentí en cierta manera reflejado: también ellos andaban al acecho por allí con una inquieta expectación, tras una aventura palpitante, una súbita emoción, e incluso ellos, aquellos muchachos harapientos, despertaban mi envidia por la forma abierta y libre de su vagancia; porque yo estaba de pie, arrimado a la columna de un tiovivo, respirando impaciente por sacudirme el peso del silencio, la tortura de mi soledad y, sin embargo, incapaz de moverme, de llamar la atención de nadie, de decir una sola palabra. Simplemente permanecía de pie y observaba con la mirada perdida la plaza, que aparecía encantadoramente iluminada con el reflejo de las luces circulares, permanecía de pie y, desde mi isla de luz, miraba absorto hacia la oscuridad, lleno de locas esperanzas, observando a cada persona que pasaba alejándose, revestida por un momento de un brillante resplandor. Pero sus ojos resbalaban fríamente sobre mí. Nadie me quería, nadie venía a redimirme.

Sé que sería una locura querer describir o incluso aclararle a alguien que yo, un hombre cultivado, elegante, de la alta sociedad, rico, independiente, amigo de las personas más distinguidas de esta gran ciudad, estuve de pie una hora entera aquella noche apoyado en el poste de un tiovivo del Prater, que oscilaba sin descanso, con un chillido desafinado, oyendo veinte, cuarenta, cien veces la misma polca que avanzaba a trompicones, el mismo vals arrastrado, con las mismas estúpidas cabezas de los caballitos de madera pintada girando ante mí y sin moverme de aquel lugar por una terca obstinación, por la mágica sensación de someter el destino a mi voluntad. Sé que lo que hice en aquella hora no tiene sentido, pero en aquel absurdo empeño había una tensión del sentimiento, un espasmo de todos mis músculos tan acerados, como tal vez sólo lo experimenten las personas que se sienten ante un abismo, poco antes de la muerte; mi vida entera, que había pasado en vano, experimentaba de repente un reflujo y subía para acumularse en mi garganta.

Y cuanto más me atormentaba la insensata locura de quedarme, de permanecer hasta que me redimiera la palabra, la mirada de cualquier persona, tanto más disfrutaba con este tormento. Al permanecer allí, de pie junto al poste, estaba expiendo en cierta manera mi culpa, no tanto aquel robo, como lo sordo, lo indolente, lo vacío de mi vida anterior; y me había jurado no irme antes de recibir una señal de que el destino me había concedido la libertad.

Y según iba pasando aquella hora, también iba avanzando la noche. Una tras otra, las luces de las barracas se iban apagando, y la oscuridad se

precipitaba entonces como una marea que iba subiendo tragándose la mancha luminosa que había sobre el césped: la clara isla donde yo permanecía en pie se iba quedando cada vez más solitaria, y yo ya empezaba a mirar temblando el reloj. Un cuarto de hora más y los caballitos de madera con sus manchas se quedarían inmóviles, las lámparas incandescentes rojas y verdes que rodeaban sus bonachonas cabezas se extinguirían, la hinchada orquestina dejaría de tocar su música machacona. Luego me quedaría en la oscuridad absoluta, completamente solo allí, en la noche que susurraba suavemente, totalmente apartado, completamente abandonado. Miraba cada vez con mayor inquietud cómo la plaza iba sumiéndose en la oscuridad, por la que ya sólo pasaba de vez en cuando alguna parejita que volvía a casa apresuradamente o unos muchachos borrachos que avanzaban dando traspiés: pero cruzando al otro lado, en las sombras, todavía palpitaba una vida oculta, inquieta y excitante. Alguna que otra vez se oía un silbido o el chasquido de unos dedos, cuando algunos hombres pasaban de largo. Y si entonces se volvían hacia la oscuridad, atraídos por la llamada, desde las sombras cuchicheaban voces de mujer, y de vez en cuando el viento traía retazos arrancados de una risa chillona. Y, poco a poco, aquello fue haciéndose cada vez más descarado en la frontera entre la oscuridad y el cono de luz de la plaza, para volver a sumirse inmediatamente en la negrura en cuanto brillaba el casco de punta de un guardia, al pasar junto a la luz de un farol. Pero apenas continuaba con su ronda, aquellas sombras fantasmales volvían a aparecer y ahora ya podía distinguir claramente su contorno, por lo cerca de la luz que se aventuraban, la última escoria de aquel mundo nocturno, el fango que quedaba ahora que la fluida corriente humana se escapaba: unas cuantas prostitutas, de las más pobres y desechadas, que no tienen lecho propio, que durante el día duermen sobre un colchón y por la noche rondan sin descanso, que por una monedita de plata ofrecen a cualquiera sus cuerpos gastados, mancillados, escuálidos aquí mismo, en cualquier rincón oscuro, perseguidas por la policía, acosadas por el hambre o por cualquier vagabundo, siempre rondando en la oscuridad, al acecho y acechadas a un tiempo. Se asomaban poco a poco como perros hambrientos a la plaza iluminada en busca de cualquier hombre, de cualquier rezagado perdido al que poder complacer por una corona o dos, para poderse comprar más tarde vino caliente en un café popular y sustentar así la trémula y turbia llama de su vida, que pronto se extinguiría en un hospital o una prisión. Eran la escoria, la hez de la desbordante sensualidad de la masa dominguera... Con un horror sin límites veía ahora aquellas figuras hambrientas, surgiendo como almas en pena de la oscuridad. Pero también en aquel horror había un placer mágico, porque incluso en aquel sucísimo espejo volvía a reconocer sentimientos vagos y vivencias olvidadas: aquí se encontraba un mundo profundo, cenagoso, que hace años había recorrido y que ahora volvía a iluminar mis sentidos con su fosforescencia. ¡Era extraño lo que aquella noche

fantástica me ofrecía de repente, cómo, de golpe, desplegaba ante mí lo que había estado cerrado, exponiendo abiertamente en mi interior lo más oscuro de mi pasado, lo más secreto de mis impulsos! Un turbio sentimiento se alzaba de los sepultados años de mi juventud, cuando atraído por la curiosidad con la mirada tímida y, no obstante, cobardemente turbado, prendado de figuras como aquéllas, me acordaba de la hora en que por primera vez seguí a una de ellas hasta su cama, subiendo por una escalera que crujía y rezumaba humedad..., y, de repente, como si un rayo hubiera rasgado el cielo de la noche, vi con precisión cada uno de los detalles de aquella hora olvidada, la plana oleografía sobre la cabecera de la cama, el amuleto que llevaba al cuello, volvía a sentir cada fibra de entonces, el incierto bochorno, el asco y el primer orgullo juvenil. Todo ello atravesó mi cuerpo de repente con una sacudida. De improviso me inundó una desmedida clarividencia e instantáneamente —¿cómo puedo expresar esto, lo infinito?— comprendí toda la ardiente compasión que me unía a ellas, por ser precisamente la última hez de mi vida, y mi instinto, una vez excitado por el delito, sentía de dentro afuera aquel hambriento vagabundeo, que era tan similar al mío en aquella noche fantástica, aquella culpable apertura a cualquier contacto, a cualquier placer extraño que pasara rozándome ligeramente por casualidad. Me atraía con una fuerza magnética; de repente, la cartera con el dinero robado empezó a arderme en el pecho cuando al fin sentí que al otro lado había seres, personas, algo blando que respiraba, que hablaba, que quería algo de otros seres, tal vez incluso de mí, de mí, que sólo esperaba entregarme, que me abrasaba en un furioso deseo de estar con más personas. Y de repente entendí lo que empuja a los hombres a estar con mujeres como aquéllas, comprendí que rara vez se trata sólo del ardor de la sangre, de un deseo irresistible y turgente, sino que la mayoría de las veces no es más que el miedo a la soledad, a la espantosa sensación de extrañeza, que generalmente se acumula entre nosotros y que hoy percibía por primera vez con mi encendida sensibilidad. Me acordé de la primera vez que experimenté vagamente aquella emoción: había sido en Inglaterra, en Manchester, una de aquellas ciudades de acero que rugen bajo un cielo sin luz con un ruido como el de un suburbano y, sin embargo, a la vez, tienen una helada soledad que penetra por los poros hasta la sangre. Llevaba viviendo allí tres semanas en casa de unos familiares, vagando solo en la noche por bares y clubes y acabando siempre en el resplandeciente music-hall, sólo para sentir algo de calor humano. Y entonces, una tarde, encontré a una persona cuyo inglés de callejón apenas entendía, pero de repente me encontré en una habitación bebiendo la risa de una boca extraña; allí había un cuerpo caliente, terrenalmente cercano y blanco. De pronto, ella derretía el frío de aquella negra ciudad, el tenebroso espacio lleno de ruido de la soledad, un ser desconocido, que simplemente estaba allí, esperando a cualquiera que viniera, lo liberaba a uno, hacía que todo el hielo se derritiera; se volvía a respirar

libremente, se sentía la vida con una claridad más ligera en medio de la mazmorra de acero. ¡Qué maravilloso era para el solitario, para el encerrado en sí mismo, saber aquello, intuir que siempre hay un asidero en su angustia, para aferrarse a él, por muy sucio y manoseado que pueda estar, mugriento por el paso de los años, comido por la herrumbre venenosa! Y aquello, precisamente aquello, era lo que había olvidado en las horas más bajas de mi soledad, de la que me alzaba vacilante en medio de esta noche: que en alguna parte, en el rincón más recóndito, siempre nos esperan esas últimas, dispuestas a acoger cualquier don, a calmar con su aliento todo abandono, a enfriar cualquier ardor por un poquito de dinero, que siempre es demasiado escaso para el inmenso servicio que hacen con su eterna disponibilidad, con el gran regalo de su presencia humana.

Junto a mí empezó a resonar de nuevo la orquestina del tiovivo. Era la última vuelta, la última charanga de luces circulares volcándose en la oscuridad, antes de que el domingo se desvaneciera en la sorda semana. Pero ya no iba nadie, los caballos corrían vacíos en su loco círculo, la mujer de la caja, muerta de cansancio, reunía trabajosamente las ganancias del día y ya empezaba a hacer el recuento, y el mozo venía con el gancho dispuesto a bajar traqueteando las persianas enrollables de la atracción después de aquella última vuelta. Sólo yo seguía estando allí, de pie, solo, apoyado en el poste y miraba a la plaza vacía donde sólo pululaban aquellas figuras en un revolotear de murciélagos, buscando como yo, esperando como yo, y, sin embargo, entre nosotros mediaba un insondable espacio de extrañeza. Pero, entonces, una de ellas debió de notar mi presencia, porque fue aproximándose poco a poco, y yo, bajando la mirada, la veía muy de cerca: un ser pequeño, deformado, raquítico, sin sombrero, ataviada con unos trapos sin gusto, bajo los que asomaban unos zapatos de fiesta desgastados por el uso, seguramente había ido comprándolo todo, poco a poco, en baratílleras y ropavejeros, y desde entonces se había ido rozando, chafando por la lluvia o por una sucia aventura en algún lugar sobre la hierba. Se acercó zalamera y se quedó de pie junto a mí, echándose una mirada aguda como un anzuelo y con una sonrisa incitadora que descubría sus dientes podridos. Se me cortó la respiración. No podía moverme ni mirarla, pero tampoco sustraerme a ella: como en un sueño hipnótico me daba cuenta de que un ser humano me rondaba con deseo, de que alguien me solicitaba, que con una palabra, con un simple gesto podría sacudirme por fin aquella espantosa soledad, aquel aislamiento martirizante. Pero no lograba moverme, rígido como si estuviera hecho de la misma madera que la viga en la que me apoyaba, y en una especie de voluptuosa impotencia no dejaba de sentir —mientras la melodía del tiovivo ya empezaba a decaer agotada— la presencia cercana, aquella voluntad que me solicitaba, y cerré los ojos por un instante para sentir aquella magnética atracción de algo humano que me inundaba sacándome de la oscuridad del mundo.

El tiovivo se detuvo, la melodía de vals se ahogó con un último sonido gemebundo. Abrí los ojos y alcancé justo a ver cómo la figura que había a mi lado se daba la vuelta para marcharse. Era evidente que le resultaba demasiado aburrido esperar aquí junto a un hombre tieso como un palo. Me asusté. Me entró un frío repentino. ¿Por qué había dejado que se marchara la única persona que había salido a mi encuentro, que se me había abierto en aquella noche fantástica? Las luces se apagaban detrás de mí, las persianas enrollables traqueteaban estrepitosamente al bajar. Todo había acabado.

Y, de repente —¡ay!, ¿cómo podría describirme a mí mismo aquel ardiente y repentino arranque de efervescencia?—, de repente —fue tan rápido, tan ardiente, tan rojo como si hubiera reventado una vena en mi pecho—, de repente estalló en mi interior, en el orgulloso, en el arrogante, en el hombre atrincherado por completo en una fría dignidad social, algo parecido a una plegaria muda, como un estremecimiento, como un grito, el deseo infantil y, sin embargo, tremendo de que aquella prostituta pequeña, sucia, raquítica, volviera de nuevo la cabeza para que pudiera hablar con ella. Porque no es que fuera demasiado orgulloso para seguirla —mi orgullo había sido aplastado, pisoteado, arrollado por sentimientos completamente nuevos—, pero sí estaba demasiado débil y desorientado. Así que me quedé allí, de pie, temblando y agitado, allí, solo, pegado al poste del martirio de la oscuridad, esperando como no había vuelto a esperar desde mis años de muchacho, aquella única vez en que, asomado a la ventana al caer la noche, vi a una mujer desconocida que empezaba a desnudarse lentamente, y vacilaba, y se demoraba en su desnudez sin sospechar que yo la observaba. Y allí estaba yo ahora, pidiendo a Dios a gritos, con una voz que a mí mismo me era desconocida, que obrara el milagro de que aquella cosa deforme, aquella última escoria de la humanidad me tentara una vez más volviendo su mirada hacia mí.

Y... se volvió. Volvió de nuevo la vista atrás, de una forma totalmente mecánica. Pero mi sacudida debió de ser tan fuerte, el vuelco de mi tensa sensibilidad en la mirada, que se quedó inmóvil observándome. Volvió a contonearse poniéndose de medio lado, sonrió y me hizo una señal con la cabeza invitándome a pasar al lado oscuro de la plaza. Y por fin sentí que cedía en mi interior el espantoso hechizo que me tenía petrificado. Pude volver a moverme e hice un gesto de asentimiento.

El pacto invisible estaba cerrado. Entonces avanzó delante de mí cruzando la plaza en penumbra, volviéndose de vez en cuando para ver si la seguía. Y yo la seguía: el plomo había caído de mis rodillas, podía mover los pies de nuevo. Me impulsaba un impulso magnético, no caminaba conscientemente, sino que corría detrás de ella, por así decirlo, como si me arrastrara una fuerza secreta. En la oscuridad de la calleja que se abría entre los puestos refrenó el paso. Ahora me encontraba de pie junto a ella.

Me observó algunos segundos, examinándome con desconfianza: algo hacía que se sintiera insegura. Era evidente que, de alguna manera, le parecía sospechosa mi actitud extrañamente tímida, el contraste entre el lugar y mi elegancia. Miró varias veces a su alrededor, dudaba. Entonces, señalando a la prolongación de la callejuela, que era negra como el pozo de una mina, dijo:

—¡Vamos allí, al otro lado! Detrás del circo está completamente oscuro.

No pude responder. La espantosa vulgaridad de aquel encuentro me aturdía. Me habría gustado escapar de aquella situación de alguna manera, con una moneda, rescatar mi libertad con una excusa, pero mi voluntad ya no tenía poder sobre mí. Era como con un trineo, cuando al acelerar en una curva, bajando por una gran pendiente nevada a una velocidad vertiginosa, sientes el miedo a la muerte que se confunde de una manera sensual con la embriaguez de la velocidad y, en lugar de frenar, te entregas a la caída sin voluntad, con una debilidad extasiada y, sin embargo, consciente. Ya no podía dar marcha atrás y, en realidad, tal vez tampoco quisiera, y, entonces, cuando se pegó a mí con tanta confianza, la cogí sin querer del brazo. Era un brazo muy delgado, no era el brazo de una mujer, sino el de una niña escrofulosa que se había quedado retrasada, y apenas la sentí a través de la fina telilla de su abrigo; me invadió en medio de la tensión un sentimiento compasivo y lleno de ternura, que iba creciendo en oleadas, hacia aquel trozo de vida aplastado, digno de lástima, que la noche escupía a mi lado. Y, sin querer, mis dedos empezaron a acariciar aquellas articulaciones débiles, enfermizas con tanta pureza, con tanta veneración como no he tocado nunca a otra mujer.

Cruzamos una calle pálidamente iluminada y entramos en un pequeño bosquecillo donde las pesadas copas de los árboles guardaban una espesa oscuridad enmohecida, maloliente. En ese instante, aunque ya apenas podían distinguirse las siluetas, noté que yendo de mi brazo volvía su cabeza hacia mí con mucho cuidado y, unos pasos más allá, lo hacía una segunda vez. Y era extraño: mientras me deslizaba aturdido hacia la sucia aventura, mis sentidos estaban, sin embargo, terriblemente despiertos y radiantes. Con una clarividencia a la que no se le escapaba nada, que registraba en sí conscientemente cada movimiento, noté que a nuestras espaldas, al borde del sendero que habíamos cruzado, se deslizaba una sombra que venía en pos de nosotros, y me pareció escuchar un paso furtivo. Y de repente —como un rayo que atraviesa un frigoroso paisaje cubriendolo de blanco— lo comprendí, lo supe todo: había sido atraído hacia una trampa, los chulos de esta prostituta acechaban detrás de nosotros mientras ella me arrastraba en la oscuridad hasta el punto convenido donde me convertiría en su víctima. Con una claridad sobrenatural, como sólo se tiene en los apretados segundos entre la vida y la muerte, lo consideré todo, pensé en todas las posibilidades. Todavía había tiempo de escaparse, la calle principal debía de estar cerca, porque escuchaba

el tranvía eléctrico traqueteando sobre los raíles, un grito, un silbido podía hacer que acudiera gente: todas las posibilidades de huida, de salvación se alzaban en mi interior con contornos perfectamente perfilados.

Pero, era extraño..., aquel alarmante descubrimiento no me dejó helado, sino que no hizo más que caldearme. Incluso hoy, en un estado de lucidez, a la clara luz de un día de otoño, no puedo explicarme a mí mismo lo absurdo de mi conducta: supe, supe inmediatamente con cada fibra de mi ser que me estaba poniendo en peligro sin necesidad, pero este presentimiento recorría mis nervios como un sutil desvarío. Sabía de antemano que iba a ocurrir algo desagradable, tal vez mortal; me estremecía de asco al verme empujado al delito, a una experiencia sucia, vulgar, pero la misma muerte seguía representando una oscura curiosidad para la ebriedad de la vida que jamás había conocido ni sospechado y que me inundaba aturdiéndome. Había algo —¿era la vergüenza de mostrarme con miedo o la debilidad?— que me impulsaba a seguir adelante. Me incitaba a descender a la última cloaca de la vida, a dilapidar o perder en el juego en un solo día todo mi pasado, una osada voluptuosidad del espíritu se mezclaba con lo vulgar de aquella aventura. Y aunque olía el peligro con todos mis nervios, lo comprendía claramente con mis sentidos, con mi entendimiento, seguí adelante, a pesar de todo, internándome en el bosque del brazo de aquella sucia prostituta del Prater que físicamente me repugnaba más que me atraía y de la que sabía que sólo me llevaba consigo para que cayera en manos de sus compinches. Pero no podía dar marcha atrás. La fuerza de lo delictivo que me había enganchado aquella tarde en la aventura del hipódromo gravitaba sobre mí y me empujaba a seguir bajando más y más. Y ya no sentía más que el aturdimiento, el torbellino del vértigo al precipitarme en nuevas profundidades y tal vez en la última: la muerte.

Dio algunos pasos y luego se quedó parada. Su mirada volvió a recorrer insegura el entorno. Luego me miró expectante:

—Bueno..., ¿y qué me ofreces?

Claro. Lo había olvidado. Pero la pregunta no me desencantó. Al contrario. En realidad estaba tan contento de poder ofrecerme, darme, derrocharme. Eché mano al bolsillo rápidamente y vacié en su mano abierta todas las monedas de plata y un par de billetes arrugados. Y entonces sucedió algo prodigioso que todavía hoy me caldea la sangre cuando pienso en ello: o aquella pobre persona estaba sorprendida por lo elevado de la suma —de ordinario estaba acostumbrada a no recibir más que pequeñas monedas por su sucio servicio—, o bien tuvo que haber algo en mi forma de dársela, la alegría, la rapidez, casi la dicha al entregárselo, que le resultara habitual, nuevo, porque retrocedió y a través de la espesa, maloliente oscuridad sentí que su mirada me escrutaba con gran asombro. Y al fin sentí lo que tanto tiempo me había faltado aquella

tarde: alguien preguntaba por mí, alguien me buscaba, por primera vez vivía para alguien de este mundo. Y que fuera precisamente la más marginada, aquel ser, que llevaba su gastado cuerpo a través de la oscuridad como una mercancía y que se apretaba a mí incluso sin ver al comprador, poniendo sus ojos en los míos, que preguntaba por el ser humano que había en mí, no hacía más que elevar mi extraña embriaguez, que era lúcida y vacilante a un tiempo, sabia y disuelta en una mágica apatía. Y aquel ser extraño se apretaba a mí cada vez más estrechamente, pero no para cumplir mercantilmente con un servicio pagado, me pareció que lo hacía más bien con una especie de gratitud inconsciente, creí sentir en ello una voluntad femenina de acercamiento. Le agarré el brazo suavemente, aquel brazo infantil flaco, raquíntico, sentí su pequeño cuerpo deformado y de repente pude ver a través de él toda su vida: el mugriento lecho prestado en un patio del arrabal donde dormía de la mañana a la tarde, entre un hervidero de niños ajenos, vi a su chulo que la asfixiaba, a los borrachos que se lanzaban sobre ella en la oscuridad eructando, cierto departamento del hospital al que la llevaban, el aula donde se exponía su mísero cuerpo desnudo y enfermo como objeto didáctico ante jóvenes estudiantes desvergonzados, y luego el final en cualquier parte, en un hogar en el que la habían dejado en un rincón para que palmara como un animal. Me invadió una infinita compasión por ella, por todos, algo cálido, que era ternura y no sensualidad. Acariciaba una y otra vez su delgado bracito. Y luego me incliné y le di un beso que recibió sorprendida.

En ese instante noté un chasquido detrás de mí. Una rama crujío. Yo retrocedí de un salto. Y entonces escuché la ordinaria y tosca voz de varios hombres que empezaban a reír.

—¡Ahí lo tienes! Me lo figuré desde el principio.

Ya sabía quiénes eran, incluso antes de verlos. En medio de mi sordo aturdimiento no me había olvidado ni por un segundo de que estaba siendo acechado, mi curiosidad, misteriosamente despierta, incluso los había esperado. Entonces surgió una figura de entre los matorrales y, tras ella, una segunda: muchachos asilvestrados, plantados descaradamente. Volvió a sonar aquella risa ordinaria.

—¡Qué vulgaridad hacer aquí estas guarrerías! ¡Naturalmente, un señor refinado! Pero ahora lo vamos a despachar.

Yo seguía de pie sin moverme. La sangre me palpitaba en las sienes. No sentía miedo. Simplemente esperaba a ver qué ocurría. Ahora, por fin, había llegado al fondo, al último abismo de lo vulgar. Ahora vendría el impacto, el choque, el fin al que había sido arrastrado semiconsciente.

La muchacha se había apartado de mí de un salto, pero sin pasar a su lado. En cierto modo se encontraba en el medio: al parecer, aquel asalto, aunque

preparado, no le estaba resultando del todo agradable. Por su parte, los muchachos estaban irritados al ver que no me movía. Se miraban el uno al otro, era evidente que esperaban una réplica por mi parte, una súplica, algo de miedo.

—¡Ajá! No dice ná —exclamó por fin uno de ellos amenazadoramente.

Y el otro se acercó a mí y dijo en tono imperativo:

—Tendrá que acompañarnos a comisaría.

Yo seguía sin contestar nada. Entonces el que había hablado me puso la mano en el hombro y me empujó suavemente para que avanzara.

—¡Adelante! —dijo.

Me puse en marcha. No ofrecía resistencia porque no quería defenderme: lo inaudito, lo vulgar, lo peligroso de la situación me aturdía. Mi cerebro seguía estando completamente despierto; sabía que aquellos muchachos tenían más motivos para temer a la policía que yo, que podía comprar mi libertad por pocas coronas..., pero quería apurar el terror hasta el fondo, disfrutaba de la espantosa humillación de esta situación en una especie de impotencia consciente. Sin apresurarme, de una forma completamente mecánica, avancé en la dirección en que me habían empujado.

Pero fue precisamente esto, que fuera hacia la luz sin decir una palabra, tan tranquilo, lo que pareció confundir a los muchachos. Susurraban en voz baja. Luego empezaron a hablar de nuevo entre ellos, con toda intención, en voz alta.

—¡Déjale que se escape corriendo! —dijo uno, un muchachete pequeño, picado de viruelas.

Pero el otro replicaba con aparente severidad:

—No, no es posible. Cuando lo hace un pobre diablo como nosotros, que no tiene nada que echarse a la boca, lo meten en un agujero. Pues un señor tan fino... debe tener su castigo.

Y yo escuchaba cada una de las palabras y entre líneas podía oír su torpe invitación a que empezara a negociar con ellos; el criminal que había en mí comprendía al criminal que había en ellos, entendí que me querían torturar atemorizándome y yo los torturaba a ellos con mi flexibilidad. Había una tácita lucha entre ellos y yo, y —oh, qué rica era aquella noche! —estando en peligro de muerte, aquí, en medio de la pestilente espesura de las praderas del Prater, entre dos granujas y una prostituta, por segunda vez en doce horas experimentaba la vertiginosa magia del juego, pero apostando ahora hasta lo último, toda mi existencia burguesa, tal vez incluso mi vida. Y me entregué a este desproporcionado juego, a la chispeante magia de la casualidad con toda

la fuerza de mis nervios en tensión que temblaban como si fueran a romperse.

—¡Ajá! Allí está el guardia —dijo una voz detrás de mí—, no le va a gustar nada a este señor tan fino tener que pasar una semana a la sombra.

Debía de sonar malvado y amenazador, pero lo que yo oí fue una entrecortada inseguridad. Fui tranquilamente hacia donde brillaba la luz, donde en efecto lucía el casco de punta de un guardia. Veinte pasos más y me encontraría ante él. Detrás de mí, los muchachos habían dejado de hablar; noté que caminaban cada vez más lentamente; al instante siguiente, lo sabía, se hundirían de nuevo en la oscuridad, en su mundo, cobardes, amargados por el fracaso de su golpe, y tal vez descargaran su ira contra aquella desdichada. El juego había acabado: de nuevo, por segunda vez en aquel día, había ganado, había estafado de nuevo a otras personas desconocidas, extrañas por su maldad. Ya flameaba desde arriba el pálido círculo de las farolas, y, entonces, cuando me di la vuelta, vi por primera vez los rostros de aquellos dos muchachos: en sus ojos inseguros había amargura y una vergüenza humillada. Se quedaron parados, apabullados, desilusionados, dispuestos a volver a la oscuridad de un salto. Porque su poder había acabado: ahora era a mí al que temían.

De pronto, en ese instante se apoderó de mí —y fue como si una efervescencia interior hiciera saltar de golpe todas las duelas de mi pecho y el sentimiento pasara ardiendo a mi sangre— una compasión infinita, fraternal, hacia estos dos hombres. ¿Qué es lo que habían querido de mí aquellos pobres muchachos muertos de hambre, hechos trizas, de mí, el saciado, el parásito? ¿Un par de coronas, un par de miserables coronas? Podían haberme estrangulado allí, en la oscuridad, podían haberme robado, asesinado, y no lo habían hecho, se habían limitado a intentar asustarme de una forma torpe, sin habilidad, para conseguir aquellas moneditas de plata que llevaba sueltas en el bolsillo. ¿Cómo podía atreverme yo, el ladrón por capricho, por descaro, el criminal por el gusto de la excitación, a aumentar todavía más el tormento de aquellos pobres diablos? Y mi infinita compasión fluía entremezclándose con una infinita vergüenza, por haber jugado con su miedo, con su impaciencia sólo por placer. Hice un esfuerzo y me reporté: ahora, precisamente ahora que estaba seguro, que ya me protegía la luz de la calle cercana, ahora tenía que darles un gusto que borrara la desilusión de aquellas amargas y hambrientas miradas.

Dando un giro inesperado me dirigí a uno de ellos:

—¿Por qué quieren ustedes denunciarme? —dije, y me esforcé en imprimir a mi voz un acento angustiado por el miedo—. ¿Qué sacan ustedes con ello? Tal vez me encierran, tal vez no. Pero ustedes no sacan ningún provecho de ello. ¿Por qué quieren ustedes arruinarme la vida?

Los dos se miraron fijamente, confusos. En aquel instante lo esperaban todo, que empezara a dar gritos, que amenazara, con lo que hubieran tenido que salir corriendo despavoridos, gruñendo como perros, todo menos aquella condescendencia. Por fin habló uno de ellos, pero no amenazando, sino más bien disculpándose:

—¡Hay que hacer justicia! ¡Sólo cumplimos con nuestro deber!

Era evidente que se trataba de una muletilla para casos así. Y, sin embargo, de alguna manera sonaba falso. Ninguno de los dos se atrevía a mirarme. Esperaban. Y yo sabía lo que estaban esperando. Que les suplicara clemencia. Que les ofreciera dinero.

Todavía recuerdo todo lo que ocurrió en aquellos segundos. Recuerdo cada nervio que se movía en mí, cada pensamiento que se agitaba en mi frente. Y recuerdo lo primero que me pedía mi maldad: hacerles esperar, atormentarlos más tiempo, saborear el placer de hacerles esperar. Pero me dominé rápidamente, supliqué, porque sabía que debía librar por fin a aquellos dos del miedo que los atenazaba. Empecé a interpretar una comedia fingiendo que sentía miedo, imploré su compasión, su silencio para evitar mi desgracia. Noté el desconcierto de aquellos dos pobres diletantes de la extorsión y, a la vez, cómo se iba relajando el silencio que mediaba entre nosotros.

Y entonces dije por fin, por fin, las palabras por las que llevaban suspirando tanto tiempo:

—Les doy..., les doy... cien coronas.

Los tres se sobresaltaron y se miraron. Jamás habían esperado tanto, y mucho menos ahora que todo les parecía perdido. Por fin, el picado de viruelas con la mirada inquieta cobró ánimo. Hizo el intento de empezar por dos veces. La voz no le salía de la garganta. Entonces—y noté que sentía vergüenza al hacerlo —dijo:

—Doscientas coronas.

—¡Vamos, anda! —intervino de repente la muchacha—. Podéis estar contentos de que os dé algo. No ha hecho ná de ná, apenas me ha tocado. ¡De verdad que esto es demasiado!

Les gritaba auténticamente irritada. Y mi corazón resonaba. Alguien tenía compasión de mí, alguien hablaba a mi favor; de lo vulgar se alzaba la bondad; de un chantaje, algo parecido a un oscuro anhelo de justicia. ¡Cuánto bien me hacía, cómo desbordaba aquella respuesta en mi interior! No, ahora no seguiría jugando con estas personas, no los martirizaría más con su miedo, con su vergüenza. ¡Era suficiente! ¡Suficiente!

—Bien, entonces doscientas coronas.

Los tres se quedaron callados. Saqué la cartera. La abrí muy despacio y la sostuve totalmente abierta en la mano. Hubieran podido quitármela de un golpe y salir huyendo internándose en la oscuridad. Pero apartaron la mirada tímidamente. Entre ellos y yo había surgido una especie de misteriosa alianza, ya no más lucha ni más juego, sino un estado de derecho, de confianza, una relación humana. Separé los dos billetes del fajo robado y se los tendí a uno de ellos.

—¡Muchas gracias! —dijo instintivamente, y se dio la vuelta para marcharse.

Era evidente que él mismo se daba cuenta de lo ridículo que era dar las gracias por un dinero obtenido con la extorsión. Se avergonzaba y aquella vergüenza —¡ah, aquella noche lo sentía todo, cada gesto se me hacía patente! — me dejó oprimido. No quería que un hombre se avergonzara ante mí, que era su igual, ladrón como él, débil, cobarde y sin voluntad igual que él. Su humillación me atormentaba y quise librarle de ella. Así que rechacé su agradecimiento.

—Soy yo quien tiene que darles las gracias —dije y me asombré a mí mismo de cuánta sincera cordialidad brotaba de mi voz—. Si me hubieran denunciado, habría estado perdido. Tendría que haberme pegado un tiro y ustedes no habrían sacado nada con ello. Es mejor así. Ahora yo me iré por la derecha y ustedes pueden irse por aquel otro lado de allí. ¡Buenas noches!

Volvieron a guardar silencio por un momento. Entonces, uno de ellos me dio las buenas noches, luego, el otro y, por último, la prostituta que había permanecido en la total oscuridad. Sonó muy cálido, muy cordial, como un auténtico deseo. Por sus voces sentí que en alguna parte, en lo oscuro y profundo de su ser me habían cogido cariño, jamás olvidarían aquellos extraordinarios momentos. Tal vez algún día, en la prisión o en el hospital, se les ocurriría pensar que algo mío seguía viviendo en ellos, que les había dado algo. Y el gozo de aquel don me colmó plenamente como jamás sentimiento alguno.

Atravesé la noche solo, buscando la salida del Prater. Me había liberado de toda opresión, me sentía desbordar con una plenitud nunca antes conocida, yo, el indiferente, derramándome en la completa infinitud del mundo. Era como si todo lo viviera sólo para mí, y a la vez estuviera unido con todos en la corriente común. Los árboles me rodeaban negros, me murmuraban y yo los amaba. Las estrellas brillaban sobre mí desde lo alto y yo aspiraba su blanco saludo. Me llegaban voces que cantaban en alguna parte y era como si cantaran para mí. De repente, todo me pertenecía, desde que había aniquilado la corteza que rodeaba mí pecho y la alegría de la entrega, del sacrificio, me llenaba uniéndome con todo. ¡Ah, qué sencillo es —sentía— dar felicidad y

hacerse feliz a uno mismo con esa satisfacción! Basta con abrirse y el torrente de vida empieza a fluir de hombre a hombre, se precipita desde las alturas hasta las profundidades, borbotea en el abismo para volver a ascender de nuevo al infinito.

A la salida del Prater, junto a una parada de coches, vi a una vendedora, cansada, inclinada sobre su pequeño tenderete. Tenía pasteles enmohecidos y cubiertos de polvo y algo de fruta, seguramente llevaba sentada allí desde por la mañana, inclinada sobre un par de céntimos, y el cansancio ya empezaba a doblegarla. ¿Por qué no puedes estar alegre también tú, pensé, si yo estoy alegre? Cogí un pedacito de pan de azúcar y le tendí un billete. Quiso devolverme el cambio solícitamente, pero yo ya había seguido mi camino y sólo pude ver cómo se estremecía de alegría, cómo aquella figura arrugada se erguía de repente y con la boca petrificada de asombro iba detrás balbuceando mil parabienes. Con el pan entre los dedos me acerqué a un caballo que estaba uncido a un carro, pero entonces se volvió y dio un resoplido amable que iba dirigido a mí. También en su sorda mirada había agradecimiento por haberle acariciado el rosado ollar y haberle dado el pan. Y apenas hube hecho esto deseé hacer más: dar más alegría, seguir sintiendo cómo, con unas pocas piezas de plata, con unas pocas hojitas de colores se puede borrar el miedo, acabar con las preocupaciones, iniciar la chispa que prenda la hoguera de una clara alegría. ¿Por qué no había ningún mendigo por allí? ¿Por qué no había niños que quisieran globos de los que se llevaba a casa en apretado hato, sujetos a muchos hilos, aquel hombre cojo, canoso, hosco, que avanzaba a trompicones decepcionado por el mal negocio que había hecho a lo largo del aquel caluroso día? Me dirigí a él.

—Deme usted los globos.

—Son diez céntimos el globo —dijo desconfiado, porque ¿qué es lo que querría hacer aquel elegante holgazán con los globos de colores ahora, a medianoche?

—Démelos todos —dije.

Y le tendí un billete de diez coronas. Dio un brinco tambaleante, me miró como deslumbrado, luego me dio temblando el cordón que sujetaba todo el hato. Sentí cómo los globos tiraban fuertemente de mis dedos: querían escaparse, ser libres, ascender en el cielo. Pues marchaos, volad donde deseéis, sed libres. Solté el cordón y se elevaron de repente, como una multitud de lunas de colores. La gente acudía de todas partes y se reía, de la oscuridad llegaban los enamorados, los cocheros restallaban el látigo y se llamaban la atención unos a otros señalando con los dedos los globos que se movían libremente, rebasando ahora los árboles y llegando a los tejados de las casas. Todos se miraban alegres y se divertían con mi graciosa locura.

¿Cómo es que no había sabido hasta entonces lo fácil y lo bueno que es dar alegría? De repente, los billetes volvieron a quemarme en la billetera, sentía un cosquilleo en los dedos como antes con los cordones de los globos: también ellos querían salir volando hacia lo desconocido. Así que cogí los que había robado a Lajos y los míos propios —porque ya no hacía diferencias ni sabía de culpas— entre los dedos, dispuesto a repartirlos a cualquiera que quisiera. Me acerqué a un barrendero que limpiaba de mala gana la Praterstrasse. Pensó que quería preguntarle por alguna callejuela y levantó la vista malhumorado: yo le sonréí y le tendí un billete de veinte coronas. Él se me quedó mirando fijamente sin comprender, luego lo cogió por fin y se quedó esperando a ver qué le pedía. Pero yo me limité a sonreírle y le dije: «Cómprate algo bueno con ello», y seguí mi camino. No dejaba de mirar a todos lados para ver si alguien deseaba algo de mí, y como no venía nadie, ofrecí yo: a una prostituta que se dirigió a mí le regalé un billete, dos a un farolero, uno lo lancé por el tragaluces abierto de un horno de pan que había en un sótano, y seguí así, dejando una estela de asombro, gratitud, alegría tras de mí, siempre adelante. Al final acabé lanzándolos al aire, dejándolos tirados en medio de la calle, sobre las gradas de una iglesia, gozando con la idea de cómo la arrugada mujeruca que acudiera a rezar maitines encontraría las cien coronas y bendeciría a Dios, cómo un pobre estudiante, una muchacha, un trabajador descubrirían el dinero en su camino asombrados y felices, como yo me descubrí a mí mismo en aquella noche.

Ya no podría decir dónde y cómo desparramé todos los billetes y, finalmente, también mis monedas de plata. Dentro de mí había una especie de desvarío, un derramarse como en una mujer, y cuando el viento se hubo llevado los últimos billetes, me sentí tan ligero que hubiera podido volar, una libertad que jamás había conocido. La calle, el cielo, las casas, todo flotaba mezclado, con un sentimiento totalmente nuevo de posesión, de pertenencia: nunca, ni en los momentos más cálidos de mi existencia, había sentido con tanta fuerza que todas aquellas cosas estaban presentes en realidad, que vivían y que yo vivía, y que su vida y la mía eran exactamente lo mismo, incluso aquella vida grande, poderosa, que nunca será sentida con la dicha suficiente, que sólo el amor comprende, que sólo concibe el que se entrega.

Luego todavía se presentó un último instante tenebroso, y fue cuando, después de volver paseando feliz a casa, metí la llave en la cerradura de mi puerta y se abrió oscuro el pasillo hasta mis habitaciones. Entonces me asaltó de repente el miedo de que ahora quisiera volver a mi vieja vida de antes, cuando entrara en la vivienda de aquel que había sido hasta aquella hora, me metiera en su cama, cuando retomara el contacto con todo aquello de lo que me había liberado felizmente aquella noche. ¡No! ¡Nunca más volvería a ser aquel hombre que fui, nunca más volvería a ser el gentleman de ayer y de siempre, correcto, sin sentimientos, despegado del mundo, antes me

precipitaría en todos los abismos del delito y del horror, pero permanecería en la realidad de la vida! Estaba cansado, indescriptiblemente cansado, y sin embargo temía el sueño que podía hacerme pedazos y llevarse con su negro limo todo lo cálido, lo ardiente, lo vivo que había prendido en mí aquella noche, y que toda aquella experiencia hubiera sido tan fugaz y pasajera como un sueño fantástico.

Pero al día siguiente me desperté satisfecho en una nueva mañana, y no se había perdido nada de aquel sentimiento que desbordaba generosidad a raudales. Desde entonces han pasado ya cuatro meses y la indiferencia de antes no se ha vuelto a presentar, sigo floreciendo al calor del día. Aquella mágica ebriedad de entonces, que hizo que de pronto desapareciera el suelo bajo mis pies, me precipitara en lo desconocido y en esta caída en el propio abismo percibiera el vértigo de la velocidad mezclado a la vez en éxtasis con la profundidad de la vida, aquel calor fugaz, naturalmente, ha pasado, pero desde aquella hora sigo sintiendo el calor de mi sangre cada vez que respiro y siento renovado cada día el placer de vivir. Sé que me he convertido en otro hombre, con otros sentimientos, otra sensibilidad y una conciencia más fuerte. Evidentemente, no me atrevo a afirmar que me haya convertido en una persona mejor: sólo sé que sí soy una persona más feliz, porque he hallado un sentido a mi fría vida para el que no encuentro más nombre que la misma palabra «vida». Desde entonces ya no me impongo prohibiciones de ningún tipo, porque siento que las normas y formas de mi sociedad son insustanciales, no me avergüenzo ni ante los demás ni ante mí mismo. Palabras como «honor», «delito», «vicio» han adquirido de repente un acento frío, metálico, no logro pronunciarlas sin temor. Vivo en la medida en la que me dejo vivir por el poder que sentí entonces, tan mágicamente, por primera vez. No pregunto adonde me lleva: tal vez hacia un nuevo abismo, a lo que los demás llaman vicio, o a uno completamente sublime. Ni lo sé ni lo quiero saber. Porque creo que sólo vive de veras quien vive su destino como un misterio.

Sin embargo —de esto estoy seguro— nunca he amado la vida con mayor pasión, y ahora sé que todos cometemos un delito (*¡el único que existe!*), el de aquel que se muestra indiferente en cualquiera de sus formas y aspectos. Desde que empecé a comprenderme a mí mismo, entiendo también infinitas cosas más: la mirada de un hombre deseoso ante un escaparate me puede conmover, la cabriola de un perro me puede entusiasmar. De repente doy importancia a todo, nada me es indiferente. A diario leo en el periódico (que antes solamente hojeaba en busca de diversiones y subastas) cien cosas que me excitan, libros que me aburrian se abren de repente ante mí. Y lo más curioso es que de repente también puedo hablar con personas al margen de lo que llamamos conversación. Me preocupo por mi sirviente, que lleva siete años conmigo, a menudo charlo con él; el mayordomo, ante el que antes solía pasar sin prestarle atención, como si fuera un poste animado, me habló

recientemente de la muerte de su hijita, y me conmovió más que las tragedias de Shakespeare. Y esta transformación —aunque, para no delatarme, externamente prosigo con mi vida dentro del círculo de las aburridas buenas costumbres— se va volviendo cada vez más transparente. De repente, algunas personas se muestran cordiales conmigo, es la tercera vez en lo que va de semana que me siguen por la calle perros de otros. Y los amigos me dicen, como a uno que acaba de superar una enfermedad, con cierta alegría, que me encuentran rejuvenecido.

¿Rejuvenecido? Sólo sé que es ahora cuando acabo de empezar a vivir de verdad. Seguramente es una opinión general que todos repiten, que todo lo pasado no ha sido más que un error y una prueba, y me doy perfecta cuenta de la arrogancia que supone coger una pluma fría con la mano cálida y vital, y ponerse a escribir en un árido papel lo que uno vive de veras. Pero aunque sea una locura..., es la primera que me ha hecho feliz, la primera que ha caldeado mi sangre y ha abierto mis sentidos. Y si anoto aquí el milagro de mi despertar, no lo hago más que para mí, que conozco todo esto con mayor profundidad de lo que mis propias palabras pueden expresar. No he hablado a ningún amigo de ello; nunca sospecharon lo marchito que estaba, nunca sospecharán cómo he retoñado. Y si acaso la muerte se cruzara en esta mi vida vivida auténticamente y estas líneas cayeran alguna vez en las manos de otro, tal posibilidad no me asusta ni me mortifica en lo más mínimo. Porque quien no llegue a conocer la magia de una hora semejante, no comprenderá tampoco, como me habría ocurrido a mí mismo hace sólo medio año, que un par de episodios de una única noche, tan fugaces y en realidad sin una conexión aparente entre sí, puedan encender con tanta magia un destino ya extinguido. No me avergüenzo ante él, porque no me entiende. En cambio, quien conoce esa íntima unidad, ése no juzga ni tiene orgullo alguno. No me avergüenzo ante él, porque me entiende. Quien se ha encontrado a sí mismo una vez, a ése ya nada de este mundo lo puede perder. Y quien ha comprendido por una vez la humanidad que hay en su interior, ése comprende a todos los hombres.

EL PAGO DE LA DEUDA ATRASADA

Dear Old Ellen:

Te sorprenderá, lo sé, recibir una carta mía después de tantos años; habrán pasado cinco o tal vez seis desde la última vez que te escribí. Creo que fue una felicitación con motivo del enlace de tu hermana pequeña. Esta vez, la ocasión no es tan festiva y la necesidad que siento de hacerte partícipe, precisamente a ti, de un curioso encuentro tal vez te parezca extraña. Pero lo que me sucedió

hace sólo unos días no te lo puedo contar más que a ti. Sólo tú lo puedes comprender.

La pluma se me para sin querer mientras escribo esto. Yo misma no puedo evitar sonreírme un poco. ¿No nos hemos dicho una a otra exactamente lo mismo, «sólo tú lo puedes comprender», mil veces cuando teníamos quince, dieciséis años, y éramos unas muchachas que todavía no habíamos aprendido a volar, inquietas en el banco de la escuela o de camino a casa, cuando nos confiábamos nuestros secretos infantiles? ¿Y no nos juramos solemnemente entonces, a nuestra tierna edad, que nos contaría todo lo referente a cierta persona, sin omitir ningún detalle? Hoy, todo aquello queda lejos, ha pasado más de un cuarto de siglo, pero lo que una vez se juró ha de mantenerse. Verás que, aunque con retraso, yo mantengo fielmente mi palabra.

Todo el asunto surgió así. Este año he pasado una temporada dura, de mucha actividad. Mi marido fue trasladado como médico jefe al gran hospital de R., yo tuve que organizar sola toda la mudanza, entremedias, mi yerno se marchó con su mujer a Brasil en un viaje de negocios y nos dejó en casa a los tres niños, que inmediatamente cogieron la escarlatina uno tras otro, y yo tuve que cuidar de ellos... Y, todavía no se había recuperado el último, cuando murió la madre de mi marido. Todo se juntaba en un caos sin igual. Al principio pensé que había llevado toda esa frenética actividad airosamente, pero, de algún modo, debía de haberme costado más de lo que yo pensaba, porque un día, después de contemplarme un rato en silencio, mi marido me dijo:

—Creo, Margaret, que ahora que afortunadamente los niños vuelven a estar bien de salud, deberías hacer algo por la tuya propia. Pareces agotada de cansancio y, además, te has excedido entregándote tan de lleno a tus obligaciones. Dos, tres semanas en el campo, en algún sanatorio y volverás a sentirte bien.

Mi marido tenía razón. Estaba totalmente agotada, más de lo que quería admitir. Lo notaba porque, a veces, cuando venía gente —y, desde que mi marido asumió su puesto aquí, teníamos que hacer muchas visitas y mucha vida social—, al cabo de una hora, ya no podía prestar atención a lo que me decían, olvidaba cada vez con más frecuencia lo más sencillo de la casa y, por las mañanas, me tenía que forzar a levantarme. Con su mirada clara, experta en medicina, mi marido debió de constatar certeramente mi agotamiento, tanto físico como espiritual. En realidad, no me hacían falta más que catorce días de reposo. Catorce días sin pensar en la cocina, en la colada, en las visitas, sin la agitación diaria, catorce días de soledad, para poder ser yo misma y no ser siempre la madre, la abuela, la señora de la casa y la esposa del médico jefe. Daba la casualidad de que, justo entonces, mi hermana viuda tenía tiempo para venirse a nuestra casa; así que todo estaba resuelto para mi ausencia y yo no

pensaba en más que en seguir el consejo de mi marido y, por primera vez en veinticinco años, marcharme sola de casa. Sí, incluso esperaba con cierta impaciencia el renovado frescor que debía proporcionarme aquel descanso. Sólo hubo un aspecto en el que decliné la propuesta de mi marido, en concreto, el buscar reposo en un sanatorio, aunque él ya había escogido cuidadosamente uno, con cuyo propietario tenía amistad desde la juventud. Lo hice porque allí iba a volver a haber gente, conocidos, y tendría que seguir siendo cortés y sociable. Pero yo no quería más que estar a solas conmigo; catorce días, con libros, paseando, soñando y durmiendo largas horas sin ser molestada, catorce días sin teléfono y sin radio, catorce días de silencio, catorce días para ser yo misma sin ser importunada, por así decirlo. Sin saberlo, hacía años que no había deseado algo con tanta fuerza como aquel silencio y aquel reposo plenos.

Entonces me acordé de los primeros años de mi matrimonio, de Bolzano, donde mi marido ejercía entonces la medicina como asistente, recordé haber subido una vez, en una caminata de tres horas, a un pequeño pueblo perdido en lo alto de las montañas. Allí, enfrente de la iglesia, en la diminuta plaza del mercado, había una de esas fondas de aquel estilo que es tan frecuente encontrar en el Tirol, el piso bajo hecho con sillares de piedra, gruesos y pesados, la primera planta, bajo el saledizo del amplio tejado de madera, presentaba una amplia veranda, y el conjunto aparecía cubierto con un emparrado, que entonces, como era otoño, rodeaba toda la casa con un fuego rojo y, sin embargo, refrescante. A derecha e izquierda, agazapadas como perros fieles, había pequeñas casitas y espaciosos graneros, sin embargo, la casa en sí se alzaba libre, a pecho descubierto, entre las blandas nubes de otoño que el viento se llevaba corriendo y la vista se extendía hasta el infinito en el panorama general de las montañas.

En aquel entonces me había quedado de pie, nostálgica y casi hechizada ante aquella pequeña fonda. Sin duda, ya te habrás dado cuenta de que uno ve una casa desde el tren o durante una caminata y, de repente, le asalta un pensamiento: ¡Ah!, ¿por qué no viviremos aquí? Aquí podría ser feliz. Creo que a toda persona le surge alguna vez esta idea, y la impresión del lugar donde una vez nos quedamos largo rato contemplando una casa con el secreto deseo de poder vivir felices en ella, se graba en la memoria con todos y cada uno de sus trazos. Durante años seguí acordándome de las flores rojas y amarillas delante de las ventanas y en la galería de madera del primer piso, donde entonces la ropa tendida de aquella casa se agitaba al viento como banderolas de colores, y también de las contraventanas pintadas de color amarillo sobre fondo azul, en cuyo centro había pequeños corazones tallados, y del remate del tejado sobre la fachada con el nido de cigüeñas. En ocasiones, cuando sentía inquietud en mi corazón, me venía a la cabeza la imagen de aquella casa. Había pensado en marcharme allí algún día, de aquella forma

soñadora y sólo a medias consciente en que uno piensa en lo imposible. ¿No tenía ahora la mejor oportunidad de ver cumplido este antiguo deseo ya casi olvidado? ¿No era precisamente esto lo indicado para los nervios agotados, esta casa de colores sobre la montaña, esta fonda sin todas las pesadas comodidades de nuestro mundo, sin teléfono, sin radio, sin visitantes ni formalidades? Ahora, mientras lo evocaba de nuevo en mi memoria, ya me parecía estar respirando profundamente el fuerte y aromático aire de la montaña y oyendo el lejano sonido de las esquilas de las vacas campestres. Al pensar en todo aquello, ya sentía que empezaba a recobrar ánimos y a mejorar mi salud. Era una de aquellas ocurrencias que nos sorprenden sin ningún motivo aparente, pero que, en realidad, no son más que emanaciones de deseos reprimidos, que esperan soterrados. Al principio, mi marido, que no sabía las veces que había soñado con aquella casita que había visto una vez hacía años, se sonrió un poco, pero luego me animó a informarme. La gente de allí respondió que las tres habitaciones para huéspedes estaban todas ellas vacías y podía elegir la que quisiera. Tanto mejor, pensé yo: sin vecinos, sin conversaciones, y partí de inmediato en el tren de la noche. Al amanecer del nuevo día, un pequeño coche campestre de un solo caballo me subió con mi exiguo equipaje montaña arriba con un trote lento.

Encontré todo tan primoroso como lo había deseado. La habitación lucía luminosa con sus sencillos muebles de clara madera de pino de los Alpes; desde la veranda, que, ante la ausencia de cualquier otro huésped, parecía exclusivamente pensada para mí, la vista se prolongaba hasta una lejanía infinita. Un vistazo a la lustrosa cocina, limpia y refulgente, me indicó, como experimentada ama de casa, que aquí me iban a cuidar muy bien. La hostelera, una tirolesa enjuta de carnes, amable, con el pelo gris, me volvió a confirmar que no tendría que temer ninguna molestia o incomodidad a causa de visitantes. Por supuesto, todas las tardes, después de las siete, venían a la fonda el escribiente, el comandante de puesto de la gendarmería y algunos vecinos más para beber vino, jugar a las cartas y charlar. Pero todos eran personas tranquilas y a las once se volvían a sus casas. Los domingos, después de la misa en la iglesia y tal vez también por la tarde, había algo más de animación, porque los campesinos bajaban desde las colinas y caseríos y se reunían allí. Pero desde mi cuarto apenas oiría nada de todo aquello.

La luz del día era demasiado bella y luminosa como para que me quedara mucho tiempo en mi habitación. Deshice mi equipaje sacando las pocas cosas que había llevado conmigo, pedí que me prepararan un buen pan casero de centeno y algunas lonchas de fiambre, y salí a pasear por los prados, subiendo más y más alto cada vez. Todo ante mí se extendía libre, desde el valle con su río espumeante, hasta la nieve que coronaba las montañas, libre como yo misma. Sentí el sol sobre mí, penetrándome por todos los poros, y seguí andando y andando, una hora, dos horas, tres horas hasta el prado alpino más

alto. Allí me tumbé sobre el blando y cálido musgo y sentí cómo el susurro de las abejas, el leve y rítmico soplar del viento me daban una gran paz, la paz y el descanso que había ansiado tanto tiempo. Cerré los ojos con agrado y me sumí en ensueños, y no me di cuenta en absoluto de cuándo ni cómo me quedé dormida. No me desperté hasta que una sensación de frío recorrió mis miembros. Ya casi era de noche, debía de haber dormido cinco horas. Ahora fue cuando me di cuenta de lo cansada que había estado. Pero el frescor volvía ya a mis nervios, a mi sangre. Recorrió el camino de vuelta hasta la pequeña fonda en dos horas, a paso fuerte, firme, animado.

La hostelería ya estaba ante la puerta. Se había inquietado un poco no fuera a ser que me hubiera perdido y se ofreció a prepararme la cena de inmediato. Estaba terriblemente hambrienta, tan hambrienta como no recordaba haber estado en años, y la seguí gustosa a la pequeña sala del hostal. Era una habitación oscura, baja, con sillas y mesas de madera, y cómoda con sus manteles a cuadros rojos y azules, sus perchas de cuerno de gamuza y los rifles cruzados en la pared. Y aunque en aquel cálido día de otoño no habían encendido la potente estufa de cerámica azul, de la habitación salía a raudales una agradable calidez constante. Los parroquianos también me cayeron bien. En una de las cuatro mesas estaban sentados jugando una partida de cartas el oficial de la gendarmería, el empleado de Hacienda y el escribiente, cada cual con una jarra de cerveza al lado. En la otra estaban repachigados, acodados sobre ella, un par de campesinos con rostros robustos, tostados, de un moreno oscuro. Como todos los tiroleses, hablaban poco y se limitaban a fumar con sus pipas de porcelana de larga caña. Se veía que habían pasado el día trabajando duramente y, en realidad, no hacían más que recuperar fuerzas, demasiado cansados para pensar, demasiado cansados para hablar, gente honesta, de bien, cuyos rostros duros como tallas de madera resultaba agradable mirar.

En la tercera mesa se sentaban un par de cocheros y bebían a pequeños sorbos su fuerte aguardiente de trigo, también ellos cansados e igualmente tranquilos. La cuarta mesa estaba puesta para mí y pronto se llenó con un asado a la parrilla de unas dimensiones tan gigantescas, que en otras circunstancias no habría podido comerme ni la mitad, pero el fresco aire de la montaña había despertado en mí un sano y voraz apetito.

Me había bajado un libro de mi habitación para leer, ¡pero era tan agradable estar allí sentada, en aquella apacible sala, entre gente amable, cuya proximidad no resultaba opresiva ni cargante! De vez en cuando se abría la puerta y entraba una niña de cabellos rubios que venía por una jarra de cerveza para sus padres o un campesino de paso que vaciaba un vaso en el mostrador. Vino una mujer a charlar en voz baja con la hostelería, que estaba zurciendo las medias de su hija o su nieta en la barra. Había un ritmo prodigiosamente

pausado en todo este ir y venir, que mantenía ocupada la mirada y no lastraba el corazón, y yo me sentía maravillosamente bien en este confortable ambiente.

Pasé un rato sentada así, sumida en ensoñaciones y sin pensar en nada, cuando —debían de ser como las nueve de la noche— la puerta se volvió a abrir, pero esta vez no a la manera lenta y reposada de los demás campesinos. Fue abierta de golpe de par en par, y el hombre que entró, en lugar de cerrarla inmediatamente, se quedó un momento de pie en el umbral, como si todavía no estuviera del todo decidido a pasar. Sólo entonces volvió a cerrar la puerta mucho más fuerte que los demás, miró a todos lados y saludó con un profundo y sonoro:

—¡Dios les guarde a todos, señores míos!

Aquel saludo algo afectado e impropio de un campesino me llamó la atención al instante. En un hostal de un pueblo del Tirol no se solía saludar diciendo: «Señores míos», como en la ciudad, y además aquella pomposa forma de dirigirse a alguien parecía despertar en realidad poco entusiasmo en los presentes en la sala de la fonda. Nadie levantó la mirada, la hostelera siguió zurciendo tranquilamente los calcetines grises de lana, sólo de la mesa de los cocheros sonó un leve e indiferente: «¡Dios te guarde!», como un gruñido, que por el tono hubiera podido decir igualmente: «¡Que el diablo te lleve!» A nadie pareció sorprender lo singular de aquel curioso gesto, pero el extraño no se dejó confundir de ningún modo por aquel descortés recibimiento. Lentamente y con aire solemne fue a colgar su sombrero, un poco ancho y del todo impropio para un campesino, con el ala gastada por el uso, de una de las perchas de cuerno de gamuza, y luego fue pasando la mirada de mesa en mesa, indeciso, sin saber dónde debía tomar asiento. De ninguno salió una palabra de invitación. Los tres jugadores se abismaron en sus cartas con un raro celo, los campesinos en sus bancos no mostraron la más mínima disposición de estrecharse para hacerle sitio, y yo misma, algo incomodada por esta curiosa forma de actuar y temiendo la locuacidad de aquel extraño, abrí apresuradamente mi libro.

Así que al extraño no le quedó más remedio que andar tambaleándose con un paso llamativamente pesado y torpe hasta el mostrador.

—¡Una cerveza, hermosa hostelera, espumosa y fresca! —pidió con voz bastante alta.

Me volvió a llamar la atención aquel tono extrañamente patético. En un hostal de un pueblo del Tirol, aquella exquisita y torneada forma de hablar me parecía un poco fuera de sitio, y en la hostelera, aquella abuela anciana y honesta, no había nada que pudiera justificar ni remotamente un cumplido así. Como era de esperar, aquella forma de dirigirse a ella no le causó en absoluto

una impresión especial. Sin responder, cogió una de las jarras panzudas de loza, la enjuagó con agua, la secó con un paño, la llenó con cerveza del barril y la empujó hacia el cliente deslizándola sobre la barra, no necesariamente de una manera descortés, pero sí con completa indiferencia.

Como la lámpara de petróleo redonda que había delante del mostrador colgaba de sus cadenas sobre él, tuve la oportunidad de observar mejor a aquel curioso cliente. Debía de tener unos sesenta y cinco años, era corpulento y, con la experiencia que he ido adquiriendo como mujer de un médico, descubrí inmediatamente cuál era la causa de aquel paso pesado y arrastrado que me había llamado la atención desde el mismo momento en que entró. Un ataque de apoplejía debía de haber paralizado ligeramente aquella mitad de su cuerpo, porque también tenía la boca torcida hacia aquella parte, y, sobre el ojo izquierdo, el párpado colgaba visiblemente más bajo y flojo, lo que imprimía a su rostro un rasgo deforme y áspero. Sus ropas eran extrañas para un pueblo de montaña; en lugar de la chaqueta rústica, campesina y los pantalones de cuero de costumbre, llevaba pantalones amarillos desaliñados, que una vez tuvieron que ser blancos, así como una americana que evidentemente se le había quedado pequeña hacía años y brillaba peligrosamente por los codos; la corbata, con un nudo descuidado, colgaba como una soga negra del cuello hinchado y fofo. En todo su aspecto había un tanto de alguien venido a menos y, sin embargo, era posible que alguna vez aquel hombre pudiera haber causado una magnífica impresión. La frente, redonda y alta, blanca y cubierta de pelo espeso y revuelto, tenía algo soberbio; pero justo debajo de las pobladas cejas comenzaba ya el declive, los ojos perdidos bajo los párpados enrojecidos, las mejillas cayendo fofas, abolsadas y llenas de arrugas hasta la nuca blanda e hinchada. Inconscientemente me recordaba a la máscara de uno de aquellos emperadores romanos de último período, que había visto una vez en Italia, a uno de aquellos emperadores de la decadencia. En aquel primer momento todavía no sabía qué era lo que me obligaba con tanta fuerza a observarle con semejante atención, pero comprendí inmediatamente que me debía guardar de mostrar mi curiosidad, porque era notorio que ya estaba impaciente por entablar conversación con cualquiera. Parecía como si hablar fuera un imperativo para él. Apenas hubo alzado la jarra con su mano algo temblorosa y bebido un trago, manifestó en voz alta:

—¡Ah..., magnífico, magnífico! —Y echó una mirada a su alrededor.

Nadie le contestó. Los jugadores barajaban y repartían sus cartas, los otros fumaban sus pipas con deleite, todos parecían conocerlo y, sin embargo, por algún motivo que yo ignoraba, no parecían sentir curiosidad por él.

Finalmente, no aguantó más. Cogió su jarra de cerveza y la llevó a la mesa donde estaban sentados los campesinos.

—¿Me cederían los señores algo de sitio para mis viejos huesos?

Los campesinos se juntaron algo en el banco para hacerle un sitio, pero siguieron sin hacerle caso. Durante un rato permaneció quieto, moviendo la jarra de cerveza medio llena adelante y atrás alternativamente. Volví a ver que sus dedos temblaban al hacerlo. Por fin se recostó hacia atrás y empezó a hablar y, a decir verdad, en voz muy alta. En realidad no estaba claro a quién se dirigía, porque los dos campesinos que estaban a su lado le habían manifestado claramente su rechazo a entablar una conversación con él. En realidad hablaba para todos. Hablaba —me di cuenta enseguida— por hablar y por oírse hablar.

—Hoy me ocurrió algo —empezó a decir—. Con la mejor intención por parte del señor conde, con la mejor intención, no es necesario decirlo. Me encuentra con su coche por la calle y se detiene..., ¡claro que sí!, se detiene expresamente por mí. Bajaba con los niños a Bolzano, para ir al cine, y me preguntó si no me apetecía ir con ellos..., es un hombre distinguido, un hombre con formación y cultura, que sabe hacer honor a los merecimientos. A un hombre como ése no se le puede decir que no, al fin y al cabo uno sabe lo que debe hacer. Pues bueno, fui con ellos, en el asiento de atrás, naturalmente, junto al señor conde; siempre es un honor ir con un señor así y dejar que me conduzca a ese tenderete oscuro que han abierto en la Hauptstrasse, anunciado a lo grande con carteles y luces como para la consagración de una iglesia. Bueno, ¿por qué no ha de ver uno lo que los señores ingleses o norteamericanos hacen al otro lado y nos ofrecen por un montón de dinero? En realidad, según dicen, este divertimento del cinematógrafo también es un arte. Pero, ¡puf!, ¡qué diablos! —escupía fuertemente al decirlo—, ¡puf!, ¡diablos!, lo digo y lo repito, ¡vaya porquería ponen en esa pantalla de lino! ¡Es una vergüenza para el arte, una vergüenza para el mundo que tiene un Shakespeare y un Goethe! Al principio salieron animales de lo más variopinto haciendo bobadas..., bueno, no niego que tal vez les haga gracia a los niños y que no hace mal a nadie. Pero luego ponen un Romeo y Julieta, y eso debería estar prohibido, ¡prohibido en nombre del arte! ¡Simplemente por cómo suenan los versos, como si estuvieran croando por el tubo de una estufa, los sagrados versos de Shakespeare, y qué edulcorado y de mal gusto, qué kitsch resulta todo! Me habría levantado de un salto y me habría marchado de no haber sido por el señor conde, que me había invitado. ¡Hacer una porquería así, hacer una porquería con el oro más puro! ¡Y que tengamos que vivir en una época como ésta!

Cogió la jarra de cerveza, dio un largo trago y la volvió a posar tan ruidosamente que sonó un crujido. Ahora su voz se había elevado, casi gritaba:

—¡Y los actores de hoy en día se prestan para algo así... por dinero! Por el maldito dinero escupen los versos de Shakespeare en máquinas y ensucian el

arte. ¡Prefiero a cualquier puta callejera! Siento más respeto por ella que por estos simios que dejan que pinchen sus caras planas en carteles de varios metros y ganan dinero a raudales por el crimen que cometan contra el arte, que mutilan la palabra, la palabra viva, y berrean los versos de Shakespeare por embudos, en lugar de educar al pueblo e instruir a la juventud. Una institución moral, así es como Schiller definió el teatro, pero ya no vale. Hoy ya nada tiene valor, sólo el dinero, el maldito dinero, y los carteles que uno consiente que hagan de él. El que no lo consiente, revienta. Pero yo digo que es mejor reventar, ¡para mí, cualquiera que se venda a este maldito Hollywood merece la horca! ¡A la horca, a la horca!

Había gritado a toda voz y había dado un golpe en la mesa con el puño. Desde la mesa de los jugadores uno de ellos le dijo:

—¡Demonios, cállate ya! ¡Con tu tonta palabrería ya no sabe uno ni a qué juega!

El viejo hizo un movimiento brusco, como si fuera a replicar algo. Por un momento, sus ojos apagados brillaron fuertes y firmes, pero luego simplemente hizo un movimiento despectivo, como si quisiera dar a entender que era demasiado bueno para responderles. Los dos campesinos fumaban sus pipas, él se quedó mudo, mirando al vacío con ojos vidriosos y guardó silencio sordo y grave. Se veía que no era la primera vez que lo obligaban a callar.

Yo estaba hondamente commocionada. El corazón me palpitaba. En aquel hombre humillado había algo que me conmovía, me di cuenta inmediatamente de que una vez debía de haber sido alguien mejor y que, de alguna manera —tal vez por la bebida—, había ido yendo a menos hasta caer así de bajo. El temor de que él o los otros pudieran empezar una escena violenta casi me impedía respirar. Ya desde el mismo momento en que entró y oí su voz hubo algo en él —no sabía qué— que me inquietó. Pero no sucedió nada. Se quedó quieto, hundió la cabeza más profundamente, tenía la mirada perdida en el vacío y me parecía como si estuviera murmurando algo en voz baja para sí. Nadie se preocupaba de él.

Entretanto, la hostelera se había levantado del mostrador para ir a recoger algo en la cocina. Aproveché la ocasión para ir detrás de ella y preguntarle quién era.

—¡Ah! —dijo con indiferencia—, ese pobre diablo vive aquí, en el asilo de caridad para pobres, y cada noche le doy una jarra de cerveza. No se la puede pagar. Pero no es nada fácil. Antes, en otro tiempo, era actor en alguna parte, y se ve que le mortifica que la gente no se crea en realidad que fue alguien importante y no le tributen honor. Algunas veces se le acercan y le dicen que les represente algo. Y entonces se planta ahí y se pasa horas soltando un discurso, puras tonterías que nadie comprende. De vez en cuando le dan

tabaco e incluso le pagan una cerveza. Otras veces se ríen de él y entonces siempre monta en cólera. Así que hay que andarse con cuidado. Y, por lo demás, no hace mal a nadie. Dos, tres rondas de cerveza, si alguien se las paga, y ya está contento..., sí, en fin, el viejo Peter no es más que un pobre diablo.

—¿Cómo, cómo se llama? —pregunté muy asustada, sin saber todavía muy bien por qué.

—Peter Sturzentaler. Su padre era leñador aquí, en el pueblo, y por eso lo han acogido en el asilo.

Puedes imaginarte, querida, por qué me asusté. Porque comprendí inmediatamente lo inimaginable. Este Peter Sturzentaler, aquel viejo venido a menos, bebido, medio paralítico, del asilo de caridad no podía ser otro que el dios de nuestra juventud, el señor de nuestros sueños; él, Peter Sturz, actor y primer apasionado de nuestro teatro municipal, había sido para nosotras la suprema encarnación de lo elevado y sublime, él, al que nosotras —bien lo sabes— de muchachas, medio niñas, habíamos admirado tan locamente y del que nos habíamos enamorado tan perdidamente. Ahora sabía además por qué algo en mi interior se había inquietado justo con la primera palabra que había pronunciado al entrar en la sala de la fonda. No lo había reconocido..., ¿cómo habría podido reconocerlo con aquella máscara descompuesta, después de aquella metamorfosis y tras semejante corrupción? Pero había sido la voz la que había abierto un acceso hacia recuerdos tanto tiempo sepultados. ¿Recuerdas todavía la primera vez que lo vimos? Había venido contratado de alguna ciudad de provincias a nuestro teatro municipal de Innsbruck, y dio la casualidad de que nuestros padres nos permitieron ir a la representación donde se estrenó, porque era una pieza clásica, Safo de Grillparzer, y él hacía de Feón, el hermoso joven que confunde el corazón de Safo. ¡Pero cómo conquistó el nuestro apenas entró en escena, vestido al estilo griego, con la corona sobre el espeso pelo oscuro, un segundo Apolo!; apenas había pronunciado las primeras palabras y ya estábamos temblando de excitación, agarrándonos la una a la otra de las manos. Nunca habíamos visto un hombre como éste en esta ciudad de pequeños burgueses y campesinos, y el pequeño actor de provincias, cuyo maquillaje y atuendo apenas alcanzábamos a ver desde la galería, nos pareció un símbolo enviado por Dios de lo noble y sublime que hay en la tierra. Nuestros pequeños corazones inocentes latían en nuestro joven pecho; éramos otras, estábamos encantadas cuando salimos del teatro y, como éramos íntimas amigas y no queríamos poner en peligro nuestra amistad, nos juramos una a otra amarlo conjuntamente, venerarlo conjuntamente, y en aquel instante comenzó la locura. Para nosotras no había nada más importante que él. Todo lo que sucedía en la escuela, en casa o en la ciudad, estaba vinculado de una forma completamente misteriosa a él, el resto

de las cosas nos parecían sosas, ya no nos gustaban los libros, y sólo buscábamos la música de su voz. Creo que nos pasamos meses y meses sin hablar de nada más que no fuera de él y sobre él. Todos los días comenzaban con él; nos deslizábamos rápidamente escaleras abajo para coger al vuelo el periódico antes que los padres, para enterarnos de qué papel le había correspondido y leer las críticas, y ninguna nos parecía lo bastante entusiasta. Si encontrábamos alguna palabra desagradable sobre él nos desesperábamos, si alababan a otro actor, nosotras lo abominábamos. ¡Ah!, nuestras locuras eran demasiadas para que me pueda acordar hoy de una milésima parte de ellas. Sabíamos cuándo salía y adónde iba, sabíamos con quién hablaba y envidiábamos a cualquiera que se pudiera pasear con él por la calle. Conocíamos las corbatas que llevaba, y el bastón; no sólo escondíamos sus fotografías en casa, también en el forro de nuestros libros de la escuela, de modo que en medio de la clase pudiéramos echar de vez en cuando una mirada furtiva; habíamos inventado una lengua de gestos propia para, durante las clases, podernos transmitir de banco a banco que pensábamos en él. Cuando nos llevábamos el dedo a la frente quería decir: «Estoy pensando en él», cuando teníamos que recitar poemas en voz alta, hablábamos, sin querer, con su voz, y todavía hoy, en algunas piezas en las que lo vi entonces, no puedo escuchar más que su acento y su cadencia. Lo esperábamos cuando salía de escena y lo seguíamos deslizándonos sigilosamente en pos de él, nos quedábamos de pie en el portalón de una casa enfrente de la cafetería donde se sentaba y no dejábamos de mirar cómo leía el periódico. Pero nuestra veneración era tan grande que en aquellos dos años jamás nos atrevimos a dirigirnos a él o a presentarnos. Otras chicas más desenvueltas, que sentían pasión por él, le suplicaban un autógrafo, sí, incluso se atrevían a saludarlo por la calle. Nosotras nunca tuvimos el valor de hacerlo. En cambio, una vez que tiró una colilla al suelo, la recogimos como una reliquia y la dividimos en dos partes, una mitad para ti y la otra para mí. Y esta idolatría infantil, fetichista, se traspasaba a todo lo que tenía relación con él. Su antigua ama de llaves, a la que envidiábamos mucho, porque ella le podía servir y atender, era para nosotras un ser más que respetable. Una vez que estaba haciendo la compra en el mercado nos ofrecimos a llevarle la cesta y nos sentimos dichosas de que nos correspondiera con una palabra amable. ¡Ah, qué locuras no habremos hecho de niñas por él, por este Peter Sturz, que no sabía ni sospechaba nada de todo ello!

Hoy, que nos hemos convertido en personas adultas y, por tanto, sensatas, puede que nos resulte fácil sonreír despectivamente ante estas locuras, como ante una pasión totalmente común en una muchacha adolescente.

Y, sin embargo, no puedo dejar de decirme que, en nuestro caso, casi llegó a ser peligroso. Creo que, con todo aquello, nuestro enamoramiento adquirió unas formas tan exageradas y absurdas porque nosotras, niñas tontas, nos

habíamos jurado amarlo conjuntamente. Este hecho condicionó que la una quisiera aventajar a la otra en su exaltación, que día a día fuéramos más y más lejos y las dos inventáramos nuevas pruebas cada vez, para no olvidar ni por un momento a aquel dios de nuestros sueños. No éramos como el resto de las muchachas, que de vez en cuando se enamoraban apasionadamente de jóvenes sencillos y practicaban juegos inocentes; en nuestro caso, todo el sentimiento y todo el entusiasmo quedaba encerrado en uno solo; sólo a él le pertenecieron todos nuestros pensamientos durante aquellos dos apasionados años. A veces me asombro de que, después de aquella temprana obsesión, hayamos podido más tarde amar siquiera a nuestros maridos, a nuestros hijos, con un amor claro, firme, sano, y no hubiéramos gastado ya toda la fuerza del sentimiento en estas exageraciones sin sentido. Pero, a pesar de todo, no debemos avergonzarnos de aquella época. Porque, gracias a aquel hombre, vivimos también la pasión por el arte y en nuestra locura había además un misterioso impulso hacia lo más elevado, lo más puro, lo mejor, que, por una caprichosa casualidad, sólo en su persona adquiría una personificación suprema.

Hace tiempo que todo esto me parece ya terriblemente lejano, tan cubierto por otra vida y otro sentimiento, y, sin embargo, cuando la hostelera me dijo su nombre, me sobresalté de un modo tan violento que fue un milagro que no se diera cuenta. La sorpresa era demasiado grande, ver a aquel hombre al que habíamos contemplado irradiando un aura de entusiasmo y como el símbolo de la juventud y de la belleza, y al que habíamos amado de una manera tan fanática, como un mendigo, como un receptor anónimo de limosnas y objeto de la caridad ajena, ridiculizado por rudos campesinos, y ya demasiado viejo y cansado como para sentir vergüenza por su decadencia. Me resultó imposible volver enseguida a la sala del hostal, tal vez no habría podido contener las lágrimas al verlo o, si no, me habría delatado de alguna forma ante él. Primero tenía que cobrar ánimo. Así que subí a mi habitación, para volver a recordar exactamente lo que aquel hombre había significado en mi juventud. Porque el corazón humano es así de extraño: durante años y años no me había vuelto a acordar ni una sola vez de aquel hombre, que en otro tiempo había dominado todo mi pensamiento y había llenado toda mi alma. Habría podido morirme sin haber vuelto a preguntar jamás por él; habría podido morirse y yo no lo hubiera sabido.

No encendí ninguna luz en mi habitación, me senté en la oscuridad e intenté recordar lo uno y lo otro, el comienzo y el final, y de repente reviví de nuevo aquellos viejos tiempos ahora perdidos. Me parecía como si mi propio cuerpo, que ya hacía años y años que había dado a luz hijos, volviera a ser el esbelto, inexperto cuerpo de una muchacha y que yo misma fuera aquella que se sentaba entonces sobre su cama, pensando en él con el corazón palpitante antes de acostarse. Involuntariamente se me acalararon las manos y entonces sucedió algo de lo que me asusté, algo que apenas te puedo describir. De

repente, al principio no supe por qué, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Algo me sacudía una y otra vez. Un pensamiento, un pensamiento determinado, un recuerdo determinado había hecho que me estremeciera ante algo que no había querido recordar desde hacía años y años. Ya en el momento en que la hostlera mencionó su nombre noté que algo en mi interior me empujaba y oprimía, algo de lo que no quería acordarme, que, como dice ese profesor Freud de Viena, «había reprimido», lo había reprimido tan profundamente en mi interior que durante años en realidad lo había olvidado, uno de aquellos profundos secretos que uno se calla obstinadamente incluso a sí mismo. También a ti te callé este secreto entonces, también a ti, a la que había jurado decir todo lo que tenía que ver con él. Durante años lo he ocultado ante mí misma. Ahora, de repente, volvía a estar ahí, despierto y cercano, y sólo hoy, cuando les corresponde a nuestros hijos y pronto a nuestros nietos hacer sus locuras, te puedo confesar lo que ocurrió entonces entre este hombre y yo.

Ahora te lo puedo decir abiertamente, este secreto tan íntimo. Este hombre extraño, este pequeño comediante, viejo, roto, venido a menos, que ahora recita versos a los campesinos por una jarra de cerveza y del que se burlan y al que ridiculizan, este hombre, Ellen, este hombre tuvo durante un peligroso minuto toda mi vida en sus manos. Dependía de él, dependía de su voluntad y mis hijos no hubieran nacido, hoy estaría sabe Dios dónde, haciendo sabe Dios qué. La mujer, la amiga que hoy te escribe, habría sido probablemente un ser desgraciado y seguramente tan aniquilado y aplastado como él mismo. Por favor, no creas que se trata de una exageración. Entonces ni yo misma comprendí lo amenazada que estaba por el peligro, pero hoy entiendo y veo con claridad lo que entonces no entendía. Sólo hoy sé la profunda deuda que tengo con este hombre extraño, olvidado.

Quiero contártelo tan bien como me sea posible. Recordarás que entonces, poco antes de que cumplieras dieciséis años, tu padre fue trasladado de improviso de Innsbruck, y todavía te veo irrumpir desesperada, sollozando en mi habitación: tendrías que dejarme, dejarlo a él. No sé lo que te resultaba más duro. Casi estoy por creer que el hecho de que no pudieras volver a verlo a él, al dios de nuestra juventud, sin el que la vida no te parecía vida. Entonces tuve que jurarte que te informaría de todo lo que se refiriera a él, cada semana, no, cada día, una carta, todo un diario, y durante un tiempo lo cumplí fielmente. También para mí fue duro perderte, porque, ¿a quién podía confiarle ahora, a quién podía hablarle de mis exaltaciones, de aquellas benditas locuras de nuestro delirio? Pero, con todo, yo seguía teniéndole, podía seguir viéndolo, me pertenecía a mí sola, y esto fue una pequeña dicha en medio del tormento. Pero poco después tuvo lugar —tal vez todavía te acuerdes— aquel incidente del que no supimos nada más que cosas inciertas. Se decía que Sturz le hacía la corte a la mujer del director —por lo menos fue lo que a mí me contaron

más tarde—, y, después de una violenta escena, fue necesario que se despidiera definitivamente. Sólo se le permitió una última aparición en consideración a él. Una vez más saldría a nuestra escena, luego, seguramente, yo también lo habría visto por última vez.

Cuando hoy vuelvo la vista atrás, no encuentro ningún día de mi vida que haya sido más desdichado que aquel en el que se anunció que Peter Sturz actuaba por última vez. Me puse enferma. No tenía a nadie con quien compartir mi desesperación, nadie a quien confiarle. En el colegio, a los profesores les llamó la atención lo mala y alterada que parecía, en casa estaba tan tensa y desatada que mi padre, que no sospechaba nada, se puso furioso y como castigo me prohibió ir al teatro. Le supliqué llorando —tal vez con demasiada vehemencia, con demasiada pasión— y esto no hizo más que empeorarlo todo, porque entonces mi madre habló también en mi contra: tanto ir al teatro me ponía nerviosa, debía quedarme en casa. En ese instante odié a mis padres —sí, aquel día estaba tan confusa y trastornada que los odiaba y no soportaba verlos—. Me encerré en mi habitación. Quería morirme. Se abatió sobre mí una de esas repentinias melancolías tan peligrosas, que a veces pueden volver a los jóvenes tan arriesgados, estaba sentada en mi sillón con la mirada perdida, no lloraba —estaba demasiado desesperada para llorar—. En mi interior había algo frío como el hielo y luego se desató en mí de repente como una fiebre. Corría de un lado a otro, de una habitación a otra. Abrí la ventana de golpe y miré fijamente al patio de abajo, tres pisos de altura, sopesando la caída por ver si debía tirarme. Y, mientras tanto, miraba una y otra vez al reloj: no eran más que las tres, y a las siete empezaba la representación. Él iba a actuar por última vez y yo no podría oírlo, iba a ser vitoreado y aclamado por los demás y yo no iba a poder verlo. De repente no aguanté más. La prohibición de mis padres de abandonar la casa me era indiferente. Me escapé corriendo, sin decir nada a nadie, bajé la escalera a toda prisa y salí a la calle..., no sé en qué dirección. Creo que tenía la idea confusa de ahogarme o, si no, de hacer alguna locura. Simplemente no quería seguir viviendo sin él y no sabía cómo podía acabar uno con su vida. Y así empecé a subir y bajar calles corriendo, sin devolver el saludo cuando me llamaba algún amigo. Todo me daba igual, podía prescindir de cualquier otra persona en el mundo excepto de él. De repente, no sé cómo sucedió, me encontré de pie ante su casa. Muchas veces habíamos aguardado en el entrante del portalón a que volviera a casa o habíamos levantado la vista hasta su ventana, y tal vez la confusa esperanza me había arrastrado hasta allí inconscientemente, confiando en poder encontrarme una vez más con él por casualidad. Pero no apareció. Docenas de personas indiferentes, el cartero, un ebanista, una gruesa vendedora de frutas y verduras salieron o entraron en la casa, cientos y cientos de personas indiferentes pasaban apresuradamente por la calle, pero él no aparecía, sólo él.

Ya no sé cómo sucedió. Pero, de repente, me sentí arrebatada. Crucé corriendo la calle y subí por la escalera a toda prisa hasta su casa de la segunda planta, sin pararme a tomar aliento, y llegué hasta la puerta de su vivienda; ¡sólo para estar cerca de él, sólo para estar cerca de él! Sólo para decirle algo, todavía no sabía qué. En realidad sucedió en un estado de posesión, de locura, del que no puedo dar cuenta alguna, y tal vez subí los escalones tan deprisa para dejar de lado todas las consideraciones, y entonces —como siempre, sin pararme a tomar aliento— apreté el timbre. Todavía hoy sigo oyendo el sonido agudo, chillón, y luego el largo y completo silencio a través del que mi corazón despierto latía inesperadamente. Por fin oí algunos pasos acercándose desde el interior, los graves, firmes, patéticos pasos que conocía del teatro. En ese momento despertó en mí la conciencia. Quería volver a salir corriendo y alejarme de la puerta, pero todo en mí estaba petrificado de espanto. Mis pies estaban como paralizados y mi pequeño corazón se había detenido.

Él abrió la puerta y me miró sorprendido. No sé si me conocía o si acaso me reconoció. Por la calle siempre había numerosas muchachas y jóvenes inmaduras, a docenas, que revoloteaban a su alrededor, que lo admiraban. En cambio, nosotras dos, que éramos quienes más lo queríamos, habíamos sido demasiado tímidas y siempre habíamos huido de su mirada. También en esta ocasión estaba allí de pie, delante de él, con la cabeza gacha, sin atreverme a alzar la mirada. Él esperaba que le diera algún recado..., evidentemente creyó que era una recadera de alguna tienda que tenía que transmitirle alguna noticia.

—Bueno, hija mía, ¿qué pasa? —me animó por fin con su voz profunda y sonora.

Yo murmuré:

—Yo sólo quería... Pero no lo puedo decir aquí... —Y me volví a quedar callada.

Él refunfuñó bonachonamente:

—Bueno, entonces pase usted, hija mía. ¿Qué es lo que ocurre?

Lo seguí hasta su habitación. Era un cuarto amplio, sencillo, que tenía un aspecto bastante desordenado; los cuadros de las paredes ya estaban recogidos, había maletas a medio hacer por todas partes.

—Bueno, venga..., ¿de parte de quién viene usted? —volvió a preguntar.

Y, al mismo tiempo, yo estallé de repente entre ardientes lágrimas:

—¡Por favor, quedese usted aquí..., por favor, por favor, no se marche..., quedese usted con nosotros!

Él dio un paso atrás instintivamente. Sus cejas se elevaron, una profunda

arruga cortó su boca. Había comprendido que era de nuevo una de aquellas insistentes niñas enamoradas que lo importunaban y ya temía que me despediría bruscamente. Pero tuvo que haber algo dentro de mí que le hizo compadecerse de mi infantil desesperación. Se acercó a mí y me acarició dulcemente el brazo.

—Querida hija —lo decía como un maestro a una niña—, es que no depende de mí el partir de aquí y, además, ya no se puede cambiar. Es muy amable de su parte el haber venido a decirme esto. ¿Para quién actúa uno más que para los jóvenes? Siempre ha sido mi mayor alegría el tener conmigo a la juventud. Pero la suerte está echada, los dados han rodado, ya no lo puedo cambiar. Bien, como he dicho —retrocedió un paso—, ha sido muy amable de su parte el haber venido a decirme esto y se lo agradezco. Conserve su aprecio hacia mí y guarden todos un amable recuerdo mío.

Comprendí que me había despedido. Pero aquello no hizo más que aumentar mi desesperación.

—¡No, quédese usted aquí! —estallé en medio de sollozos—. ¡Por amor de Dios, quédese usted aquí...! ¡Yo..., yo no puedo vivir sin usted!

—Usted, hija mía... —empezó a decir intentando calmarme.

Pero yo me agarré a él, me agarré a él con los dos brazos, yo, que hasta entonces nunca había tenido el valor ni siquiera de rozar su chaqueta.

—¡No! ¡No se marche! —sollozaba en medio de mi desesperación—. ¡No me deje sola! Lléveme con usted. Iré con usted adondequiero que vaya..., a cualquier parte..., haga usted conmigo lo que quiera..., pero no me deje.

No sé qué más cosas disparatadas le dije entonces en medio de mi confusión. Me apreté contra él como si así pudiera retenerlo, sin sospechar en absoluto en qué peligrosa situación me estaba poniendo con esta apasionada oferta. Porque bien sabes tú lo inocentes que éramos entonces, con una idea tan extraña como desconocida del amor físico. Pero, en cualquier caso, yo era una jovencita y —bien lo puedo decir hoy— una jovencita llamativamente hermosa, a la que los hombres ya empezaban a seguir con la mirada por la calle, y él era un hombre de treinta y siete o treinta y ocho años, y entonces podría haber hecho conmigo lo que hubiera querido. Realmente le hubiera seguido; no hubiera opuesto resistencia alguna a cualquier cosa que hubiera intentado. Habría sido un juego para él aprovecharse entonces en su vivienda de mi falta de conocimiento. En aquel momento tuvo mi destino en sus manos. Quién sabe qué hubiera sido de mí, si hubiera utilizado de manera poco noble mi insistencia infantil, si hubiera cedido a su vanidad, y tal vez a su propio deseo y a la poderosa tentación..., sólo hoy sé a qué peligro me expuse entonces. Hubo un instante en el que noté que se volvía inseguro, porque

sentía mi cuerpo junto al suyo y mis labios palpitantes muy cerca de sí. Pero se dominó y me separó de él lentamente.

—Un instante —dijo, zafándose casi con violencia, y se volvió hacia la otra puerta—. ¡Señora Kilcher!

Me asusté terriblemente. Instintivamente quise salir corriendo. ¿Quería ponerme en ridículo delante de aquella anciana mujer, su ama de llaves? ¿Burlarse de mí delante de ella? Y entonces entró. Él se volvió hacia ella.

—Fíjese usted, cuánto cariño, señora Kilcher —le dijo—. Aquí viene esta joven señorita para transmitirme un cordial saludo de despedida en nombre de toda la escuela. ¿No es conmovedor? —se volvió de nuevo hacia mí—. Sí, transmítáles a todos mi más sincero agradecimiento. Siempre me ha parecido lo más hermoso de nuestro oficio tener a la juventud con nosotros y, con ella, a lo mejor de este mundo. Sólo la juventud es agradecida con la belleza, sí, sí, sólo ella. Me ha dado usted una gran alegría, mi querida señorita, jamás —y al decirlo me apretó la mano— olvidaré esto que ha hecho usted.

Mis lágrimas se secaron. No me había avergonzado, no me había humillado. Pero su solicitud fue todavía más allá, porque entonces se dirigió al ama de llaves:

—Sí, si no tuviéramos tanto que hacer, me hubiera gustado charlar con esta amable señorita. Pero no es posible, ¡acompañela usted abajo hasta la puerta, y que le vaya bien, que le vaya bien!

Sólo más tarde comprendí con qué cuidado había pensado por mí, para cuidarme, para protegerme al mandarme con el ama de llaves hasta la puerta. Al fin y al cabo, yo era conocida en la pequeña ciudad y cualquier malintencionado habría podido ver cómo una joven muchacha salía a hurtadillas por la puerta del conocido actor y difundir infidios. Él, este hombre extraño, había comprendido mejor de lo que yo como niña hubiera podido comprender, el peligro que representaba para mí. Me había protegido de mi propia juventud y falta de conocimiento..., ¡qué claro lo veía después de más de veinticinco años!

No es extraño, no es vergonzoso, queridísima amiga, que hubiera olvidado todo esto, año tras año, porque lo quise olvidar por vergüenza, porque en mí interior jamás le estuve agradecida a este hombre, jamás volví a preguntar por él, que entonces, aquella tarde, tuvo mi vida, mi destino en sus manos. Y ahora aquel mismo hombre estaba sentado abajo, delante de su jarra de cerveza, un naufrago fracasado, un mendigo del que todos se burlan y nadie sabe quién fue, quién ha sido, solamente yo. Sólo yo lo sabía. Seguramente era la única persona en el mundo que todavía recordaba su nombre, y estaba en deuda con él. Ahora tal vez pudiera pagarle. De repente me inundó una gran paz. Ya no

tenía miedo, sólo sentía un poco de vergüenza por haber sido tan injusta y haber olvidado durante tanto tiempo que aquel hombre extraño se había comportado conmigo con una enorme grandeza de ánimo en un momento decisivo de mi vida.

Bajé la escalera hasta la sala del hostal. En total no debían de haber pasado más de diez minutos. Nada había cambiado. Los jugadores seguían con sus cartas, la hostelera cosía en el mostrador, los campesinos fumaban sus pipas con ojos somnolientos. También él seguía sentado sin inmutarse en su lugar, con la jarra de cerveza vacía delante de sí y la mirada perdida. Y ahora fue cuando empecé a ser consciente de cuánta pena había en aquel rostro alterado, embotados los ojos bajo los pesados párpados, amarga y contraída la boca que por la parálisis llegaba hasta un lado. Estaba sentado allí, ofuscado, con el ceño fruncido y los codos apoyados sobre la mesa para evitar que la cabeza inclinada hacia delante cediera frente al cansancio, frente al cansancio que no era el de un sueño, sino el cansancio de la vida. Nadie le dirigía la palabra, nadie se preocupaba por él. Estaba acurrucado como un gran pájaro gris, gastado en la oscuridad de la jaula, soñando seguramente con su libertad de antaño, cuando todavía podía levantar el vuelo y atravesar el éter, así es como estaba sentado.

La puerta volvió a abrirse, pero esta vez entraron tres campesinos con pasos pesados, arrastrando los pies, pidieron una cerveza y miraron a su alrededor buscando un sitio.

—¡Vamos, hazte a un lado! —le ordenó uno con bastante rudeza.

El pobre Sturz levantó su mirada absorta. Vi aquel grosero desprecio con el que se le trataba, con el que se le hería. Pero ya estaba demasiado cansado y demasiado humillado para defenderse o discutir. En silencio se hizo a un lado y arrastró consigo su jarra de cerveza vacía. La hostelera trajo a los otros sus jarras llenas. Me di cuenta de que él las miraba con avidez, con ojos sedientos, pero la hostelera pasó de largo indiferente ante su muda súplica. Ya había recibido su parte de mendigo y si no se marchaba era sólo culpa suya. Vi que ya no le quedaban fuerzas para defenderse, ¡y cuánta humillación le esperaba todavía en su vejez!

En aquel instante me vino por fin la idea liberadora. En realidad, yo no podía ayudarle, eso lo sabía. No podía devolver la juventud a este hombre roto, agotado. Pero tal vez pudiera proporcionarle un poco de protección contra el tormento de aquel desprecio, procurarle un poco de reconocimiento aquí, en este pueblo perdido, para los pocos meses que le quedaban de vida al marcado con la señal de la muerte.

Así que me levanté y di unos pasos, llamando bastante la atención, hacia su mesa, donde se sentaba apretado entre los campesinos que levantaron la vista

sorprendidos por mi llegada, y le dije:

—¿Acaso tengo el honor de estar hablando con el señor Sturz, actor del teatro de la corte?

Él se estremeció. Fue como una descarga eléctrica que lo atravesaba de lado a lado, incluso el pesado párpado que caía sobre el ojo izquierdo se elevó. Se me quedó mirando fijamente. Alguien lo había llamado por su antiguo nombre, el que nadie conocía aquí, con aquel nombre que todos excepto él hacía tiempo que habían olvidado, e incluso lo había llamado actor del teatro de la corte, lo que en realidad jamás había llegado a ser. La sorpresa era demasiado grande como para que hubiera tenido fuerzas para levantarse. Su mirada fue haciéndose cada vez más insegura; probablemente aquello no era más que otra broma concertada en secreto.

—Ya lo creo..., ése es..., ése era mi nombre.

Le tendí la mano.

—¡Oh! Es un gran placer para mí..., un enorme honor —hablaba intencionadamente alto, porque ahora se trataba de mentir audazmente, para procurarle respeto—. A decir verdad jamás tuve la suerte de poder admirarlo sobre el escenario, pero mi marido me ha hablado una y otra vez de usted. Él solía verlo actuar en el teatro, cuando era un joven bachiller. Creo que fue en Innsbruck...

—Claro que sí, en Innsbruck, allí pasé dos años.

Su cara empezaba a cobrar vida de repente. Se dio cuenta de que no quería burlarme de él.

—¡No se puede ni imaginar, señor actor de la corte, cuánto me ha hablado él de usted, cuánto sé yo de usted! ¡Oh, qué envidia me va a tener cuando le escriba mañana para decirle que he tenido la dicha de poder encontrarme aquí con usted personalmente! No se imagina cuánto lo sigue venerando todavía hoy. No, nadie, suele decirme muchas veces, se puede comparar con su Marqués de Posa, ni siquiera Kainz, nadie con su Max Piccolomini, con su Leandro, y creo que luego, más tarde, fue una vez a Leipzig ex profeso para verlo en escena, aunque después no tuvo el valor de dirigirse a usted. Pero todavía guarda todas sus fotografías de aquella época, y me gustaría que pudiera venir a nuestra casa para ver con qué cuidadosa solicitud las ha conservado. Se alegraría una barbaridad de oír más cosas de usted, y seguramente pueda usted servirme de ayuda contándome algo de lo que yo le pueda informar..., pero no sé si no lo estaré molestando o si le puedo pedir que se siente a mi mesa.

Los campesinos que había junto a él lo miraron fijamente y se echaron a un

lado instintivamente con gran respeto. Vi que, en cierto modo, estaban inquietos y avergonzados. Hasta entonces habían tratado a aquel anciano como a un mendigo al que, de vez en cuando, se le da una jarra de cerveza y con el que se puede bromear. Por la respetuosa forma con la que yo, una extraña, lo trataba, les asaltó por primera vez la inquietante sospecha de que era alguien al que se conocía fuera, en el mundo, y al que incluso se respetaba. El tono deliberadamente humilde con el que solicité conversar con él, como si fuera una tremenda distinción, empezó a surtir efecto.

—¡Venga, vete! —lo apremiaba el campesino que tenía al lado.

Él se levantó, todavía vacilante, como se despierta uno de un sueño.

—¡Claro que sí..., con mucho gusto! —dijo tartamudeando.

Noté que se esforzaba por dominar su entusiasmo y que él, el viejo actor, luchaba consigo mismo para no descubrir ante los demás lo sorprendido que estaba, y lo torpemente que luchaba por hacer como si tales invitaciones y comentarios de admiración fueran para él una cosa cotidiana y natural. Con la dignidad aprendida en el teatro caminó lentamente hasta mi mesa.

Yo pedí en voz alta:

—Una botella de vino, y del mejor, para honrar al señor actor de la corte.

Ahora también miraba la mesa de los jugadores de cartas y empezaron a murmurar. ¿Un actor de la corte, un hombre famoso su Sturzentaler? Algo tendría que tener, cuando la forastera de la gran ciudad le tributaba tal honor. Y fue con otro gesto diferente al de antes, con uno completamente respetuoso, con el que la vieja hostlera le puso ahora el vaso delante.

Y entonces llegó un momento maravilloso para él y para mí. Le conté todo lo que sabía de él, mientras fingía que era mi marido el que me lo había contado. No podía contener su asombro al ver que yo conocía cada uno de sus papeles y el nombre del crítico y cada línea que había escrito sobre él. Y cómo, en una función extraordinaria con Moissi, el famoso Moissi, éste se había negado a salir solo al proscenio y lo había arrastrado consigo y, por la noche, ya se hablaba fraternalmente con él de tú. Él se sorprendía una y otra vez como en un sueño.

— ¡También se acuerda usted de eso!

Él se creía olvidado y enterrado desde hacía tiempo, y ahora llegaba una mano llamando a su ataúd y lo sacaba fuera y simulaba para él una fama que, en realidad, jamás había conseguido tener. Y como al corazón siempre le gusta engañarse a sí mismo, él mismo se creyó su fama en el gran mundo y no sospechó nada.

—¡Ah, también se acuerda usted de eso...! ¡Pero si yo mismo ya lo había

olvidado! —murmuraba una y otra vez.

Noté que tenía que luchar con todas sus fuerzas para no delatar su conmoción; dos veces, tres veces sacó su pañuelo grande y sucio de la chaqueta y se dio la vuelta para sonarse la nariz, pero en realidad era para enjugarse rápidamente las lágrimas que le corrían por las decaídas mejillas. Lo noté y el corazón me dio un salto cuando vi que lo podía hacer feliz, que aquel hombre anciano, enfermo, volvía a ser feliz de nuevo antes de morir.

Así seguimos sentados conversando juntos en una especie de éxtasis hasta las once de la noche. Entonces, el oficial de la gendarmería se acercó muy discretamente y nos advirtió con mucha educación que era hora de cerrar. El anciano se asustó visiblemente: ¿este milagro celestial debía acabar ya? Le habría gustado seguir sentado allí durante horas, oyendo hablar de sí, soñando consigo mismo. Pero yo me alegré de la advertencia, porque ya empezaba a temer que acabara adivinando las verdaderas circunstancias de aquella conversación. Y así le pedí al otro:

—Confío en que los señores tendrán la bondad de acompañar al señor actor de la corte hasta su casa.

—Será un gran placer —dijeron todos como con una sola voz.

Uno le cogió respetuosamente el sombrero gastado, otro le ayudó a levantarse y supe que, a partir de aquel momento, nunca se volverían a burlar de él, nunca se volverían a reír, nunca volverían a causar dolor a este pobre anciano, que una vez fue la dicha y el dolor de nuestra juventud.

En la despedida final, sin embargo, le abandonó la dignidad que había conservado penosamente y la emoción se adueñó de él, y ya no pudo mantener su actitud reservada. De repente, las lágrimas afluyeron gruesas y ampulosas a sus viejos y cansados ojos, y sus dedos temblaron cuando me agarró la mano.

—¡Oh, bondadosa, bondadosa y estimada señora dijo —, salude a su marido de mi parte y dígale que el viejo Sturz todavía vive! Tal vez incluso pueda volver algún día al teatro. ¡Quién sabe, quién sabe si tal vez recuperará la salud algún día!

Los dos hombres lo sostenían a derecha e izquierda. Pero él casi andaba recto; un renovado orgullo había erguido al que ya se doblaba y oí que en su voz había otro tono de orgullo. Había podido ayudarle al final de su vida, tal y como él me había ayudado al comienzo de la mía. Había pagado mi deuda.

A la mañana siguiente me disculpé ante la hospedera por no poder quedarme por más tiempo, el aire de la montaña era demasiado fuerte para mí. Intenté dejarle dinero para que a partir de entonces, en lugar de una jarra de cerveza, diera al pobre anciano siempre que él quisiera una segunda y una

tercera. Pero entonces choqué contra el orgullo patrio. No, eso quería hacerlo ella misma. En el pueblo no habían sabido en absoluto que Sturzentaler había sido un hombre tan grande. Era un honor para todo el pueblo, el burgomaestre ya había dispuesto que, a partir de ahora, se le había de pagar una suma de dinero mensualmente y ella se cuidaría de que todos tuvieran buen respeto hacia él. Así que no le dejé más que una carta, una carta en la que le daba exaltadamente las gracias por haber tenido la bondad de regalarme una noche. Sabía que la leería mil veces antes de morir y se la enseñaría a todos, ahora seguiría soñando dichoso con este falso sueño de su fama hasta el final.

Mi marido se sorprendió mucho de que regresara tan pronto de mis vacaciones y todavía se sorprendió más de lo fresca, lo alegre que me habían dejado esos dos días de ausencia. Una cura milagrosa lo llamó él. Pero yo no encuentro nada milagroso en ello. No hay nada que cure tanto a uno como el ser feliz, y no hay mayor felicidad que hacer feliz a otra persona.

Bueno, y con esto también he saldado mi deuda de juventud contigo. Ahora ya sabes todo lo que se refiere a nuestro Peter Sturz, hasta ese último y antiguo secreto de tu amiga, Margaret.



¿Te gustó este libro?

Para más e-Books GRATUITOS visita freeditorial.com/es